
LO QUE PASA EN ÁMSTERDAM
Rachel Lynn Solomon
AUTOR BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES DE DE EX A EX

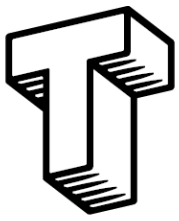
LO QUE PASA EN ÁMSTERDAM

LO QUE PASA EN ÁMSTERDAM



Rachel Lynn Solomon

Traducción de Nieves Calvino Gutiérrez



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *What Happens In Amsterdam*
Editor original: Berkley Romance
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* Rachel Lynn Solomon
Derechos de traducción gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© 2026 de la traducción *by* Nieves Calvino Gutiérrez
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.titania.org
atencion@titania.org

ISBN: 979-13-88011-18-4

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Sanne Zwart:
¡Qué suerte tengo de que fueras mi primera amiga en este país!
Hartelijk dank voo alles.

¡Qué vívido es el recuerdo que conservo de aquella época en Ámsterdam…, y qué disparatada fue toda aquella aventura, qué necedad tan absoluta!

Vincent van Gogh, en sus cartas a su hermano Theo

Uno



A veces puedes tener recuerdos muy vívidos de lugares en los que jamás has estado. Ciudades lejanas que te resultan tan familiares como viejos amigos, ya sea porque las has visto mil veces en la pantalla o porque has oído historias sobre unas vacaciones o unos años en el extranjero que cambiaron la vida de alguien. Puedes saborear los cristales de azúcar espolvoreados sobre un pastel. Ver con los ojos cerrados el intenso brillo de las luces de un monumento famoso. Puedes oír el murmullo del agua, pero solo si guardas silencio para poder escuchar. La melodía de un idioma que no entiendes.

Ese anhelo es algo muy concreto, una suave desazón que podría ser simple pasión por viajar o tal vez algo más agudo, algo que anida en tu corazón y te convence de que ahí es donde por fin serás feliz. Donde podrás respirar y ser la mejor versión de ti mismo.

Una vez me enamoré de un lugar así, lo idealicé hasta el punto de que fue imposible que la realidad estuviera a la altura de mi imaginación.

Mientras le paso medio adormilada al taxista un puñado de euros, me pregunto si de verdad ese lugar existió alguna vez.

Compruebo tres veces la dirección mientras mi teléfono busca

señal. No sé cómo, pero ya son las ocho de la mañana, un hecho contra el que mi cuerpo se revela con cada músculo afectado por el *jet lag*. La ansiedad no me ha dejado pegar ojo durante el vuelo, mientras los pensamientos catastróficos se iban apilando como piezas de Tetris, y solo me he quedado medio dormida cuando el piloto ha anunciado que íbamos a iniciar el descenso. El sol bajo del invierno lo envuelve todo en una neblina surrealista, casi etérea.

Por eso no me fijo en el sótano al principio. Las empinadas escaleras de hormigón terminan en una puerta metálica negra con una frase pintada con grafitis que alguien ha intentado borrar, dejando a la vista media palabra subrayada y un enorme signo de interrogación. No hay número de apartamento. No hay ventanas. Miro hacia la calle, como si esperara que el santo patrón de los estadounidenses perdidos me ayudara, pero no sirve de nada. Mi taxi se ha ido. Todos mis conocidos están en otro continente.

Por primera vez, estoy completamente sola, salvo por un gato naranja encaramado en la barandilla, que agita la cola de un lado a otro.

Antes de irme de Los Ángeles, mis amigos y mi familia me hicieron muchas preguntas. «¿Es un trabajo de verdad, Dani? ¿Estás segura de que podrás vivir sola en otro país? ¿Te has duchado ya esta semana?». A lo que respondí: «Define "semana"».

Cuando todo tu mundo se derrumba a tu alrededor, a veces la única opción es derrumbarte con él. Sobre todo si ese derrumbe te lleva a casi cinco mil millas de tu hogar, o lo que sea eso en kilómetros.

Intento mantener los nervios a raya y me paso la mano por mi melena a la altura de la barbilla, ese corte postruptura que no me favorece nada, a pesar de que el estilista me dijera lo contrario. No creo haber soltado el aire de verdad desde que puse un pie fuera del

avión, ni cuando arrastré mi equipaje de mano repleto de papeles por el control de pasaportes ni cuando recogí mis maletas de la cinta transportadora. Ahora sí, bajo los hombros y relajo los pulmones. Respiro hondo el aire de Ámsterdam, y luego otra vez. Esto es emocionante, es una aventura, y no una catástrofe en ciernes.

La calle está flanqueada por hileras de casas torcidas, apiñadas unas contra otras, la mayoría de solo tres o cuatro pisos, en tonos que van del marrón claro al marrón oscuro. Algunos tejados son curvos y otros tienen forma de campana, y pueden verse intrincados diseños grabados sobre algunas puertas. Tal vez lo más extraño sea el silencio que reina. No se oye ni un coche ni el bullicio habitual del tráfico, solo el suave tintineo de los timbres de las bicicletas de la gente que se dirige al trabajo. Nadie lleva casco.

Estoy tan anonadada por este nivel de confianza que no me percato de que un ciclista se acerca a toda velocidad hacia mí hasta que empieza a gritar en neerlandés.

—¡Lo siento! —grito, apartándome de un salto justo a tiempo de evitar que se lleve mi mochila por delante.

Si estuviera algo más despabilada, me habría dado cuenta de que el suelo bajo mis Crocs de viaje está pintado de rojo, indicando que es un carril bici.

Echo otro vistazo a mi alrededor. Se supone que tiene que haber una caja con una llave dentro, pero no la veo por ninguna parte. Otra cosa más para la columna de catástrofes.

Y la verdad es que no sería raro: una misteriosa oferta de trabajo, un proceso de selección que parecía demasiado corto, un billete de avión pagado… Las probabilidades de que se trate de una estafa aumentan por momentos. Y, sí, está claro que soy el tipo de persona que picaría, igual que piqué cuando Jace me dio su palabra de que solo salía conmigo o cuando mis padres me aseguraron que algún

día crecería y mis orejas se verían proporcionadas.

Hasta el gato me juzga con esa condescendencia típica de los felinos, sin pestañear mientras se lame la pata con indolencia.

—Hola. —Levanto la mano, porque nunca me he tomado en serio esas viejas advertencias de que no hay que acariciar a animales que no conoces.

El gato salta de la barandilla y desaparece calle abajo sin volver la cabeza, dejando al descubierto la pequeña caja negra con la cerradura sobre la que estaba sentado. «¡Victoria!».

Tecleo el código que me enviaron por *email* y la caja se abre; dentro hay una llave que encaja en la puerta de estilo industrial sin apenas esfuerzo.

Un subidón de adrenalina me convence de que este es el mayor logro de mis treinta años en esta tierra. Soy fuerte. Soy poderosa. Y… tengo ante mí una cámara de tortura medieval restaurada.

Llamar a esto «apartamento en el sótano» me parece demasiado generoso, pienso al entrar en mi nuevo hogar, mientras la ansiedad da paso a una bofetada de frío. La estrecha ventana en la pared deja entrar la luz justa para proyectar sombras lúgubres sobre cada uno de los muebles cubiertos de polvo: un sofá con un boquete en el respaldo y una mesa de cocina con dos sillas que parece que están a punto de romperse. Las paredes están pintadas de azul oscuro y el olor a humedad y a moho que invade mis fosas nasales hace que me arrepienta de haber mangado ese segundo paquete de galletas de la cocina cuando las azafatas no miraban.

Pero nada de eso importa cuando veo lo que sin duda es la joya del apartamento: una reluciente bañera blanca en medio del dormitorio. Así, porque sí. A pocos pasos de la cama.

Una risa descontrolada escapa de mi garganta. Debo de estar delirando por el viaje si esto es lo que al final hace que pierda los

nervios, porque cómo no iba a tener esta pinta el apartamento que mi empresa encontró y que yo acepté sin verlo antes.

Alguien llama a la puerta y evita que caiga en una espiral de pánico, aunque por los pelos.

—Oye, ¿eso es tuyo? —Una chica de unos veinticinco años se asoma por las escaleras y señala la maleta que he dejado en la acera —. Soy tu vecina —explica con un acento que no logro identificar.

No creo que sea neerlandés. Va vestida para salir a correr, con el pelo largo y oscuro recogido en una coleta, un AirPod en la oreja y el otro en la palma de la mano.

—Lo siento, sí —digo, avergonzada—. Es mía. Gracias.

Tarda un segundo más en responder, algo a lo que ya me he acostumbrado cuando conozco a gente por primera vez.

Cuando la gente ve mi marca de nacimiento, suele quedarse mirando más tiempo del que debería, y luego se esfuerza por fijar la vista en otra parte de mi cara, como si no se hubieran percatado de ella. De pequeña, pensaba que la gente sería menos descarada a medida que creciera, pero lo único que ha cambiado es que ahora se muestran más incómodos. Incluso me he cruzado con desconocidos que se han acercado solo para decirme que «sigo siendo guapa».

La marca, de un tono rosa apagado y forma irregular, comienza sobre mi ceja derecha, se extiende a lo largo de mi nariz y cubre la mitad de mi mejilla derecha. Es como mi propio test de Rorschach. En el instituto la ocultaba con maquillaje y solía pensar que algún día me la quitaría con láser, pero hace años que la acepté, casi del todo. Aunque a veces sigo girando la cara en las fotos para mostrar mi perfil izquierdo.

—Deberías tener más cuidado —dice la chica mientras me ayuda a bajar la maleta por las escaleras—. Aunque sea temporada baja, he llegado a ver cómo le robaban el móvil de las manos a la gente.

Cuando la maleta está por fin a salvo dentro del apartamento, abrazo el policarbonato abollado como si la maleta y yo nos hubiéramos reencontrado tras un arduo viaje.

—Lo tendré. Muchas gracias. Acabo de chuparme un largo vuelo internacional y me parece que todavía no soy persona. Supongo que ahora… vivo aquí.

La chica se relaja un poco al oír eso.

—Es mala época para mudarse. Prepárate para tener solo unas ocho horas de luz al día.

Miro hacia mi apartamento. Aún no había amanecido cuando el avión aterrizó, y el sol salió mientras me dirigía en taxi a la ciudad.

—Me encanta vivir en completa oscuridad. Últimamente me preocupa estar recibiendo demasiada vitamina D.

—Pero los veranos son increíbles —añade—. Hacen que los inviernos merezcan la pena.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Casi siete años.

—¿Y todos los apartamentos son… así? —pregunto, haciendo un gesto exagerado con la mano.

Ella baja otro escalón y hace una mueca.

—Me parece que has tenido mala suerte —dice, y luego señala a su izquierda—. Soy Iulia. Vivo justo al lado, por si necesitas ayuda.

—Yo soy Dani.

Ella se despide con la mano, vuelve a ponerse el AirPod y, antes de que pueda decirle que a lo mejor voy a necesitar bastante ayuda, se aleja corriendo por la calle.

Me quedo otra vez sola, rodeada de platos desportillados y decepción, con mis Crocs pegados al suelo.

Entonces, ignorando todas las recomendaciones para superar con éxito el desfase horario, me dejo caer en el finísimo colchón y me

quedo frita.



Hasta ayer, mi pasaporte estaba casi sin estrenar. Solo lo había usado para ir a la despedida de soltera de una amiga en Montreal y a unas vacaciones universitarias de primavera en Cabo que prefiero olvidar. Esta mudanza no fue una decisión meditada y calculada. No hice ninguna lista de pros y contras, ni charlé largo y tendido con la familia o los amigos. Solo hubo un derrumbe total: me quedé sin trabajo y sin novio (dicen que a las mujeres se nos da genial la multitarea), y me puse a mandar solicitudes de empleo con unas copas de más, en cualquier ciudad que no fuera Los Ángeles.

Un miedo desconocido me empujó a seguir, convenciéndome de que no podía quedarme en la ciudad que me vio crecer.

Cuatro semanas después, hice las maletas, vendí mi coche y me mudé al otro lado del mundo.

Cuando abro los ojos a las tres y media de la tarde, hace aún más frío en el apartamento que cuando llegué. Me duele la cabeza, es un dolor sordo e insistente, y tengo la garganta seca. Medio adormilada, me obligo a sentarme y busco mi móvil en la mesita de noche antes de recordar que está guardado en el bolsillo delantero de mi mochila, al otro lado de la habitación.

Cojo el teléfono y la botella de agua, que siempre ha sido demasiado grande para el portavasos de mi coche, y vuelvo a la cama. Ahora que son casi —cuento rápidamente hacia atrás— las siete de la mañana en la costa oeste, la familia Dorfman se está despertando.

Mamá: ¿Qué tal tu apartamento? ¿Qué tal el tiempo? ¿Qué tal la comida? ¡Ya te echamos de menos, envía fotos cuando puedas!

Papá: ¿Ámsterdam es tan bonita como en las fotos o son solo una campaña turística muy bien elaborada?

Mamá: ¡Acuérdate de pedir cita con el médico para renovar tus recetas! He leído en Internet que allí los medicamentos pueden tener otros nombres.

Los mensajes me provocan una punzada de nostalgia que no esperaba sentir tan pronto. Mis padres siempre me han tratado con especial cuidado, como si siguiera siendo aquella diminuta bebé prematura que nació tres meses antes de tiempo, con los pulmones sin desarrollar del todo. Por culpa del asma grave tenía prohibido los deportes de contacto, estaba exenta de la clase de gimnasia y llamaban de urgencia a nuestro médico de cabecera si sentía la más mínima molestia. Aunque hoy en día lo tengo bastante controlado, nunca han dejado de estar pendientes de mí ni un momento. A veces pienso que habrían sido capaces de meterme en una burbuja si hubieran podido.

Les respondo de forma lo bastante detallada para tranquilizarlos: «¡Esto es precioso! Hace frío, pero brilla el sol. Todavía no he comido nada que no venga de un avión, os aviso en cuanto lo haga. Llevo medicación de sobra, pero pronto pediré cita. ¡Yo también os echo de menos! ¡Os llamo cuando se me haya pasado un poco el *jet lag*!».

Mi padre responde de inmediato, y me pregunta si tengo copias digitales de mi historial médico o si necesito que me escaneen algo. Y aunque ha añadido unos cuantos emojis (un médico, un estetoscopio y una carita sonriente), no puedo evitar pensar que piensan que soy demasiado frágil para hacer esto yo sola. Decido que ya le responderé a eso más tarde y abro el chat con mi hermana, que me ha enviado un mensaje mucho más sensato: «Te quiero. Descansa, pero quiero saberlo todo».

«Ups, he tropezado aterrizando en un calabozo», respondo, enviándole unas cuantas fotos del apartamento.

Phoebe: ¡Noooooooo!

Phoebe: Maya dice que las mazmorras están muy de moda este año. A lo mejor lo han hecho a propósito.

Maya, su mujer, es diseñadora de interiores, mientras que Phoebe es propietaria de una librería independiente en Pasadena. Siempre me ha fascinado que hayan conseguido trabajar en aquello que les apasiona, en parte porque es algo que yo llevo años persiguiendo en vano.

Tal vez por eso no me costó mucho tomar esta decisión: porque yo no he echado las mismas raíces.

Dani: eso no explica la bañera en el dormitorio.

Phoebe: ¡Dios mío! Vete a casa, Ámsterdam, estás piripi.

Phoebe: ¡Ah, y no te olvides de tomarte la melatonina que te di para el *jet lag*!

Busco el frasco en mi maleta, lo coloco con cuidado encima de una almohada y le envío otra foto.

Siempre hemos estado muy unidas. Phoebe solo es un año y medio mayor que yo y nunca hemos vivido a más de una hora de distancia, ni siquiera con el espantoso tráfico de Los Ángeles. Pero ahora que nos separan nueve husos horarios y su mujer está embarazada de diez semanas, imagino que eso está a punto de cambiar.

Nos dieron la feliz noticia durante una cena con mis padres el mes pasado, mientras Maya se acariciaba con suavidad el vientre. En ese momento ya me había comprometido a mudarme a Ámsterdam y

tuve que resistirme a cancelar todos mis planes, porque ¿y si me perdía el nacimiento de mi sobrina o sobrino?

«Aún faltan siete meses —me dije—. No pienses en ello ahora mismo».

Compartimentar hace maravillas con la salud mental.

Aunque no haya dormido gran cosa, sé que no debería acostarme otra vez, así que voy derecha a la minúscula ducha del baño, que rocía agua por todas partes. No hay cortina, solo una mampara de cristal opaco que no impide que el suelo se empape.

Como tampoco hay ventilación, me conformo con secar el agua lo mejor que puedo antes de sacar un jersey ancho y unos vaqueros limpios de la maleta. También llevo en ella todos los productos de mi rutina de cuidado facial de siete pasos, aunque no recuerdo la última vez que pasé del tercero.

Toda mi vida cabe en dos maletas facturadas y un equipaje de mano. No sé muy bien qué dice eso de mí, pero no es el momento de pararme a pensar en ello. Así que me pongo un abrigo de lana un poco arrugado y salgo a explorar.

Entrecierro los ojos para protegerlos del sol de la tarde, aunque estemos a mediados de enero y haga un frío que pela. Se ve más animación en la calle: hay niños haciendo dibujos con tiza en la acera y los perros se paran a olisquear los parterres. El piso de Iulia está en la planta baja, con un montón de macetas en la ventana, pero imagino que está en el trabajo.

Esta vez me aseguro de evitar el carril bici y me invade una absurda oleada de orgullo, pero luego revelo a las claras que soy extranjera al ponerme a hacer fotos de todo. Los pintorescos edificios de ladrillo. El montacargas de enfrente que sube un sofá por la ventana del tercer piso. El gato naranja de antes, que ahora está tumbado al sol dentro de la cesta de una bicicleta aparcada.

—Pero ¿qué es este sitio? —murmuro para mí.

Mi estómago emite un leve gruñido, recordándome que no he probado bocado desde que estaba sobrevolando el océano Atlántico.

Comida. Supongo que toca hacer la compra.

Nunca antes había experimentado semejante libertad. Auténtica libertad, sin ataduras y sin que nadie me controle. La universidad se parecía un poco: experimenté con los chicos y con el alcohol porque no había nadie a mi alrededor que me dijera que no lo hiciera. Pero estaba en el mismo Estado. El mismo huso horario. Ahora estoy sola en un país nuevo, sin ningún compromiso hasta que empiece a trabajar la semana que viene. Da miedo, aunque también me resulta emocionante.

Esa conexión que una vez creí tener, ahora tan lejana que bien podría haber sido en otra vida, no era solo con este lugar.

También había una persona: la primera que me rompió el corazón.

Intento no pensar en él a menudo, pero estar aquí hace que sea inevitable. Durante un instante me entra el pánico solo de pensar en encontrármelo, aunque la realidad es que somos dos personas en un país con una población de diecisiete millones. Aun así, es posible que siga en algún rincón de los Países Bajos, dibujando lo que ve desde su ventana como solía hacer en la mesa de nuestra cocina.

O quizá no. Tal vez se haya marchado de nuevo con una maleta llena de promesas vacías, igual que cuando me dejó a mí.

El barrio en el que estoy se llama De Pijp, una pequeña zona de la ciudad sin canales, pero con muchos bares y restaurantes. A la vuelta de la esquina, aparece algo mucho mejor que una tienda de comestibles: un enorme mercado al aire libre. La calle es un hervidero de actividad, repleta de puestos con fruta y verdura, flores recién cortadas y comidas de medio mundo. La gente vocifera en neerlandés y en inglés para que se la oiga a pesar del ruido de las

parrillas, invitando a turistas y lugareños a acercarse con la promesa de probar algo delicioso. Hay gigantescos quesos con forma de rueda, recuerdos horteras de Ámsterdam y varios puestos solo de patatas fritas, servidas en un cucurucho y cubiertas de salsa. Casi me mareo con toda esa mezcla de olores: salado, dulce, frito… y perfecto.

En Burbank, lo único que quedaba cerca de mi apartamento era un túnel de lavado de coches.

Me paro en un puesto de tortitas en miniatura, en el que un hombre mayor está vertiendo masa en pequeños círculos sobre una plancha. En el letrero que hay sobre él dice: *POFFERTJES*.

—¿Una de estas, por favor? —pregunto, y luego hago todo lo posible por pronunciarlo bien—. ¿*Poffert-yays*?

—*Poffertjes* —dice el hombre, y la palabra suena tan ligera y esponjosa como las propias tortitas. *Po-fer-yes*—. ¿Con azúcar o con Nutella?

—¿Con las dos cosas?

Miro mientras mis pequeñas tortitas se inflan y se doran por los bordes antes de que el hombre las pase a una bandeja de cartón. A continuación, las espolvorea con azúcar glas y una generosa cucharada de Nutella. El toque final es un palillo coronado por una pequeña bandera de los Países Bajos.

El primer bocado es pura mantequilla caliente, con una textura que se encuentra en la sagrada intersección entre tortita y dónut. ¡Un manjar! Siempre he sido una golosa empedernida, y esta delicia es justo lo que necesita alguien que sufre de *jet lag*.

En cuanto termino, pido otra bandeja, y cualquier preocupación de que esto sea un error desaparece al instante bajo una avalancha de absurdo optimismo.

«Estoy en Ámsterdam».

Y entonces me sobreviene un pensamiento igual de extraño: «Vivo aquí».

Suena tan ridículo que se me encoge el corazón y empiezo a sentir presión detrás de los ojos. Pero lo más absurdo de todo es que esta podría ser mi oportunidad para reinventarme. Aquí no tengo que ser la chica que sus padres consideran demasiado frágil. Ni la chica que reenvió los *emails* privados y casi obscenos de su ex a toda la empresa. Tampoco la chica a la que sus amigas acusaron de portarse como una cría cuando lo único que quería era que le cogieran de la mano y la dejaran llorar. La chica a la que todos parecen adelantar, con sus hipotecas, sus ascensos y sus tarjetas de Navidad con los niños vestidos a juego.

«¿Cuándo vas a espabilar?».

«¿A madurar?».

«¿A sentar cabeza?».

«¿Y te has acordado de reponer tus medicamentos?».

Tal vez este sea el lugar en el que debo estar. Puede que sea un subidón de azúcar, el desfase horario o quizá esa euforia que no sentía desde que era pequeña. No sé si alguna vez he tenido esa capacidad de ver el mundo con los ojos llenos de asombro de un niño, puede que ya viniera al mundo algo desencantada. Pero aquí, en medio de este mercado, en esta ciudad que una vez me envolvió en amor y luego en desamor, por fin lo siento.

Ámsterdam va a cambiarme la vida.

Tiene que hacerlo.

Dos



Está claro que quien acuñó la frase «Es como montar en bici» no lo hizo en Ámsterdam, en plena hora punta y lloviendo a cántaros.

Este es el país con las personas más altas del mundo, y yo no mido más que un metro y medio, algo que acabo de descubrir y que basta para que la mayoría de los propietarios de tiendas de bicicletas se me queden mirando como si yo les supusiera un reto para el que nadie los ha preparado.

—Esta es una *omafiets* —me dijo el chico de la tercera tienda en la que probé suerte, un lugar de alquiler por suscripción con una cuota mensual—. Una bici para yayas.

Me quedé a cuadros. ¿Lo decía por mi maña para montar en bicicleta o por mi careto? Y la verdad es que razones no le faltaban. Pero el chico me aclaró que aquí en los Países Bajos ese es el modelo de bici más común. Una *omafiets* tiene un cuadro más alto y curvado que te permite sentarte erguido, lo que resulta más cómodo y facilita recorrer largas distancias.

En teoría, sonaba genial. Ya me imaginaba recorriendo la ciudad en una coqueta bici de color rosa pastel, con unos tulipanes recién comprados en el puesto de flores de la esquina asomando por la cesta. Sería una más entre los lugareños. Muy neerlandés todo.

Pero en la práctica, subirme a la bici es como montarme en una montaña rusa con los raíles rotos: veo que voy a morir y ya me he resignado a mi destino. La bici que alquilé no es del tamaño adecuado, ni siquiera después de que el chico bajara el sillín hasta el tope. Mis pies no llegan al suelo, y aunque para la gente de aquí eso sea lo más normal del mundo, a mí me da la sensación de que no tengo el control. Parece que tenga que fiarme de mi cuerpo para no estamparme cuando intento frenar. Y pocas veces ha demostrado ser digno de confianza: ni cuando pasé los primeros seis meses de mi vida en el hospital; ni cuando en tercero de primaria un ataque de asma me impidió hacer el papel protagonista en el musical original de nuestra profesora, *¡La geología es lo más!*; ni cuando estaba tan nerviosa por mi primer beso que terminé mordiéndole la lengua al pobre Levi Moskowitz en el campamento judío de verano en secundaria.

Los días siguientes son una vorágine de citas para registrarme. Consigo un permiso de residencia, el equivalente neerlandés al número de la seguridad social y abro una cuenta bancaria. Hacer la compra es una odisea: paso una hora entera recorriendo los estrechos pasillos de Albert Heijn, traduciendo todo con el móvil. Me entero de que los *coffeeshops* no son cafeterías, como yo pensaba, cuando intento pedir un café con leche y, al reconocer ese aroma terroso, me doy cuenta de que el menú está lleno de porros y dulces con nombres como Lemon Skunk y Amnesia Haze.

Aun así, nada de esto me parece real.

Cuando llega mi primer día de trabajo, ya me he recuperado casi por completo del *jet lag*, después de haber hecho varias veces en bicicleta la ruta hasta mi oficina. Me muero de ganas de relacionarme con otras personas, y las llamadas telefónicas con Phoebe y mis padres no son suficientes.

—Ay, Dani —me dijo mi madre anoche cuando cometí el error de mencionar que no se me daba bien montar en la bici típica de este país—. No fuerces demasiado los pulmones.

—Sabes que no te juzgaremos si esto no sale bien —añadió mi padre—. Puedes volver a casa cuando quieras.

Entonces me mordí el interior de la mejilla y cambié de tema.

Intento no interpretar la persistente lluvia matutina como una especie de augurio. Tal y como Iulia me advirtió, a las ocho y media sigue siendo de noche, y después de pasar toda la vida en un lugar sin estaciones, no tengo la ropa adecuada.

—Resistente al agua, y una mierda —murmuro mientras pedaleo con fuerza, con la lluvia goteando por mis pestañas y mi ridícula chaqueta pegada a los hombros.

Giro de golpe el manillar a la derecha cuando alguien me adelanta en una bicicleta con lo que parece una carretilla acoplada en la parte delantera. Dentro van tres niños con impermeables de vivos colores, e incluso hay un bebé sujeto a un asiento delantero más pequeño de la bicicleta. Deduzco que es lo que en Ámsterdam entienden por coche compartido.

—¡Perdón! —grito cuando el ciclista me lanza una mirada de pocos amigos, y me pregunto si hay un número máximo de veces que puedo pedir perdón cada día.

Cuando llego al aparcamiento subterráneo del edificio, reservado solo para bicicletas, estoy calada hasta los huesos y sin resuello. Me recojo el pelo en una coleta y pulso el timbre del tercer piso, irguiendo la espalda y haciendo todo lo posible por proyectar confianza.

La oficina está a dos pasos de la plaza Dam, en pleno centro de la ciudad, en una calle paralela a las tiendas internacionales y los reclamos para turistas como el Ripley's Believe It or Not! He estado

tan ocupada instalándome que no he tenido oportunidad de explorar demasiado, pero me prometo sacar tiempo este fin de semana. Todo es un contraste entre lo antiguo y lo moderno: un KFC frente a un monumento a la Segunda Guerra Mundial, un H&M al lado del palacio real. Me pregunto si terminaré acostumbrándome.

CommerX es una empresa emergente que afirma que su nueva plataforma democratizará el comercio electrónico de un modo sin precedentes. Para ser sincera, no termino de comprender qué significa eso. Tampoco estoy segura al cien por cien de cómo se pronuncia.

Al llegar a la universidad me di cuenta de que el problema era que me interesaban demasiadas cosas, pero no destacaba en ninguna. Siempre me había atraído el arte, pero era demasiado pragmática para creer que pudiera ganarme la vida con ello. La industria del entretenimiento no me fascinaba tanto como a muchos de mis compañeros de clase. Me gustaba la historia, no se me daban mal las matemáticas y recuerdo que un año mis padres me regalaron un kit de fósiles por Janucá y les dije a todos que iba a ser arqueóloga.

Cada vez que me volcaba en algo nuevo, estaba convencida de que iba a descubrir alguna habilidad latente sin explotar. A lo mejor tenía mano para la repostería, aunque siempre quemara los *brownies*. O igual se me daba bien escribir diálogos con chispa, aunque tirara de resúmenes cada vez que tocaba leer a Shakespeare. Durante unos seis meses me convencía de que era la nueva gran chef o la próxima autora revelación…, hasta que acababa aceptando que no tenía ni una pizca del talento necesario para triunfar.

Lo del Diseño de Experiencia de Usuario fue una afortunada casualidad. Había recibido demasiadas clases introductorias y tenía que elegir una especialidad. Mi orientador miró mi expediente académico y se dio cuenta de que tenía más créditos para una

licenciatura en Bellas Artes o una especialidad en Informática, nada menos, que incluía una clase a la que me había inscrito porque todas mis primeras opciones ya estaban llenas. Así que elegí la más segura y pasé mis veinte años saltando de una empresa tecnológica a otra, mientras mis aficiones seguían multiplicándose sin control. Pensaba que, si conseguía dar con esa vocación que andaba buscando, por fin podría dejar de huir.

Esta profesión nunca me ha apasionado, no como mi hermana y Maya, que adoran lo que hacen. Y con los precios astronómicos de la vivienda, solo podía permitirme el alquiler mensual de mi apartamento de una habitación. Hasta que conocí a Jace, ninguna de mis relaciones había durado tanto como para plantearnos vivir juntos, y ahora me alegro de que no llegáramos a firmar un contrato de alquiler.

Confesar que sigo sin tener claro qué hacer con mi vida no despertaba tantas miradas de incredulidad hace cinco años como ahora.

Por eso he aprendido a callármelo.

Respira hondo. Empieza de cero.

Un logotipo verde y blanco cubre la pared que hay detrás de la zona de recepción, decorada de manera minimalista. Ese es el estilo que impera en este sitio: un par de hileras de sobrias mesas blancas, una sala de conferencias al fondo y una iluminación bastante potente para el encapotado cielo. Aparte de unas cuantas tazas desordenadas, no parece que nadie haya hecho suyo el espacio. Hasta la planta artificial parece mustia.

Entro con cuidado de no mojar el suelo de linóleo con mi chaqueta.

—¿Hola? —digo en voz alta.

Un hombre asoma la cabeza por la esquina, con cara de sorpresa. Vestido con vaqueros y un chaleco de la marca Patagonia, parece

sacado de una foto de archivo del típico emprendedor de una empresa emergente.

—No vienes por la auditoría, ¿verdad?

—Eh…, no. Me parece que trabajo aquí —digo. No soporto el tono de incertidumbre que refleja mi voz. Me pregunto de manera fugaz si una auditoría inminente es un procedimiento estándar o si debería preocuparme—. Soy Dani Dorfman. Se supone que empiezo hoy.

El hombre parece relajarse un poco cuando le confirmo que no soy auditora. Pero tiene el efecto contrario en mí.

Una mujer rubia de unos treinta y cinco años, con un minivestido vaquero nada apropiado para este clima, se acerca con paso rápido y una sonrisa que parece casi sincera.

—¿Danika?

Y otra vez la historia de siempre: su mirada se detiene en mi mejilla derecha antes de obligarse a sonreír con más ganas.

—Dani. Hola —digo, extendiendo la mano. Después del trayecto en bicicleta, se me han arrugado los pantalones negros de talle alto, que he combinado con una camiseta blanca de pico y una chaqueta a rayas. No sabía si el término «vestimenta semiformal» significaría lo mismo a este lado del charco, y me alegro de no haberme arreglado demasiado.

—Encantada de conocerte. Soy Charlotte, de Recursos Humanos. —Tiene acento británico—. ¡Siento que no haya nadie aquí para recibirte! Por desgracia, perdimos a nuestro recepcionista a principios de mes y aún no hemos podido buscar un sustituto.

Me encanta la ambigüedad de la expresión «perdimos a nuestro recepcionista»: podría haber dimitido, fallecido o desaparecido en el bosque sin dejar rastro. Charlotte no da más detalles.

—No pasa nada. ¿Está Yesenia hoy? Es quien se ha encargado de mi contratación.

Charlotte hace una mueca y baja la voz:

—Creía que te lo habrían dicho. Ella… se fue la semana pasada. —Abre los ojos como platos al darse cuenta de que, en cuestión de treinta segundos, le ha contado a una nueva empleada que dos empleados han dejado la empresa en un breve espacio de tiempo—. Pero son casos muy diferentes, una nueva oportunidad; ya sabes cómo es esto. ¡Pero que no cunda el pánico! Estoy aquí para guiarte, y creo que te entenderás a las mil maravillas con todo el mundo. Es un equipo muy internacional.

—Me alegro de oírlo. Es estupendo estar por fin aquí, en… CommerX. —Me trabo un poco con el nombre.

—Genial —responde, con otra amplia sonrisa que deja ver bien su dentadura. Charlotte me conduce hacia el interior de la oficina, señalando las hileras de mesas. La mayoría están desocupadas—. Aquí somos partidarios de compartir mesa. Cosas de las oficinas modernas. Puedes sentarte donde más te apetezca.

La sigo mientras me enseña la sala de conferencias, la pequeña cocina y el baño que compartimos con la otra empresa de la planta.

Por suerte, parece que he llegado un poco pronto, y cuando empiezan a llegar los demás, Charlotte me presenta a todos. A Natalia, de Turín. A Mehmet, de Estambul. A Beatriz, de un pequeño pueblo al norte de Lisboa.

—Los directivos están fuera de la ciudad tratando de conseguir más financiación —explica Charlotte cuando regresamos a las mesas después del pequeño recorrido—. Te van a caer genial. Son todos brillantes. ¡No es de extrañar que la gente esté loca por invertir! —Detecto cierta tensión en su voz, aunque casi logro convencerme de lo contrario—. Como puedes ver, somos una empresa pequeña. Aquí todos echamos una mano. Habíamos pensado que podrías empezar por algo más de tipo administrativo.

—Claro. —Me esfuerzo por no perder la sonrisa—. ¿Qué tienes en mente?

Resulta que ser recepcionista. Atender el teléfono, que solo suena una vez y porque se han equivocado de número; trabajar en algunos cursos digitales para nuevos empleados, y bajar a por café unas cuantas veces.

Al mediodía, cuando hay un gran ajetreo en la sala de conferencias, cierro mi portátil y me dispongo a levantarme.

—No hace falta —dice Charlotte con desenfado—. Solo es una reunión rápida por Zoom con el consejero delegado.

Mi mente divaga entre cursos básicos de PowerPoint sobre nóminas y principios corporativos. Al final del pasillo hay una pequeña ventana desde la que alcanzo a ver una tienda de Uniqlo. Algunos grupos de turistas hacen cola frente al Museo Madame Tussauds para guarecerse del mal tiempo. También veo pasar el tranvía, pero no oigo nada porque, tal y como Charlotte me ha dicho con entusiasmo, estas ventanas son de doble acristalamiento y apenas dejan pasar ni un ruido. Una extraña sensación se instala en lo más profundo de mi estómago, y hago todo lo posible por hacerla desaparecer.

Solo es el primer día. No esperaba que me incluyeran en las reuniones nada más llegar, y aunque tampoco es que me apetezca demasiado estar en esa sala de juntas al final del pasillo, no sabría decir qué preferiría estar haciendo. Después de cómo terminó mi anterior empleo, estoy casi convencida de que el problema soy yo. Podría decir que fue un error enamorarme de un compañero de trabajo que me ponía los cuernos, pero reenviar todos esos correos electrónicos que me había enviado antes de que le pillara no fue ningún descuido. Los discretos. Los cursis que no podía leer sin sentir vergüenza ajena. Los claramente explícitos, aunque solo había

un par de esos. Puede que guardar rencor sea ruin, pero sin duda me sentó de maravilla, y en esos momentos de rabia, me pareció la única forma de recuperar algo de control.

Pero lo único que recibió él fue un tirón de orejas y a mí me acompañaron de forma amable a la salida y me pidieron sin rodeos que entregara mi tarjeta de acceso y no volviera a poner un pie en las instalaciones.

—No lo entiendo —dijo mi amiga Nora cuando quedamos para almorzar una semana antes de mi partida. Su hijo pequeño gritaba que quería más sirope mientras ella mecía a su recién nacido en un portabebés—. Creía que Jace y tú estabais pensando en iros a vivir juntos. ¿Y ahora te mudas a la capital mundial de la marihuana?

—También de los molinos de viento —repliqué mientras su hijo pequeño me lanzaba un trozo de tortita a la cara—. Y del queso.

Eso no ayudó a que lo entendiera. Quizá ni yo misma lo entendía del todo. Solo sabía que me sentía estancada, como si todo el mundo avanzara hacia nuevos y emocionantes derroteros y yo estuviera atrapada en ámbar.

Pero hasta ahora no he visto ningún molino de viento, y el único queso que he probado es el que viene rallado y envasado en una bolsa de plástico.

Charlotte deja un montón de papeles sobre mi mesa con un ruido sordo y siniestro.

—Si tienes un momento, ¿podrías organizarlos por orden cronológico? —Y como sé que debería estar agradecida por estar aquí, le digo que sí.

El viernes por la mañana me levanto de la cama y planto el pie de lleno en un charco de agua fría. Busco a tientas el interruptor que

hay junto a mi cama. La tenue luz me deja ver lo justo para despertarme por completo.

Todo el apartamento está inundado y solo hay un culpable.

—Mierda. —Agarro el cargador de mi móvil, que cuelga del enchufe—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Anoche me metí en la bañera del dormitorio porque había sido una semana larga y quería relajarme un rato. Casi había hecho las paces con esta mazmorra: compré un par de lámparas nuevas y una manta barata para cubrir el sofá, donde como siempre porque no me fío de la mesa del comedor. El agua no colaba demasiado rápido. Llegó un punto en que no sabía si el desagüe tragaba o no, pero pensé que podía dejarlo así y que ya se vaciaría durante la noche.

Y, en cierto modo, supongo que lo ha hecho. En el suelo.

Engancho los vaqueros empapados de ayer y los lanzo a un rincón seco antes de ir pitando al armario del pasillo a por unas toallas. La bañera, que sigue teniendo una cuarta parte de agua, emite un gorgoteo derrotado.

Meto a toda prisa en la maleta la ropa que no está mojada y me obligo a respirar. Tomo aire durante cuatro segundos, aguanto la respiración durante siete y lo suelto durante ocho. Tal y como me enseñó una terapeuta hace años, durante las semanas en las que me desconecté por completo del resto del mundo. Luego envío un mensaje a la agencia de alquiler con la que Yesenia me puso en contacto antes de dejar CommerX para emprender su nueva y emocionante aventura.

«O tal vez se dio cuenta de que estaba en un barco que se hundía», susurra una vocecita en el fondo de mi mente.

Me preparo para suplicar. Me pongo una sudadera con capucha y llamo a la puerta de mi vecina.

—Hola, lo siento. Sé que es temprano —digo cuando Iulia abre la

puerta—. Espero no haberte despertado. Se me ha inundado el piso y… supongo que esto no es lo que imaginabas cuando me ofreciste ayuda, pero… no sé qué hacer.

Iulia se agarra la bata que lleva encima del pijama, todavía medio dormida, y abre los ojos de golpe.

—¡Pobrecita! Claro que sí, lo que necesites. —Abre la puerta y se ofrece a guardarme la maleta mientras decido qué hacer—. Te juro que Ámsterdam no suele recibir así a los recién llegados.

—Muchas gracias. Te debo una. —Se lo repito un millón de veces más por si acaso, mientras intercambiamos el número de teléfono.

Meto todo lo que necesito para el día en mi mochila y me visto en el baño de Iulia, pero no me atrevo a preguntarle si puedo usar su ducha. Como la agencia de alquiler no abre hasta las nueve, cruzo la calle y me pillo un café con leche y un croissant en la cafetería (una de verdad, no en un *coffeeshop*). Mientras desayuno, echo un vistazo a los anuncios de apartamentos. Por si acaso.

Y no son nada baratos.

Después de diez minutos, estoy convencida de que el apartamento del sótano era poco menos que una ganga del mercado inmobiliario de Ámsterdam.

Le envío un mensaje de pánico a Phoebe y me quedo esperando respuesta, hasta que caigo en la cuenta de que quedan al menos seis horas para que se levante. Todavía no me acostumbro a compartir solo la mitad del día con mi hermana, y la verdad es que no me hace ninguna gracia.

El lado positivo es que, después de dos semanas, ya no es de noche cuando suena el despertador, aunque el día haya vuelto a amanecer gris y lluvioso. Parece que hubieran mojado un pincel en agua y hubieran borrado todo el encanto de la ciudad, porque ahora mismo yo no se lo veo por ninguna parte.

La agencia inmobiliaria no me responde hasta después de comer.

—Todas nuestras otras propiedades están ocupadas en este momento —me dice el chico por teléfono—. Podemos enviar a un fontanero mañana por la mañana, pero es un edificio muy antiguo. Lo mejor es que no utilice el agua hasta la semana que viene.

—¿Y qué me recomienda que utilice en su lugar? —pregunto, y tal vez sea la barrera del idioma, pero se limita a repetir la frase anterior, solo que más despacio.

Al final de mi jornada, después de otra reunión a la que no me han invitado, me acerco a la mesa de Charlotte. He tenido algunos trabajos de mierda —como aquel verano, mientras estaba aún en el instituto, que pasé repartiendo folletos para una peluquería canina ambulante vestida de San Bernardo, o la empresa que prohibía que dos miembros del equipo cogieran vacaciones al mismo tiempo—, pero seguro que CommerX tiene algo más que ofrecer.

—Me preguntaba si hay alguna tarea relacionada con los productos en la que pueda echar una mano —digo—. O si podría hablar con los otros diseñadores del equipo.

Charlotte me dijo el lunes que teletrabajan, pero de repente empiezo a dudar si esa es la única razón por la que aún no los he conocido.

Empiezo a preguntarme si de verdad existen.

—La semana que viene —responde con una sonrisa forzada—. Te lo prometo.

Justo cuando salgo de trabajar, Phoebe me envía un mensaje cargado de insultos y emojis dedicados a mi casero, y me pregunta si estoy libre para hablar durante su pausa para comer. Aquí son las diez de la noche, y aunque no suele ser mi hora de acostarme los viernes por la noche, esta mudanza me ha echado cuarenta años encima de golpe.

Ha anochecido, todo está mojado y la resignación pesa como una losa en mi pecho mientras me dirijo a mi bicicleta. Algún imbécil ha tirado unas botellas de cerveza vacías en la cesta. No, descubro al coger una y salpicarme la manga con líquido: no están vacías.

Ahora la arquitectura de Ámsterdam parece burlarse de mí. Todos los edificios tienen la misma altura y no hay nada en el horizonte. Me había acostumbrado tanto a ver las montañas de San Gabriel que acabo de darme cuenta de lo poco que lo valoraba. Aquí el paisaje parece sombrío. Desolado. Tengo los dedos congelados en el manillar y el frío me corta la cara. Si siguiera en Los Ángeles, ahora mismo estaría atrapada en el tráfico, puede que yendo a cenar con Phoebe, o quizá habría vuelto a las aplicaciones de citas y estaría esperando en un bar de copas para encontrarme con una cita que acabaría siendo una decepción. Hasta eso me parece más apetecible que volver en bicicleta a un piso inundado. Podría permitirme una o dos noches en un hotel, pero ojalá pudiera explicar por qué me parece que eso es rendirse.

Lo único que quiero ahora mismo es un poco de paz. Algo de calor, comodidad y un triturador de basura. Las cosas que dejé atrás en California porque me convencí de que la única solución a mis problemas era irme a vivir a la otra punta del mundo.

Tan absorta estoy autocompadeciéndome que no me doy cuenta de que el semáforo se ha puesto en rojo.

Esta vez choco de lleno contra un ciclista que viene en dirección contraria y ambos caemos al suelo.

Algo duro se me clava en la cadera y me raspo la rodilla al caer. Mi ropa mojada por la lluvia toca el empapado pavimento. El otro ciclista empieza a despotricar en neerlandés. No me hace falta hablar el idioma para saber que está cabreado, pero pillo una palabra: «turista».

—Lo siento, lo siento, lo siento —digo, entrecerrando los ojos, con el pelo mojado pegado a la cara por el choque, e intentando ignorar el dolor agudo en la cadera.

Otra retahíla en neerlandés, algunas palabrotas en inglés y de repente:

—¿Danika?

Tres



Wouter van Leeuwen, mi primer amor y mi primer todo, me devuelve la mirada mientras nuestras bicicletas yacen en un amasijo entre los dos. Sus anchos hombros llenan su impermeable; sus botas Blundstone grises están desgastadas por el paso del tiempo. Es casi el chico que recuerdo: cabello rubio, más oscuro en las raíces, y una barba incipiente más poblada que a los diecisiete años. Ojos color avellana oscuro, que tan bien sabía plasmar él en un autorretrato mientras que yo era incapaz de dar con el color exacto. Gafas redondas de montura metálica salpicadas por la lluvia, un poco torcidas. Y algunas pecas a lo largo de la nariz.

Esto no puede ser real. Pero es lo único en las últimas dos semanas que tiene algún sentido. ¿Minitortas neerlandesas? ¿Perros viajando en las cestas de las bicis? Todo inventado.

Wouter van Leeuwen, con su boca suave y su expresión perdida, el chico —el hombre— al que nunca he podido perdonar.

Tan real que resulta doloroso.

Él reacciona antes que yo. Me ofrece su enorme mano para ayudarme a levantarme, y luego se apresura a arrastrar nuestras dos bicicletas hasta la acera con la rapidez de un recogepelotas en Wimbledon.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta una vez que ya no bloqueamos el tráfico. Ahora su voz se cuela en los rincones de mi cerebro donde habitan los buenos recuerdos. Debería haberla reconocido en el acto; incluso con trece años de diferencia, nunca pensé que olvidaría el sonido de la primera voz que me dijo «Te quiero».

En inglés y también en neerlandés.

Me abrazo más fuerte a mi chaqueta, pero no sé si tengo demasiado calor o demasiado frío.

—Por lo visto, intentar echarte de la carretera. —Pero la broma no resulta tan divertida. Estoy demasiado conmocionada y me duele muchísimo la pierna derecha—. Yo… ¡Joder! Lo siento. Intento asimilarlo.

Wouter van Leeuwen sigue viviendo en Ámsterdam. Wouter van Leeuwen está aquí, justo delante de mí, después de las promesas que nos hicimos, de su cruel ruptura…, y antes de todo eso, de una relación que debíamos mantener en secreto.

A pesar de todo el caos que he causado en cinco minutos, Wouter esboza una sonrisa. Como si se alegrara de verme, cuando la sensación que recorre mi cuerpo es más bien de pánico y terror, con una pizca de conflicto sin resolver por encima.

—Estás… —Su voz se apaga, como si acabara de fijarse en las pintas que llevo: casi parece que me hayan rescatado de un canal. Y se sonroja al notar que se ha quedado mirándome más de la cuenta —. Vaya —concluye, y no sé muy bien cómo interpretarlo—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Vivo aquí —respondo—. Trabajo en una empresa emergente. Hoy hace justo una semana.

Su sonrisa da paso a la más absoluta incredulidad.

—¿En serio vives aquí? ¿En Ámsterdam? ¡Madre mía! Pues mira, hay una cafetería que me encanta en la calle de al lado. Te invito a

una copa y me lo cuentas todo, ¿vale? —Asegura su bicicleta en un aparcamiento y hace lo mismo con la mía. De repente me veo siguiendo a Wouter van Leeuwen calle abajo, cojeando con mi pierna lesionada mientras él sacude la cabeza y murmura—: Danika Dorfman. No me lo puedo creer.

La cafetería está decorada como si fuera una sala de estar, con mullidos sillones que no combinan, una pared llena de estanterías con libros y música rock suave de los ochenta de fondo. Wouter le pide algo en neerlandés a la camarera mientras nos sentamos en una mesa vacía en el rincón, y ella vuelve con una bolsa de hielo, dos aguas y unas tiritas.

—Estoy bien, de verdad —digo, plenamente consciente de que tengo al menos tres heridas abiertas. Pero Wouter solo enarca las cejas al ver el lamentable estado de mis pantalones. Así que me rindo y me pongo la bolsa de hielo en la rodilla. Con la otra mano, me aparto el pelo húmedo de la cara. Ahora tengo una dosis moderada de vanidad, sobre todo desde que hice las paces con mi marca de nacimiento. Pero siempre que imaginaba cómo sería reencontrarme con Wouter, estaba mucho más atractiva que ahora. Y me había duchado, eso por descontado.

He ensayado infinidad de veces qué le diría. Le he maldecido como si estuviera lanzándole un hechizo. Puede que hayan pasado diez años, pero cada relación que he tenido, cada vez que he dudado de mí, todo se remonta al año en que solo existíamos nosotros dos.

Y, a pesar de todo, las palabras que salen de mis labios son:

—¿Te has hecho daño?

Porque, aunque le guarde rencor, el accidente ha sido culpa mía.

—Un par de rasguños. —Limpia los cristales de las gafas con la camisa—. No es para tanto.

¡Esto es surrealista! Todavía me cuesta creer que esté sentado

enfrente de mí, y sigo intentando reconciliar a este hombre con el chico que conocí. Sus rasgos tardan en volverse nítidos, como un dibujo a lápiz que cobra vida. Cuando consigo respirar con calma y bebo un trago de agua, por fin empiezo a mirarlo con atención.

A los diecisiete ya era mono, con ese hoyuelo en una mejilla y las gafas que siempre se olvidaba de ponerse, por lo que a veces iba sin ellas, y tenía que entrecerrar los ojos para mirar su bloc de dibujo. «Te va a salir una arruga ahí», le decía, posándole el pulgar en el entrecejo. Él me agarraba el dedo y se lo llevaba a los labios. Ahora no se puede negar que es guapo, sobre todo cuando se quita la chaqueta y deja al descubierto una camisa verde que resalta el color de sus ojos. Veo alguna que otra cana en la áspera barba incipiente que le cubre la mandíbula y la barbilla, y junto con las pequeñas arrugas en el rabillo de los ojos, le da un aspecto maduro y sereno. Una vez pinté esas suaves pecas con pintura, convirtiendo su rostro en una obra de arte, aunque ya lo era. Y sus manos… Me enamoré perdidamente de sus manos.

El tiempo solo se ha portado mal con él en una cosa: su cabello empieza a clarear en la zona de la coronilla. No puedo evitar preguntarme si le acompleja, aunque no parece haber afectado a su confianza. Estira sus largas piernas y se apoya en el respaldo de su asiento, irradiando una seguridad que envido al instante.

Tener la desfachatez de estar tan guapo y tan relajado después de tanto tiempo es una auténtica crueldad.

Mis padres siempre habían querido acoger a un estudiante de intercambio, pues les entusiasmaba la idea de aprender de ellos tanto como ellos aprenderían de nosotros. Cuando yo tenía diecisiete años y Phoebe estaba en la universidad, rellenaron todas las solicitudes y asistieron a todas las charlas, y acabaron asignándoles a un estudiante de los Países Bajos.

Wouter y yo teníamos la misma edad, y enseguida me pareció diferente de los chicos con los que iba a clase. Más mayor, en cierto modo. Intentaba imaginarme viviendo en el mismo lugar en el que vivieron Van Gogh, Rembrandt y Vermeer, cautivada por toda esa energía creativa concentrada en un país tan pequeño. Me sorprendía la gran independencia con la que se había criado; iba a todas partes en bicicleta desde que era pequeño, a menudo solo y siempre sin casco. Mis padres no lo entendían, por más que Wouter les explicara una y otra vez que era algo normal en los Países Bajos.

Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me daba cuenta de que mis sentimientos eran más profundos que el simple hecho de encontrarlo interesante. No podía dejar de pensar en su cabello revuelto, su suave acento y sus manos manchadas de tinta. Cuando nos cruzábamos en el pasillo, su camiseta rozaba la mía y a mí se me aceleraba el corazón. A veces me quedaba dormida en el sofá mientras hacía los deberes, y él me arropaba con una manta. Era una tortura que él durmiera en la habitación de enfrente, a solo unos metros de distancia. Estaba prohibido.

Pero juré que jamás haría nada al respecto. Mis padres me habrían castigado de por vida, y supuse que Wouter no quería poner en peligro su programa de intercambio liándose con la hija de la familia que lo acogía.

Pero esos sentimientos no desaparecían. Me ponía los pantalones más cortos que tenía para estar por casa, le llevaba a mis lugares favoritos de Los Ángeles, me quedaba hasta tarde viendo películas con él. Si no podíamos estar juntos, al menos podíamos ser inseparables.

Una tarde de diciembre, mientras él estudiaba y no había nadie más en casa, llamé a la puerta de su habitación. Sus apuntes estaban llenos de dibujos. Una puesta de sol. Un caballero montado a

caballo.

—Dibújame algo a mí —le pedí, armándome de valor mientras me colocaba junto a su mesa y le ofrecía mi brazo. Él se sonrojó, se dio unos golpecitos en la barbilla con el bolígrafo y luego lo acercó a mí. Deslizó la punta por mi piel, de peca en peca, formando líneas curvas que evocaban las olas del mar. Una marea azul a bolígrafo.

—¿Qué te parece? —me preguntó mientras yo lo miraba. Seguía tocándome, moviendo el pulgar en círculos sobre mi palma. Ya estaba perdida. El resto de la noche transcurrió como una serie de imágenes vertiginosas: mi mano en su mandíbula, sus dedos recorriendo mis piernas desnudas. Nos besamos hasta que la puerta del garaje vibró debajo de nosotros. Y esa noche, cuando me metí en la cama, apreté mi antebrazo tatuado contra mi pecho.

Sabía que no debíamos hacerlo, pero durante los siguientes seis meses, seguimos adelante.

—Vaya —dice de nuevo ahora, después de que el camarero nos traiga un par de cervezas—. ¿Cómo estás? Quitando el accidente, claro. —Sigue conservando ese ligero acento neerlandés, que suaviza sus palabras.

La furia, que durante tanto tiempo había sepultado, se revuelve en mi estómago. Antes de que él se fuera de Los Ángeles, habíamos hecho un plan. Llenos de cándido optimismo, pensamos en mantener una relación a distancia hasta que pudiéramos reunirnos. Tal vez yo pudiera ir a estudiar allí o él volver aquí, o pasaríamos juntos las vacaciones de verano e invierno. La distancia era un inconveniente, pero estábamos decididos a ponerle solución.

Y entonces, pocos días después de llegar a casa, cuando ya había tenido tiempo suficiente para recuperarse del *jet lag*, me envió un mensaje muy breve que dividió mi vida en un antes y un después.

He estado dándole muchas vueltas desde que volví y no creo que

esto vaya a funcionar. Necesito estar con alguien que tenga un poco más de ambición. Lo siento mucho. Gracias por todo.

Como si darme las gracias hiciera que fuera menos cruel. O si ser educado fuera a conmoverme hasta el punto de hacerme olvidar lo que en realidad estaba diciendo.

«Gracias por todo».

Seis meses de secretismo, y ni siquiera tuvo las agallas de llamarme por teléfono. Lo intenté una y otra vez, pero nunca contestó. No fue capaz de decírmelo a la cara, lo que debía significar que yo no le importaba tanto como él a mí.

El desengaño fue algo brutal y devastador. Recuerdo que entré hecha un mar de lágrimas en la habitación de Phoebe en la universidad. Ella me arropó con una manta y me abrazó, meciéndome hasta que dejé de llorar.

Juré que jamás volvería a permitir que nadie tuviera tanto poder sobre mí. En cuanto empezó el curso, me puse a salir con un chico del equipo juvenil de fútbol. Le dejé antes del baile de otoño porque noté que estaba perdiendo interés. Desde entonces, siempre he sido yo la que ha puesto fin a las relaciones antes de que la otra persona decidiera dejarme. Cualquier cosa con tal de no volver a sentir ese vacío.

Wouter tomó la salida fácil. Fue un cobarde, pero tenía toda la razón. Él sí era ambición, impulsado por las altas expectativas de sus padres. En cambio, a los míos parecía bastarles con que estuviera viva. No me exigían nada, cuando alguna vez sacaba un aprobado raspado, se encogían de hombros y me decían: «Lo harás mejor la próxima vez». Pasaba de un *hobby* a otro y lo único que hacían era sonreír y aplaudir.

Estaba perdida, y la mayoría de los días siento que sigo igual.

—Estoy…, bueno, ahí voy. —Al parecer, esa es la mejor manera de describirlo. ¿Cómo te pones al día con alguien cuando ha pasado tanto tiempo? ¿Cuando esa persona era una parte tan importante de tu vida y de repente… desapareció? Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. Las últimas semanas han sido moviditas.

—¿Has dicho que estás aquí por trabajo?

Asiento con la cabeza y me vuelvo a colocar la bolsa de hielo.

—Soy diseñadora de Experiencia de Usuario en una empresa emergente de tecnología financiera.

—Quién iba a decir que acabarías en Ámsterdam después de tanto tiempo. —Su entusiasmo inicial se ha desvanecido, y ahora parece algo inquieto. Siempre que movía las manos con nerviosismo en el regazo como ahora, pensaba que era porque no las tenía ocupadas con un Faber-Castell. Ahora me pregunto si es porque recuerda lo mal que acabamos.

Llegan dos cestas a la mesa y Wouter parece encantado de tener algo que hacer. Señala las bolas de masa frita que hay en una de ellas.

—Aperitivos tradicionales neerlandeses. *Bitterballen*, y esto son *kaasstengels*, palitos de queso. Espero que te guste la comida frita. —Entonces parece que le viene algo a la cabeza—. Pero tú eras más de dulce, ¿verdad? Si quieres puedo pedir…

—No hace falta. Está bien así. —Aunque es cierto que prefiero comerme un postre a cualquier hora del día, me inquieta que él recuerde esto de mí. Debería haber renunciado a su derecho a esos detalles, por triviales que sean, en el momento en que decidió que todo había terminado.

Muerdo una de las *bitterballen*, y aunque casi me quemo la lengua, está tan buena que me da igual. Sabrosa, caliente y bien crujiente. Me acerca una pequeña taza de mostaza y el siguiente bocado es aún

mejor, aunque se produzca entre nosotros un incómodo silencio.

—Te confieso que todos estos años he pensado que me atacarías con un hacha si alguna vez volvíamos a vernos —dice.

—No, solo con una bicicleta.

De su garganta sale algo a caballo entre un gemido y una risa mientras se lleva la mano a la frente, subiéndose las gafas.

—Tenía diecisiete años y era un idiota. Me lo habría merecido.

Espero a que continúe, sorprendida de que saque el tema, ya que tener diecisiete años y ser un idiota no lo justifica todo. Con esa edad ya sabíamos lo que era el amor.

—Aunque pensándolo bien… —dice, con la mirada fija en su bebida—, está claro que aquello no fue… lo que ninguno de los dos pensaba que era.

Me atraganto con un palito de queso, convencida de que no he oído bien.

«No fue lo que ninguno de los dos pensaba que era».

Él fue quien me hizo daño, ¿y ahora resulta que se lamenta de que no estuviera a la altura de sus expectativas?

—¡Eso es lo que pasa cuando dos idiotas se juntan! —suelto en el tono más animado que consigo fingir, incluso con una sonrisa forzada, como si estuviéramos compitiendo por ver a quién se le partió el corazón en más pedazos. Ni en un millón de años podría reclamar ese título. No cuando fue él quien empuñó el cuchillo—. Pero, bueno, hace mucho tiempo de eso. Menos mal que hemos madurado.

Me muero de ganas de pedirle que me dé más explicaciones, pero no sé cómo hacerlo sin demostrar justo lo que él sospecha: que sigo siendo la chica inestable e insegura de entonces.

—Exacto. Para qué remover el pasado.

Perfecto. Después de tanto tiempo sin saber del otro, estaba claro

que no íbamos a analizar a fondo nuestra relación. Mantendremos una charla educada y superficial para ponernos al día y después cada uno por su lado. Yo volveré cojeando a mi mazmorra y él se irá pavoneándose a casa con su alta novia neerlandesa, que hace que montar en bicicleta parezca fácil.

O con su mujer.

O con sus hijos.

Dios mío. ¡Vete tú a saber!

—¿Y qué tal tú? —digo, tirando de las mangas de mi jersey para taparme las manos, todavía frías por la bolsa de hielo—. ¿A qué te dedicas?

Moja una *bitterbal* en mostaza, y no se me escapa que ambos estamos haciendo todo lo posible por no mojar dos veces.

—Soy fisioterapeuta.

La sorpresa es mayúscula, y casi tengo que pedirle que lo repita. Si algo podía frenarme en seco mientras intentaba reprogramar mi imagen de Wouter van Leeuwen, era esto. Todos los demás recuerdos que tengo de él están ligados a su amor por el arte. Una de sus razones para participar en el programa de intercambio fue la de mejorar su expediente universitario, aunque estaba claro que sus padres creían que el tiempo que le dedicaba al arte era un desperdicio. Querían que tuviera una carrera estable, algo con un sueldo fijo. Llevaban media vida en Ámsterdam y se codeaban con las familias más influyentes de la ciudad, aquellas cuya historia se remontaba a la Edad Media. Deseaban poder presumir de tener un hijo médico, abogado o ingeniero, no de su artista muerto de hambre.

Yo estaba tan cautivada por su talento, que tenía una fe ciega en él. Si alguien podía triunfar en un campo creativo tan impredecible, ese era él.

—¿Eso estudiaste? ¿Fisioterapia?

—Me saqué la carrera y el máster. —Y al ver que parezco impresionada, añade—: Aquí es habitual tener un máster. Es muy asequible.

—Educación superior asequible, qué maravilla —repongo, con otra sonrisa forzada—. Tus padres deben de estar orgullosos. Era justo lo que querían, ¿verdad? Algo importante, serio.

No pretendo que mis palabras suenen hirientes, pero puede que él las perciba así, porque de repente se pone tenso y aprieta los labios.

—Sí —confirma, y su voz suena hueca. Cuando desvía la mirada, sus pestañas rozan las lentes de sus gafas—. Lo están.

Un millón de preguntas se agolpan en mi cabeza: ¿Por qué cambiaste de idea? ¿Por qué renunciaste al arte? ¿Alguna vez me echaste de menos? Yo a ti sí, y durante mucho más tiempo del que me gustaría reconocer.

—¿Vives por aquí? —pregunto en su lugar. Manteniéndolo superficial. Seguro.

—A solo unas calles, en el Prinsengracht.

—Me gustaría decir que sé dónde está, pero…

Él se ríe, pero la risa no se refleja en sus ojos. Es una risa educada, distante. No es una de sus risas espontáneas y sinceras, de esas que le sacudían los hombros y hacían que se tapase la cara porque no sabía si algo debía resultarle gracioso o no. Yo le levantaba la barbilla para poder mirarle, sobre todo ese hoyuelo que solo aparecía cuando se reía de verdad. «Deja que te vea», le decía.

—Aquí todos los canales tienen nombre —dice Wouter—. El Prinsengracht es uno de los principales y significa «Canal del Príncipe».

—Lo añado a mi lista de cosas básicas que ya debería saber.

—Cuesta adaptarse —dice—. Lo sé por experiencia, porque yo hice

lo mismo, pero al revés. ¿Cómo están tus padres? ¿Y Phoebe?

Recuerdo lo que me dijeron mis padres por teléfono a principios de semana. «Puedes volver a casa cuando quieras». Como si estuvieran esperando a que decidiera que Ámsterdam es demasiado para mí.

—Están bien. A mis padres les ha dado por el kayak, así que se pasan la mayor parte de los fines de semana en el agua. Todos pensábamos que se comprarían uno y que acabaría muerto de risa en el garaje, pero nos han tapado bien la boca. Phoebe tiene una librería independiente y le va genial. Se casó hace unos años y su mujer está embarazada.

—Me alegro mucho. Dales la enhorabuena de mi parte. —Me observa mientras vuelvo a coger la bolsa de hielo y la cambio de la rodilla a la cadera—. Puedo echarle un vistazo a tu pierna, si quieres.

Tardo un momento en darme cuenta de por qué me lo ofrece: es fisioterapeuta.

—¡No! —respondo tan alto que algunas personas vuelven la cabeza para mirarnos—. No hace falta. Seguro que no es nada, solo un par de moratones.

En estos momentos no estoy preparada para que Wouter, ahora un hombre hecho y derecho, examine mi cuerpo de adulta. Y más con lo bien que le han sentado los años: se ha desarrollado de forma armoniosa. Esas manos parecen capaces de aliviar el dolor de la misma manera que antes sabían esbozar un paisaje, justo antes de lamerse el índice para pasar de página.

Esas mismas manos que solían explorar mis piernas, mi cintura, mis caderas, con igual delicadeza y determinación. El pulgar en mi mandíbula. La palma en mi estómago.

—No sé yo si esto de ir en bici es lo mío —continúo, tratando de evitar que un rubor traidor cubra mis mejillas. «Malditos recuerdos»—. En fin, la verdad es que nada está yendo como

esperaba. Y no hablo solo de esto de la bici. No quiero que suene como una crítica a tu ciudad, pero…

Frunce el ceño y una profunda arruga aparece entre sus cejas: ya le advertí de que le pasaría cuando teníamos diecisiete años.

—¿Qué quieres decir?

—Pues mira… —Y el dique se rompe antes de que el pensamiento racional pueda intervenir—. En el trabajo solo me encargan tareas rutinarias, y me da que no hay nadie más en mi equipo. Y… anoche se me inundó el piso.

Se queda inmóvil cuando se disponía a beber un trago de cerveza.

—Qué putada. ¿Tú estás bien? —pregunta—. ¿Y todas tus cosas? Sí, ya sé que eso no es lo principal, pero aun así… son importantes.

—He podido salvar casi todo, pero no creo que pueda seguir viviendo allí. No entiendo cómo la gente consigue encontrar un piso en esta ciudad. Algunos ni siquiera incluyen el suelo. —Como no me vendría mal que me diera algún consejo, busco en mi teléfono y le enseño un anuncio que dice: SIN AMUEBLAR, SIN SUELO—. ¿Qué significa eso? ¿Cómo es posible?

Wouter no parece sorprendido.

—Aquí es bastante normal. Claro que hay suelo, pero es de hormigón. La gente compra su propio suelo…, parqué, tarima, moqueta…, y luego se lo lleva a su siguiente apartamento cuando se muda.

—¿También hay que traer tu propio inodoro?

Wouter enarca las cejas mientras suelta una carcajada.

—No, eso ya sería pasarse.

—Me alegro de que mi calvario te resulte tan divertido —replico, pasándome una mano por la cara con un gemido—. Porque me siento la estadounidense más patética del mundo. Ya puedes darme un sombrero del Tío Sam y un cubo de alitas picantes, porque es

imposible que consiga integrarme aquí.

Él deja de reírse y sacude la cabeza. Se queda callado un rato; su expresión parece indicar que está librando una batalla interna. Entonces posa un dedo en su vaso de cerveza y empieza a hacer un dibujo en la condensación, manteniendo los ojos fijos ahí en lugar de mirarme a mí.

—Danika…, a lo mejor puedo ayudarte.

«Danika».

Ya lo ha dicho un par de veces, pero, por alguna razón, no me he dado cuenta de verdad hasta ahora. Él era el único que me llamaba por mi nombre completo, susurrándolo contra mi piel con una dulzura que podía partirme en dos. «Danika, Danika, Danika. *Ik hou van jou*».

Trago saliva con dificultad, tratando de borrar las imágenes que me vienen a la cabeza. Son demasiado vívidas, esas versiones de nosotros siguen atrapadas en el tiempo.

—Mi último inquilino tuvo que mudarse de forma repentina, así que… tengo un apartamento libre. El edificio es de mi familia.

—No podría… No podría quedarme contigo —balbuceo, incapaz de entender lo que me está contando.

—No, lo alquilo —explica, y su dedo sigue subiendo despacio por el vaso—. Está amueblado, así que la mayoría de mis inquilinos son de fuera. Yo vivo arriba. La entrada es totalmente independiente.

Recuerdo haber oído algo de esto. En aquel entonces, los Países Bajos me parecían un lugar idílico, de cuento de hadas: tulipanes, molinos de viento, Wouter. Mis padres hablaban de vez en cuando de hacer un viaje familiar a Europa, pero tardaron años en pagar mis gastos médicos, y luego otros tantos recuperar una estabilidad económica. Eso me provocó un sentimiento de culpa nada desdeñable.

Wouter saca el móvil del bolsillo y me enseña algunas fotos de un coqueto apartamento en la planta baja.

—Eso se sale de mi presupuesto.

—Te haré el descuento para estadounidenses patéticas —dice, y aparece por primera vez el hoyuelo. Apenas se ve, pero está ahí—. Aunque yo no creo que seas patética. Puede que hayas tenido mala suerte, pero la suerte siempre cambia.

Me inclino por seguir rechazándolo, porque es absurdo alquilar un apartamento al chico que vivía al otro lado del pasillo durante el mejor, y más tarde el peor, año de mi vida. Pero, por otra parte, no tengo muchas opciones. Ninguno de mis otros exnovios me ofrece un precioso piso ya amueblado.

—¿Y tú serías… mi casero?

—Sí, así es como funciona —responde. Acto seguido frunce el ceño con una expresión que no logro interpretar; quizá preocupación. Hace mucho que perdí la capacidad de saber qué piensa—. No invadiría tu privacidad. No suelo entrometerme en nada, a menos que alguno de mis inquilinos necesite algo. —Por fin levanta la vista y me mira el tiempo justo para que un escalofrío recorra mi espalda, aunque podría atribuir fácilmente al hielo de la bolsa que se va derritiendo despacio—. Apenas me verías.

Algo parecido a la esperanza prende en mi pecho.

—En ese caso… —digo, apurando el resto de mi cerveza. Ya sea el destino, el karma o una simple coincidencia, sería imbécil si dijera que no sin verlo primero—. Supongo que puedo echarle un vistazo.

Cuatro



—Y lo mejor de todo es que el suelo está incluido en el precio —dice Wouter, con total seriedad, después de hacer un recorrido para documentar todos los desperfectos. No hay demasiados: algunos arañazos en el parqué y algunas grietas en las molduras—. Eso sí, es una oferta exclusiva para ti. No se lo cuentes a ninguno de mis futuros inquilinos.

Por fuera, esta casa junto al canal se parece a casi todas las del Prinsengracht: preciosa, estrecha, de ladrillo y con una leve inclinación hacia delante. Pero el interior es un espacio luminoso y ordenado, con electrodomésticos nuevos y muebles básicos de IKEA. Según me ha dicho Wouter al llegar, data de 1760, una fecha que me cuesta asimilar, y su familia es la propietaria desde finales del siglo XIX.

Aquí, en el Grachtengordel, el cinturón de canales de la ciudad, las fachadas de los edificios están protegidas por la UNESCO, así que solo se permiten reformas interiores. Aun así, muchas conservan gran parte del encanto del viejo mundo: puertas correderas con vidrieras que separan la cocina del salón, una chimenea, grandes ventanales a ras de la calle. Esas ventanas están por toda la ciudad y no puedo evitar fisgonear en las casas de los desconocidos. No sé

cómo alguien puede resistirse.

La lavadora secadora está empotrada debajo del lavabo del baño —«aquí hay que aprovechar el espacio como sea»—, pero aun así busco razones para decir que no.

Me acerco a mirar más de cerca las vidrieras de las puertas: un barco zarandeado por las olas, entre serpenteantes remolinos azules y verdes.

—Este lugar es una verdadera obra de arte.

—Sí, es muy especial —dice, en un tono que roza la devoción. Siempre me he burlado de los hombres que miman sus coches o sus barcos, pero tal vez pueda entender lo que es enorgullecerse de algo hermoso, sobre todo si ha pertenecido a tu familia durante tanto tiempo—. La casa es de mi abuela, pero ya no vive en la ciudad. Siempre he deseado heredarla algún día y poder hacerle las mejoras que tanto necesita. Habrás visto que muchas de las casas de aquí se inclinan hacia un lado u otro. Como una boca llena de dientes torcidos.

Asiento y me ciño más el jersey. Aún no han encendido la calefacción.

—¿Y eso no es… peligroso?

—No. Las casas están tan pegadas, que se sostienen unas a otras. Además, el ayuntamiento realiza inspecciones constantes para comprobar si es necesario reforzarlas. El que estén algo inclinadas… —se acerca a la ventana y golpea el cristal con los nudillos—, en parte se debe a que las casas se construyeron sobre pilotes de madera, que se debilitan cuando la madera empieza a pudrirse. ¿Ves los ganchos que sobresalen de los tejados de esas casas al otro lado del canal?

Afuera ya ha oscurecido, pero aún puedo distinguir los detalles con la ayuda de una farola.

—La mayoría tienen escaleras empinadas y estrechas, incluida esta. Hace siglos, no era práctico subir las pertenencias o mercancías por las escaleras, ya que muchas de estas casas pertenecían a comerciantes que vendían sus productos en la planta baja y vivían en el piso de arriba. Así que colocaban esos ganchos para poder utilizar un… —Se interrumpe y frunce el ceño—. Lo siento, solo conozco la palabra en neerlandés. *Katrolsysteem* —dice, mientras con las manos hace como si tirara de una cuerda.

—¿Un sistema de poleas?

Él asiente.

—Está claro que nunca he tenido que usar ese término en inglés. Tenían un sistema de poleas para subir los artículos a los pisos superiores. Y las casas se construyeron con una leve inclinación hacia delante para evitar que chocaran con el edificio al subir. —Cuando se vuelve hacia mí, todavía puedo ver el Prinsengracht reflejado en sus gafas—. En fin. No me has pedido una clase de arquitectura.

—No pasa nada. Te juro que no me estás soltando un discurso paternalista sobre Ámsterdam. —Han pasado trece años y me sigue cautivando la pasión con la que habla de esta ciudad. Pero está siendo demasiado amable y no entiendo por qué—. En serio, el apartamento es perfecto. Más que perfecto.

—Y aun así veo que dudas.

Exhalo un suspiro; cada célula resentida de mi cuerpo me dice que era una mala idea.

—¿No crees que sería un poco raro que viviera aquí?

Él lo piensa un instante.

—No tiene por qué serlo. Podemos comportarnos como adultos, ¿no?

—Mi dolor de espalda dice que sí.

—Y mi incipiente calvicie también.

Intento no reírme. No quiero que sea tan fácil volver a hablar con él. Nunca tuvimos problemas para comunicarnos, ni siquiera cuando evitábamos hablar de la atracción que sentíamos. Él quería ver todos los lugares típicos de Los Ángeles: Rodeo Drive, el Paseo de la Fama y el Observatorio Griffith, y mis padres siempre estaban dispuestos a hacer de turistas. Pero, cuando estábamos solos, yo me encargaba de planear el itinerario.

—Te aviso que esto no va a ser muy cultural —le dije una vez mientras arrancaba el coche, más o menos un mes antes de nuestro primer beso.

—Da igual, siempre y cuando podamos ir a In-N-Out después.

—Eso por descontado. Es todo un referente cultural —respondí—. ¿Qué vas a hacer cuando vuelvas a Ámsterdam y no puedas comerte una hamburguesa doble?

—Abrir mi propia franquicia, claro —dijo—. Ya es hora de que se expandan a Europa.

—Serás artista, empresario y cocinero. —Enarqué las cejas—. En cuanto aprendas a hacer patatas sin quemarlas.

Él soltó un gemido exagerado.

—Fue solo una vez. ¡Nada más!

Había intentado prepararle la cena a mi familia y aquello fue un desastre total: humo negro saliendo del horno y la alarma de incendios sonando a todo volumen. Para ser justos, estuve distrayéndolo todo el rato, sentada en la encimera de la cocina mientras le ponía todas las canciones del Top 40 de los últimos cinco años para ver cuáles conocía. Él sacudía la cabeza y reía, diciéndome que los Países Bajos no estaban en la Edad Media y que la gente seguía escuchando a Taylor Swift.

Esa noche le llevé en coche a la ciudad sumergida, el lugar donde hace casi un siglo un corrimiento de tierra arrastró las casas al mar,

haciendo que el barrio fuera abandonado. Mis padres no lo habrían elegido como uno de sus destinos diurnos, y por la noche resultaba casi espeluznante, con los aullidos de los coyotes rasgando el silencio. Entre los grafitis y las ruinas, ese lugar era una fuente de inspiración.

El riesgo de saltar la valla, haciendo caso omiso de los carteles de PROHIBIDO EL PASO, valió la pena cuando se volvió hacia mí mientras estábamos sentados en una roca.

—Eres la mejor guía turística —dijo, con la boca cerca de mi oído. Y, a pesar de la cálida tarde de otoño, fui temblando durante todo el camino a casa.

Esta nueva versión de él apoya la cadera en la encimera de la cocina, hecha de granito de color crema con vetas grises. Bajo los potentes focos del techo, en lugar de la tenue luz de la cafetería, sus ojos se vuelven de un intenso color bronce.

—El favor sería mutuo. Así no tengo que arriesgarme con un completo desconocido.

—Aun así, gracias. Esto es más que generoso.

Lo veo morderse el labio inferior.

—¿No era generoso entonces?

La pregunta es bastante inocente, pero aparto la mirada de su boca, con las mejillas ardiendo por los recuerdos.

Lo era. Siempre lo fue.

—A lo mejor podrías considerarlo una ofrenda de paz —continúa —. Un nuevo comienzo.

No me desagrada la idea de un nuevo comienzo, sobre todo porque esa frase ha sido mi mantra desde que decidí marcharme de Los Ángeles.

Hasta que me doy cuenta de lo que este apartamento podría ser en realidad.

No solo una ofrenda de paz, sino un intento de comprar mi perdón.

Esa idea está teñida de vergüenza, una emoción familiar cuando se trata de Wouter. Me sentí tan avergonzada cuando todo acabó, creyendo que él era el amor de mi vida. Este es el hombre que me rompió el corazón, y ahora soy yo quien necesita su ayuda.

Pero, joder, quiero este apartamento.

Deambulo por la sala de estar y me paro delante de un cuadro enmarcado en el que una piscina ocupa casi todo el lienzo. Al mirarlo más de cerca, veo que las figuras de la piscina no son personas, sino perros. Un perro salchicha descansa sobre un flotador con forma de perrito caliente y hay un hombre sentado cerca, en una torre de socorrista.

—Me gusta. ¿Quién es el artista?

Él sacude la cabeza.

—Lo compré en alguna tienda local, no lo recuerdo, lo siento.

—¿Ya no te gusta el arte?

Es muy extraño haberlo conocido de forma tan íntima cuando teníamos diecisiete años y ahora no saber si aún pinta. Recuerdo sus palmas tiznadas de carboncillo y una mancha de pintura en la uña del pulgar. El Diseño de Experiencia de Usuario no es tan creativo como me gustaría, menos todavía cuando se trabaja para grandes empresas. Esperaba que esta empresa emergente cambiara eso, y tal vez aún pueda hacerlo. Este apartamento hace que quiera ser optimista.

Wouter se reúne conmigo frente al cuadro. Puedo sentir su calor a mi lado, su cuerpo más alto junto al mío; esa barrera que antes cruzábamos con tanta frecuencia ahora bien podría estar hecha de hormigón. Nos recuerdo lavando los platos en la cocina de mi familia, salpicándonos con espuma, riéndonos, pero sin tocarnos

nunca. Un coqueteo doméstico.

—Me temo que no tengo tanto tiempo para ello como antes —dice.

—Así que todo eso del equilibrio entre la vida laboral y personal en Europa es un mito.

Una dura sonrisa se dibuja en su rostro mientras se apoya contra la pared, con esos anchos hombros cubiertos de pana verde. Tengo que echar la cabeza hacia arriba para mantener el contacto visual, y de repente pienso que puede que sí esté encendida la calefacción.

—No es un mito. Supongo que ahora tengo otros pasatiempos —repone—. ¿Y tú? ¿Sigues siendo…? ¿Cómo lo llamabas entonces?

Lo sabe perfectamente y solo está esperando a que lo diga.

—Una friki del arte —digo, cruzando los brazos—. Sí, lo sigo siendo, y a mucha honra. —Siento una profunda y absoluta devoción por *Los nenúfares* de Monet, *El beso* de Klimt y todas las bailarinas de Degas. Incluso tengo tres girasoles de Van Gogh tatuados en la cadera. Puede que sean algunas de las obras de arte más comercializadas de la historia, y eso es porque son magníficas. Cada vez que las miro, veo algo nuevo—. Tenía un enorme paisaje de Monet en el salón de mi piso en Burbank. Era precioso.

—Seguro que sí.

Si fuera cualquier otra persona, me inclinaría hacia delante y le daría un golpecito en el brazo. La manga de su camisa de pana parece suave, tan tentadora… Pero, aunque podamos bromear así, no somos amigos íntimos.

—¡Hay una razón por la que son tan populares! Seguro que te lo he dicho mil veces.

Él se echa a reír y su hoyuelo aparece de nuevo en su mejilla.

—No es que no me gusten. Solo que hay cosas mucho más originales en el mundo.

Esta risa sincera me produce tal subidón de endorfinas que no

puedo evitar unirme a él, hasta que se aparta el pelo con la mano izquierda y me sorprendo buscando un anillo.

Por simple curiosidad.

—Bueno…, uh… ¿Estás…? —La frase se queda suspendida en el aire y mi cara vuelve a arder—. ¿Sales con alguien? —Me dirijo a la cocina, abro el armario (supongo que ahora es mi armario) y saco un vaso de agua.

—Ah… No, no salgo con nadie. ¿Y tú?

—Terminé una relación unas semanas antes de irme —respondo. Y acto seguido bebo un sorbo y me aclaro la garganta.

Al principio, la relación había sido divertida: sexo esporádico que dio paso a citas esporádicas para cenar y luego a una presentación nada informal a sus padres. Jace era la clase de chico que se desenvolvía con soltura por la oficina, simpático con todo el mundo y tan seguro en una reunión cara a cara como haciendo una presentación ante cien personas. Cuando dijo que quería sentar cabeza, le creí. Durante once meses enteros, le creí.

Hasta que una amiga de mi hermana hizo *match* con él en Tinder.

—Es que… no querría encontrarme con tu mujer en el pasillo y que se creara una situación incómoda.

—No hay peligro de que eso ocurra —confirma, siguiéndome a la cocina.

—Genial. Bueno, no es genial que estés soltero…, a menos que prefieras estarlo, en cuyo caso, mejor para ti…, sino genial en el sentido de…, bueno, ya me entiendes. —Seguro que hay gente que se siente muy cómoda delante de sus ex. No es mi caso.

Wouter se limita a mirarme y me doy cuenta de que se muerde el interior de la mejilla para no reírse.

—Lo estás empeorando —digo con un gemido.

—Sigues parloteando como una cotorra cuando crees que has

dicho algo incorrecto.

Tiene razón. Al principio de nuestra relación, le pregunté si había estado con otras chicas. Antes de que pudiera responder, me apresuré a decirle que no importaba si lo había hecho, aunque me sentí aliviada cuando me confirmó que teníamos el mismo nivel de experiencia. Otra vez le dije que me gustaba su acento, pero luego me asaltaron las dudas: ¿sería un comentario insensible? y que fuera problemático por decirlo. Así que intenté arreglarlo y terminé soltando una parrafada sobre todas las palabras en inglés que había pronunciado mal, hasta que él me interrumpió y me dijo que a él también le gustaba mi acento.

—Así soy yo. —Dejo el vaso en la encimera y extiendo los brazos —. Entre esto y mi gusto por el arte, no he cambiado nada desde que tenía diecisiete años.

Sus ojos recorren mi rostro de arriba abajo, observándome casi de la misma manera que cuando nos conocimos. Excepto que esta vez siento el peso de su mirada más de lo que debería. Me vi en el espejo de baño durante el recorrido de la casa, y tenía las mejillas sonrosadas por el alcohol y el frío. Parecía aturdida, pero esperanzada. Feliz, de una manera temporal.

—No —dice, con la voz algo ronca—. Sí que has cambiado.

Luego se frota los dedos, un revelador hábito nervioso típico de él. Si ya no pinta tanto como antes, debería reconsiderarlo, porque está claro que sus manos lo piden a gritos.

«Sí que has cambiado». Puede que lo haya dicho en sentido positivo, pero cuanto más tiempo pasa, más pesado se vuelve. Tal vez se refiera solo a los evidentes cambios físicos, porque a veces temo no haber cambiado en absoluto. En cambio él, dejando a un lado sus hábitos nerviosos, ha cambiado más de lo que puedo imaginar.

Hubo un tiempo en que Wouter van Leeuwen me conocía de verdad, más que nadie ajeno a mi familia. Le entregué mucho de mí: lo que me gustaba y lo que todavía trataba de entender, lo que me daba vergüenza y lo que no. Y pensé que bastaría con eso para que lo nuestro durase.

Un apartamento y que haya dicho que era un idiota son suficientes para llenar trece años de silencio. ¿Qué entrañaría hacer borrón y cuenta nueva de verdad? ¿Eliminar toda nuestra historia y seguir adelante? Aunque me encantaría tener una cara conocida en la inmensidad de un nuevo país, empezar de cero no es tan fácil.

—Quiero que sepas que no tienes que hacerme de niñera aquí —empiezo, escogiendo mis palabras con cuidado—. Puede que en otra vida tuviéramos algo, pero no hay por qué complicar las cosas. Tú eres el casero y yo la inquilina. Y ya está. No es necesario que seamos amigos.

Veo que su mandíbula se tensa y vuelve a aparecer esa arruga entre sus cejas. Por un segundo, temo haber sido demasiado brusca, que cambie de idea y me quite este precioso piso antes de que haya podido sacar siquiera un solo jersey de la maleta.

Luego recupera la compostura y vuelve a mostrar una expresión serena.

—En otra vida —repite, con una voz puramente profesional. Distante—. Entendido. Te haré llegar el contrato de alquiler esta noche.

—Ah…, vale. Estupendo. —Trago saliva, sin saber muy bien por qué sus palabras me golpean como si fueran de hielo cuando estaba tan segura de que tenía que establecer algunas reglas—. Debería terminar de hacer las maletas y traer mis cosas.

Wouter mete la mano en el bolsillo y me da las llaves.

—Por supuesto. ¿Necesitas ayuda? —pregunta, pero luego se

detiene. Se toca la barbilla—. Aunque, bueno…, puede que me equivoque, pero no creo que eso entre dentro de las obligaciones de un casero. Perdona por preguntar —concluye. El deje malicioso en su voz es sutil, pero innegable.

—No, no. Ya has hecho más que suficiente. De verdad. —«Y ahora me gustaría desaparecer».

Supongo que pararle los pies así podría verse como una especie de venganza, pero no era eso lo que pretendía tratándose de él.

Yo solo quería respuestas.

Camino a su lado por el pasillo, pasando por delante del cuadro que ha olvidado, y luego me peleo con el picaporte de la puerta. Odio tener que pedirle ayuda una vez más.

—Es lo que tienen las casas antiguas —explica, alargando el brazo. Su mano me roza la muñeca, y como soy demasiado idiota para darme cuenta de que está intentando enseñarme la forma de abrir, sus dedos se curvan alrededor de los míos durante un momento—. Solo hay que darle con ganas.

El calor me invade las mejillas con tal fuerza que bien podría haber propuesto que lo hiciéramos delante de la ventana que da a la calle. Pero él ni se inmuta por el doble sentido de sus palabras. Así que doy un paso atrás para darle espacio, y él se coloca delante de mí para poder tirar con fuerza.

Este hombre fue mi despertar sexual, mis primeros suspiros, mis primeros gemidos fueron solo suyos.

Y tengo que hacer todo lo posible por olvidar todo eso si va a vivir encima de mí.

Entonces la puerta se abre con un suave chirrido.

—*Fijne avond*, Danika —dice, y luego me deja sola en mi nuevo apartamento.

Cinco



Observaciones sobre Ámsterdam, semana tres:

Todos los aseos públicos que he visitado —y digo «aseo», porque aquí solo se considera baño si tiene ducha— cuentan con el lavabo más pequeño que he visto en mi vida, con un solo grifo de agua gélida. Da igual que el edificio sea antiguo o moderno: siempre hay lavabos diminutos y agua fría.

Aquí las patatas fritas se mojan en mayonesa, no en kétchup, y no hay calle en la que no te encuentres al menos tres tiendas que las venden en grandes cucuruchos de papel. Se comen con un tenedor en miniatura y, desde un punto de vista científico, creo que eso hace que sepan mejor. La primera vez que las pido con mayonesa, me doy cuenta de que es posible que las prefiera así, al menos. Hasta que descubro la versión *speciaal*: con mayonesa, kétchup de curry y cebolla picada.

La ciudad es más impresionante de lo que pueda mostrar cualquier foto o vídeo. La arquitectura centenaria, las casas inclinadas… y todo el casco antiguo es así. A veces me topo con el edificio más bonito que he visto nunca y resulta ser un Burger King. Desde mi piso junto al Prinsengracht, no puedo evitar hacer fotos cada vez que cambia la luz, contemplando el sol reflejarse en el agua,

las casas flotantes amarradas a ambos lados de los canales. Siempre pienso que tengo mucha suerte de estar aquí. Ninguna de las fotos tiene una composición especialmente buena —en mi interminable búsqueda de aficiones, mi fase de fotógrafa de 2017 fue efímera por una buena razón—, pero eso no importa.

A mediados de la semana siguiente, he empezado a adaptarme de verdad, a sentir que este es mi verdadero hogar ahora. Hago la compra cada pocos días y solo llevo a casa lo que puedo cargar. Se acabaron los viajes semanales a Trader Joe's o las bolsas de lona llenas hasta los topes que abarrotaban el maletero de mi coche. Los cajeros me hablan en neerlandés cuando voy a pagar, hasta que murmuro «Lo siento» y después *Dank je wel, fijne dag,* las escasas palabras que he aprendido hasta ahora.

No me atrevo a subirme otra vez a la bici, así que decido devolverla a la tienda donde la alquilé y me quedo con mis Nike y mi OV-chipkaart, la tarjeta de transporte neerlandesa. Aquí el transporte público es una maravilla. Hay tranvías, autobuses, trenes y metro, y cada vez que me siento en uno de los elegantes tranvías azules y blancos, me invade una sensación de paz que nunca sentí en los atascos de Los Ángeles.

Entro deprisa con la única bolsa de compra que he pillado de camino a casa desde el trabajo, impaciente por la videollamada programada con Phoebe.

—¡Hola, qué ganas tenía de verte! —dice cuando aparece en la pantalla, con su cabello oscuro recogido en un moño.

Lleva puesta esa chaqueta de ganchillo que es casi parte de su ADN (la hizo hace diez años y se la pone una vez a la semana; es indestructible) y me provoca una nostalgia desmesurada. Su tienda no abre hasta dentro de una hora y ella está en su despacho, rodeada de libros, bebiendo de una taza que dice «ESTOY CON LOS

RELEGADOS»—. ¡Fíjate, en tu piso neerlandés tan *cuqui*! ¡Y con esa cara! Y el pelo te queda mil veces mejor ahora que te ha crecido un poco. ¡Me encanta!

—No puedo apuntarme el mérito de la decoración, pero estoy de acuerdo con lo del pelo, gracias por confirmármelo —digo riendo, porque la voz de mi hermana tiene el extraño poder de hacer que me relaje—. ¿Quieres que te enseñe la casa?

—¡Sí, claro! —contesta, y me paso los siguientes minutos llevándola de habitación en habitación, intentando recordar todas las explicaciones de Wouter. Luego me siento en la mesa de la cocina y apoyo el teléfono sobre una pila de libros de cocina neerlandesa.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está Maya? ¿Cómo va la tienda?

—Bien, bien y bien. Estamos colaborando con algunos artistas locales para San Valentín y organizando una feria de artesanía con temática literaria. Va a ser precioso.

Otra punzada.

—Ojalá pudiera estar allí.

—Te enviaré una tarjeta de San Valentín —dice, bebiendo otro sorbo de café—. Maya ha tenido suerte con las náuseas matutinas y te juro que ya está radiante. Sé que aún es demasiado pronto para comprar ropita, pero es que todo es precioso, Dan. El fin de semana pasado encontré en un mercadillo un mono diminuto con manatíes estampados. Te voy a mandar una foto. Es una pena que no lo hagan en tallas para adultos. —Después de que yo haya expresado mi entusiasmo, su voz se vuelve un poco más fría—. Y la pregunta del momento… ¿Cómo está Wouter?

Por alguna razón, oírla pronunciar su nombre en voz alta hace que mi corazón dé un vuelco, como si fuera la confirmación de que esto está sucediendo de verdad. Se lo conté la noche que me mudé, mientras seguía intentando asimilarlo todo, y su reacción fue la

esperada. Encantada de que ya no viviera en una mazmorra, pero con reservas.

Levanto la vista hacia el techo casi por puro instinto.

—La verdad es que apenas le he visto desde el viernes.

Solo ayer, al llegar del trabajo, cuando estaba poniéndole el candado a la bici. Cruzamos un saludo algo incómodo y un breve comentario sobre el tiempo. A veces oigo lo que parece un perro correteando por el suelo de madera, pero nunca le he visto salir con uno, así que imagino que nuestros horarios no coinciden.

A pesar de todas las preguntas que me rondan, esto solo puede ser algo bueno. En cuanto pueda permitirme un piso solo para mí, me iré. Y él encontrará otro inquilino nuevo que sea solo un inquilino más.

Incluso he visto más a menudo a su vecino de arriba, un hombre mayor que se llama Hendrik y que siempre dice que subir las escaleras es lo que le mantiene joven. Mientras tanto, mis amigos de Los Ángeles cada vez contestan menos a mis mensajes, hasta el punto de que ya no sé si puedo echarle la culpa a la diferencia horaria, pero tampoco es que yo haya hecho mucho esfuerzo. La verdad es que ya me sentía desconectada de ellos antes de marcharme.

Algunas veces, cuando me embarga la soledad en la quietud de la noche, me planteo enviarle un mensaje a Iulia, pero nunca lo hago. Después de llevar siete años aquí, parecía tener su vida más que organizada. Dudo mucho que le interese hacerse amiga de una estadounidense que anda bastante perdida.

También le pedí a Phoebe que no les contara a nuestros padres lo de Wouter. En los años posteriores a su marcha, solían decir que ojalá hubieran mantenido el contacto, aunque creo que les dolió un poco que él cortara toda comunicación. Poner fin a nuestra relación de esa

manera fue una crueldad, pero mis padres siempre se habían portado muy bien con él.

Aunque estoy segura de que se pondrían locos de contentos al saber que ha vuelto a aparecer en la vida de un Dorfman, no quiero que lo vean como una especie de salvador caído del cielo en Ámsterdam.

—Pero ha sido… cordial —le digo a Phoebe después de buscar la palabra adecuada, tratando de no pensar en que se detuvo donde estoy ahora y me dijo que todavía me trababa al hablar. Incluso después de romper nuestra relación, se quedó con tantos detalles—. Ahora es fisioterapeuta. Creo que no es lo mismo que terapeuta físico. Tengo que buscarlo.

—Sabes que nunca podré perdonarle lo que te hizo. Vivió con nosotros durante un año. Te dijo que te quería, joder.

Me cubro las manos con las mangas de mi gran jersey gris de cuello alto. Es una costumbre que adquirí en la universidad, cuando estudiaba en una biblioteca con aire acondicionado que siempre estaba demasiado fuerte.

—¿Tú crees que esta es su manera de intentar compensarme? ¿Que le doy pena y ha visto una oportunidad?

Phoebe y yo pasamos mucho tiempo tratando de descifrar aquellas cuatro frases de su mensaje de rechazo, buscando un significado que no existía. A lo mejor había conocido a otra persona y esa fue su forma de rechazarme con delicadeza. Tal vez pensaba que no merecía la pena mantener una relación a distancia.

O quizá quería decir exactamente lo que dijo: necesito estar con alguien que tenga un poco más de ambición.

—No sé si eso es amable o insultante. Puede que ambas cosas —dice, aún con tono cauto—. Solo te pido que vayas con cuidado, ¿vale? Ahora mismo sigue siendo casi un desconocido, Dan. Y no lo

digo con maldad, sabes que no, pero… ya no le conoces.

—Confía en mí, no vamos a tener ningún tipo de relación que vaya más allá de la estricta entre casero e inquilina. Yo… se lo dejé muy claro el otro día.

Phoebe se estira en su silla y saluda a alguien que entra en el despacho.

—¡Madre mía! No me creo que ya lleves allí casi un mes. ¿Cómo va tu neerlandés?

—*Niet goed*. Me he apuntado a unas clases que empiezan el mes que viene.

—¿Y el trabajo sigue siendo tan poco fiable como siempre?

—Ayer se fueron dos personas más. El consejero delegado no ha pisado la oficina desde que estoy aquí, y todo el mundo parece adorarlo, aunque nadie sabe decirme por qué.

—A lo mejor no es mala idea que empieces a buscar otras opciones.

—Ya estoy en ello. —No he buscado mucho, pero he encontrado algunas empresas estadounidenses con sede en Ámsterdam que hacen lo mismo que hacía en Los Ángeles, solo que el sueldo es mucho más bajo. Pero en la mayoría buscan ingenieros—. Por favor, Phee, no les cuentes a mamá y papá lo del trabajo.

—Empiezo a ver un patrón aquí —repone con delicadeza—. No te preocupes.

Quiero prosperar aquí, aprender el idioma, entender las costumbres. Pensé que me encontraría a mí misma en Ámsterdam, pero hasta ahora solo me he tropezado con una reliquia de mi pasado.

A veces creo que mi falta de rumbo se remonta al principio de mi vida. Mi madre tuvo que ir de urgencias al hospital para que le hicieran una cesárea cuando estaba de veintiséis semanas y al diminuto bebé tuvieron que ingresarle en la UCI neonatal. Nuestra

sinagoga se volcó con ellos: nos traían lasaña y guisos congelados, *brisket* y sopa de bolas de *matzá*. Luego vinieron las colectas para sufragar los gastos médicos; las historias en las noticias locales, y las oraciones…, por supuesto, las oraciones.

Como es natural, no guardo recuerdos de nada de aquello, aunque he visto más que suficientes fotos mías en una incubadora, rodeada de cables. Cuando por fin mis padres me llevaron a casa seis meses después, tras varias operaciones para reparar mi corazón y mis pulmones, un equipo de cámaras nos siguió. Capturaron las lágrimas de mis padres y la curiosidad en los ojos de Phoebe.

Todo el mundo juraba que estaba destinada a hacer grandes cosas. Como si esa hubiera sido la razón por la que había sobrevivido.

«El bebé milagro», decían, aunque a medida que me fui haciendo mayor, empecé a dudar de mi fe en Dios.

«¡Qué familia tan bonita!», comentaban, pero no tenían ni idea de cuánto tiempo me llevaría sentirme cómoda conmigo misma.

«Está destinada a hacer algo grande —decían—. Se nota».

Y luego no hice nada.

Los únicos vestigios de mi temprana incursión en el mundo son mi asma y esa persistente sensación de que no estoy a la altura del potencial que todos creían que tenía.

Resulta paradójico que suela sentirme rezagada, teniendo en cuenta que llegué al mundo tan pronto, como si el resto de mi vida estuviera empeñada en equilibrar la balanza. Quizá sea una profecía autocumplida: mis padres me trataban como a una niña, y por eso nunca he llegado a madurar del todo. He pasado mucho tiempo buscando ese propósito tan trascendental e importante, viendo a mis amigos encontrar el suyo sin ningún problema. Nora es fotógrafa autónoma y tiene dos hijos. Alexis, una agente de talentos que acaba de empezar su segundo ciclo de fecundación in vitro. Madelyn,

consiguió el trabajo de sus sueños en Nueva York y dejó de hablar con todo el mundo en su ciudad natal.

Durante una temporada pensé que lo mío era trabajar con libros, como mi hermana, así que pasé un verano ayudando en la tienda. Y, aunque me gustaba, no tenía el mismo don que ella para encontrar la recomendación perfecta para cada cliente.

A veces parece que soy la única que va dando tumbos. La última en madurar.

—Espera, voy a empezar a preparar la cena —digo a Phoebe, metiendo la mano en la bolsa del *New Yorker* que llevo con orgullo a pesar de no haber leído nunca ni una revista entera. Dentro hay una caja de *penne*, un frasco de salsa marinara y una bolsa de lechuga, que he comprado con buenas intenciones. Pongo una olla bajo el grifo, pero, cuando lo abro, no sale agua. Frunzo el ceño y lo muevo varias veces sin éxito.

Me llevo el móvil al baño, que está al final del pasillo, y pruebo con el grifo de allí. Ese sí funciona, pero, aunque vaya a hervirla, me da un poco de repelús preparar la pasta con agua del baño.

—¿Qué pasa? —pregunta Phoebe.

—El grifo del fregadero no funciona —respondo después de volver corriendo y probar otra vez. Suelto un suspiro y dejo la olla en la encimera—. Creo que voy a tener que llamar a Wouter.

—¿Puedo quedarme en un segundo plano mientras lo haces?

—¡Creía que seguíamos enfadadas con él!

—Ya, pero también me muero por ver cómo está ahora. Soy una persona con muchas facetas. ¿No puedes apoyar el móvil en algún sitio y grabar sin que se note?

—¿No te parece que eso es ilegal?

—Vale, vale. Una foto a escondidas. Es mi última oferta.

—Te lo digo con todo el cariño del mundo: no sé si deberías estar

al frente de una empresa.

Phoebe se ríe a carcajadas.

—Adiós, te quiero. Llama a tu casero.

Después de colgar, me quedo un rato paseándome por la cocina, como si el fregadero solo necesitara un rato para procesar lo que le he pedido. Espero quince minutos, y como sigue sin salir agua, me trago los restos de orgullo que me quedan y le envío un mensaje.

No pasan ni tres segundos, cuando llaman a la puerta.

—Qué rápido —digo mientras abro, un poco sin aliento tras correr por el pasillo. Puede que me haya despeinado un poco el pelo. Puede que me haya aplicado más bálsamo labial con color, pero solo porque la primera vez que me vio estaba hecha una pena. Quiero que sepa que, aunque a mis treinta años no tenga la vida bajo control, al menos puedo fingir que sí.

Wouter lleva una camisa azul claro con un bolígrafo en el bolsillo, tiene una barba incipiente y un auténtico cinturón de herramientas a la cintura.

Me llevo la mano a la boca.

—¡Ay, madre mía! Tienes un cinturón y todo.

—¿No es la forma más práctica de llevar las herramientas?

—Sí, claro que sí. Entra. —Aunque él sabe dónde está, lo conduzco hacia la cocina—. Siento molestarte. Seguro que es lo último que te apetecía después de trabajar todo el día.

—Son gajes del oficio —dice, probando el grifo varias veces. No me mira a los ojos mientras busca una llave inglesa en el cinturón—. No tiene sentido pagar a alguien si puedo arreglarlo yo mismo. Lo haría por cualquiera de mis inquilinos.

Hace hincapié en esa última palabra. Una confirmación de que eso es todo lo que soy para él.

Entonces se arremanga y se arrodilla para inspeccionar las tuberías

del fregadero. Después se gira y se tumba boca arriba, metiendo la cabeza debajo y estirando sus largas piernas en el suelo.

—¿Solo hay que darle con ganas? —pregunto en un intento por mantener el buen humor, cerrando los ojos con vergüenza en cuanto lo digo.

Él se queda quieto en el suelo.

—Algo así.

Se produce un silencio incómodo de narices.

Cuando vivía con nosotros, una vez le pregunté sobre los estereotipos. «Los neerlandeses son muy directos», me dijo, y yo lo aprovechaba para sonsacarle confesiones, preguntándole qué le parecía en realidad la comida que preparaban mis padres o de la ropa que llevaba puesta ese día. Aunque apretaba los labios y se negaba a darme una respuesta directa, siempre era sincero cuando se trataba de lo que sentía por mí.

Ahora eso no podría ser más distinto.

—Es curioso —digo, intentándolo de nuevo mientras me apoyo en la encimera frente a donde él está trabajando, porque soy muy persistente. A menudo en mi propio perjuicio—. Mi última casa se inundó y en esta no funciona el agua. Supongo que el universo tenía que restablecer el equilibrio de alguna manera.

—Entonces puede que tengas sangre neerlandesa. Siempre hemos tenido una relación complicada con el agua.

—Por los molinos de viento, ¿verdad?

—Sí. La mayoría han sido sustituidos por sistemas más modernos, pero hace cientos de años se utilizaban para bombear el agua hacia los ríos y drenar la tierra. Un cuarto del país está por debajo del nivel del mar, y en aquella época casi todo esto eran marismas. Inhabitable. Consiguieron convertir gran parte en tierras de cultivo, y por eso tenemos fama de ser excelentes gestores del agua —aduce,

y vaya pedazo de reputación—. No creo que sea tan grave. El mes pasado, las tuberías se congelaron y una de las de mi apartamento reventó.

Seguro que es normal que el inquilino y el propietario hablen sobre la gestión del agua. Es un tema de actualidad.

También es un tema de actualidad que la parte inferior de su camisa se le haya abierto, dejando al descubierto una parte de su estómago.

Una hilera de vello rubio oscuro desciende desde su ombligo y su tersa piel cubre unos músculos que no tenía a los diecisiete años. Relieves y valles que nunca exploré. Le vi sin camiseta muchas veces: a altas horas de la noche y en momentos robados en los que deslizaba mis manos por su pecho, pero también en excursiones a la playa o cuando ayudaba a mis padres en el jardín. No debería ponerme tan colorada por ver un mísero cuatro por ciento de su cuerpo.

La luz se refleja en la hebilla plateada de su cinturón, como si quisiera crear un momento de película solo para mí. Me siento culpable por espiarlo mientras está debajo del fregadero, pero en este momento la lógica y el decoro no sirven de nada. Porque hay un hombre muy alto y muy atractivo en el suelo de mi cocina cuyo cuerpo conocía muy bien, y desde este ángulo puedo ver un pequeño retazo de la cinturilla de sus vaqueros. Una franja azul marino.

—No exagerabas cuando decías que este lugar necesitaba arreglos. —Por fin consigo apartar la mirada de su abdomen—. ¿Dónde aprendiste a hacer todo esto?

Tarda un segundo en responder, y se percibe algo raro en esa pausa.

—Supongo que es un clásico, pero aprendí un poco con mi padre

cuando era pequeño. —Se aclara la garganta antes de proseguir—: Y lo demás, con YouTube.

Esto me trae un recuerdo a la memoria.

—¿Te acuerdas de cuando pasamos un día entero viendo viejos vídeos de Bob Ross pintando porque su voz era hipnótica? Y luego nos picamos a ver quién aguantaba más hablando como él.

—Danika… —gruñe Wouter, haciendo fuerza; se le marcan los músculos de los antebrazos—. No hace falta que hablemos. No te sientas obligada a charlar. Solo he venido a arreglar esto.

—Claro. Sí. Perdona —respondo con una voz aguda que no reconozco.

Es un cambio radical con respecto a la semana pasada, cuando él intentaba ser amable y yo era la que marcaba distancias.

Esto era lo que yo quería.

Así que le doy un poco de espacio, intentando mantenerme ocupada en la cocina mientras él trabaja.

—Prueba ahora —dice al cabo de unos minutos.

Tengo que pasar por encima de sus piernas para llegar al fregadero, y cuando abro el grifo, el agua fluye sin problemas.

—La gestión neerlandesa del agua en acción. Muchas gracias, nunca había tenido un casero tan servicial.

Y, como estoy gafada, consigo que suene sugerente sin pretenderlo.

Él sigue debajo de mí, medio levantándose, rojo como un tomate. Los recuerdos me asaltan de nuevo: Wouter respondiendo de forma educada a las preguntas de mis padres sobre nuestras clases, poniéndose nervioso cuando le dijeron lo impresionados que estaban con su programa de estudios tan exigente. Los dos yendo con nuestros blocs de dibujo al Getty, pasando horas frente a nuestros cuadros favoritos y dibujándolos, él poniéndose nervioso cuando me los enseñaba.

Él sonrojado en el asiento trasero de mi coche, con su aliento caliente en mis muslos mientras me preguntaba con una voz cargada de deseo y desesperación: ¿Está bien así? ¿Te gusta?

«Gustarme» se quedaba muy corto, pero no tenía el vocabulario adecuado para describir aquello. ¿Cómo se puede describir un sentimiento que te abre en canal y te reconstruye al mismo tiempo? Así que le acaricié el pelo con la mano, rozándole la parte superior de la oreja, y le di un febril «sí».

Tal y como dijimos el otro día: fue en otra vida.

—No ha sido nada —repone, limpiándose las manos con un trapo que saca del bolsillo trasero antes de recolocarse el cinturón de herramientas. Su rostro sigue oculto, como si se esforzara por mantener a raya hasta la más mínima emoción—. Avísame si tienes algún otro problema, aunque espero que no tengas que volver a verme en una temporada.

—Claro. Esperemos que así sea —respondo, aunque mi voz es apenas un ronco susurro. No sé si Wouter cree que no quiero tenerle aquí o si de verdad quiere irse cuanto antes.

No debería molestarme ni tampoco hacer que se me empañen los ojos. Debería sentirme aliviada de que pensemos lo mismo, aunque eso signifique que estemos atrapados en una historia con un final terrible.

Una vez que se ha ido, me consuelo con una noche de pasta para chicas tristes, deseando haber dicho cien cosas distintas o quizá nada en absoluto.



Lo que tiene trabajar en un lugar inestable es que no cuesta demasiado convencerte de que lo peor no va a pasar. Es lo que el cerebro hace en casi cualquier situación: protegernos de la verdad.

CommerX tenía dinero de sobra para costear mi mudanza. Nos dan cada día ensalada y sándwiches envasados. No puede ser que estén a punto de echar el cierre.

Pero el lunes se largan dos personas más.

El miércoles pillo a alguien llorando en el baño.

La semana termina entre reuniones misteriosas y conversaciones en voz baja, y el viernes por la tarde, después de otro sándwich de jamón y queso envasado, Beatriz, del Departamento de Contabilidad, recoge sus cosas despacio y se marcha de la oficina. Seguro que no me habría dado cuenta de no ser por su forma de actuar furtiva, mirando a todas partes antes de doblar la esquina. Diez minutos después, Mehmet, de ventas, hace lo mismo.

Y, de repente, se desata un sálvese quien pueda.

Los otros veinte empleados se convierten en un torbellino de chaquetas, papeles y desesperación. Las tazas desaparecen, las plantas acaban metidas en cajas… Incluso hay alguien que echa a correr como un loco hacia los ascensores.

—¡Sal de aquí mientras puedas! —me grita Anjali, desde el Departamento de Marketing, antes de salir disparada.

Me levanto, con ganas de huir como los demás, pero incapaz de hacerlo sin una explicación.

—¿Qué…?

—Malas noticias —dice Charlotte, acercándose a mi mesa. Menudo eufemismo. Su habitual coleta rubia, siempre impecable, está un poco despeinada. Lleva un bolso de bandolera del que asoma un cable alargador—. Parece que el consejero delegado ha tomado un par de decisiones financieras…, digamos…, poco acertadas. Los inversores están abandonando el barco uno tras otro. Hemos intentado convencerles para que se queden, pero puede que algunas de sus actuaciones estén bajo investigación. Así que… —termina con

una risita nerviosa, como si una chispa de optimismo pudiera hacerme creer que esto no es tan catastrófico como parece.

—Pero…, pero dijiste que los directivos eran brillantes —me aferro a esa idea, como si alguien brillante no pudiera cometer un error financiero.

Charlotte me pone una mano en el hombro de forma comprensiva.

—Lo siento muchísimo.

La confusión da paso al pánico.

—¿Y no podría… hacerse cargo otra persona? —pregunto, sin mucha convicción.

—Me temo que no hay dinero. En realidad, ya casi no queda ni empresa —responde mientras coge algunos filtros de café que se guarda en el bolso—. En serio, te deseo lo mejor. Es una lástima que esto no haya salido bien, ¡pero seguro que caerás de pie!

A estas alturas somos de las últimas en marcharnos. Casi espero que el techo empiece a venirse abajo mientras sigo a Charlotte hasta el ascensor, donde le pasa una caja de pañuelos de papel a un compañero que llora a moco tendido.

—No te preocupes —le dice—. Dudo que consigan relacionarlo contigo.

A lo mejor hasta es bueno que esto se haya acabado.

Al menos eso es lo que pienso, hasta que me veo en medio de Dam Square, aturdida y rodeada de turistas y palomas, intentando asimilar la situación más absurda de todo un mes lleno de ellas. Podría entregarme a los pájaros, dejar que me saquen los ojos a picotazos. Seguro que sería menos doloroso.

No tengo ni idea de qué se supone que debo hacer ahora.

Avanzo a trompicones junto a la fila que sale del famoso local de TikTok, ese que solo vende un tipo de galleta. Me ciño mejor el abrigo para protegerme del viento porque, cómo no, todavía no me

he adaptado a este clima. Me arden los pulmones y no consigo llenar el pecho de aire. Así que cierro los ojos y me obligo a detenerme para rebuscar el inhalador en el bolso…, hasta que recuerdo que me lo dejé en la encimera de la cocina. Me doy cuenta de que no es un ataque de asma, sino de ansiedad. Pero nunca es solo eso, ¿verdad? Inspiro en cuatro tiempos, aguanto siete, y suelto en ocho. Por un momento me pregunto si los médicos que me operaron de pequeña no me arreglaron del todo bien. A lo mejor mi cuerpo esperaba un desastre para rendirse también.

No es que la aparente desaparición de CommerX me haya pillado del todo por sorpresa, pero tengo cientos de preguntas. Ellos tramitaron mi visado… ¿Y ahora qué? Busco la respuesta en Google: tengo noventa días para encontrar otro empleo antes de tener que abandonar el país. En teoría, tres meses pueden parecer mucho tiempo. Pero después de haber explorado algunas ofertas, empiezo a pensar que no serán suficientes.

¡Mierda!

A lo mejor no puedo quedarme.

—¿Disculpa? —Tengo delante una familia de turistas compuesta por una abuela, los padres y dos niños. La madre me tiende su móvil —. ¿Nos haces una foto?

Claro. Estamos frente al palacio.

—Ah…, sí. Por supuesto.

Todos posan con una sonrisa de oreja a oreja, con el viento alborotándoles el pelo mientras se juntan para la foto. En ese instante me doy cuenta de la triste realidad: llevo casi un mes aquí y no he hecho casi ninguna foto así.

Me obligo a respirar mientras le devuelvo el móvil a la mujer. El sándwich de jamón no me ha caído nada bien, así que me compro un perrito caliente del puesto que hay frente al palacio… y acabo

manchándome la chaqueta de mostaza. Cuando perdí mi anterior empleo, al menos sabía que la culpa era solo mía. Pasé unos días hecha polvo, pero luego me recompuse. Encontré la forma de seguir adelante, aunque eso entrañara mudarme al otro lado del océano, lejos de todo lo que me es familiar.

¿Estaba huyendo?

¿Es lo que hice?

Veo una paloma birlar una patata del cucurucho de una niña. Ella rompe a llorar, y cuando nuestras miradas se cruzan, siento una especie de solidaridad porque, sí, esta ciudad no tiene compasión con nadie.

Pero también es preciosa.

De todas las formas en que pensé que esto podría torcerse, jamás se me pasó por la cabeza que me pudieran obligar a volver a Estados Unidos. Pero es una posibilidad muy real. Si no encuentro otra empresa que quiera hacerse cargo de mi visado, estoy bien jodida.

Cierro los ojos y me permito imaginarlo: hago las maletas y regreso a casa con el rabo entre las piernas. Mis padres no solo dejarían que me quedase mientras me recupero, sino que insistirán en ello. «Puedes volver a casa cuando quieras». Me abrazarían y me dirían que está bien, que no pasa nada por no haber estado lista para algo tan importante.

Esa bestia sin nombre que creí dejar atrás al venir aquí, esos negros nubarrones que se cuelan en mi cabeza los días malos, volverían también. Todo lo que imaginé para mí cuando llegué a Ámsterdam se desvanecería de golpe. «Viví allí unos meses —le diría a la gente cuando me preguntasen, y me encogería de hombros—. Fue genial».

Porque ¿qué otra cosa podría decir? Si casi no he salido del centro… No he pisado un museo, no he probado un *stroopwafel* ni he hecho ningún viaje.

No es justo que se termine cuando apenas acaba de empezar.

Le doy un buen mordisco a mi perrito caliente. Si de verdad esto era una forma de huir, solo me queda una opción.

Tengo noventa días para encontrar otro trabajo y vivir en esta ciudad tal y como alguien me dijo una vez que debía hacerlo, con la convicción de que, en cuanto lo hiciera, yo también pensaría que es el lugar más maravilloso del mundo.

Seis



Paso los siguientes días buscando trabajo como loca, mirando tantas ofertas que hasta empiezo a soñar con ello.

Lo sentimos, pero ya hemos cubierto el puesto…

Hemos acabado de hacer recortes…

Buscamos a alguien con un poco más de experiencia…

No esperaba recibir tantos rechazos tan rápido, pero ahí están, uno tras otro en la bandeja de entrada, haciendo sonar una cuenta atrás dentro de mi cabeza.

Una noche, un mensaje de Wouter me saca de golpe del pozo de autocompasión en el que estaba metida, aunque solo sea durante un momento. No me he duchado y la encimera de la cocina está llena de recipientes de comida para llevar que juré que recogería antes de que terminara el día.

«No quiero pasarme de la raya, pero, si aún no has ido, tengo una entrada gratis para el Museo de Van Gogh este fin de semana», dice su mensaje, acompañado de un archivo adjunto. «Lo mejor es ir justo cuando abre, para evitar las aglomeraciones».

Es suficiente para que me incorpore de golpe en la cama. Me

pregunto si él también está en la suya, en el apartamento de encima del mío. Si el dormitorio coincide con el mío o si pilla encima de mi nevera o de la ducha.

Acabo de hablar con Phoebe, que está al tanto de todo, y con mis padres, que no saben nada. Ayer incluso llamé a inmigración, y me confirmaron que tengo noventa días —ahora ochenta y cinco— para conseguir otro empleo. Aunque alguien me ofreciera una entrevista mañana, la mayoría de las empresas tecnológicas hacen tres como mínimo. Eso podría alargarse un mes, puede que más. Las oportunidades escasean, y aunque me he prometido que haré lo que sea, en las compañías que no son multinacionales exigen al menos un nivel básico de neerlandés.

Así que no me lo pienso dos veces cuando respondo a Wouter.

> Llega en el momento justo, gracias. Mi empresa… ¿ha quebrado? ¿Me han despedido? Pues no lo tengo muy claro, pero parece que ya no tengo trabajo, así que me apunto encantada a un día en el museo. Y, como inquilina responsable, te informo (a ti, mi casero) de que ya barajo un par de ofertas.

Puede que no sea del todo cierto, pero, ahora mismo, mi maltrecho ego lo necesita.

En cualquier caso, él no contesta.

Está claro que tengo que trabajar mi comprensión lectora, porque cuando llego al museo el sábado por la mañana, Wouter está aparcando la bici, con el pelo todavía húmedo por la ducha y un poco revuelto por el viento.

Le miro, confusa. Y él hace lo mismo.

—Perdona, estoy un poco… perdida —digo cuando se acerca.

—Es una entrada dos por uno —explica—. ¿No viste el archivo adjunto?

Ah, el que apenas miré porque estaba en neerlandés.

—El museo es enorme —se apresura a decir—. No hace falta que… ya sabes…

Yo asiento con firmeza.

—Claro. Seguro que ni nos vemos.

Diez minutos después, ya no estoy pensando en mis propias penas, sino en las de Vincent: la falta de reconocimiento que tuvo en vida y la ayuda psicológica que tanto necesitaba y que en su época apenas existía. La relación tan estrecha con su hermano Theo, que era también su marchante, siempre me conmueve. Theo murió solo seis meses después que Vincent, como si no hubiera podido soportar el dolor.

Resulta que el museo no es tan grande como decía Wouter, o yo soy demasiado consciente de su presencia. Me acerco a *Los comedores de patatas*, una de las obras tempranas de Van Gogh. Una familia de cinco miembros reunidos en torno a una mesa, iluminada por una sola bombilla que tiñe sus rostros de una tenue calidez. Y ahí está Wouter, acercándose al cuadro por el otro lado, hasta que me ve y gira de forma brusca a la derecha.

Leo con calma las descripciones, escucho la guía de audio, me abro paso entre grupos de niños entusiasmados y turistas que hablan en diversos idiomas. Pero cuando vuelvo a verlo entre la multitud, junto a una serie de bocetos, espero a que se vaya a la siguiente sala. Es el juego de espionaje más incómodo del mundo.

A la tercera vez, ya no puedo contener la risa.

—Esto empieza a ser ridículo, ¿no te parece? —le digo—. No hace falta que sigamos evitándonos.

Wouter exhala un largo suspiro y encorva los hombros.

—¿Seguro que no te importa? No querría que te sintieras incómoda.

—No más incómoda que haciendo esto —repongo. Podemos pasear juntos por un museo, no hay ninguna cláusula en el contrato de alquiler que lo prohíba—. Apuesto a que tú ya has venido aquí cientos de veces.

—Unas cuantas —reconoce—. Pero no desde que iba al colegio. Por eso quería venir hoy. Hay una exposición de autorretratos que termina este fin de semana.

Un grupo de turistas de pelo canoso pasa por nuestro lado, mientras la guía comenta algo en francés de manera animada.

—Es posible que vaya un poco lenta —le aviso.

Wouter se limita a encogerse de hombros, señal de que no le molesta. No hace nada que dé a entender que tiene prisa: no cambia el peso de un pie al otro ni tampoco se pone a mirar el móvil. Solo me mira con calmada curiosidad, con las mangas de la camisa remangada por encima de las muñecas y una mano en el bolsillo de sus oscuros vaqueros.

Durante todo el recorrido soy consciente de su presencia a mi lado, aunque procuro mantener un par de pasos de distancia. De vez en cuando la luz se refleja en su coronilla, donde el pelo le empieza a clarear, y recuerdo la naturalidad con que bromeó al respecto cuando hablamos de que nos hacíamos mayores.

Él se arrima en un momento dado y susurra mi nombre:

—Danika.

Cada fibra de mi ser reacciona a ese tono grave de su voz.

Levanto la vista hacia él y luego miro detrás. Veo a una niña con un bloc de dibujo, concentrada en *Almendro en flor*, con ese fondo azul verdoso y sus delicadas flores blancas. Le sonrío mientras me aparto un poco para no taparle la vista, y me pregunto si Wouter estará recordando lo mismo que yo.

Solíamos hacer lo mismo: perdernos en un museo durante horas,

volver a nuestras obras favoritas y buscar un rincón donde ponernos a dibujar. A veces solo observábamos a la gente, con su cabeza apoyada en mi hombro y mi mano en su rodilla. Allí podíamos ser anónimos.

—Te está quedando precioso —le digo a la niña cuando alcanzo a ver su versión del cuadro hecha con rotuladores de colores. Ella sonríe de oreja a oreja y dice algo en neerlandés.

Wouter se ríe y traduce:

—Ha dicho que él no usó suficientes colores.

Cuando llegamos a la sala de autorretratos, los ojos de Wouter se iluminan con un destello de reconocimiento.

—Ah, siempre me ha encantado este.

Autorretrato con sombrero de fieltro gris, 1887: uno de sus autorretratos más célebres.

—¿Te gusta una obra de arte popular? ¿A ti? —digo—. ¿Qué tiene de especial?

—Tiene tanto color que parece dotado de movimiento —responde, moviendo las manos en el aire como si reprodujera las pinceladas que componen el rostro, la barba, la chaqueta de Van Gogh, todas se extienden hacia fuera y atraen la atención hacia el centro—. Yo no diría que parece triste, pero tampoco feliz —añade—. Se percibe la pena subyacente bajo todo ese color. El anhelo y la desesperación por que lo consideraran un artista en un mundo en el que no parecía haber espacio para su arte. Por hermosa que sea, casi toda su obra transmite esa…, esa innegable melancolía.

Me quedo mirándole.

—Pero si a ti no te interesa Van Gogh —repongo, intentando pronunciarlo como él, de la forma correcta: *Van Ghoff*, con esa «g» gutural.

Wouter aprieta los labios, procurando aparentar serenidad.

—Yo nunca he dicho eso.

Nuestra lista de temas ha aumentado: podemos hablar sobre el apartamento, sobre gestión del agua y sobre Vincent van Gogh.

Viajamos por cada etapa de su vida, de los Países Bajos a París y a Arlés, con cuadros salpicados de bocetos y cartas.

Y entonces llegamos a los girasoles.

Van Gogh los pintó unas cuantas veces; me gusta pensar que le fascinaban tanto que no le bastara con un solo bodegón. Quería que le recordaran como el pintor de los girasoles, y en el museo incluso hay una obra de Paul Gauguin que lo retrata mientras los pinta. Cuando murió, quienes lo amaban llevaron girasoles a su funeral: un gesto que seguro que le habría encantado. Esta versión de los girasoles, de 1889, tiene el fondo amarillo y un ornamentado marco dorado. Tenemos que esperar a que se disipe la multitud para poder verlos bien. Trago saliva para contener el nudo que se me ha formado en la garganta por la emoción mientras me acerco. Y ahí están: esos amarillos caléndula y mantequilla, la pintura marrón aplicada en densas capas en el centro de cada flor, y toques verdes para los tallos y las hojas. Todas esas texturas hacen que parezca que se mecen dentro del jarrón.

—¿Es tu favorito? —pregunta Wouter con suavidad.

Yo asiento.

—En primero de carrera hice un curso de arte donde teníamos que imitar el estilo de diversos artistas. Cuando nos tocó Van Gogh, el profesor nos contó que los girasoles no eran un motivo habitual que pintar en esa época, ya que eran toscos y bastos, y los demás artistas preferían flores más delicadas. Pero justo por eso le gustaban a Van Gogh. Y eso se me quedó grabado: la idea de crear algo hermoso a partir de algo que no suele considerarse como tal.

Wouter me mira con curiosidad.

—¿Por qué no seguiste pintando?

—Porque ambos sabemos que no era lo bastante buena.

—Eso no es lo que yo recuerdo.

Lo dice con una familiaridad que me resulta casi dolorosa, aunque quizá solo intenta ser amable o tenga lagunas de memoria. Porque no se trataba solo de la pintura, sino también de cada afición que emprendía con la ilusión de brillar en algo. Las bufandas de punto mal tejidas, la flauta en el fondo de mi armario y las páginas web que nunca terminé. Siempre quise tener esa ambición que me dijo que me faltaba. Me juré que si encontraba algo que me hiciera sentir especial, lo convertiría en mi razón de ser.

Pero siempre me pareció que Wouter estaba hecho para ser artista, por eso me sorprende tanto que ya no pinte.

Pongo la mano sobre mi falda, justo a la altura del tatuaje que tengo en la cadera. Nunca imaginé que llegaría a ver los girasoles con mis propios ojos. Y, por supuesto, eso hace que me acuerde de todo lo que me perderé si regreso a California.

Me esfuerzo por dejar todo eso a un lado. Hoy es día de explorar, de contemplar los girasoles. No de venirme abajo.



Cuando salimos del museo, mis ojos necesitan un momento para acostumbrarme a la claridad. Hace un día espléndido, sin una sola nube. El sol, tan poco habitual a mediados del invierno, tiñe el cabello de Wouter de un cálido dorado, haciendo que entorne los ojos detrás de sus gafas.

—Bueno… —empiezo justo cuando él abre la boca también, pero me hace un gesto para que hable yo—. Pensaba aprovechar el día para hacer un poco de turismo, ya que no he visto casi nada aún. Y, bueno…, creo que no estaría mal que alguien de aquí me enseñara

un poco la ciudad. —Me aclaro la garganta, consciente de que puede tener planes, o que la tregua que negociamos en el museo no se extienda más allá—. Solo si te apetece, claro. Eres muy libre de decidir si quieres pasar tiempo conmigo o no… —Me callo de golpe, reprimiendo una mueca. «Menuda cotorra», seguro que está pensando.

En cambio, me brinda una sonrisa torcida.

—Con una propuesta tan tentadora… —dice, aunque ya se dirige a un carrito con las palabras FRESH STROOPWAFEL escritas en un lateral. Puede que haya desayunado cereales azucarados y que me haya comido una napolitana de chocolate en la cafetería del museo, pero nunca rechazo un dulce.

Frente a nosotros se extiende un campo de césped, lleno de gente a pesar de que estemos a principios de febrero. También hay un mercado, con docenas de puestos que flanquean el camino hacia el Rijksmuseum, el museo nacional. Hay recuerdos típicos por todas partes, pinturas de Van Gogh impresas en todo tipo de objetos, de paraguas a botellas de agua y zuecos. Hasta veo bulbos de tulipán a la venta, aunque no florecerán hasta la primavera.

Wouter pide dos *stroopwafels* en neerlandés, y cuando la mujer se los da, tan dorados y sobre una servilleta, se me hace la boca agua. Estoy acostumbrada a la comida callejera —había un camión de tacos en North Hollywood al que iba casi todas las semanas—, pero al tener que lidiar con el tráfico y la búsqueda de aparcamiento, nunca conseguía disfrutar al cien por cien de la experiencia.

—*Eer smakelijk* —dice cuando encontramos un banco donde sentarnos, y yo enarco las cejas de forma exagerada antes de hincarle el diente. Al ser tan fino, esperaba que crujiera, pero descubro encantada lo tierno y blando que es, templado, pero no demasiado caliente, con un dulzor meloso y un toque de canela.

—Me acabo de enamorar —declaro, y Wouter le da por fin un bocado al suyo con una sonrisa, como si su propio disfrute dependiera del mío—. Mucho mejores que los de Whole Foods.

Y justo ahora, mientras me lo como, me viene a la cabeza aquella temporada en que, mientras vivía con nosotros, no parecía ser el de siempre. Reía menos de lo normal, se acostaba temprano y dormía hasta tarde los fines de semana, algo que nunca hacía. «Creo que echo de menos mi casa», reconoció cuando le pregunté si pasaba algo. Al día siguiente, recorrí tres tiendas hasta que encontré una caja blanca y azul que aseguraba contener auténticos *stroopwafels* importados de los Países Bajos. Jamás le había visto esa cara de alegría, y me dio la impresión de que no era solo por que echara tanto de menos las galletas. Cuando me besó, sabía a canela.

—Cumplieron su función —dice.

Una elegante garza real gris observa el mercado desde lo alto de un puesto de pescado. Al principio pensé que era una figura decorativa, hasta que giró un poco la cabeza.

Cuando Wouter se termina el *stroopwafel*, parece no saber qué hacer con las manos. Se las mete en los bolsillos, juguetea con la cremallera de su anorak. Casi me dan ganas de darle un lápiz de colores.

Por fin se vuelve hacia mí.

—Danika…, siento lo de tu trabajo —dice. Sigue pareciendo un poco incómodo, pero continúa—: No sabía qué decirte por mensaje, pero hoy debería haber empezado por ahí.

—Gracias. No es lo ideal, pero ya me las arreglaré. No me queda otra. —Intento quitarle hierro al asunto, pues no quiero arrastrarle a mi estado de pánico—. Te prometo que no tendrás que rebajar el «descuento especial para estadounidenses patéticas» hasta un extremo sin precedentes. Aún puedo pagar el alquiler.

Él frunce el ceño.

—Ah…, ni se me había pasado por la cabeza —repone. De nuevo, sus manos no paran quietas y resulta imposible no mirarlas cuando eso ocurre. Sus largos dedos, las uñas cortas y limpias. Sin rastro de tinta, carboncillo o pintura—. No solo por mensaje. Siento que… a lo mejor ya no sé cómo hablar contigo.

Mi corazón no sabe cómo tomarse eso. Los turistas compran bolsas como recuerdo y los niños juegan a lanzarse la pelota en el parque. La garza gris alza el vuelo en busca de otro lugar.

—Pues eso es justo lo que estás haciendo ahora. Sujetos, verbos, adjetivos…, es impresionante. Y coherente.

Wouter enarca las cejas. Sé que estoy actuando como una cría, pero es más fácil que tener una conversación seria.

—La forma en que acabó todo entre nosotros… Seguro que los dos podríamos haberlo manejado mejor.

Ya estamos otra vez: «los dos». No soy ingenua: sé que en cualquier conflicto rara vez hay un solo culpable. Aun así, cada vez que repaso las promesas que nos hicimos días antes de que se fuera, no consigo entender qué hice mal.

Qué pude hacer que le llevara a cambiar de opinión.

—No hace falta que le demos más vueltas —digo, porque la última vez que intentamos hablarlo, la cosa no acabó bien—. Tú seguiste con tu vida. Yo también. Y, años más tarde, me he venido a vivir a Ámsterdam.

Él asiente, tomándose su tiempo antes de volver a hablar.

—Sigue siendo raro verte aquí. Nunca imaginé…, a ver, claro que lo pensé, pero…, y luego me dijiste que no querías que fuéramos amigos, y quise respetarlo… —Su voz se apaga, pero puedo captar cierta melancolía.

Su frialdad de antes fue tan chocante que debería aprovechar la oportunidad de que todo sea normal.

«Claro que lo pensé».

Las palabras de Phoebe resuenan en mi cabeza, casi como un intento de contrarrestar lo que él acaba de decir: «Ya no le conoces».

Pero quiero hacerlo. Aunque no me ayude a desentrañar el misterio que me dejó con su marcha. Aunque solo sea para tener a alguien aquí que no quiere verme fracasar. Él fue mío en un momento clave de nuestras vidas, y ese afecto no desaparece sin más. Pueden pasar años, pero hay ciertas canciones, olores y obras de arte que me devuelven de golpe a los diecisiete años.

—A no ser que prefieras que siga siendo solo tu casero —se apresura a decir al ver que no contesto—. Y que me avises cuando rompas otra cosa, claro.

No puedo evitar reírme.

—¡Lo del grifo no fue cosa mía!

Enderezo la espalda, sacudiéndome las migas de la chaqueta de lana, y por fin me pongo seria.

—A lo mejor…, a lo mejor deberíamos modificar también esa parte del contrato. Siempre que no me deporten antes, claro.

—No te van a echar —asegura, y ojalá pudiera creerlo con tanta fe.

Todavía no sé cómo sería que tuviéramos una relación de amistad. Debería andarme con ojo, tal como me aconsejó mi hermana. Al fin y al cabo, sigue siendo casi un desconocido.

Aunque vine aquí para empezar de cero…, y esto es algo nuevo para mí.

—Por los nuevos comienzos —digo, y le tiendo la mano.

Su rostro cambia por completo y sus ojos se suavizan tras las gafas. Me agarra la mano, que noto cálida, firme y sólida. Me roza el nudillo con el pulgar, apenas perceptible. Aunque ya no pinte, de pronto me consuela saber que trabaja con las manos. Sería una pena que no lo hiciera.

Es el primer contacto físico intencionado que tenemos desde el accidente de bici, cuando me ayudó a levantarme del pavimento mojado.

—Por los nuevos comienzos —repite—. Y los *stroopwafles* recién hechos.

Un poco cursi, pero, cuando sonríe, no tengo dudas de que es la sonrisa más sincera que le he visto hasta ahora. Es como una máquina del tiempo, que ilumina todo su rostro, le marca el hoyuelo y hace que me asalten un montón de recuerdos, que llevaban años enterrados.

Cuando hice aquella lista de sitios poco turísticos, pasamos los fines de semana yendo a los lugares más raros que se me ocurrían. Él me sonreía de oreja a oreja, como si le estuviera enseñando un mundo nuevo, que jamás había imaginado que existiera. Un mundo absurdo, sí, pero solo nuestro. La ciudad sumergida de noche. La *Clownerina*, en Venice Beach. La taza de papel más grande del mundo en Riverside. «Echo de menos Ámsterdam —me dijo una vez —. Pero voy a echar de menos todo esto aún más».

Aparto la mano.

—Si quiero ser una verdadera turista —empiezo, jurando dejar el pasado enterrado—, creo que deberíamos fumarnos un peta e ir al Barrio Rojo.

Siete



Decidimos esperar a que se haga de noche y pasamos la tarde haciendo más turismo gastronómico. Pruebo las *kroketten*, un regaliz neerlandés que se llama *drop*, y unas cien muestras de queso. Después, cuando digo que necesito más dulce, entramos en una pastelería *gourmet* que vende toda clase de dulces con marihuana.

Me dan ganas de decirle a toda la gente con la que nos cruzamos por la calle: «¡Fijaos! Dos paseando por Ámsterdam como si nada. Qué adultos, qué civilizados». Aunque nos ceñimos sobre todo a temas superficiales como el trabajo y los Países Bajos, me doy cuenta de lo sola que me he sentido estas semanas. Esta clase de relación resulta reconfortante después de ir dando tumbos por mi cuenta. Por supuesto que hay algo familiar en ella, pero también es algo nuevo.

De Wallen, el nombre oficial del Barrio Rojo, está lleno de callejuelas medievales con adoquines irregulares, mucho más desgastados que en otras zonas de la ciudad. Es fácil tropezar si no vas con cuidado. La juerga ya ha comenzado: la gente sale de los bares, llena las terrazas, se agolpa junto a los canales entre gritos, cánticos y risas.

—Ámsterdam no es solo marihuana y el Barrio Rojo —dice Wouter mientras pasamos por delante de la Oude Kerk, la antigua e

imponente iglesia que resplandece bajo el oscuro cielo.

Tengo la mente en calma tras la porción de tarta de limón que hemos compartido, y procuro mantenerme alejada del humo del tabaco para que no me dé un ataque de asma.

—Es verdad, también están los tulipanes y los molinos.

Wouter pone los ojos en blanco, pero entiendo lo que quiere decir. Aquí existe una interesante dualidad. Los tópicos de Ámsterdam son una mezcla de lo más inocente, como los tulipanes, los zuecos y los molinos, y lo más hedonista, como la marihuana, las setas y el Barrio Rojo.

—Que sepas que apoyo por completo el plan de esta noche, pero los que vivimos aquí no nos colocamos cada dos por tres —dice—. Y tampoco la mayoría de los turistas.

—Ya, ya lo sé —repongo—. Pero cada vez que decía que me iba a vivir a Ámsterdam, alguien soltaba alguna broma burda y trillada.

Esquivamos un grupo de media docena de tíos vestidos con pijamas de bebé y chupetes colgados del cuello en plena despedida de soltero. El novio lleva una banda que proclama ÚLTIMA NOCHE DE LIBERTAD.

—¡Oye! —vocifera uno de los chicos, haciendo bocina con las manos—. Estamos haciendo una yincana y nos dan veinte puntos si conseguimos unas braguitas. —Se acerca un poco y me pone ojitos —. Y claro, como llevas falda…, sería muy fácil quitártelas.

A duras penas logro contener un bufido.

—Ya, buena suerte.

—¡No vamos a hacer nada guarro con ellas! —me asegura el novio.

Woulter, que está a mi lado, se yergue por completo. Les saca por lo menos una cabeza a todos ellos.

—Venga, seguid a lo vuestro. Y portaos bien.

Nos abuchean a coro cuando pasamos de largo.

—Tampoco estaba tan buena —dice el primero, lo bastante alto como para que lo oiga—. ¿Ya estoy pedo o tenía algo en la cara?

Se echan a reír a carcajadas y se alejan calle abajo, tambaleándose.

Wouter gira la cabeza de golpe, con los dientes apretados, y por un segundo creo que va a ir a por ellos.

—No vale la pena —digo, aunque me encantaría verlos caer al canal.

—Putos gilipollas —replica, exhalando un suspiro mientras reanudamos la marcha—. Tu cara…

Levanto la mano, pues no necesito un cumplido por lástima.

—No pasa nada. En serio. Estoy más que acostumbrada.

—Pues no debería ser así. Siento que debería pedirte perdón en nombre de… todos los hombres.

—Pues prepárate para pedir perdón durante años.

Por suerte, el fresco aire nocturno me ayuda a aliviar el calor que me sube por las mejillas, aunque empiezo a arrepentirme de haberme puesto falda larga, ya que el viento se cuela entre mis piernas. Estoy en pleno colocón, pero mi cabeza no calla ni por esas.

«No le pasa nada a tu cara. Tampoco es para tanto».

«Tienes una cara preciosa».

Desde luego, intentar adivinar cómo iba a terminar su frase no es la mejor manera de pasar el rato.

Aparte de este episodio, el Barrio Rojo es mucho menos escandaloso de lo que esperaba. Ocupa unas cuantas calles y callejones, y aunque está lleno gente un sábado por la noche, y hay algún que otro policía controlando el tráfico, parece que muchos vienen solo a curiosear. Los letreros de neón a lo largo del canal anuncian tiendas eróticas, *coffeeshops* y bares con nombres tan cutres que dan más risa que morbo. Nada tan subido de tono como para escandalizar a mis padres.

—¡Espectáculos sexuales! ¡Sexo en vivo! —grita un hombre con camiseta de esmoquin delante de un teatro. Cometo el error de mirarle, y él me mira, arqueando una poblada ceja—. ¿Un poco de diversión para tu chico y para ti?

—Uh… No, gracias —respondo, conteniéndome para no corregirle, porque a este desconocido le importa bien poco si Wouter es o no mi novio.

El hombre nos mira de arriba abajo con una simpática sonrisa.

—Os hago precio. Noventa euros los dos.

Sacudimos la cabeza a la vez y seguimos nuestro camino.

—¡Ochenta y cinco! —nos grita.

Mientras, Wouter me dice en voz baja:

—Un timo total. Es lo menos erótico que te puedas imaginar. Fui con unos amigos en la uni y nos largamos a los diez minutos. Si quieres ver a dos personas practicar sexo mecánico y desapasionado delante de unas cuantas docenas de borrachos, con música electrónica a todo volumen, este es tu sitio.

—No conoces mis filias —replico, fingiendo sentirme ofendida.

Wouter enarca las cejas.

—Podemos volver si…

—¡No! —me apresuro a decir. Porque, por muy mecánico y desapasionado que sea, la idea de ver a dos personas en pelotas, enredadas, con Wouter a mi lado…

No es que no suene excitante.

Y justo por eso no debemos hacerlo.

Nos abrimos paso entre la multitud y nos adentramos en una angosta calle donde las trabajadoras sexuales se exhiben tras los escaparates con una luz roja en lo alto, que indica que están disponibles. Aunque no todas las luces son rojas; Wouter me informa de que una luz morada o azul indica que es una trabajadora sexual

trans. Los escaparates están enmarcados por cortinas rojas, la mayoría descorridas, aunque también hay algunas echadas, lo que indica que hay un cliente dentro. Hay carteles de PROHIBIDO HACER FOTOS O VÍDEOS en casi cada fachada, y en ningún momento el ambiente se percibe como un lugar sórdido o peligroso, ya que hay mucha gente pululando.

Al principio mantengo la vista al frente, porque no quiero que parezca que soy una mirona. Cuando por fin me relajo, cruzo la mirada con algunas de las mujeres, que en su mayoría me brindan una sonrisa cordial. Van vestidas para todos los gustos: abundan los conjuntos de lencería, pero también hay quien lleva pijama o chándal, incluso disfraces. Algunas están sentadas, escribiendo en el móvil, matando el tiempo entre cliente y cliente.

Hay dos tíos regateando con una chica, ataviada con un picardías blanco y con el pelo largo y rizado cayendo sobre sus hombros.

—¿Qué me haces por veinte pavos? —pregunta uno.

—Mmm…, ¿un choca esos cinco?

Los dos sueltan un gruñido mientras ella cierra la ventana entre risas.

—¿Tú alguna vez…? —empiezo. Es una pregunta que jamás haría estando sobria, aunque es imposible no sentir curiosidad.

Wouter sacude la cabeza.

—Como puedes imaginar, muchos vienen aquí en las despedidas de soltero —dice mientras doblamos una esquina—. Como los de antes. La mayoría de los neerlandeses que conozco no pisan por aquí porque hay demasiada gente. Y, si salen de fiesta, suelen ir a otro sitio.

Recibo un fuerte codazo justo entre los omóplatos. Alguien me empuja al pasar y pierdo el equilibrio, pero Wouter me agarra del brazo sin pensarlo. Me mantiene de pie.

—¿Que quiera ir a algún sitio más tranquilo me convierte en una lugareña? —pregunto.

Parece que él también necesita un respiro, porque enseguida da media vuelta y me guía por otra calle. Coloca su mano en mi espalda en un gesto protector que hace que se me encoja un poco el corazón. Como si quisiera asegurarse de que nadie más pueda meterse conmigo.

Durante los seis meses que estuvimos juntos, casi nunca nos sentíamos cómodos demostrando afecto en público, a menos que supiéramos con certeza que no íbamos a encontrarnos con alguien conocido. A veces incluso se me pasaba por la cabeza contárselo a mis padres; a fin de cuentas, querían a Wouter y también a mí, así que existía una mínima posibilidad de que se alegraran por nosotros. Que nos apoyaran. Pero, en cuanto les comenté que quería tomar la píldora para mejorar el acné, se lo tomaron tan mal que recordé por qué decidimos mantenerlo en secreto.

Ahora me toca como si fuera algo natural, y ojalá no me doliera pensar en todas las veces que no lo hizo.

Cuando llegamos a una calle residencial más tranquila y sin coches, Wouter exhala un suspiro y se le nota más relajado. Me cuesta creer que la gente siga yendo en bici a estas horas, pero claro, aquí es el medio de transporte principal. La calma y el silencio reinan en los canales, y las luces anaranjadas de las casas se reflejan en el agua.

Parece un lugar salido de los cuentos.

—Te doy las gracias —digo—. Por todo esto. Me da rabia no haberme animado a salir antes.

—Yo también lo he pasado bien, aunque te niegues a reconocer que nuestro regaliz es mucho mejor.

—¡Pero si sabe a sal! Llamar dulce a eso estaría penado por ley en Estados Unidos. —Me detengo en un puente para hacer una foto y Wouter se apoya en la barandilla a mi lado.

—Así que… trece años —empieza, dejando que esas palabras queden suspendidas en el aire mientras tamborilea con las manos sobre el puente—. Cuéntame, ¿qué me he perdido? Además de…, bueno, toda una vida.

Suelto un exagerado suspiro.

—A ver por dónde empiezo… Veamos… Fui a la Universidad del Sur de California, como mi hermana, y estudié Informática, con una especialización en Experiencia de Usuario. He trabajado para varias empresas tecnológicas, aunque ninguna me ha hecho sentir que era el lugar adecuado. —No estoy acostumbrada a hablar tanto de mí si no es para una entrevista de trabajo, aunque imagino que quiere algo más que mi currículo—. Mmm…, me gusta toda la música pop que fingía odiar en el instituto solo porque estaba de moda. Paso mucho tiempo con mi hermana. Tuve una temporada en la que me dio por los tazones de açaí…, creo que es una fase que cualquiera que viva en Los Ángeles debe pasar por ley…, pero por suerte para mi bolsillo, ya se me pasó. Hasta hace un mes escaso, vivía en un estudio en Burbank que, como bien recordarás, era básicamente un altar a los nenúfares de Monet.

—Por supuesto. Muy buen gusto.

—Siempre he querido un perro, pero ninguno de mis caseros compartía mi entusiasmo.

Al oír eso, se le ilumina la cara.

—Yo tengo perro —dice—. Se llama George y es perfecto…, cuando no está haciendo fechorías.

—Ya me pareció oír que correteaban arriba. Supuse que no eras tú —añado, y le miro con expresión culpable—. Te busqué por Internet

un par de veces a lo largo de los años —confieso—. Tenía curiosidad.

—Yo también te busqué. Pero no fue fácil encontrarte.

—Hace ya tiempo que eliminé todas mis redes sociales.

No le explico que lo hice porque ver las vidas de los demás me hacía sentir que me quedaba atrás. Era consciente de que en las redes solo enseñan las cosas buenas, pero eso no hacía que ver esas publicaciones resultara menos deprimente.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto—. ¿Por qué te decantaste por la fisioterapia? ¿En qué se diferencia de la terapia física?

Su sonrisa se tensa un instante, tan sutil que es apenas perceptible en la oscuridad.

—A mí también me sorprendió. Y sí, hay diferencia. Un fisioterapeuta suele trabajar más con las manos: más estiramientos, más masajes. Un terapeuta físico hace algo parecido, pero se centra más en los ejercicios. También me planteé estudiar Terapia Ocupacional, que tiene más que ver con cómo desenvolverse en las tareas cotidianas, mientras que la fisioterapia se enfoca más en la movilidad del cuerpo en general. Me gusta trabajar con las manos.

No era en absoluto lo que había imaginado para él, pero de algún modo tiene todo el sentido.

—Y me encanta establecer una relación con mis pacientes, verlos mejorar. Muchos llegan con dolor, y poder aliviarlo, ser quien se lo quite, es todo un honor. Significa mucho que confíen en mí para algo tan importante.

—Qué bonito —digo con sinceridad.

Wouter me pregunta por la librería de Phoebe y le cuento que es el rincón más acogedor de Pasadena, lleno de colores alegres, pufs y artículos literarios creados por artistas locales.

—Tu hermana Roos y tú también estabais muy unidos —digo, intentando pronunciar su nombre como él me enseñó, Rohss, con

una «r» bien marcada—. ¿Lo seguís estando?

Él asiente.

—Vive cerca del Vondelpark, a solo un paseo en bici. Trabaja en marketing. Nos vemos una vez a la semana, aunque no sé si lo hace por mí o por Georg —dice. Yo pongo cara de pena y él se ríe—. ¡Te prometo que lo conocerás! ¿Algo más que deba añadir a mi expediente de Danika Dorfman?

—¿Tienes un expediente?

—¡Un archivador entero! —repone, y luego se aclara la garganta—. Mencionaste que habías roto con alguien antes de venir… ¿Puedo preguntar?

—Sí, claro —respondo, agarrando con fuerza la correa del bolso—. Mi ex, Jace. Estuvimos juntos alrededor de un año, y creía que íbamos a vivir juntos…, hasta que descubrí que me engañaba. Qué típico, me da hasta vergüenza contarlo.

Pero Wouter frunce el ceño, con una expresión tensa.

—No tienes por qué avergonzarte. Tú no hiciste nada malo. Vergüenza debería darle a él.

—No creo que sea el caso, pero gracias.

Dudo si compartir algunos detalles que podrían hacerme parecer inmadura, sobre todo después de ver lo rápido que me juzgaron mis amigas. Igual que en todas mis relaciones, me aseguré de ser yo quien le pusiera fin. A mi manera.

Quizá me pasé, pero lo único que quiero es que Wouter conserve en su archivo la mejor versión posible de mí.

Estamos reconstruyendo algo y no quiero remover el pasado. A pesar de todo lo que hemos compartido hoy, aún son muchas las cosas que ignoro de él: sus pasadas relaciones y por qué se acabaron. Por qué vive solo en esa preciosa casa en vez de compartirla con alguien.

Qué dibujaría si le dieran un lápiz.

Tal vez había olvidado no solo lo guapo que es, sino también su bondad. Después de casi diez años usando las aplicaciones de citas, mis expectativas habían caído en picado, y de pronto aparece él, ofreciéndome un techo, enseñándome la ciudad, colocando su mano en mi espalda para evitar que tropiece.

Antes de subirme a ese avión, consideraba Ámsterdam como una escapatoria. Una pequeña aventura.

Jamás se me pasó por la cabeza que sería más bien un intento de recuperar algo que había perdido.

Siento otra vez esa punzada en el pecho al pensar en aquellos dos ingenuos adolescentes que creían que el amor era suficiente, que el deseo y la voluntad podrían vencer la distancia. Que estemos de nuevo en el mismo sitio después de tantos años…, bueno, casi me hace creer en el destino.

—Me gusta mucho esto —digo, contemplando el agua. Al principio me resulta más fácil que mirarle a él, pero incluso este canal hace que una nueva emoción arraigue en mi estómago—. Tres meses van a pasar volando.

—Encontrarás algo —asegura Wouter, y parece más seguro de lo que yo jamás lo he estado sobre mí misma. Sus oscuros ojos de color avellana se clavan en los míos, puros y penetrantes tras sus gafas—. Recuerdo que siempre te volcabas en todo lo que hacías. No he visto tu trabajo, pero no tengo ninguna duda de que eres buena. De lo contrario esa empresa no te habría traído.

—Tal vez. O puede que haga cien entrevistas y no consiga pasar ninguna, o que me despidan otra vez, o … —Me sorprende tanto que me tiemble la voz que necesito un instante para serenarme. Pero, cuando hablo de nuevo, sigue ahí—. Esto va a sonar un poco tonto.

—Te doy mi palabra de que no.

Tomo aire, con un nudo en el pecho.

—No fue solo que mi novio me engañara. Cuando me enteré, de pronto mi vida empezó a parecerme… mal.

Después de tantos años manteniendo relaciones sin ataduras, no supe que quería algo serio hasta que se acabó.

Eché un vistazo a mi armario y me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo vistiendo ropa que no me representaba, pero tampoco sabía qué debía ponerme.

Y, a pesar de que me habían despedido, no echaba nada de menos el trabajo cotidiano.

Todo eso que creía que debía hacer me parecía una especie de gran coreografía, cuyos pasos se sabía todo el mundo menos yo. No sé de qué forma expresarlo sin revelar mi miedo más profundo: el de haber desaprovechado todo mi potencial.

Me cubro los ojos con las manos, pues no quiero que me vea así. Tan frágil.

—A mí no me parece ninguna tontería —dice con suavidad—. Por si te sirve de consuelo…, me alegro mucho de que estés aquí. —Y antes de que pueda pensar en lo que acaba de decir, añade—: Y yo tampoco siento que lo tenga todo bajo control.

—No sé yo, ese cinturón de herramientas decía otra cosa.

Eso le arranca una sonrisa.

—Creo que en Los Ángeles me volví tan conformista que ni siquiera me di cuenta de que era infeliz. Y ahora que estoy aquí, tengo la oportunidad de hacer las cosas de otra forma. Igual suena un poco radical, y desde luego que echo de menos a mi hermana, a mis padres y los burritos, pero… Me gusta esto, y mucho. No…, no estoy lista para irme.

Wouter guarda silencio tanto tiempo que dudo si ha oído lo que he dicho.

—¿Y si no tuvieras que irte? —pregunta al fin.

—No quiero que pienses que debes salvar a toda estadounidense en apuros que se cruce en tu camino.

Esboza una media sonrisa.

—No —dice—. Solo a ti. —Luego se pone serio, adoptando de nuevo una expresión neutra—. He estado dándole vueltas desde que me escribiste anoche, y puede que haya una solución para ambos. Pero… te aviso de que es algo disparatada. Muy poco ortodoxa. Cuando te la diga, igual no puedes parar de reír.

—Estás empezando a asustarme —bromeo, dándole un pequeño empujón en el brazo.

Pretendía que fuera un gesto amistoso de ánimo, pero no me esperaba que sus músculos estuvieran tan duros ni que cerrara los ojos un instante, como si tuviera que asimilar el contacto físico. Ahora que el Barrio Rojo no acapara mis sentidos, ese único roce parece dilatarse, como si hubiera ocurrido a cámara lenta. «Amigos —me recuerdo—. Somos amigos». Y recientes, además.

—No tienes por qué, de verdad. Te vas a partir de risa. O te vas a espantar. O las dos cosas.

Trago saliva con dificultad y procuro mantener un tono despreocupado.

—Me estás haciendo pensar que es algo que roza lo ilegal —bromeo, pero su mueca se vuelve más marcada—. Joder, no es legal, ¿a que no?

—Bueno… —En su rostro aparece una nueva expresión que no había visto antes, entre tantas nuevas que intento descifrar mientras él se pasa la mano por la barba incipiente. Es una mezcla de duda y otra cosa—. ¿Te acuerdas de que te mencioné que había heredado mi edificio?

—Me parece que sí.

—Pues mi abuela sigue siendo la propietaria y al resto de mi familia no le interesa lo más mínimo. Pero a mí me encanta. Ahí me crie, y aunque cada vez haya más gente en esta ciudad, no me imagino viviendo en otro sitio. Es que… es mi hogar —dice—. Mi abuela no me lo quiere ceder hasta que cumpla ciertas condiciones. Bueno, en realidad es solo una: quiere que me case primero.

Levanto el pulgar y el índice, notando que se me dispara el pulso.

—¿No es un pelín anticuado?

—Creo que su idea era que formara una familia allí. A menos que… —se detiene— haya una forma de evitarlo. Algo que nos beneficiaría a los dos. —Me mira con expectación, enarcando las cejas, como si estuviera esperando a que atara cabos.

Caigo en la cuenta un instante antes de que lo diga, y sus palabras son una mezcla de seriedad y locura:

—Podríamos casarnos.

Ocho



Tengo que agarrarme a la barandilla del puente para no caerme al agua. El suelo parece combarse bajo mis pies y las pintorescas casas se difuminan, convirtiéndose en una masa borrosa. Parecen bocas llenas de dientes torcidos, que de pronto se convierten en algo siniestro.

—Dani —dice Wouter, con un toque de preocupación en su voz. Que utilice mi apodo, algo poco habitual en él, hace que esto suene serio, justo lo contrario que cuando lo usa cualquier otra persona—. ¿Estás bien? ¿Necesitas tu inhalador?

Le oigo como si me hablara desde muy lejos, como si lo hiciera debajo del agua.

Cuando parpadeo y logro salir de mi aturdimiento, me sorprende descubrir que sigo en pie. Que en realidad el mundo no se está derrumbando.

Y entonces, tal y como él me había advertido, me echo a reír.

—Lo siento mucho —digo, secándome los ojos—. Puede que esa hierba fuera más fuerte de lo que pensábamos, porque me ha parecido que acabas de pedirme que me case contigo. O…, bueno, ni siquiera lo has preguntado, sino que más bien lo has soltado como si fuera una afirmación.

Wouter parece demasiado lógico.

—No estoy colocado. Solo me he comido un bocado de esa tarta. Yo… quería poder cuidar de ti —aduce. Siento una punzada inusual en el estómago al oír eso; un inesperado gesto protector—. Necesitas una forma de quedarte en el país. Casarte con un ciudadano neerlandés solucionaría tu problema.

Lo dice con tanta naturalidad, como si hablara de una simple operación matemática. Uno más uno es igual a visado. Y, por supuesto, no se equivoca, salvo por el pequeño inconveniente de que un matrimonio de conveniencia también debe de ser delito aquí, igual que lo es en Estados Unidos.

«Un matrimonio para conseguir el permiso de residencia». No sabía que esto fuera algo que ocurriera fuera de las películas de mediados de la década de 2000, en las que los protagonistas, guapos a rabiar, acaban enamorándose y nadie tiene problemas reales con el Gobierno.

—¿Debería ser más formal? —pregunta Wouter—. ¿Quieres que me arrodille?

La escena de postal que tenemos delante se vuelve claustrofóbica. Vertiginosa. Empiezo a dudar de si me he recuperado del *jet lag*, porque parece que me he dejado la razón en otro continente.

Y mi cerebro se centra en las preguntas más absurdas.

¿Debería mi exnovio y actual casero arrodillarse?

¿Para pedirme matrimonio?

¿A mí?

—Yo… No, no hace falta —consigo decir, intentando abrocharme un botón de la chaqueta con las manos temblorosas. Siento mi cuerpo vibrar, como si me hubieran enchufado a una toma de corriente y luego me hubiera lanzado al sol. Creo que puedo dejar el café para siempre: que Wouter van Leeuwen me pida cada mañana

que me case con él para conseguir la tarjeta de residencia sería más que suficiente.

¿Cómo hemos pasado de una amistad incipiente a una propuesta de matrimonio en solo unas horas? ¿Qué será lo siguiente? ¿Abrir una cuenta conjunta? ¿Adoptar trillizos?

Me indica un banco al borde del canal y le agradezco la idea, porque no estoy segura de que pueda seguir de pie mucho más tiempo.

—No sería algo permanente —dice una vez que nos sentamos—. Pero te daría tiempo para pensar qué quieres hacer. Por supuesto, solo tendría que ser sobre el papel y delante de mi familia. Aparte de eso…, nadie tendría por qué saberlo.

Por la forma en que lo plantea…, parece algo que de verdad podríamos hacer sin problemas. Me permito considerarlo durante un instante de locura: ganar un poco de tiempo para encontrarme a mí misma. Para explorar. Para viajar.

Para hacer esas «grandes cosas» que todo el mundo pensaba que iba a hacer hace tantos años.

—Claro. Tu familia —digo, sin poder creer que esté considerando la idea. No, no la estoy considerando. Solo estoy buscando fallos en su lógica—. Seguro que les encantaría la idea de que te casaras con una estadounidense cualquiera.

—Podríamos contar una historia que sea creíble —replica, pasándose la mano por la barba incipiente mientras la luz de una farola resalta algunas canas—. Digamos que mantuvimos el contacto, y que al vernos otra vez…, todos esos sentimientos volvieron. Y, además, tú no eres una estadounidense cualquiera —continúa—. Tenemos un pasado.

Dejo que todo esto quede suspendido entre nosotros mientras intento asimilarlo.

Matrimonio. Un anillo en mi dedo y algún tipo de documento oficial que certifique que estamos unidos de forma legal.

Vuelvo a sentirme mareada, así que me inclino y apoyo los codos en las rodillas y la barbilla en las palmas de las manos. Respiro hondo.

Un barco rompe la quietud del agua. A bordo, un grupo de personas abrigadas beben mientras cantan al son de una canción pop que suena a todo volumen en los altavoces. Es una grata distracción, y verlo hace que se me encoja el corazón. Desde que era pequeña me encanta estar en el agua. Los viajes en ferry a la isla Catalina, que hacían que las horas en el coche merecieran la pena; los veranos en la playa de Santa Mónica, corriendo hacia las olas mientras mis padres me gritaban que no me alejara demasiado, y yo no podía parar porque me encantaba sentir el agua salpicándome.

Y aquí estoy, en una ciudad que, literalmente, arrancaron de las profundidades del mar.

La verdad es que quiero quedarme aquí. No sé si podría volver a casa sabiendo que apenas luché para conseguirlo.

Me enderezo de nuevo.

—Entonces…, y no es que esté diciendo que sí todavía…, queda el pequeño detalle de, ya sabes, infringir la ley.

Se muerde el labio, avergonzado. Ojalá no fuera una expresión tan adorable. Quizá sea porque roza el metro noventa, pero ver a este gigante mostrar cualquier atisbo de timidez siempre me ha enternecido.

—En realidad…, una amiga mía lo hizo después de la universidad —dice—. Así que tengo un poco de experiencia, de oídas. Su novio era de Australia y su visado de estudiante caducó cuando no encontró trabajo después de graduarse. Así que se casaron y se divorciaron un par de años después.

—¿Y siguen juntos?

La timidez se convierte en una mueca.

—En realidad…, rompieron antes de divorciarse…

—Natural.

—…¡Pero siguieron casados hasta que él pudo conseguir un visado! Y para nosotros sería mucho más fácil, ya que no estamos saliendo juntos —dice. La brisa le despeina el cabello y él se lo aparta con la mano—. No hubo dramas ni siquiera cuando rompieron. Nadie va a llamar a nuestra puerta exigiendo pruebas de que estamos juntos de verdad.

Enarco las cejas.

—No me había dado cuenta de que te habías convertido en un rebelde en estos últimos diez años.

Wouter me dedica una sonrisa burlona a juego con mi sarcasmo. Me da un golpecito en la rodilla con la suya, lo que me provoca una descarga eléctrica en la espalda.

—Supongo que yo también he cambiado.

Recuerdo su mano sobre mi piel. Ese roce fugaz que ahora hace que me pregunte si he estado necesitada de contacto humano estas últimas semanas. Entonces me obligo a mantener la cabeza fría en esta situación tan irracional. Si digo que sí, cualquier atisbo de atracción que pudiera haber sentido hace tan solo una hora no podrá convertirse en nada más. Tendría que apagar esos sentimientos con agua fría, lo que requeriría mucha más fuerza de voluntad de la que jamás tuve cuando él vivía al otro lado del pasillo.

Lo que en el fondo me está ofreciendo con esta propuesta es el regalo del tiempo. La posibilidad de encontrar el trabajo adecuado, de explorar todo lo que quiera, de descubrir si este lugar podría llegar a ser mi hogar.

Si dejara que los sentimientos se interpusieran, no sé si podría

perdonármelo.

—No tienes que decidirlo ahora —repone—. Es solo una idea. Si no te gusta, no voy a insistir. Te lo prometo.

Aunque quizá no me desagrade tanto.

—¿Cuánto tiempo duraría esto? Hablando de forma hipotética.

Él lo piensa un momento.

—¿Un año? Lo suficiente para que mi abuela vea que vamos en serio. Solo hasta que ponga las escrituras a mi nombre y tú tengas un trabajo estable. Y luego nos divorciaríamos de forma rápida y sencilla. Sin ataduras legales entre nosotros, sin incomodidades.

«Un año». No había pensado en un futuro tan lejano como para imaginarme viviendo aquí a largo plazo, pero desde luego no imaginaba que estaría fingiendo estar casada durante ese tiempo.

—¿Y yo seguiría viviendo abajo?

El rubor tiñe sus mejillas.

—Puede que lo más lógico sea que vivamos en el mismo apartamento. Para evitar que la gente haga preguntas, ya que tendremos que poner la misma dirección en todos nuestros formularios.

—Claro. Por supuesto.

—No tendríamos que… No dormiríamos juntos —logra decir, con las mejillas más coloradas si cabe—. En la misma cama, quiero decir. Es obvio. La habitación de invitados sería para ti.

Quiero hacer una broma sobre que ahora es él quien parlotea, pero verle enredarse me trae a la memoria el recuerdo que tanto he intentado reprimir.

El que más duele, aunque solo sea porque no sabía lo efímero que era.

Una vez que empezamos a vernos a escondidas, el sexo parecía algo inevitable. Ninguno de los dos tenía mucha experiencia más

allá de los besos, pero mantener la relación en secreto hacía que nos deseáramos más cuando por fin estábamos a solas. Nunca me pregunté: «¿Hasta dónde quiero llegar?». Desde el principio lo quise todo de él. Y aun así no estaba segura de que fuera suficiente.

Mis amigas me habían contado lo decepcionantes que habían sido sus primeras veces, y yo me había preparado para ello, para que no hubiera fuegos artificiales. Que resultara incómodo y caótico, y tal vez ni siquiera demasiado placentero.

Y sí, casi todo eso se cumplió.

Pero me encantó cada segundo.

Mis padres se habían ido el fin de semana y yo les mentí diciendo que iba a pasar la noche en casa de una amiga. Wouter y yo preparamos la cena juntos, riéndonos y sonrojándonos más de lo habitual, incluso cuando yo eché demasiada salsa a la pasta y él dejó sosas las judías verdes. Encendimos demasiadas velas y activamos la alarma de humo —¿por qué nos sigue pasando esto?— y tuve que subirme a la mesa con una escoba para apagarla.

A pesar de todos esos contratiempos, nunca me había sentido tan adulta.

Luego lo llevé a mi habitación y me besó contra la pared antes de pasar a mi cama.

Juntos habíamos aprendido la manera de hacer jadear al otro, y ahí estábamos, a punto de vivir otra nueva experiencia. Recuerdo que pensé que no sabía lo que era el verdadero deseo hasta ese momento, con Wouter sobre mí y su boca en mi clavícula.

—Estoy nervioso —susurró con ese acento que me encantaba—. Quiero que lo disfrutes.

Me pegué más a él.

—Ya lo hago.

Después me miró con ternura; tendría que haber sido demasiado

para alguien tan cínica como a veces yo me sentía por dentro. Jugueteó con un mechón de mi cabello, acariciando mi espalda desnuda con los dedos.

—Te quiero —dijo contra mi frente, y eso encendió una emoción por completo nueva. Dos palabras que había atesorado en mi corazón porque no quería exponer una parte demasiado vulnerable de mí—. Te quiero, y tengo mucho miedo de lo que pase cuando me vaya.

—Pues no te vayas. Porque yo también te quiero —repuse. Emprendí un sendero de besos por su pecho, por el cuello, donde todavía perduraba un ligero aroma a loción para después del afeitado—. ¿Cómo se dice en neerlandés?

—*Ik hou van jou* —respondió, y cuando se lo repetí, me abrazó con más fuerza.

Ese amor parecía algo precioso, delicado, como si fuéramos dos niños sueltos en una tienda de antigüedades llena de carteles que decían NO ROMPER.

Y, sin embargo, lo rompimos.

—¿Cómo sé que no vas a cambiar de opinión? —le pregunto ahora. Porque ya lo hizo una vez, tomó algo que yo creía serio y lo convirtió en «No estoy seguro de que vaya a funcionar. Lo siento mucho. Gracias por todo».

Él traga saliva con dificultad.

—Creo que tendrás que fiarte de mí. Yo… entiendo que no lo hagas.

—Supongo que no entiendo por qué ibas a hacer esto por mí —digo en voz baja. Me siento como si tuviera diecisiete y treinta años al mismo tiempo, incapaz de afrontar todo esto—. Ya me has ayudado mucho. ¿No hay ninguna exnovia a la que prefieras pedirle ayuda? ¿O alguna amiga?

Se queda callado un momento, como nada de eso se le hubiera pasado siquiera por la cabeza.

—De este modo tú también te beneficias —alega—. No tendríamos que hacer cambios en nuestra vida cotidiana.

—Salvo que viviría contigo.

Esboza una media sonrisa.

—Salvo eso.

—Y podrías alquilar el piso de abajo a su precio normal.

Empiezo a marearme de nuevo mientras intento imaginar esa vida y cómo sería ser la esposa de Wouter. Si alguna vez viéramos a su familia, tendríamos que actuar como un matrimonio. Como unos recién casados locamente enamorados.

Y mi propia familia…

Si se enteraran de que he huido a Ámsterdam y me he casado, cogerían el primer vuelo desde Los Ángeles para arrastrarme a casa y hacerme entrar en razón. «No estás pensando con claridad —me dirían—. Esto no es propio de ti».

Tal vez justo por eso debería hacerlo.

—No soy una persona impulsiva —digo, sin saber muy bien por qué. ¿Un intento desesperado de recuperar el sentido común?

Me roza la rodilla con la suya otra vez

—Has dejado atrás toda tu vida y te has ido a otro continente. A un país en el que nunca habías estado.

Cuando lo dice así, no puedo evitar preguntarme si tal vez albergo en mi interior algo de valentía oculta, algo que él puede ver, pero yo no. Puede que sea una auténtica idiotez, o solo un medio para alcanzar un fin. En cualquier caso, cuando nos divorciemos, él será dueño de su edificio y yo habré decidido qué voy a hacer con mi vida.

Rápido y sencillo. Sin complicaciones, tal y como él mismo ha

dicho.

Mis dedos rozan un trozo de papel dentro del bolsillo de mi abrigo. Saco el envoltorio de la pajita de un café con hielo que me tomé por la tarde y le miro, enarcando las cejas mientras junto los extremos y los anudo.

Él sonríe cuando se lo entrego, y puedo ver su hoyuelo incluso en la oscuridad. Solía dibujar esa sonrisa una y otra vez, sin poder hacerle justicia. Sus labios me quedaban demasiado finos. Demasiado torcidos. Al final, me rendí y me limité a observarlo mientras él me dibujaba, con una intensidad y concentración que nunca estuve segura de merecer.

Sus dedos tiemblan cuando vuelve a cogerme la mano. Recorre la curva de un nudillo con el pulgar, arriba y luego abajo, como si intentara tranquilizarme a mí, a él mismo o quizá a los dos. Como si con esos movimientos estuviera prometiendo que es una buena decisión.

—Siempre imaginé que sería un poco más romántico cuando hiciera esto —susurra.

¡Madre mía! Está nervioso, incluso al darme este anillo de papel.

—Lo estás haciendo muy bien —digo, intentando disimular el temblor de mi voz, sin conseguirlo. También hay una sensación de euforia, la misma que cuando haces algo que va en contra de todo pensamiento racional, y aun así encuentras una forma de justificarlo.

Si vine a Ámsterdam en busca de una nueva versión de mí, creo que la he encontrado.

—¿Qué me dices, Danika? —empieza. Mi nombre no debería sonar tan irresistible dicho con ese acento. Sus preguntas no deberían ser tan sinceras—. ¿Quieres ser impulsiva conmigo?

No sé por qué, pero es lo más dulce que he oído en muchísimo tiempo.

—Sí —respondo, y la palabra surge envuelta en una risa breve e incrédula. Él me coloca el anillo de papel en el dedo con tanto cuidado que por un instante puedo fingir que es de oro—. Sí, quiero.

Nueve



La primera vez que vivimos juntos había reglas. Los estudiantes de intercambio tenían que asistir a clase todos los días y ayudar con las tareas domésticas. No se les permitía beber, conducir ni trabajar, y el programa de Wouter desaconsejaba encarecidamente las citas.

—Se supone que debemos tratarlo como a un miembro más de la familia —dijo mi madre—. No como a un invitado.

Wouter se convirtió en el nuevo miembro de nuestra familia dos semanas antes de que empezara el tercer año de secundaria. Y yo no estaba preparada en absoluto.

Al principio, fuimos supereducados. Mi madre sacó una torre de juegos de mesa que no habíamos tocado en años y mi padre intentó incorporar todos los grupos de alimentos principales en las cenas. Pero, poco a poco, fuimos dejando salir a los verdaderos Dorfman, que no eran malos en absoluto, solo un poco menos refinados. Cambiamos el Monopoly por Netflix y los cuencos de cereales por la noche de pizza. Dejamos de peinarnos antes de bajar a desayunar.

Estaba acostumbrada a compartir el baño con mi hermana, pero ahora sus familiares colonias y espráis habían desaparecido, reemplazados por productos que gritaban: «Muy varonil, muy macho». Los chicos con los que me sentaba en clase siempre se

echaban la colonia a litros y eran unos sosainas. Poder ver a uno en su hábitat natural —o tan natural como era posible, a un océano de distancia de su casa— me convirtió en una especie de científica. Cada descubrimiento me desarmaba un poco más: gel de baño con la etiqueta en neerlandés, loción para después del afeitado con un toque de clavo que me mareaba de una forma que me encantó al instante. Luego estaban la ropa que Wouter se ponía solo para estar por casa: unos pantalones de chándal grises suaves y una camiseta descolorida del Ajax, el equipo de fútbol de Ámsterdam. Una carita sonriente dibujada en el vaho del cristal de la ducha, y más tarde, un corazón.

Y aquí estamos, trece años después, a punto de compartir cuarto de baño otra vez.

—A la tercera casa va la vencida —digo mientras subo mi mochila por la escalera más empinada y estrecha que he visto en mi vida. Nunca más me burlaré de nadie en *House Hunters International*.

Wouter mete mis maletas sin problemas. Un perro diminuto se acerca a nosotros en cuanto se abre la puerta, con las uñas repiqueteando en el suelo de madera. Es de color marrón oscuro, con largos mechones de pelo en la cabeza, la barbilla y encima de los ojos, quizá un cruce de perro salchicha con terrier, y no puede ser más mono. Mueve el rabito con entusiasmo cuando me arrodillo para acariciarlo, pero salta de un lado a otro tan rápido que no consigo atraparlo. Es todo un torbellino, que no para quieto, y me cuesta observar el apartamento. Quiere mimos de su tutor, pero también está encantado de que Wouter le haya traído un nuevo amigo.

El perro sale disparado del vestíbulo hacia la sala de estar, da una vuelta y vuelve corriendo hacia nosotros. Y repite lo mismo. Lleva algo al vestíbulo y lo deja caer a mis pies: ¿un calcetín?

—¿Te has calmado ya para que pueda presentarte como es debido? —dice Wouter, y el perro parece entender lo que se le pide. Se sienta en el suelo y ladea la cabeza—. Danika, te presento a George Costanza. George, esta es Danika.

—Espera, ¿tu perro se llama…?

—George Costanza. Por el personaje de…

—*Seinfeld*. Lo sé.

Pasamos mucho tiempo viendo viejos episodios de *Seinfeld* cuando él vivía con nosotros: mis padres en el sofá, Phoebe acurrucada en el sillón, Wouter y yo sentados en el suelo con un par de cojines. Una actividad familiar tranquila, que podíamos hacer todos juntos. A Wouter le parecía divertidísima la serie porque era una americanada. Vimos dos temporadas y media, y nos sorprendía cuántas tramas se habrían resuelto con facilidad si los personajes hubiesen tenido un móvil.

Después de tantos años le había puesto a su perro el nombre de un personaje de una serie que, de alguna manera, le recordaba a mí.

—Algunos de mis mejores recuerdos de Estados Unidos —dice Wouter, agachándose para coger a George y darle un beso en la cabeza—. Supongo que tengo debilidad por las comedias estadounidenses.

Empaquetarlo todo me llevó solo un par de días, en los que repasé una y otra vez nuestra conversación en el puente. Pasé horas leyendo historias espantosas sobre matrimonios de conveniencia para obtener los papeles, intentando convencerme de que realmente podríamos hacerlo sin que nos pillaran. En el fondo esperaba que él se echara atrás y al despertar me encontrara con un mensaje diciendo que teníamos que hablar. Mis dedos se quedaron suspendidos más de una vez sobre su nombre en mi teléfono, dudando si hacerlo.

Y siempre acababa frenándome.

Ahora que estoy en su casa, me doy cuenta de que no dediqué suficiente tiempo a pensar en lo que suponía no solo casarme con Wouter van Leeuwen, sino también vivir con él, compartir este espacio desde la mañana hasta la noche, los siete días de la semana. Solo he vivido con mi familia, mi hermana y un puñado de compañeras de piso. Nunca sola con un hombre. Y siempre di por hecho que, si alguna vez lo hacía, sería por amor, no por pura conveniencia.

«Este hombre está a punto de convertirse en tu marido», pienso mientras él me cuenta que George tiene unos siete u ocho años y es un perro rescatado de Hungría hace tiempo. El animal lame la mejilla de Wouter con su pequeña lengua rosada. Cierro los ojos con fuerza por un momento. «Cuatro. Siete. Ocho». La técnica de respiración que siempre me pareció demasiado simple para funcionar, sigue sorprendiéndome cuando logra liberar parte de la ansiedad de mi cuerpo.

«Cuatro. No te van a pillar».

«Siete. No es algo permanente».

«Ocho. Esta es la mejor opción».

No es una cura instantánea para todos los pensamientos que se agolpan en mi mente, pero al menos puedo respirar un poco mejor.

Cuando imaginé su apartamento, esperaba que estuviera lleno de obras de arte. La realidad es que es precioso, aunque un poco austero. Tiene modernas estanterías empotradas, una mesa de centro con un solo libro encima, un banco cubierto con una manta junto a las ventanas, con unas impresionantes vistas del canal, que parece el rincón perfecto para leer. Veo una cesta con juguetes para perros en un rincón, aunque Wouter dice que es muy probable que George nunca socializara cuando era cachorro y por eso no entiende lo que

es jugar a traer la pelota.

—Lo único con lo que juega son mis calcetines, así que más vale que vigiles los tuyos si no quieres que te los deje como un colador lleno de agujeros.

Hay una mesa de cocina que parece utilizarse principalmente para amontonar el correo, un par de taburetes junto a la encimera y un balcón. Algunos de los detalles originales se conservan, como la chimenea de azulejos y esas malditas escaleras, pero, aparte de unas pocas fotos familiares, no hay nada que indique que aquí es donde se crio Wouter.

Entonces me doy cuenta de algo que debería haber notado enseguida.

—Espera, ¿el suelo está…?

Wouter se sonroja y se frota la nuca.

—No está nivelado, sí. La casa está inclinada. —Coge un bolígrafo de la mesa de la cocina y lo deja en el suelo. Ambos estiramos el cuello mientras empieza a rodar despacio.

—No me había dado cuenta abajo —digo.

—Se nota más en los pisos superiores. Hay que nivelarlo, pero no es barato —repone, encogiéndose de hombros otra vez—. A mis padres siempre les encantaron los suelos, así que nunca nos decidimos a arreglarlos, aunque entonces la pendiente no era tan acusada. —Da unas palmaditas a una de las paredes—. Lo pinté hace un par de años, pero ese fue el último cambio importante que hice. Pero me encanta este lugar. Puede que demasiado. Casi me siento culpable por no poder dedicarle más tiempo o dinero, pero es como tener otro trabajo a tiempo completo.

Me detengo delante de una de las fotos colgadas encima del sofá. Wouter con sus padres, su hermana y sus abuelos, en lo que parece ser su graduación del instituto. Están posando delante de esta casa,

con la bandera de los Países Bajos detrás y una mochila colgada de ella, como dicta la tradición neerlandesa. Su hermana sonríe de oreja a oreja mientras abraza a su hermano como si fuera su persona favorita en el mundo. El padre agarra a la madre de la cintura, y la abuela, a la que voy a tener que impresionar, está a su lado. El chico de esta foto se parece mucho al Wouter que yo conocí. Más desgarbado, quizá un poco más tímido, con las gafas de montura ancha que estaban de moda en aquella época, que contrastan con las de montura fina y redonda que lleva ahora.

La casa tiene casi trescientos años. Cuesta imaginar a todas las personas que vivieron aquí antes de los Van Leeuwen, los momentos importantes y las penas que vivieron entre estas paredes.

Wouter me lleva por el pasillo y da un golpecito a la primera puerta

—Mi habitación —dice, y delante de la segunda, añade—: Y la tuya. Espero que te guste.

Echo un vistazo al interior del espacio minimalista y ordenado, y dejo la mochila sobre la cama mientras Wouter se queda en la puerta, como si ahora que me la ha asignado, necesitara permiso para entrar. El edredón tiene un estampado de cachemira en tonos neutros y todo lo demás es blanco: la lámpara, las puertas correderas del armario y la estrecha cómoda.

Y hay un pequeño cuadro de los girasoles de Van Gogh en la pared.

—¿Tú has…? ¿Eso ya estaba aquí? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Él esboza una sonrisa avergonzada y se pasa la mano por el pelo.

—Quería que te sintieras… un poco más como en casa.

—Es perfecto, de verdad. Gracias —digo. Luego entro en el baño al otro lado del pasillo y suelto una carcajada desconcertada,

agradecida por haber superado la sensación que me provocaba el cuadro de Van Gogh—. ¿Los lavabos siguen siendo diminutos y con agua fría?

—¿Qué tienen de malo nuestros minúsculos lavabos?

—¿Por qué son tan pequeños? —pregunto—. ¿Y si tienes las manos grandes?

Ahora él también se ríe, con los ojos brillantes tras las gafas.

—Aquí son así —dice—. A lo mejor es que los lavabos estadounidenses son demasiado grandes.

—¿Eso es lo que aprendiste en el año en el extranjero que te cambió la vida? ¿Que nuestros lavabos son demasiado grandes?

—Y vuestro pan es demasiado dulce —añade. Entonces, mientras abro la cremallera de una maleta, me pregunta—: ¿Quieres que te eche una mano con algo?

—Claro. ¿Puedes abrir esta caja misteriosa conmigo? —Saco el paquete que me llegó ayer de Estados Unidos—. Un paquete con provisiones de Phoebe.

Wouter vuelve a la cocina, rebusca en un cajón y reaparece con un cúter. George se está acomodando en mi cama, saltando sobre el edredón para poder acercarse a mí, y mueve el rabito cuando me arrimo para acariciarlo.

—Es su único defecto —dice Wouter con fingida seriedad—. Conoce a alguien y se encariña enseguida, aunque soy yo quien mantiene su lujoso estilo de vida a base de comida enlatada y mantas de lana.

—Yo no creo que tengas ningún defecto —le digo a George, porque ya me tiene encandilada su carita, sus orejas perfectas y la forma en que se da la vuelta para que le rasque la barriga.

La caja de mi hermana es un cofre del tesoro: mantequilla de galleta de Trader Joe's, unas cuantas cajas de macarrones con queso

cheddar blanco de Annie's, un paquete de NyQuil del tamaño de los de Costco.

—Aquí no se puede conseguir eso —murmura Wouter.

—Solo a mi hermana se le ocurre pasarme medicamentos de contrabando sin saberlo.

Su mano se sumerge en los cacahuetes empaquetados.

—¿Qué es esto…? ¡Oh! —suelta. Y deja caer un vibrador de color lavanda como si acabara de encontrar una tarántula.

Mi reacción es doble.

Primero: vergüenza absoluta y total.

Segundo: gratitud, porque tiré mis viejos juguetes antes de mudarme, pensando que sería un buen momento para renovar mi colección.

—No sé por qué ha creído necesario incluir uno de estos —me apresuro a decir, aunque reconozco la marca como una de mis favoritas—. Es evidente que aquí también tenéis de esto. No me refiero a ti en concreto, sino que aquí también se venden, ¡aunque no te juzgo si tienes alguno! Por supuesto que cualquiera puede disfrutarlos.

Wouter se pone rojo como un tomate y creo que está intentando contener la risa.

—Yo no tengo ninguno, pero empiezo a pensar que me estoy perdiendo algo —dice, y señala el paquete con la cabeza—. Fíjate, veinte modos de vibración diferentes.

—¿Sabes? Creo que al final no necesito ayuda.

En ese momento, mi móvil empieza a vibrar sobre la cama, junto a la caja, y el sonido es tan estridente que al principio creo que el vibrador se ha encendido.

Pero solo es una llamada de mi madre, como si supiera lo que está pasando; la puerta del garaje se cierra de golpe justo cuando estaba a

punto de arrastrarlo a mi cama. Nos separamos, Wouter sale disparado a la habitación de enfrente y finge que ha estado estudiando todo el rato.

—Debería cogerlo —digo.

He estado evitando a mis padres desde que Wouter me propuso este arreglo, como si pudieran notar solo por mi voz que algo raro está pasando. Nunca les había ocultado tanto.

Espero a que Wouter salga a pasear a George antes de coger el teléfono.

—¡Osito! —dice mi madre con voz melosa, un viejo apodo que me hace sentir como si tuviera diez años otra vez—. ¿Eres tú de verdad? ¿Nuestra hija perdida?

Me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Tu padre está en el jardín. Los lirios están preciosos, pero por desgracia los conejos también lo piensan.

Mis padres son otras dos personas cuyas profesiones les van como anillo al dedo: mi padre enseña matemáticas en el instituto y mi madre trabaja en salud pública para el condado. Trabajos estables. Trabajos que aportan algo a la sociedad.

Aunque nadie lo dijera en voz alta, sabía que les habría hecho ilusión que yo eligiera un camino parecido, pero nunca me he sentido cómoda con los niños, y después de pasar tanto tiempo en hospitales cuando era pequeña, no me han quedado muchas ganas de volver a uno.

—Hace tiempo que no nos envías fotos —continúa mi madre—. No has actualizado el álbum familiar.

—Ah…, ¿de verdad? —finjo sorpresa—. Puede que haya algún problema con la conexión. Lo comprobaré cuando colguemos.

—Aunque me encantaron las del Museo Van Gogh. ¡Seguro que

estabas en una nube viendo todo eso en persona!

Me permito sonreír al oír eso. Uno de esos escasos momentos de conexión entre nosotras.

—La verdad es que sí. Todavía me parece un poco surrealista estar aquí, pero… me gusta. De verdad. Y antes de que me lo preguntes, me estoy tomando la medicación. —Wouter ha salido con George, pero, aun así, lo digo en voz baja.

—¿Y el terapeuta? He oído que con la sanidad pública, a veces se tarda mucho en conseguir cita…

—Aún no he mirado nada —respondo, en parte porque hacía tiempo que no veía a nadie con regularidad en Los Ángeles—. Pero lo haré.

—Solo quiero que te asegures de tener a alguien antes de que lo necesites —aduce—. ¿Y los amigos? Me parte el corazón pensar que estás sola allí. ¿Has hecho ya algunos, quizá gente del trabajo?

Me cuesta mucho apretar los dientes y decirle medias verdades. Oigo que Wouter vuelve a entrar y se mueve por la cocina, abriendo y cerrando armarios y poniendo una sartén en el fuego.

Estos secretos tendrían que ser más fáciles de guardar.



Después de cenar unos ñoquis comprados en la tienda y una ensalada, recojo la mesa mientras Wouter abre un armario al otro lado de la cocina.

—¿Un té? —pregunta—. Si prefieres café, te lo preparo encantado.

—Quiero el té —respondo, y es la primera vez que pronuncio esas palabras y las digo en serio.

Wouter pone una tetera de cerámica al fuego y me muestra las diversas cajas de té a granel para que elija una. Luego mide de forma meticulosa las hojas de té y vierte el agua caliente sobre el colador.

Ojalá pudiera decirle a la desconsolada Dani de diecisiete años que un día Wouter le prepararía una infusión de manzanilla e hibisco en Ámsterdam.

—Me encanta el ritual —dice mientras el agua adquiere un cálido color caramelo—. Cuando tengo un mal día, preparar una taza de té siempre me reconforta. Puede que sea un proceso más complicado de lo necesario, pero el té a granel tiene mucho más sabor que el de las bolsitas. Las bolsitas no son más que polvo.

—No, esto está genial. —Y lo es: habla de ello de un modo casi reverencial.

—Es la primera vez que a alguien dice que tener cinco teteras diferentes es genial.

Nos llevamos nuestras respectivas tazas al sofá junto con un pequeño plato de galletas. George está acurrucado en una manta y levanta la cabeza para olfatear el aire, por si acaso. Me acerco la taza a la cara y respiro hondo, dejando que el aroma alivie parte de mi ansiedad.

Wouter pone música clásica mientras se sienta junto a su perro, que al instante salta a mi regazo.

—¿Ves? Es un traidor —dice, cruzando una pierna sobre la otra y recostándose en el sofá. Nunca lo había visto tan relajado, con el cuerpo menos rígido, y se ha remangado las mangas hasta los antebrazos, dejando al descubierto un vello rubio rojizo.

Toda la escena es tan cotidiana que podría confundirme si me dejo llevar.

—No te estarás arrepintiendo ya, ¿verdad? —pregunta—. Sé que son muchos cambios en poco tiempo. Y si hay algo en el piso que no te guste, no le tengo ningún apego a la decoración.

Me da la sensación de que solo está siendo amable; no voy a redecorar todo su piso.

—Por raro que parezca, es la primera vez que me siento tranquila desde que me bajé del avión.

—Me alegro —dice—. Creo que hay algunas cosas que deberíamos discutir antes de la cita.

«Cita». La forma más precisa de hablar de nuestra inminente boda. Tuvimos que declarar nuestra intención de casarnos dos semanas antes, y al final no deja de ser eso: una hora reservada en el ayuntamiento.

Acaricio a George mientras me voy bebiendo mi infusión.

—Claro. ¿Ensayamos la versión oficial para tu familia?

—Eso es de lo que quería hablar contigo. —Se lleva la taza a los labios y espera un momento antes de volver a hablar—. Solo vendrán mi madre, mi hermana y mi abuela. Mi padre falleció hace un par de años.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Wouter, lo siento mucho. No lo sabía.

Un par de años. No es tanto tiempo.

—He estado esperando el momento adecuado para contártelo —dice—. Pero supongo que ninguno lo es. Sufrió un derrame cerebral durante mi primer año en la universidad. Estuvo en el hospital unos meses, primero recuperándose y luego por la rehabilitación; le costó bastante tiempo recuperar el movimiento. Mi madre se aseguró de que hiciera ejercicio y comiera lo más sano posible, y todos pensamos que se pondría bien. Pero unos años más tarde…, sufrió otro. Y ya no volvió a ser el mismo.

Me imagino a un Wouter no mucho mayor que la versión a la que dije adiós, con todo ese miedo e incertidumbre retorciéndose en su interior. Esa arruga en la frente que le salía cuando se concentraba en sus dibujos, ahora convertida en un rasgo permanente de su rostro. Solo tendría dieciocho o diecinueve años cuando sufrió el primer

derrame cerebral. Todavía era un crío en muchos sentidos.

«Tus padres deben de estar orgullosos», le dije el día que nos volvimos a ver, y él no me corrigió.

Sin pensarlo dos veces, extiendo el brazo y acaricio con los dedos su mano, que descansa sobre sus vaqueros. Deslizo el pulgar por sus nudillos; sé que apenas será un leve consuelo, pero aun así cierra los ojos un segundo.

—Necesitaba ayuda para todo. Su habla y su movilidad se vieron muy afectados, y esta vez no mejoraban. Se negaba rotundamente a abandonar Ámsterdam, pero ya no podía subir las escaleras, así que me mudé con él a la planta baja. Le ayudaba con la medicación, los ejercicios, la comida y la bebida. Yo vivía en De Pijp en aquella época, en un piso de una habitación, pero me parecía que estaba demasiado lejos.

—Le cuidaste —digo en voz baja, y él asiente con la cabeza, sin volver a mirarme a los ojos.

—Yo quería hacerlo. Sé que no era lo que él quería para mí, pero Roos todavía estaba en la universidad, y mi madre… Me daba cuenta de que para ella era más duro. No es que para mí fuera fácil, pero creo que, por mi trabajo, a veces podía compartimentar. Así que pensé: pase lo que pase, si estos son los últimos años con él, aunque ya no sea el padre que me crio…, quiero hacerlo.

Intento imaginarme a Wouter junto a la cama del hombre de la foto que tengo justo encima. Sosteniéndole la mano mientras se debilitaba.

—Deberíais haber tenido más tiempo.

En este momento, le veo más claro que nunca: un hombre que antepone a los demás a sí mismo, que se preocupa tanto por su familia que haría cualquier cosa por ellos.

Él vuelve a asentir con la cabeza, con la boca apretada en una línea

firme. Si nuestras versiones adultas se conocieran mejor, me pregunto si se permitiría mostrar más emoción.

—Mi madre vive ahora en Culemborg, una ciudad mucho más pequeña. Mi abuela se mudó allí hace tiempo porque era de donde era su marido. Debatieron la posibilidad de vender la casa de Ámsterdam, pero yo no podía soportar la idea de perderla cuando ya habíamos perdido tanto. Quería mantener intactos todos esos recuerdos. Así que propuse que la renováramos, convirtiéramos las dos viviendas en tres para poder alquilar dos de ellas, y yo me encargaría con mucho gusto de ejercer de casero. No podía volver a vivir abajo, pero…, pero podía vivir aquí. —Como si fuera consciente de que podrían necesitarlo, George se levanta de mi regazo y apoya la cabeza en el de Wouter, que le acaricia el lomo con aire distraído—. Esta casa tiene mucha historia. Y con este matrimonio…, puede parecer contradictorio, pero quiero que piensen que soy feliz.

«¿Lo eres?», quiero preguntarle, pero todavía no tenemos tanta confianza como para eso.

—Ya sé que casarse no garantiza la felicidad —continúa, con la mano hundida en el suave pelaje marrón de George—. Pero creo que vale la pena mentir si así dejan de preocuparse por mí. Porque… creo que a veces lo hacen.

—Las personas que nos quieren no pueden evitarlo —intervengo. Por muy diferentes que sean nuestras familias, puedo entender esa parte—. ¿Y les parecerá bien que te hayas casado sin decírselo?

—Puede que al principio no se lo crean del todo. Pero será más fácil porque nos conocíamos desde adolescentes.

—Entonces tendremos que esforzarnos más —digo—. Haré lo que sea necesario, cuenta conmigo.

—Gracias. De verdad. Creo que yo estoy sacando más provecho de

esto que tú —bromea, y aunque me alivia que contarme lo de su padre no le haya hecho cerrarse, está muy equivocado al respecto. Wouter se endereza y vuelve al principio de nuestra conversación: los retoques que tenemos que hacer de nuestra historia—. Podemos partir de lo que hablamos el otro día. Nos enamoramos cuando éramos adolescentes y luego volvimos a encontrarnos.

—Amor a segunda vista —coincido, aunque la palabra «amor» se me queda atascada en la garganta, algo que a él no le pasa.

—Te chocaste con tu bicicleta contra mí… Esa parte podemos dejarla.

—¿Es necesario? —pregunto, frotándome la rodilla, donde los moretones por fin han empezado a desaparecer.

Él esboza una media sonrisa.

—Será mejor que nos ciñamos lo más posible a lo que pasó de verdad. Diremos que eso ocurrió en tus primeros días aquí, así dispondremos de un poco más de margen.

—De acuerdo. Así que me estampé contra tu bicicleta y nos dimos cuenta de lo mucho que nos habíamos echado de menos todos estos años. Y nos casamos rápido porque…

—No podíamos esperar ni un minuto más. Llevábamos más de diez años sin vernos y no queríamos perder más tiempo.

—¿Crees que se lo creerán?

Al oír eso, baja la mirada al suelo.

—Ellos… saben lo que siento por ti. Lo que sentía por ti. En Los Ángeles.

Casi me atraganto con el siguiente sorbo de té.

—¿Se lo contaste? ¿Lo nuestro?

No estaba preparada para ninguna de las revelaciones de esta noche, y esta me deja más descolocada de lo que sin duda debería. Daba por hecho que, después del mensaje de ruptura, me ocultó

como si yo fuera algo de lo que avergonzarse. Cuando llegué a la universidad, a veces dudaba de si todo aquello había sido real, y los rollos que tuve durante mi primer año, los toqueteos ávidos y los finales desesperados, no sirvieron para hacer desaparecer el dolor. Todas las relaciones esporádicas que tuve con veintitantos años me parecían incompletas. El chico que solo me enviaba mensajes después de medianoche. El chico que odiaba los preliminares. Jace. Quizá solo fuera la inocencia del primer amor y el chute de adrenalina al descubrir algo por primera vez, que hace que se te seque la garganta y se te acelere el corazón.

O tal vez yo estaba rota.

«Ellos saben lo que siento por ti».

Yo también creí saberlo.

Él asiente, trazando una línea en la alfombra con el calcetín.

—No todo, pero sí algo —responde. Luego bebe un sorbo de té y hace otra larga pausa—. Lo que pasó cuando volví a Ámsterdam…, quiero que sepas que es una de las cosas de las que más me arrepiento.

Cuando su mirada se cruza con la mía, es casi melancólica.

Intento hacer una broma porque cualquier otra cosa podría llevar esta conversación a un terreno para el que no estoy preparada.

—¿Qué pasa? ¿Es que creen que soy esa encantadora y guapísima estadounidense que fue el amor de tu vida?

Él esboza una leve sonrisa.

—Tal cual. No es que no seas todas esas cosas, pero…

Ahora la broma se está yendo de las manos.

—Tranquilo —me apresuro a decir, todavía aturdida, pero tratando de salvarnos a los dos—. No hace falta que me infles el ego.

—No lo hago —repone, y frunce el ceño, como si estuviera resolviendo una ecuación compleja—. Danika. Es imposible que no

sepas lo preciosa que eres.

El suelo irregular del apartamento parece inclinarse todavía más. El sol se puso hace horas, pero con la luz ambarina de la lámpara puedo ver las ligeras pecas que salpican el puente de su nariz. Su barba incipiente no es de un solo color, sino una mezcla que va del rubio al rojizo, con un toque gris. Su dulce perro duerme en su regazo, y si entrecierro los ojos, veo el Prinsengracht reflejado en sus gafas. ¡Madre mía! Su rostro es el sueño de cualquier pintor.

Aunque su familia me vea solo mínimamente como él me describe, no puedo evitar pensar que se mostrarán escépticos. Saben que él tiene que casarse para heredar esta casa; podrían calarnos.

Entonces se me ocurre otra cosa. Wouter no tiene pareja, o de lo contrario no habría hecho este pacto conmigo, pero no quiero que piense que tiene que seguir así.

—Todo este asunto —digo, poniendo algo más de espacio entre nosotros en el sofá—, ¿no va a interferir con tu vida de soltero empedernido? Porque si quieres traerte a alguien a casa, seguro que podemos llegar a un acuerdo.

Wouter parece horrorizado por esto.

—Te aseguro que no hay ningún estilo de vida de soltero salvaje. Si uno de los dos siente la necesidad de… compañía, lo resolveremos.

No esperaba que quisiera respetar la santidad de nuestro matrimonio, al menos no en este aspecto en particular, pero me alivia que no tengamos que complicar aún más las cosas.

—Debo preguntarte también con qué te sientes cómoda en cuanto a… las muestras de afecto delante de mi familia —dice, y el rubor tiñe de nuevo sus mejillas—. Está claro que no vamos a…, eh…, comernos los morros delante de ellos.

Si de verdad queremos que esto resulte creíble, tiene razón: tenemos que actuar como una pareja tan enamorada que decidió

casarse pocas semanas después de haberse reencontrado. Las parejas auténticas tienen su propio lenguaje, gestos que acompañan frases que acompañan con una mano en el hombro o en la espalda.

—Creo que me siento cómoda con casi todo menos con… ¿comernos los morros? —digo, formulándolo como una pregunta porque todo esto es territorio nuevo para mí. Se me escapa una risa nerviosa—. ¿Y tú?

Wouter baja de nuevo la vista a su taza. Espera un momento antes de hablar.

—Cuando estoy con alguien, suelo buscar el… contacto físico. Mi familia podría darse cuenta si no lo hago contigo. Si no te… —se aclara la garganta y vuelve a mirarme a los ojos— toco.

«Ah».

—No me importa —digo mientras un montón de recuerdos me invaden de golpe. Su mano en mi tobillo mientras estudiábamos en mi habitación. Apartándome el pelo para poder besarme la nuca. Parecía adicto a ese contacto físico, y a mí me gustaba tanto que mi siguiente novio me decía que era demasiado pegajosa cuando quería cogerle de la mano o me arrimaba para que me rodease con el brazo —. Ya éramos así de adolescentes.

Cuando vuelve a hablar, su voz suena un poco más ronca, aunque supongo que es por lo tarde que se ha hecho.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Cómo eres cuando estás con alguien?

—Tu familia no notará la diferencia, ¿verdad?

—Pero tú sí.

Lo pienso un momento.

—No he tenido muchas relaciones serias —confieso, disimulando un bostezo con el codo—. No estoy segura. Tal vez…, tal vez todo esto sea nuevo para mí.

Lo que me callo es que no siempre me ha gustado la forma en que

he actuado en mis relaciones, esa chica reservada tan empeñada en tener el control, a la que le rompieron el corazón en cuanto se abrió a alguien.

Ahora es Wouter quien bosteza, y ambos acordamos irnos ya a acostar. Recoge mi taza y las mete en el lavavajillas, y una vez que termina en el baño —insisto en que entre él primero—, sigo todos los pasos de mi rutina de cuidado de la piel por primera vez en meses. Cuando George se dispone a seguirme a mi habitación, me río y le insto a que vuelva con Wouter, que cierra la puerta con un suave clic.

Supongo que voy a tener que empezar a actuar desde ya, y lo primero es fingir que estoy supertranquila mientras me meto en la cama sabiendo que mi falso prometido duerme al otro lado de la pared.

Diez



—Lo de Wouter se ha… complicado —le cuento a mi hermana unas mañanas más tarde.

La media sonrisa de Phoebe logra transmitir preocupación y curiosidad a la vez.

—Cuenta, cuenta.

Con el teléfono pegado a la oreja, hurgo en un cajón en busca de unos pantalones de chándal. Menos mal que mi hermana es noctámbula; estas conversaciones matutinas se están convirtiendo en parte de mi rutina, igual que oír cada día la puerta principal abrirse y cerrarse a las siete y media en punto, con Wouter susurrado *braaf*, *braaf* («buen chico») a George cuando salen a dar un paseo. Sigo medio dormida hasta que vuelven, esperando oír el pienso cayendo en el cuenco, el tintineo del collar de George, el ruido de la taza de té al dejarla en la encimera. Unas cuantas palabras susurradas más en neerlandés a su perro antes de que él se vaya a trabajar. Todo sin armar jaleo, y aun así, la primera mañana me envió un mensaje que decía: «Espero que no te hayamos despertado».

Me entraron ganas de responderle que hacía años que no me despertaba de una forma tan agradable.

—Ni una palabra a nadie —le digo a Phoebe—. Bueno, a Maya sí,

porque imagino que a ella se lo cuentas todo.

—Exacto. Pero sigue.

Una vez que se lo cuente, mi vida en Ámsterdam chocará con la de Estados Unidos, y aunque me da un poco de miedo, me parece que es el siguiente paso necesario. Confío ciegamente en ella; sé que no se lo contará a nuestros padres. Y no me imagino compartiendo esto con nadie más, y mucho menos con los amigos que apenas han dado señales de vida desde que me fui.

Nunca he sido capaz de ocultarle nada a Phoebe durante mucho tiempo. Supo que me gustaba Wouter antes de que yo misma lo admitiera, y le envié un mensaje sobre nuestro primer beso minutos después de salir de su cuarto. Justo antes de que me ingresaran, durante aquellas borrosas semanas con veintitantos años que prefiero olvidar, ella fue la primera en sugerirme con mucho tacto que hablara con alguien.

Pase lo que pase, me apoya de forma incondicional, con esa preocupación propia de una hermana.

—Ya sabes que la empresa en la que estaba tramitó mi visado de trabajo y que no puedo estar aquí más de noventa días sin él. —Ahora mismo me quedan ochenta y pocos—. Pero en realidad hay una solución fácil, y es que yo…, nosotros…, Wouter y yo… vamos a casarnos. —Las palabras se me atascan en la boca. Respiro hondo para prepararme para su reacción—. Así podré quedarme en el país y él podrá heredar el edificio que posee su familia. No estamos juntos ni nada, es solo por el visado. Y, cuando nos divorciemos, yo estaré mucho más establecida y ambos podremos… seguir con nuestras vidas.

No creo que nadie haya hablado de divorciarse con tanta naturalidad como yo.

Al otro lado del teléfono se hace el silencio. Me pongo el chándal y

me siento en la cama, pensando que igual se ha cortado la llamada.

—¿Phee? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí…, aquí sigo. Creo que me he desmayado.

—Sé que es una locura —digo, consciente de que mi corazón late cada vez más rápido. —Nunca había estado tan desesperada por conseguir su aprobación. Su comprensión—. Pero, si lo piensas bien, tiene mucho sentido. Tendré más tiempo para encontrar un trabajo sin la presión constante de que me deporten…

—Créeme que lo estoy pensando. Y puede que sea lo más absurdo que he oído nunca —dice. Aunque no la tengo delante, me la puedo imaginar: cuando me cogió el teléfono, me dijo que estaba arropada con una manta en el sofá mientras Maya dormía arriba. Oigo algo caer (la manta, casi seguro) y después a ella poniéndose en pie y paseándose de un lado a otro. Cuando vuelve a hablar, su voz es más frenética—. ¿Tienes idea de en qué lío te puedes meter? Y a nivel internacional.

—Eso no va a pasar. Tenemos un pasado —replico. Sin querer, he repetido lo mismo que me dijo Wouter—. Podemos fingir que estamos enamorados igual que fingimos que no lo estábamos cuando él vivía con nosotros.

—Genial. Parece que lo tienes clarísimo. Has sopesado todos los pros y los contras —dice—. ¿Y el plan es que mamá y papá no se enteren? Porque sabes que si lo hacen les dará un síncope, ¿verdad?

—Están al otro lado del mundo —alego, y me muerdo el interior de la mejilla con demasiada fuerza. Nunca hemos tenido una pelea seria; solo discusiones por niñerías que terminaban con una de nosotras dando un portazo, y al cabo de una hora nuestros padres nos encontraban cantando viejas canciones de Britney Spears y pintándonos las uñas. Mi voz suena tan seria que es casi irreconocible—. Phoebe, voy a hacerlo. No te llamo para pedirte

permiso ni para que me hagas entrar en razón. Solo quería que lo supieras.

Se produce otro largo silencio.

—Está bien —dice al fin después de exhalar un largo suspiro. Su sofá cruje cuando vuelve a recostarse—. Lo entiendo. Eres adulta. Si estás segura de esto, si es lo que de verdad quieres hacer…, entonces no me interpondré en tu camino.

—Gracias.

—¿Y sigues viviendo abajo?

La verdad me quema en la punta de la lengua, pero decido callármela.

—Sí.

—Perfecto. Supongo que lo más inteligente es tener ese espacio extra.

Con todo lo que le estoy contando, no sé muy bien por qué miento sobre esto. Quizá porque el matrimonio es más fácil de entender: solo existe sobre el papel, salvo delante de su familia. Pero vivir juntos bajo el mismo techo, convivir en estos espacios reducidos y rincones oscuros… No sé si podría explicárselo sin que parezca más íntimo de lo que realmente es.

Porque no lo es. Es solo una cuestión práctica.

Cuando Phoebe me dice que ella y Maya quieren venir a visitarnos antes de que nazca el bebé y yo le digo que estoy deseándolo, me doy cuenta de que aún no he planeado lo contrario: ir de visita a California. No se me pasó por la cabeza cuando estaba haciendo las maletas y, aunque echo de menos a mi hermana, a Maya y a mis padres, los vuelos son caros, y salir y volver a entrar en el país podría suscitar más preguntas en el control de pasaportes de las que estoy preparada para responder. Otro dilema para el centro de crisis de expatriados de mi cerebro.

Después de colgar, cruzo el pasillo para darme una ducha. Hemos estado hablando un buen rato; Wouter debe de haberse ido a trabajar hace más de una hora. Agarro el pomo de la puerta, la empujo para abrirla y…

—Oh…

—Perdón…

—Joder…, no… ¡Perdona tú!

Wouter está delante de mí, desnudo de cintura para arriba, con una toalla alrededor de las caderas y una cuchilla de afeitar en la mano. Su cara de susto es total.

«¡Mierda, mierda, mierda!». Ni siquiera llevo aquí una semana y ya me he metido en mi peor pesadilla.

Veo la escena como si fuera una sucesión de instantáneas que me dejan sin aliento: el pelo mojado y un espejo empañado; el intenso olor de la crema de afeitar impregnando el aire; su pecho, aún húmedo de la ducha, y el atisbo de un tatuaje en su hombro izquierdo que no consigo distinguir; la línea de vello que divisé cuando me arregló el grifo del fregadero, extendiéndose por su abdomen y perdiéndose bajo de la toalla.

Quizá lo más peligroso de todo sea el rubor rojo cereza que tiñe su rostro, como si lo hubiera pillado haciendo algo mucho menos inocente que afeitarse. Nuestras miradas se cruzan un instante más de lo que deberían, nuestros cuerpos se quedan paralizados. Ninguno de los dos se lanza hacia la puerta.

Él se sube más la toalla y se la ajusta mejor, pero no antes de que yo pueda vislumbrar esa sugerente «V» entre sus caderas.

Por fin recupero el sentido común y cierro la puerta, con el corazón aún en un puño. Solo ha estado abierta unos segundos, pero ha sido tiempo suficiente para que pudiera memorizar cada detalle de su cuerpo semidesnudo. Que no se diga que no soy eficiente.

Aunque ya no lo tengo delante, me cubro la cara de forma instintiva. Apoyo la frente en la puerta y doy unos golpecitos suaves.

—Creía que te habías ido a trabajar —logro decir—. Lo siento mucho. No debería haber irrumpido así.

Aún puedo oler su crema de afeitar. Su champú de menta. Como usamos la misma ducha, sé muy bien cuál es su jabón: una botella de color blanquecino con un nombre en francés. De té verde, cítricos y salvia.

—Un paciente ha cancelado la cita esta mañana. Debería haber echado el pestillo —dice, y carraspea—. ¿Te importa si…? No me he traído ropa para cambiarme al baño.

—¡Ah! Sí, claro. ¡Tranquilo, no pasa nada! —digo desde la puerta de mi habitación. George está sentado en el suelo, moviendo el rabo, así que le tiro el par de calcetines que ya casi se ha comido. Tengo la sensación de que los animales saben perfectamente las tonterías que hacen los humanos y que siempre nos juzgan. Con cariño, pero nos juzgan.

Hace años, Wouter y yo tuvimos un incómodo episodio en el baño de mi casa, aunque entonces los dos estábamos vestidos. Y ahora me pregunto si él también lo recuerda: yo en el lavabo con pantalones cortos de pijama y una camiseta del Speak Now World Tour, la puerta abierta porque no había echado el pestillo.

—Oh, lo siento —dijo Wouter, dando un paso atrás.

—Solo me estoy cepillando los dientes —aduje, levantando en alto mi cepillo—. Puedes quedarte si quieres.

No solía ser tan lanzada cuando coqueteaba, aunque ¿pedirle que podíamos compartir el baño podía considerarse coquetear? Titubeó un instante, como si no supiera si le estaba permitido aceptar. Luego entró, dejando la puerta abierta de par en par.

No era la primera vez que nos veíamos en pijama, pero compartir

el lavado doble con él me resultaba demasiado íntimo. Nos cepillamos los dientes juntos, mientras nuestras miradas se cruzaban en el espejo, y con toda mi confusión adolescente sobre cómo debe comportarse una chica con los chicos, intenté escupir con la máxima delicadeza posible.

Hasta que sentí que me faltaba el aire, no podía respirar, y se me cayó el cepillo de dientes en el lavabo.

Wouter reacción rápido, me trajo mi inhalador del botiquín y me ayudó a sentarme en el inodoro mientras yo me lo llevaba a la boca. Había sentido los primeros síntomas de un ataque de asma durante casi todo el día, pero lo achaqué al humo de los incendios forestales.

—Se te pasará —me repetía, pero podía ver en sus ojos la preocupación que con tanto empeño intentaba ocultar—. Lo estás haciendo muy bien. Respira despacio, así.

Después de aquello, era imposible no enamorarse de él.

Al cabo de unos minutos, Wouter sale de su dormitorio vestido con unos vaqueros y una camisa.

—Supongo que, a partir de ahora, tendremos que echar siempre el pestillo —dice, pero hay un destello de diversión en su rostro. Todavía tiene el pelo húmedo, y el aroma de su loción para después de afeitarse inunda mi nariz.

Me sonrojo.

—Buena idea. Y también llamar a la puerta. Reglas de la casa número uno y dos.

En la cocina, saca una tetera del estante y me mira enarcando las cejas. Yo asiento y él coge dos tazas.

Así ha sido nuestra convivencia en general: cordialidad coreografiada no muy diferente a cuando él vivía con mi familia. Durante el día, saco a George a pasear y luego abro mi portátil y busco ofertas de trabajo hasta que me arden los ojos. Anoche preparé

la cena para los dos, un kit de comida de Albert Heijn con instrucciones en neerlandés que traduje con mi teléfono, pensando que era lo mínimo que podía hacer por todo lo que él me ha dado, y la noche anterior tuvo una cena de trabajo con algunos compañeros. Ya ha alquilado el piso de abajo a una simpática pareja serbia, por lo que nuestra convivencia parece aún más definitiva.

Cuando éramos adolescentes, soñábamos con algo así: vivir sin padres, con total independencia. Poder ir y venir cuando quisiéramos. Una cama para los dos, aunque por supuesto, no es aplicable en este caso. La realidad de vivir juntos es mucho más precaria; procuramos no invadir el espacio del otro, pedimos disculpas cuando nos cruzamos en el estrecho pasillo. Incluso me ha hecho un hueco en el armario del baño, pero por el miedo general a molestar, guardo la mayoría de mis productos en mi escritorio, y mis antidepresivos a buen recaudo dentro de un cajón.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta cuando termino de ducharme y me reúno con él en la cocina, donde está preparando el té. Cuando alarga el brazo para coger la tetera, intento no recordar esos músculos marcándose mientras sujetaba la cuchilla de afeitar, porque eso solo hace que me acuerde de su pecho desnudo. Y de sus hombros. Y del agua que goteaba de su cabello resbalando hasta la oquedad de su garganta.

—¡Tengo mi primera clase de neerlandés! —respondo con sincero entusiasmo, en parte para ocultar el hecho de que lo que realmente estoy haciendo es alejar todas esas imágenes de mi mente. Por alguna razón, esto le hace reír—. ¿Qué? ¿Debería estar más triste por ello?

—Nunca he visto a nadie tan ilusionada por aprender neerlandés —repone, y me pasa una taza de Earl Grey con un relajante toque de limón—. Ámsterdam puede ser un sitio de paso. Mucha gente se

queda solo un tiempo y luego se marcha, de vuelta a su país o a otro lugar. Así que muchos extranjeros nunca aprenden el idioma, y lo entiendo. Tú llevas aquí solo un par de meses y ya quieres intentarlo… —Sacude la cabeza—. Supongo que me conmueve… en nombre de todo mi país.

Ahora soy yo quien ríe, mientras cojo el cuenco con terrones de azúcar moreno, aunque el sonido contrasta bastante con lo que siento en mi corazón.

—También quería saber si puedo ir a verte al trabajo —digo, y cuando me mira perplejo, añado—: ¿Tan raro es que quiera ver lo que haces antes de que nos… casemos? —Han pasado ya unos días, pero me sigo trabando con esa palabra.

—Es solo una consulta —responde, aunque me invita a que me pase después de atender a su último paciente.

George entra trotando en el salón con mis calcetines en la boca, decidido a no soltarlos ni siquiera cuando Wouter se agacha para rascarle detrás de las orejas. Luego, con un gesto de despedida y un último sorbo de té, mi casi marido sale por la puerta.



Ahora que a todos los efectos estoy en el paro, no estoy acostumbrada a tanta libertad. Solo lo he vivido dos veces en toda mi vida: la primera fue entre el primer y el segundo curso de la universidad, cuando no solicité unas prácticas porque Phoebe quería que hiciéramos juntas la Ruta 66. Y la segunda, cuando estuve hospitalizada, aunque entonces no me sentía precisamente emancipada.

Cada vez que tengo un momento para reflexionar sobre mi futuro, la misma frase resuena en mi mente: debería estar haciendo algo significativo. Algo que demuestre que estoy exprimiendo al máximo

la vida que se suponía que no iba a tener.

No era solo el hecho de que fuera un bebé micropremature, ese extraño término que siempre me ha recordado a una delicada figurita de cristal en lugar de a un ser humano. Cada pocos años, cuando no tenían otra noticia de la que informar, algún medio local, periódico o cadena de televisión quería hacer un reportaje sobre mí. Una de esas historias optimistas sobre las insuperables adversidades que había superado y cómo me iba ahora.

La última vez fue parte de un reportaje más extenso relacionado con la apertura de una nueva UCI neonatal en el hospital donde nací. Yo era uno de los pocos «bebés milagro» a los que entrevistaron. Tenía veintiséis años y trabajaba en una empresa tecnológica que no tenía muy buena reputación. Las otras personas que aparecían en el reportaje eran un asistente social, un ingeniero civil y una enfermera neonatal. Uno de ellos era incluso violinista de la Filarmónica de Los Ángeles. Y mientras tanto yo vivía en un estudio minúsculo, comía ramen instantáneo calentado en el microondas, mi última relación esporádica se había terminado y trabajaba en el diseño de un menú desplegable para una empresa que la mayoría de la gente odiaba.

La noche en que se emitió el reportaje en televisión, me metí en la cama y empecé a temblar. Resollaba en busca de aire. Mis pulmones me parecían de cristal, pero mi inhalador apenas me hacía efecto. Me dolía todo el cuerpo, y aun así estaba segura de que lo que me pasaba no era algo físico. Hacía meses que notaba algo raro, pero lo había achacado a la gripe o la falta de sueño. Me decía que solo estaba un poco desanimada, pero ¿cuántas personas pueden decir que se sienten realmente bien todo el tiempo?

Días más tarde, casi sin fuerzas y tan deshidratada que tragar era un suplicio, llamé a mi hermana. Cuando llegó, le pedí que me

llevara al hospital más cercano. Acabaron derivándome a un centro de salud mental, en el que ingresé de forma voluntaria. Me despedí de Phoebe con un abrazo y le dije que no se preocupara.

Allí descubrí que llevaba años ocultando mis síntomas. Depresión funcional y ansiedad. Había ignorado tantas señales: el cansancio constante, los dolores que no podía explicar, la incapacidad para concentrarme. Me trataron distintos terapeutas, participé en grupos de apoyo y probé diferentes medicamentos, hasta que dimos con los adecuados. Entonces, por fin pude volver a respirar. Durante ese tiempo no tuve que preocuparme por el trabajo, la comida ni otras personas. Mi única obligación era recuperar la salud.

Todavía no puedo creer que me permitiera llegar a ese punto, que estuviera tan desconectada de mi cuerpo y de mi mente que no me diera cuenta de que estaba al borde del colapso hasta que ya se había producido.

Poco a poco, fui mejorando. No al cien por cien, pero la niebla se disipó y conseguí cierta estabilidad, suficiente como para decir que estaba bien la mayoría de los días, aunque todavía tenía algunos momentos de bajón. Agoté mis vacaciones e incluso pedí algunos días sin cobrar para recuperarme. Cuando volví al trabajo, mentí y le dije a todo el que me preguntaba que me habían operado.

Después de perder mi empleo, incluso después de romper con Jace, me aterraba tanto sufrir otra crisis que hice todo lo posible para distraerme. Me corté el pelo, me dio por los productos de belleza caros con la excusa de cuidarme y pasé tanto tiempo como pude con mi familia antes de marcharme. Y luego, por supuesto, me mudé al otro lado del charco. La gran evasión. Creía que, si corría lo suficiente, tal vez la oscuridad de mi mente no podría alcanzarme.

Soy consciente de que mucha gente termina trabajando en algo distinto a lo que estudió. Pero yo no sé para qué más sirvo ni qué

podría hacerme feliz. Supongo que eso se parece bastante a la crisis del cuarto de siglo.

Una sola cena no es suficiente para agradecer a Wouter que me haya regalado este tiempo para aclararme las ideas; es un privilegio enorme, y lo sé. Pero, por ahora, lo único que tengo que hacer es aprender a pronunciar el sonido «eu» en neerlandés.

Siempre me han gustado los idiomas; estudié francés durante tres años en el instituto y tuve una breve etapa italiana en la universidad, porque tuve una breve etapa de todo. Un semestre y una solicitud para un programa de estudios en el extranjero en Florencia, que a mis padres no les pareció una buena idea. «Está muy lejos», dijeron. Así que no fui.

Esta es mi oportunidad de empezar de cero con un nuevo vocabulario.

Antes de que empiece la clase, el aula es un hervidero de conversaciones en media docena de idiomas diferentes, de lo que solo reconozco algunos, e intercambio sonrisas con mis nuevos compañeros mientras me siento y saco mi libro de texto.

A pesar de que he perdido práctica en esto de estudiar, me siento relajada por primera vez en todo el día. Todos estamos aquí porque queremos, porque intentamos absorber cada pedacito de nuestras nuevas vidas.

—*Welkom in de Nederlandse les* —dice la profesora, una simpática mujer neerlandesa de mediana edad llamada Femke—. *Laten we beginnen*. Empecemos.

Once



Cuando salgo de clase, con la cabeza llena de reglas gramaticales y conjugaciones, reconozco a alguien que sale del aula que está justo enfrente.

—¿Iulia? —digo, y ella se da la vuelta.

—¡Dani! —exclama, con un tono alegre que no estoy segura de merecer. Nos apartamos a un lado para no interrumpir el paso de los demás estudiantes—. ¿Cómo estás? ¿Tú también vienes a clase aquí?

—Acabo de terminar la primera. Estoy un poco saturada, pero contenta.

—Sé de lo que hablas. Estoy en una clase de conversación avanzada en la que hablamos sobre todo de temas de actualidad, todo en neerlandés, porque al parecer me encanta sufrir. —Se cambia el bolso al otro hombro. Viste de manera informal, como siempre: pantalones cómodos, botas, una sudadera ancha, el pelo largo suelto y ondulado. Admiro a las personas que dan prioridad a la comodidad—. Me alegro de ver que sigues de una pieza.

De inmediato me invade la vergüenza.

—Debería haberte llamado después de mudarme. Fuiste muy amable al dejarme guardar mis cosas en tu casa —digo, y me muerdo el interior de la mejilla, sin saber muy bien cómo manejar la

situación. Hace años que no he pasado de ser una mera conocida a amiga de alguien, y nunca he aprendido a hacer eso de adulta. Al final, decido ser sincera—. Pensé que quizá te molestaría que te llamara alguien que todavía anda perdida mientras tú llevas aquí tanto tiempo. No quería abusar de tu hospitalidad.

Iulia abre sus ojos oscuros como platos.

—¿En serio? Lo siento. Yo no te escribí porque no quería meterme donde no me llamaban si tenías un millón de cosas más en la cabeza.

Tengo que contener una sonrisa, porque tal vez nuestras inseguridades sean almas gemelas.

—¿Te apetece tomar un café?

Encontramos un sitio en la siguiente manzana y allí descubro que tiene el trabajo más genial que he oído en mucho tiempo.

—Soy capitana de un barco turístico —dice después de sentarnos con nuestras tazas—. No es uno de esos barcos gigantes que hay junto a la estación de tren. Somos algo alternativos: llevamos un máximo de diez personas, y pueden traer bebida si quieren. Y además puedo decir tacos. —Bebe un sorbo de café—. ¿Y tú?

—La verdad es que todavía estoy intentando averiguarlo —confieso mientras jugueteo con el envoltorio de la galleta que acompañaba a mi café con leche; es raro que te sirvan café sin una—. Mi empresa se ha ido a pique, así que estoy buscando algo nuevo.

Ella asiente con esto serio.

—A veces no es fácil, lo siento. ¿Y dónde vives? Espero que en algún sitio con mejores tuberías.

—Bueno, he encontrado un piso en el centro —digo, y como lo de Wouter me parece algo demasiado personal para hablarlo con alguien a quien apenas conozco, cambio de tema.

Descubro que Iulia Bojescu vino desde Bucarest cuando tenía poco más de veinte años. Había venido de visita con unos amigos y se

enamoró de la ciudad, así que se prometió que haría todo lo posible para quedarse. Trabajó sirviendo mesas, de camarera en un bar y luego hizo un recorrido en barco que le cambió la vida.

—Puedo hablar todo el día de lo increíble que es Ámsterdam —dice—. Incluso cuando caen chuzos de punta y estoy en el agua, sigo sin poder creer que alguien me pague por ello.

Es imposible no ver que se le iluminan los ojos. Ahí está: otra persona que ha encontrado su lugar en el mundo.

Pero esta vez no siento envidia.

—Tienes que venir pronto al barco —dice cuando llega el momento de despedirnos, y le prometo que lo haré.

En cuanto se marcha, esbozo una sonrisa, como si mis padres me hubieran dejado en la guardería y acabara de hacer mi primera amiga.



Mi autoestima sube por las nubes de camino a la consulta de Wouter, cuando una pareja mayor se me acerca y me hace un tímido gesto con la mano.

—Disculpe —me pregunta una mujer de pelo corto y canoso con un marcado acento que no consigo identificar. Su marido frunce el ceño mientras mira un mapa de papel—. ¿Habla inglés?

«¡Ay, Dios mío!».

Creen que soy de aquí.

Estoy demasiado emocionada cuando respondo:

—¡Sí, lo hablo!

Ella y su marido parecen aliviados.

—Queremos ir al Rijksmuseum. ¿El tranvía diecinueve es el correcto?

Asiento, aún más emocionada por saber la respuesta a la pregunta.

—Sí, es esa parada de allí, al otro lado de la calle.

Me dan las gracias con entusiasmo y yo me despido con la mano tan contenta antes de subirme a otro tranvía para ir a la consulta de Wouter.

En cuanto me siento, mi teléfono vibra al recibir un mensaje de mi madre.

¿Qué tal tu primera clase de neerlandés? ¿Has llegado bien a casa?

Trato de contener un atisbo de frustración. La última vez que hablamos, mis padres me preguntaron a qué hora era la clase y les dije que les contaría qué tal había ido. Al parecer, que no lo hiciera de inmediato significa que algo salió terriblemente mal.

Tengo treinta años y mis padres siguen controlándome.

Genial, acabo de tomar un café con una amiga. Lo prometo, ESTOY BIEN.

El edificio está en una calle tranquila del barrio de Oud-West de Ámsterdam, algo apartado del centro de la ciudad. Hace una hora que ha anochecido, y aunque todavía hay algunos ciclistas que se dirigen a casa o a sus planes después del trabajo, las calles están un poco más vacías por aquí.

Su consulta está en la tercera planta, compartida con otros terapeutas. Es un espacio ordenado y bien iluminado, con una gran planta en un rincón de la sala de espera que parece estar creciendo muy bien. La recepcionista se ha ido ya y todo está en silencio, así que supongo que Wouter es el último que queda.

Cuando le llamo, asoma la cabeza por la puerta de su despacho y tengo que tomarme un momento para procesar su presencia aquí, en este entorno. Lleva una camisa gris oscuro, con las mangas

remangadas hasta los codos y el botón superior desabrochado, y el pelo ligeramente despeinado, como al final de la jornada laboral.

Bajo sin querer la mirada a su cintura, justo por encima del cinturón, donde esa marcada «V» que vi esta mañana ahora queda cubierta por tela vaquera.

Archivar en «Pensamientos que no puedo tener sobre mi futuro marido».

—No te vas a creer lo que acaba de pasar —digo, esperando que mi tono alegre disimule cualquier otra cosa—. Un par de turistas me han preguntado cómo llegar al Rijksmuseum. ¡Pensaban que era de aquí!

—¿Ah, sí? ¿Y qué les dijiste?

—Les dije que cogieran el diecinueve hacia Sloterdijk.

Wouter aprieta los dientes para intentar contener una sonrisa, pero fracasa.

—¿Qué? —pregunto.

—Era la dirección equivocada. El tranvía era el correcto, pero la dirección era la contraria.

—¡Mierda! ¿Es demasiado tarde para ir corriendo a buscarlos? —pregunto, y Wouter se echa a reír, así que le doy un codazo en el brazo—. ¡Oye, no te rías! ¡Me siento fatal!

—Se darán cuenta —dice—. Te prometo que estarán bien.

Hablamos un poco sobre mi clase de neerlandés y le digo mi nombre, mi edad y de dónde soy, aunque lo pronuncio mal. Luego me lleva a su consulta, una habitación de tamaño mediano con un escritorio a un lado y una camilla en el centro, una pila de toallas limpias y un cesto de ropa sucia al otro lado. Hay una estantería con mancuernas, una pelota de ejercicios y varias bandas elásticas. Sus títulos enmarcados cuelgan de la pared junto a algunos cuadros, con láminas de esas que parecen venir con el marco y que se supone que

hay que cambiar.

—Así que aquí es donde ocurre la magia.

—Si por magia te refieres a sudor, lágrimas y desgarros musculares, entonces sí —dice Wouter, pero se nota que está orgulloso de lo que hace. Me recuerda a su forma de actuar después de terminar un boceto o un cuadro: no buscaba nunca elogios ni menospreciar su propio trabajo. Tenía esa confianza serena, ese orgullo por haber terminado algo, ya fuera un garabato o un paisaje detallado, aunque siempre le gustó más pintar gente que lugares.

En cierto modo, todavía intento reconciliar al artista de ojos soñadores con el fisioterapeuta racional. El chico que me confesó sus sueños en medio de la noche, cuando solo estábamos él, yo y las estrellas, con el hombre que hace tiempo que abandonó esos sueños.

Aunque quizá siempre fue así, y yo solo fui un desvío en el camino hacia un destino mejor.

Quizá sea una reacción pavloviana al lugar en el que estamos, pero no puedo evitar estirarme hacia un lado, tratando de aliviar la rigidez de mi espalda.

—¿Estás bien? —pregunta Wouter, frunciendo el ceño—. Últimamente haces eso muy a menudo.

—¿Tan evidente es?

—Puede que lo haya notado porque me dedico a esto.

—Y seguro que yo tengo la espalda hecha un desastre por culpa de mi trabajo —digo, estirando los brazos todo lo que puedo, a un lado y luego al otro—. No me bastaba con medir metro y medio; encima tengo que ir encorvada.

—Deberías ir al médico. A un fisioterapeuta —dice mientras esboza una sonrisa—. Si quieres, puedo echarle un vistazo. Te aliviaría un poco.

—Oh, no… No puedes —digo, aunque «un poco de alivio» me

parece lo más maravilloso que he oído en todo el día—. Me sabría mal no pagarte.

—Podría cobrarte si eso te hace sentir mejor —repone, y da una palmada en la mesa—. No es ninguna molestia. Algunos de mis amigos me han pedido que haga lo mismo y no me importa hacerlo si crees que te puede venir bien.

No puedo negar que sin duda me vendría de maravilla, así que le digo que sí. Él coloca una toalla limpia mientras yo cuelgo mi bufanda y mi chaqueta.

—¿Cómo va esto? —pregunto mientras me agacho para quitarme las botas—. Me han dado masajes, pero nunca he ido a un fisio, a un quiropráctico ni nada por el estilo.

—Bueno, no hace falta que te quites toda la ropa. Esa es una diferencia importante.

—Menos mal, porque no llevo ropa interior.

La broma no tiene el efecto que esperaba. Wouter se queda paralizado mientras coloca bien la toalla.

—Eh…, lo siento, ha sido una broma de mal gusto —digo, luchando por contener la vergüenza que me sube por todo el cuerpo —. Te prometo que sí llevo ropa interior. Aunque tampoco sería el fin del mundo si no la llevara, a mucha gente le gusta la sensación de libertad, pero… es que me he acordado de esta mañana, cuando te sorprendí y no llevabas… Da igual, lo estoy liando más. ¡Voy a meter la cara en el agujero de la camilla y olvidaremos que he abierto la boca!

Me subo encima y me tumbo. Puede que Wouter esté conteniendo la risa, así que al menos alguien se divierte con mi humillación.

Al tener la cara hacia abajo, oigo su voz como si viniera de más lejos.

—Suelo empezar preguntando a mis pacientes dónde les duele y

cómo describirían ese dolor.

—En mi ego —murmuro.

—¿Qué has dicho?

—En la parte baja de la espalda —respondo tras pensarlo un instante—. Y en el cuello…, y puede que también un poco en los hombros. No diría que es un dolor agudo, más bien un dolor sordo. Solo lo noto si me paro a pensar en ello; ¿tiene sentido?

—Sí, lo tiene. Me ayuda mucho saberlo.

Oigo un grifo de fondo. Wouter se está lavando las manos en el pequeño lavabo del rincón. Luego se acerca, con pasos suaves, hasta que puedo ver sus zapatos en el suelo. Aunque no tiene las manos frías, me estremezco ante el más mínimo contacto.

—¿Cómo supiste que esto era lo que querías hacer? —pregunto mirando al suelo.

—Mi padre tuvo un fisioterapeuta excelente después de su primer derrame cerebral, y eso fue lo que me inspiró. Acabó siendo mi mentor en la carrera —dice—. La conexión entre la mente y el cuerpo me fascinaba. Fui a todas las sesiones que pude con mi padre. Quería ayudar a la gente que sufre dolor, enseñarles a sentirse cómodos en su cuerpo, incluso cuando el cuerpo parece ir en su contra.

—Es realmente increíble —digo con total sinceridad—. Me alegro mucho de que tu padre tuviera a alguien así.

Sus manos suben por mi espalda, como si comprobara que cada vértebra está donde debe.

—Vaya.

—¿Qué? ¿Tan mal tengo la espalda?

—No, no —dice—. Es que… he tratado muchas lesiones, pero creo que hacía tiempo que no veía a nadie tan tenso.

—Es un don.

—Debes acumular mucha tensión aquí, en los hombros. —Sus

palmas se detienen sobre mis omóplatos por encima de la camiseta y yo hago todo lo posible por relajarlos—. Si te enseño algunos estiramientos, ¿los harías en casa?

—Depende. ¿Esto lo cubre nuestro seguro? —pregunto, y aunque no puedo verlo, estoy segura de que está poniendo los ojos en blanco —. Está bien —digo—. Si te hace feliz, haré los dichosos estiramientos.

—No lo hagas para contentarme a mí. Hazlo para no acabar llena de dolores cuando llegues a los cuarenta.

—¿Por qué tienes que ser tan sensato?

Por fin se ríe, y eso me relaja un poco. Me gira hacia un lado y luego hacia el otro, guiándome en un par de estiramientos antes de retomar el masaje.

Mientras continúa evaluando lo rígidos que están mis músculos, la tela de la camiseta parece estorbarle.

—¿Te sería más fácil si me quito la camiseta? —pregunto—. Porque no me importa…

Sus manos se detienen.

—Bueno…, solo si te sientes cómoda.

—Pero la mayoría de la gente lo hace, ¿no?

—Si les estoy trabajando la espalda, sí.

Así que, como quiero disfrutar de la experiencia completa, me incorporo. Él aparta la mirada mientras me quito la camiseta por la cabeza y vuelvo a darle la espalda. Entonces posa las manos sobre mi piel desnuda, y noto sus dedos tibios, expertos y decididos.

Pensé que tal vez evitaría la banda de mi sujetador, que sería demasiado íntimo, pero, como buen profesional que es, no lo hace. Incluso para un momento y vuelve con un poco de aceite. Aunque el aroma a lavanda alivia un poco mis músculos, mi cerebro no ha olvidado que estoy semidesnuda en su consulta. El aceite hace que

sus movimientos sean más fluidos y que su piel se deslice con facilidad sobre la mía.

Me viene a la cabeza lo que dijo sobre que él tendía a ser una persona que necesitaba el contacto físico: ahora entiendo que su carrera diera este giro.

Que esto sea su manera de darle sentido a las cosas.

Mi mente divaga mientras me abandono a las sensaciones. Insiste más en ciertos lugares, repite un movimiento cuando dejo escapar un suspiro de satisfacción. Hace que sea muy consciente de que nadie me ha tocado así en mucho tiempo, y es muy triste darse cuenta de eso cuando alguien te toca en un contexto totalmente médico.

—¿Bien? —pregunta.

—Muy bien. Por favor, no pares.

Entre nosotros se ha establecido una nueva paz y, aunque hay muchas cosas de las que no hemos hablado, ahora mismo se parece más al chico que conocía, aunque la carga que compartíamos entonces era bastante más ligera.

No me imagino sacando a relucir el pasado ni siquiera cuando estemos casados. Nuestra relación es demasiado reciente, demasiado fácil de arruinar si desenterramos una historia complicada. Aun así, hay una pregunta que sigue sin respuesta: ¿Por qué? ¿Fue culpa de la inmadurez propia de la adolescencia como él dijo? ¿O de algo muy diferente; algo que, incluso después de tantos años, podría resultar doloroso oír?

—Me he estado preguntando cómo reaccionaron tus padres cuando les dijiste que te mudabas aquí —empieza.

—Bueno, pensaron que consumía drogas cuando se lo dije. Mi madre me puso las manos en los hombros, me miró a los ojos y me dijo: «Danika, ¿has tomado algo? ¿Tenemos que ir al hospital?».

Cuando les dije que tenía algo importante que contarles, esto era lo último que se esperaban. Después me preguntaron si había un pueblecito en California que también se llamaba Ámsterdam del que no habían oído hablar.

Wouter vuelve a reírse, pero sus manos siguen trabajando mi espalda.

—No lo entendieron entonces, y es muy probable que sigan sin entenderlo. Solo estaban preocupados, ya sabes. Como siempre. Temían que me cayera a un canal o me atropellara un ciclista.

—O al revés.

—Exactamente. —Cierro los ojos mientras los dedos de Wouter presionan con más fuerza—. Debo confesar que me preocupa un poco no caerle bien a tu abuela.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte. Su inglés es un poco limitado, pero le vas a caer genial. Así ha sido con todas las chicas que he llevado a casa.

—¿Con todas? ¿Y cuántas son?

Se muestra un poco incómodo; puedo percibir una nueva timidez en su voz.

—Quizá «todas» no era la palabra más adecuada. Dos en total. ¿Así mejor? Mi última relación seria terminó hace cosa de un año y… no suelo tener rollos esporádicos, así que… —Se calla, como si se diera cuenta de que ha entrado en un terreno demasiado personal.

Me lleva un momento atar cabos: si no le gustan los rollos esporádicos, eso podría significar que no se ha acostado con nadie en un año.

Y eso es algo en lo que no debo pensar, menos aún estando en su consulta en sujetador y vaqueros, con los pechos apretados contra la camilla.

—Tú sabes que solo he tenido una, en realidad. A no ser que te

cuente a ti —añado, porque además de relajarme los músculos, al parecer está haciendo que se me suelte la lengua—. Entonces serían dos.

—¿Era tan serio para ti? —pregunta.

Su sorpresa me desconcierta. No sé si eso significa que para él lo nuestro solo fue algo superficial o que nunca sintió remordimientos por haber roto. «Es una de las cosas de las que más me arrepiento», dijo la noche que me mudé.

No estoy segura de cuál de sus versiones dice la verdad.

—Yo… no lo sé —miento—. Creo que todo se vive con mucha intensidad cuando tienes esa edad.

—Hum. —Es todo lo que dice en respuesta, y me toca a mí interpretar esa única sílaba de cien maneras diferentes.

—Enséñame algunas palabras en neerlandés —digo, deseando cambiar de tema. Me parece una conversación mucho más segura—. Quiero impresionar a todos en clase.

—Bueno. Esto es *de rug*. —Me pone una mano en la espalda y yo repito la palabra—. Algunas son muy similares al inglés. *De arm*. —Me toca el brazo—. *De hand*. —Me roza la palma de la mano con los dedos—. *De voet*. —Al decir esa me da un ligero golpecito en el pie.

No puedo evitar reírme.

—Así que llevo toda la vida hablando neerlandés.

Luego se desplaza hacia atrás desde *de voet*, hasta mi tobillo izquierdo, tocando la parte superior de mi calcetín.

—*De enkel*.

—Vale, me estás tomando el pelo.

Su voz denota pura diversión.

—Qué va, lo digo muy en serio. —Desplaza los dedos hacia mi espinilla—. *Het scheenbeen* —dice, y me cuesta varios intentos pronunciarlo bien—. *De knie* —continúa y, aunque suena casi igual

que en inglés, de repente ya no me río. Con mi pecho apoyado en la mesa, tiene que estirarse para llegar a mi rodilla. Sus dedos rozan mis vaqueros y me provocan un escalofrío—. ¿Tienes cosquillas?

Niego con la cabeza.

—*De knie*. Sigue.

Wouter guarda un momento de silencio mientras baja las manos, y tardo más de lo que debería en darme cuenta de por qué: las partes del cuerpo que están justo encima de mis rodillas son las que sin duda va a saltarse.

—Como ya hemos dicho: *de rug*. —Con un movimiento fluido, desliza el pulgar por mi columna, como si fuera de seda—. *De wervelkolom*.

Durante un rato, mis músculos reclaman toda su atención mientras busca con paciencia cada punto de tensión que yo nunca he sido capaz de localizar. Pero parece que él sabe bien dónde están esos nudos y que puede hacerlos desaparecer solo con su mano.

Cuando llega al cuello, su respiración se acelera cada vez más. Sus yemas presionan a ambos lados mientras su aliento acaricia mi piel. Joder, es casi demasiado bueno. Me masajea ahí durante un buen rato, hasta que mis pulmones se esfuerzan para seguirle el ritmo.

—¿Qué sigue? —pregunto, sin esperar el tono ronco de mi voz.

—Claro, claro. La nuca es *de nek*, ¿a que es muy imaginativo? *De hals*, la garganta. —Carraspea mientras me retira el cabello para rozarme la oreja, e incluso ese breve contacto me arranca un suspiro. Lo ahogo justo a tiempo—. *Het oor*. Y luego tenemos *het hoofd*. —Me da una palmadita en la cabeza, que no calma ni por asomo los latidos de mi corazón.

Este juego ha dejado de ser inofensivo.

Él sigue bajando por mi cuello, por mi columna vertebral, y me doy cuenta de que podría apartarse en cualquier momento. Podría

parar, y casi seguro que debería hacerlo, ya que no me va a cobrar nada y no va a sacarle ningún rendimiento a su tiempo.

Pero no lo hace. O de verdad cree que mis músculos necesitan atención o quiere una razón para seguir tocándome así. Es una idea ridícula, ya que apenas estamos empezando a retomar nuestra amistad. Llego a la conclusión de que mi cuerpo es un desastre, justo cuando su pulgar presiona un punto entre mis costillas.

Y… «¡Sí, justo ahí!». Vuelve a hundir el pulgar, amasando el músculo una y otra vez hasta que tengo que apretar los dientes para soportar la sensación. Joder, no soy lo bastante fuerte para esto. No puedo fingir que no me estoy derritiendo poco a poco mientras él trabaja mi cuerpo como si cada vez que cogía un pincel fuera un juego de niños en comparación con lo que sus manos pueden hacer ahora.

El ritmo de sus manos se vuelve más pausado, como si pudiera continuar de forma indefinida, deshaciendo mis nudos hasta que grite. Estoy temblando, intentando no jadear, pero la presión es tan intensa, maravillosa e inesperada… que no puedo resistirme.

Se me escapa un gemido.

—¿Todo bien? —pregunta, con cierta preocupación en su voz—. ¿Quieres que afloje un poco?

—No, es perfecto —respondo. Me falta el aire mientras me preparo para que lo vuelva a hacer. Desesperada por que lo haga—. Más fuerte. Por favor.

Wouter presiona mi piel con más fuerza mientras otro sonido gutural sale de mi boca. Es casi doloroso, pero hace que sea aún mejor, sobre todo cuando alterna la fuerza y la suavidad, dándome un momento para recuperar el aliento antes de empezar de nuevo, dibujando con las yemas de los dedos un mapa invisible. El olor a lavanda debería ser lo que predominara, pero sigo siendo demasiado

consciente de su aroma: champú de menta, aunque han pasado varias horas desde que se lavó el pelo; algo terroso, y algo cítrico.

Entonces noto que se inclina sobre mí, apoyando los antebrazos en mi espalda. Siento su calor, su peso, su piel quemando la mía, y nunca he estado más agradecida de que él no pueda ver mi rostro. De su boca escapa un gruñido áspero, como si intentara evitar mostrar el esfuerzo que le supone todo esto.

Ese sonido no debería ser sexi. No debería reverberar en todo mi cuerpo, instalándose en lo más profundo de mi estómago.

Pero, Dios mío, me devuelve al pasado.

Recuerdo que solía ser muy callado cuando estábamos juntos, incluso cuando estábamos solos. Los dos lo éramos, probablemente por una combinación de secretismo y que aún no nos sentíamos cómodos con nuestros cuerpos. Solo en contadas ocasiones, como en el asiento trasero de mi coche, se permitía soltarse. Dejaba escapar suaves gemidos y susurraba mi nombre, casi como una súplica, cuando le besaba el pecho, toqueteaba la cinturilla de sus calzoncillos. «¿Puedo?». «¿Estás segura?». «Sí». Nunca imaginé lo que sería desarmar a otra persona así, verla en su momento más vulnerable.

Suavemente, me aparta el pelo para poder prestar más atención a mi cuello, una sensación que provoca una descarga justo entre mis piernas. Me masajea detrás de las orejas, debajo de la mandíbula, pero puedo sentir sus manos en cada extremidad. En cada lugar que ansía sus dedos.

Por un momento, me dejo llevar por la fantasía, porque sin duda no pasa nada si se queda en mi cabeza, donde lo deseo con locura. Quiero esas manos expertas en mis caderas y muslos. Quiero su peso sobre mí, una tibia boca sobre mi piel mientras lleva mi cuerpo al límite.

Él deja escapar otro gemido grave, uno que me preocupa haber conjurado por puro deseo, y eso es lo que me hace estremecer y volver a la realidad de golpe.

Esto me supera. Es demasiado íntimo.

—Puedes…, puedes parar —digo con voz temblorosa, y él retira las manos al instante—. Creo que es suficiente por ahora.

Me incorporo demasiado rápido en la camilla, algo mareada y sintiéndome de pronto cohibida. Él me alcanza mi camiseta sin mirar, y estoy tan aturdida que me la pongo al revés. Una vez que me la pongo bien y le digo que puede darse la vuelta, veo que tiene las mejillas enrojecidas por el esfuerzo.

El rubor se extiende por su rostro de un modo muy sensual, como si le hubieran sorprendido mientras jadeaba. El sudor perla su frente, y lo imagino cubierto con esa toalla otra vez, preguntándome si ese rubor baja también por su cuello. Si su piel ardería como la mía si le tocara como él me ha tocado a mí.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

Acalorada. Temblorosa. Aunque mi espalda está como nueva, eso sí.

—Genial —logro decir—. Muchas gracias. Eres… muy bueno en lo tuyo —digo, y cojo la bufanda y la chaqueta, porque me siento expuesta con solo una camiseta, y busco un tema de conversación que eche un jarro de agua fría sobre mis pensamientos calenturientos —. Bueno, el viernes es el gran día.

Nuestra cita en el ayuntamiento: todo burocracia, nada de romanticismo. Y menos mal.

Él asiente.

—Y he pensado que después podríamos ir a Culemborg a comer con mi familia —dice, con voz ya más serena. Casi jovial, como para confirmar que todo lo que ha pasado en esta consulta era solo parte

de su trabajo. Se baja las mangas para volver a abrocharse los puños, y yo intento no pensar en esos largos músculos flexionándose mientras se inclinaba sobre mí—. Todos estarán deseando conocer a mi mujer.

Doce



Cuando imaginaba mi boda, nunca tuve una idea muy clara. No soñaba con vestidos blancos ni arreglos florales, pero sí imaginaba un rostro amable al llegar al altar. Alguien que me amara.

Desde luego no me imaginaba tanto papeleo, ni que todo estaría en neerlandés.

El edificio de *gemeente*, el ayuntamiento de Ámsterdam, es una moderna estructura moderna toda de cristal y hormigón, que desentona en un barrio de casas junto al canal. Nos sentamos en la sala de espera, y como hacen falta dos testigos para que firmen el certificado de matrimonio (que pueden ser cualquier persona), Wouter le pregunta a otra pareja si les importaría hacerlo.

Meto las manos en las mangas de mi jersey de punto, dándolas de sí para siempre.

«Cuatro. Todo el mundo sabe que esto es falso».

«Siete. La policía está de camino».

«Ocho. Voy a pudrirme en una cárcel neerlandesa y a deshonrar a mi familia para siempre».

Es posible que el terapeuta que me enseñó esos ejercicios no contemplara esta situación concreta.

Cuando llega nuestro turno, Wouter me hace de traductor. Una

mujer de mediana edad nos dedica una sonrisa contenida mientras lleva a cabo la ceremonia, y tengo que recordarme que solo está haciendo su trabajo, que ve a docenas de parejas cada semana y que no puede saber que no estamos locamente enamorados.

Todo dura menos de quince minutos, tan decepcionante como esperar en la cola de la oficina de tráfico. El último mes y medio pasa por mi cabeza como una extraña sucesión de imágenes. Mudarme al otro lado del mundo: que todo se vaya al traste; chocar con el hombre que fue capaz de recoger algunos de los pedazos.

Después toca firmar el formulario en el que declaramos que no se trata de un matrimonio de conveniencia. La mujer nos explica que es el procedimiento habitual cuando un ciudadano se casa con un extranjero, y es suficiente para hacer que mi ansiedad abandone su escondite. Siento una opresión en el pecho, y no sé si es el preludio de un ataque de asma inminente o si solo estoy pagando las consecuencias de mis actos.

Matrimonio de conveniencia.

Schijnhuwelijk.

Hasta tienen una palabra propia para eso en neerlandés.

Y eso es justo lo que hacemos. Casarme con él me conviene muchísimo, pero verlo expresado con tanta claridad hace que me dé cuenta de verdad de que es ilegal.

—¿Estás bien? —pregunta Wouter.

Bajo la voz, esperando que el temblor lo achaque a los nervios propios de una boda.

—No esperaba que tuviéramos que firmar un documento que declara que esto no es un matrimonio de conveniencia.

Él me aprieta la mano como si supiera que no solo necesito que me infunda confianza, sino también que me dé algo de apoyo.

—Ahí está la gracia —dice—. Llevamos diez años locamente

enamorados.

«Ojalá», pienso, y luego estampo mi firma junto a la suya.

Gefeliciteerd a los recién casados.

—Una cosa más —añade, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacando una pequeña caja de terciopelo—. Me temo que no son nada especial. No sabía tu talla, así que cogí prestado uno de los anillos que dejaste junto al fregadero. Espero que no te importe.

Nunca he sido de las que se derriten por las joyas. Ni siquiera durante una breve etapa en la que me dediqué a hacer joyas, justo antes de que me hospitalizaran —cuando pensaba que mi agotamiento se debía a que necesitaba una nueva vía de expresión creativa y se me ocurrió que podría abrir una tienda en Etsy y trabajar por mi cuenta, lo que sería pura fantasía—, llegué a sentir verdadera pasión por ellas. Al final solo hice una pulsera, que le regalé a Phoebe.

Aun sabiendo que estos anillos son falsos, que en realidad no significan nada, me quedo sin palabras por un momento. Son dos sencillas alianzas de oro, nada sofisticadas, pero brillan incluso bajo la tenue iluminación del ayuntamiento.

—Son preciosos —digo, y lo digo en serio, con los pulmones aún oprimidos—. No tenías por qué.

Su rostro es muy sincero, como si de verdad le aliviara el que me gusten.

—Tenemos que estar a la altura, ¿no?

Y con eso, enarca una ceja, indicándome que coja su anillo.

—Muchos neerlandeses lo llevan en la mano derecha —dice—. Pero podemos hacerlo como tú quieras.

Empiezo yo. Coloco la alianza en el dedo anular de su mano derecha, pues quiero que sea lo más auténtico posible. Cuando hicimos esto con el envoltorio de la pajita, el que estaba nervioso era

él. Apenas nos habíamos tocado en ese momento, y ahora él está familiarizado con todos los músculos tensos de mi espalda. Este tipo de contacto físico debería ser menos incómodo, y tal vez lo sea para él. Porque esta vez, cuando le toca a él ponerme el anillo en el dedo, me agarra la mano para mantenerla quieta, y solo entonces me doy cuenta de que sigo temblando.

—Ya está —dice, alzando la mano para que podamos admirar las alianzas—. ¿Qué te parece?

Giro la mano un par de veces, acostumbrándome al peso adicional.

—Igual que si fuera de verdad.



Mis nervios van a más a medida que se acerca el momento de conocer a su familia, una sensación de ahogo que me acompaña durante toda la semana siguiente y me obliga a llevar el inhalador siempre encima.

Culemborg está a una hora al sureste de Ámsterdam y, como Wouter no tiene coche, es la primera vez que viajo en tren. Mientras cruzamos cada andén de la estación, esquivando a los apresurados viajeros, me sorprende descubrir que se puede coger un tren a París, Londres, Berlín o Zúrich desde este mismo lugar. De repente, todas estas ciudades están al alcance de mi mano, despertando en mí una pasión por los viajes que llevaba demasiado tiempo dormida.

El trayecto en tren es como una postal bucólica. Lo familiar no tarda en dar paso a grandes extensiones verdes, granjas salpicadas de vacas y ovejas, y viejos molinos de viento en la distancia.

—*Welkom in* Culemborg —dice Wouter cuando nos bajamos del tren—. La ciudad que parece un pueblo.

Guardo mi abono de transporte en la cartera.

—¿Una ciudad? ¿No es un pueblo?

—Sí, una ciudad. Solo tiene una población de treinta mil habitantes, pero están muy orgullosos de tener el título de ciudad.

La casa de su madre está a solo diez minutos a pie de la estación, atravesando sobre todo tierras de cultivo. También hay vacas y ovejas pastando detrás de las vallas a ambos lados del camino. Las carreteras son de un solo carril y no están señalizadas, y los ciclistas y conductores las comparten sin problemas. Me pregunto qué entenderán aquí por atasco. No estoy acostumbrada a tanto silencio, aunque empiezo a ver su encanto: la paz que puede darte disponer de tanto espacio para escuchar tus propios pensamientos.

Wouter lleva vaqueros y una chaqueta negra y se ha afeitado. Aunque prefiero la barba de tres días, el aspecto pulcro tampoco está mal. Me temo que a este hombre nada le queda mal.

Últimamente me sorprendo observando sus manos sin darme cuenta, y me las imagino presionando, masajeando y deshaciendo todos aquellos nudos que ni siquiera sabía que tenía. Después de aquel masaje deduje que mi libido estaba fuera de control. Al día siguiente, cuando él estaba en el trabajo, me encerré en mi habitación y le di buen uso al vibrador, hasta que terminé sudando y agotada. Pero faltaba algo; los orgasmos no estaban mal, pero ninguno me dejaba lo bastante satisfecha como para llevarme al límite. Era casi más frustrante que si no me hubiera tocado.

Wouter, el inocente y bien afeitado Wouter, que no sabe nada de lo que hago cuando no está en casa, me lleva por un pequeño barrio de modestas casas con jardín, algo que apenas se ve en Ámsterdam.

—Creo que no te he dado las gracias lo suficiente, así que de corazón: gracias. —Se detiene delante de una casa de una sola planta con setos altos y un par de árboles en el jardín delantero. Un jardín que parece que alguien ha cuidado con mucho mimo—. Quizá sea demasiado sentimental, pero no me imagino vendiendo esa casa, y si

todo esto evita que tenga que hacerlo…, me ahorraré muchas noches en vela.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Si ahora yo te doy las gracias a ti, vamos a entrar en un bucle eterno —digo, enderezando los hombros mientras jugueteo con mi anillo. Esa es otra ventaja: se ha convertido en una herramienta antiestrés—. ¿Algún último consejo? ¿Algún error que deba evitar?

—No he querido decírtelo antes, pero no les gustan mucho los estadounidenses. —Lo dice muy serio—. ¿Sabes imitar otros acentos? Eso podría venirte bien.

Y yo me quedo mirándolo boquiabierta hasta que al final él se echa a reír.

—¡Serás capullo! —digo, conteniendo la sonrisa mientras le doy un golpecito suave con el bolso.

—Lo siento, lo siento, no he podido resistirme. Pero ya estás más relajada, ¿no?

—Un poco —admito a regañadientes.

Respiro hondo una vez más para superar la opresión en el pecho y ya estoy lista para conocer a mis suegros.

La chica que abre la puerta rondará los veintitantos. Tiene un pelo rubio rojizo que le cae por los hombros y unos enormes ojos azules. Viste una chaqueta de lino combinada con unos vaqueros de pata ancha. Aunque no es tan alta como Wouter, se puede ver el innegable parecido en sus rasgos.

—¡Hola, soy Roos! —dice, y viendo su sonrisa de oreja a oreja estoy convencida de que nadie se ha emocionado tanto de verme en toda mi vida. Es más, parece sincera. Tiene que agacharse para darme tres besos en las mejillas, que es el saludo típico aquí—. Qué alegría conocerte por fin. Wouter nos ha hablado…, bueno, solía hablar de ti a todas horas, ¡aunque ha pasado mucho tiempo! —Se

ríe con naturalidad mientras me da una palmada en el hombro—. Estoy deseando conocerte mejor.

«Solía hablar de ti a todas horas».

Lo único que Wouter me dijo fue que su familia estaba al tanto de nuestra relación. Eso no es lo mismo que hablar de mí a todas horas. Él se frota la nuca y evita mirarme a los ojos.

—Dani —digo—. Me alegro de estar aquí. Creo que es uno de los sitios más bonitos que he visto en mi vida.

Roos enarca una ceja con destreza. No reacciona ante la marca de nacimiento de mi mejilla, ya sea porque ha visto fotos mías o porque de verdad no le importa.

—Se lo diré a la alcaldesa. Vive en la calle de al lado.

Se oyen pasos, y al momento la madre de Wouter asoma por la puerta. Tiene el mismo cabello rubio oscuro, aunque más fino y con algunas canas, unas gafas grandes y una expresión inescrutable. Y la altura… He entrado a formar parte de una familia de gigantes.

Es lógico que desconfíen. Soy la forastera, la intrusa estadounidense. Y, aunque esto es falso, deseo con toda mi alma caerles bien.

—Perdona, tenía una olla al fuego y acaba de empezar a hervir —dice, con un acento mucho más pronunciado que el de sus hijos. Cuando sus ojos se posan en mí, esboza una sonrisa vacilante. Mi cara se enrojece más de lo habitual cuando conozco a gente, porque ahora soy muy consciente de que me está evaluando y no puedo evitar pensar qué considerará ella un defecto. Mi marca de nacimiento. Mi baja estatura. Mi forma de vestir o mi manera de hablar.

Nada de eso me había hecho sentir tan cohibida como ahora.

—Mamá, esta es Danika —dice Wouter—. O Dani, pero a mí siempre me ha gustado más Danika. Casi podría ser un nombre

neerlandés.

—Sigues siendo el único que me llama así —digo, y de alguna manera consigo que suene como si fuera una broma privada que compartimos desde hace años. Incluso veo que Roos contiene una sonrisa.

Su madre se arrima para darme tres besos en las mejillas.

—*Aangenaam*, Dani. Soy Anneke —dice. Sus ojos se detienen en el anillo de mi dedo y asiente con la cabeza en señal de aprobación—. Muy clásico. Al menos Wouter tiene buen gusto…, aunque no siempre ha sido así.

Wouter deja escapar un gemido exagerado.

—¿Te refieres al año en que solo quería ir al cole con pantalones de chándal?

—Pues claro —interviene Roos. Y acto seguido me agarra del brazo y baja la voz hasta convertirla en un susurro cómplice—. No te preocupes, tengo fotos.

Anneke le revuelve el pelo a Wouter.

—¿Solo fue un año? A mí me pareció mucho más.

—Te aviso —me dice Wouter—: se van a meter conmigo un montón.

—Razón de más para estar emocionada —digo mientras entramos y me quito las botas—. Tienes una casa preciosa.

—Muchas gracias —dice Anneke, y señala mi falda—. Me gustan tus… —Busca la palabra adecuada—. *Panty*.

Me invade el pánico.

—Perdona, ¿mi qué? —Estiro el cuello, preguntándome si es su forma de decirme que se me ve la ropa interior. Supongo que sería raro que me haya metido la camiseta por dentro de la ropa interior en lugar de las medias de color turquesa que he combinado con la falda negra, aunque espero que el destino no sea tan cruel.

—*Panty* —repite Anneke, esta vez más alto.

Wouter se ha puesto rojo como un tomate.

—Es neerlandés significa «medias» —me dice, señalando mis piernas—. Pantis.

—Ah. Aún no hemos dado eso en clase —repongo, y luego de digo a Anneke—: *Dank je wel*.

—*Panties* significa ropa interior en inglés, mamá —dice Roos de forma servicial, y le agradezco que sea ella quien se lo explique en lugar de su hermano.

Anneke se tapa la boca con la mano para contener la risa.

—Ah. Te aseguro que no era lo que quería decir —asegura mientras coge nuestros abrigos y los cuelga en un armario poco profundo—. ¿Estás yendo a clase de neerlandés, Dani?

Empiezo a relajarme mientras le cuento más cosas. Me encanta la gramática y la pronunciación, aprender qué sonidos se omiten al final de una palabra y cuáles se enfatizan. Claro que es un reto, pero creo que lo necesitaba.

Aunque una parte de mí teme que sea solo otro pasatiempo que abandonaré dentro de unos meses.

La abuela de Wouter está sentada en un sillón en la sala de estar contigua, un espacio acogedor con una pared pintada de azul y plantas colgando del techo. Hay una estantería alta abarrotada de todo tipo de adornos, además de algunas fotos familiares enmarcadas.

Wouter saluda a la anciana con un abrazo cariñoso antes de presentarme en neerlandés. Solo entiendo algunas palabras.

—*Aangenaam* —dice su abuela con una voz más firme de lo que esperaba, y luego se señala a sí misma—. Maartje. —Es una mujer menuda y de rasgos delicados, con una melena de color rubio platino. Tiene una manta de punto sobre el regazo y encima, un libro

de sudokus.

—Encantada de conocerla. Muchas gracias por invitarme.

Perdí a mis dos abuelas cuando era muy joven y a un abuelo el año pasado. El único que me queda vivo está en una residencia de ancianos en Sherman Oaks, y estar aquí con la abuela de Wouter hace que me entren ganas de llamarle en cuanto llegue a casa.

Su abuela vuelve a decir algo en neerlandés y Wouter lo traduce.

—Dice que ha sido todo muy rápido. Pero entiende que a veces pasa cuando de verdad estás enamorado, y que mi abuelo y ella supieron desde el primer momento que estaban hechos el uno para el otro.

Ahora tenemos que empezar a actuar. Wouter me rodea con el brazo, pero no sin antes levantar las cejas para confirmar que me parece bien. Asiento de manera casi imperceptible mientras él me pone la mano en la cintura.

Me arrimo a él y apoyo una mano en su pecho, el tiempo justo para sentirlo subir y bajar al respirar solo una vez. Ojalá mi respiración fuera igual de calmada.

—Su nieto es alguien muy especial, pero estoy segura de que ya lo sabe —digo, y Wouter vuelve a traducir—. Nos enamoramos hace trece años y nunca hemos dejado de pensar el uno en el otro.

—La comida estará lista en unos quince minutos —anuncia Anneke, y se dirige a la cocina contigua para terminar de prepararla. Un delicioso y reconfortante olor impregna ya la casa.

Roos se ofrece voluntaria para hacerme un recorrido. Tiene una energía tan chispeante, que parece que vaya a darte un calambrazo si la tocas. Y su falta de prejuicios es tan opuesta a lo que esperaba, que me cae bien al instante. La casa no es grande ni ostentosa; cuenta con un dormitorio para su madre, otro para su abuela, una habitación de invitados para Roos o Wouter cuando vienen de visita y solo un

cuarto de baño. Es curioso que Wouter se quedara con la casa en la que se crio, que ya no se parece en nada a la de antes, mientras que su familia se fue a vivir más lejos, a esta casa que no guarda tantos recuerdos entre sus paredes.

—Me gustaría ver cómo era la casa de Prinsengracht cuando erais pequeños —digo, y los hermanos intercambian una sonrisa antes de llevarme de vuelta a la cocina, separada del salón por una pared cubierta de fotos.

El *collage* es una explosión de alegría y nostalgia: fotos de cuando eran bebés, de la incómoda preadolescencia, de vacaciones y de todo lo demás. Wouter de bebé, con su pelo rubio rojizo, asomándose desde la cuna. Arrastrando un pincel por un lienzo en la habitación que ahora es nuestra cocina. Roos vestida de hada, tumbada boca arriba en las traicioneras escaleras del apartamento. Su padre con una tarta de cumpleaños en las manos. Besando a la madre en la mejilla. Un viaje a Disneyland París, los niños con orejas de ratón y posando con Mickey y Pluto.

—¡Ay, qué tierno! —digo, señalando una foto de Roos de pequeña y de Wouter con cinco o seis años, al que le faltan los dos dientes delanteros—. Erais unos niños monísimos.

—Y aquí tienes su época de los pantalones de chándal, como te prometí —dice Roos, señalando unas fotos de Wouter con once años, en una fiesta en el jardín, riéndose con sus amigos, haciendo una presentación en el colegio, y en todas lleva el mismo chándal azul marino, ya raído—. Y una serie de cortes de pelo cada vez peores para acompañarlos. ¿No amenazó papá con quemarlos?

—Eran muy cómodos —protesta Wouter—. Ah, y aquí están nuestros padres en su primer Día del Rey juntos. Bueno, entonces el Día de la Reina. —Señala una foto de Anneke, con unos veinte años, vestida toda de naranja, con el padre de Wouter a su lado con un

sombrero naranja gigante y una boa de plumas. Ahora que veo a sus padres tan jóvenes, Roos se parece más a Anneke, mientras que Wouter tiene los ojos penetrantes y los hombros anchos de su padre.

—Creo que es mi foto favorita —dice Roos.

Wouter se queda callado un momento, con un aire casi reverente.

—La mía también.

En este preciso instante me doy cuenta de que esto es justo lo que quería al venir aquí: conocer mejor a esta familia y su historia.

Anneke dice algo en neerlandés y llama a Roos a la cocina, dejándome sola con Wouter.

Él se acerca poco a poco y agacha la cabeza.

—Lo estás haciendo muy bien —susurra con la palma de la mano en mi espalda, como si supiera que necesitaba oírlo.

Luego se dirige a la cocina para ayudar a su madre y a su hermana a poner la mesa. Aún siento el calor de su mano en mi jersey y el ligero temblor de sus dedos.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunto, sintiéndome un poco inútil, pero su madre se limita a negar con la cabeza.

Cuando nos sentamos a comer, Maartje señala la fuente de cerámica que hay en el centro de la mesa.

—*Stamppot*. Muy, muy neerlandés.

Anneke ofrece una explicación más detallada:

—Son patatas y verduras trituradas…, como un puré…, en la misma cazuela, con salchicha por encima. Yo utilizo col rizada, zanahorias y cebollas. Es muy saludable en invierno, que siempre dura más de lo que todos quisiéramos. Se suele tomar más para cenar, pero pensamos que tenías que probarlo.

—Y yo no tengo ni idea de prepararlo —dice Wouter, y Roos asiente de forma enérgica—. No como lo hace mi madre.

Me conmueve tanto que casi podría ignorar la punzada de culpa

que me invade. Están siendo tan amables conmigo, tan atentos…, pero claro, no saben la verdad.

Después de que todos digan a coro *eet smakelijk*, nos ponemos a comer. Es un guiso contundente y sabroso, de esos que aún apetecen más en los meses fríos. Le digo a la madre de Wouter que me gusta mucho y todos los demás murmuran con aprobación. Durante un par de minutos, lo único que se oye es el ruido de los tenedores al rozar los platos.

—Sabemos mucho y a la vez muy poco sobre ti —dice Anneke. Ahora que estamos todos en la misma habitación, enseguida queda claro que ella es más desconfiada que Maartje—. Nos tienes intrigados. ¿Solo llevas en Ámsterdam desde enero?

Wouter y yo acordamos no mencionar la quiebra de mi empresa delante de su familia.

—Sí. Soy diseñadora de Experiencia de Usuario, y vine aquí contratada por una empresa emergente —respondo, lo cual no es del todo mentira.

—Qué interesante —dice Anneke, limpiándose los labios con una servilleta—. No parece un trabajo que te obligue a abandonar Estados Unidos.

Roos mira a su madre con incredulidad mientras se sirve más salchicha.

—¿Estás de coña? Las empresas de aquí siempre están intentando atraer talento del extranjero. El mes pasado contratamos a un desarrollador estadounidense.

Le doy las gracias en silencio.

—Tiene mucho talento —dice Wouter, apoyando su mano libre en el respaldo de mi silla. Si tuviera el pelo más largo, lo estaría tocando —. Tiene muy buen ojo. ¿Verdad, *lief*?

Lief. Supongo que es un término cariñoso en neerlandés. Aunque

no sé qué significa, puedo sentir la ternura que encierra, o al menos la que aparenta.

Qué bien se le da esto.

Esbozo una sonrisa, como si esto fuera un juego al que jugamos todo el tiempo: quién puede halagar más al otro.

—Tanto como tú para aliviar el dolor de las personas.

La abuela de Wouter dice algo en neerlandés y el resto se ríe.

—Dice que tienes un pelo muy bonito —me traduce Wouter—, y que espera que nuestros hijos lo hereden de tu familia. —Se lleva la mano a la zona donde se le empieza a clarear la cabeza—. Eso ha sido un golpe bajo, *Oma*.

Anneke aprovecha la oportunidad para hablar con Wouter en neerlandés, demasiado rápido para que yo pueda entender nada más que alguna preposición aquí y allá. A Wouter se le marca el surco entre las cejas mientras le responde antes de volver a cambiar de idioma.

—¿Podemos seguir en inglés? —pregunta, y su madre aprieta los labios en una línea severa.

—Es muy romántico que os hayáis reencontrado después de tantos años —dice Roos, y luego se vuelve hacia su madre—. ¿Recuerdas que solía hablar de ella?

Anneke asiente, y no sé si lo hace a regañadientes.

—Se le iluminaba la cara. ¿Sabes? No recuerdo que haya reaccionado así con nadie más.

—Seguro que eso no es verdad —intervengo, un poco abrumada por tanta atención. Vuelvo a sentir esa opresión en el pecho y me llevo la mano a la boca para toser. Si consigo calmarme, podré evitar que pase lo peor. Eso espero.

Pero Roos no deja el tema.

—Decía que nadie le hacía reír como tú. Que tú le entendías.

Siempre me pareció cruel que hubiera demasiada distancia entre vosotros para que pudierais intentarlo de verdad.

¿Les dijo que fue la distancia lo que nos separó? Aunque es probable que eso hubiera pasado si hubiéramos seguido con la relación, hay algo que no cuadra, pero su madre y su hermana no tienen motivos para mentirme sobre esto.

Están describiendo a alguien enamorado, mientras yo estaba al otro lado del mundo, segura de que él me había olvidado.

Miro a Wouter, arqueando las cejas.

—¿En serio? —digo mientras él se concentra en su *stamppot*—. ¿Qué…, qué más decía de mí? —Me cuesta mucho articular las palabras debido a la falta de aire, y cuando intento respirar más hondo, no consigo llenar los pulmones.

—Que eras una desvergonzada —dice Wouter—. Sin una pizca de modestia.

Intento reírme, pero la presión en mi pecho se vuelve cada vez más difícil de ignorar. El calor me sube a las mejillas en un violento ataque de tos, y todos se vuelven hacia mí.

—¿Estás bien, Dani? —me pregunta Anneke, y en ese momento me doy cuenta de que no, no estoy bien.

Estoy teniendo un ataque de asma, en medio de la comida en casa de mis falsos suegros.

Me vuelvo hacia Wouter, esperando que el pánico en mis ojos baste para comunicar lo que mis palabras no pueden expresar.

—No…, no puedo respirar —balbuceo, resollando. Me falta el aire, y tengo la sensación de estar respirando a través de una pajita muy fina, lo que hace que me sea imposible llenar mis pulmones.

Él deja caer el tenedor de golpe.

—¿Dónde está tu inhalador?

Solo puedo hacer es señalar con impotencia hacia el vestíbulo de la

casa, donde dejé mi bolso. Wouter empuja la silla y sale disparado hacia allí.

—¿Necesitas un poco de intimidad? Llévala a la habitación de invitados —dice Anneke cuando Wouter regresa, y él me lleva por el pasillo a la primera habitación a la izquierda con una urgencia sobrehumana, rodeándome los hombros con un brazo.

Me ayuda a sentarme en la cama con cuidado mientras yo jadeo. Agita el inhalador y me lo da. Lo agarro con las manos temblorosas, aprieto y trato de respirar tan despacio y profundamente como puedo.

Wouter se sienta a mi lado, sin invadir mi espacio, transmitiendo una sensación de calma. Su respiración es lenta: toma aire despacio y exhala con fuerza.

—Te pondrás bien —me dice en voz baja. Igual que hizo en el baño, cuando teníamos diecisiete años—. Estoy aquí contigo, respirando contigo.

Han pasado trece años y sigue sabiendo qué hacer.

Me acaricia el pelo con la mano mientras yo respiro de nuevo en el inhalador. Es un gesto rápido, casi distraído, pero me tranquiliza más de lo que debería ser. Poco a poco, siento que mis músculos se relajan y puedo volver a llenar los pulmones de aire.

—Eso es. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Te refieres a respirar? —digo cuando por fin puedo hablar, y esto hace que su boca esboce una pequeña sonrisa.

Entonces él también suelta el aire en un largo suspiro. Los hombros le tiemblan por el esfuerzo, casi como si hubiera estado conteniendo su preocupación por mi bien. Ahora veo con claridad la clase de cuidador que debió de ser para su padre.

Dejo escapar un gemido mientras me cubro la cara con las manos.

—No puedo creer que me hayan visto así —digo, mirando entre

mis dedos—. En el peor momento posible.

—No pueden culparte por tener un ataque de asma. No es algo que puedas evitar.

—Lo sé, es que… no es la primera impresión que quería causar.

Respiro hondo de nuevo. El aire es maravilloso, me sabe a vida.

—Podemos irnos a casa, si quieres. Lo entenderán —dice. La preocupación sigue grabada en su rostro, desde el pliegue en su entrecejo, hasta la ligera curva descendente de su boca.

—No, no. Quiero quedarme.

Wouter asiente mientras estira las piernas sobre el edredón blanco, y yo hago lo mismo. Marido y mujer tumbados en una cama diminuta, sin tocarse.

—Me has dado un buen susto —dice con una sonrisa torcida—. Pensé que mantendría la calma si sucedía aquí, pero…, por un momento, estaba cagado de miedo.

—Pero si has mantenido la calma. Has estado perfecto —digo. Al estar tan cerca, puedo sentir el calor que desprende su piel—. También has sido muy rápido, gracias. ¡Y estoy bien! Es el primer ataque que tengo en meses.

Aun así, me mira con auténtico alivio, y ver a un hombre tan alto muerto de miedo por mí… me conmueve de un modo que no esperaba. Aparte de mis padres, nunca había experimentado nada parecido. Nadie se había mostrado tan protector.

Casi deseo que me acaricie el pelo otra vez.

—¿Qué te ha dicho tu madre en neerlandés? —le pregunto.

—No tenemos por qué hablar de eso.

—Dios mío. Puedo soportarlo —digo, preparándome para lo peor.

—No es nada malo. No es que no nos apoye —empieza—, pero quiere entenderlo. Me ha dicho que si lo hemos hecho solo por nosotros, sin ceremonia ni celebración, y si eso era lo que de verdad

queríamos, entonces lo apoya. Le he dicho que queríamos algo pequeño, discreto. No queríamos que fuera algo grandioso.

—Claro.

—Así que está un poco triste porque nadie de la familia pudo estar allí. Porque no pudieron celebrarlo con nosotros.

Puedo entenderlo. Imagino que ocasiones como esta cobraron un significado diferente después de que falleciera su padre.

—Lo siento —digo, con un nudo en la garganta por el sentimiento de culpa—. Espero no haber generado tensión entre todos vosotros.

Él sacude la cabeza, sin mirarme a los ojos.

—Solo… quieren asegurarse de que te importo de verdad. —Lo dice con una sonrisa, incluso lo formula en tono de pregunta, como si eso nunca hubiera sido importante para él.

Y entonces no puedo evitarlo, y le pongo una mano en el brazo. Le rozo el codo con el pulgar. Su piel se tensa bajo mi tacto y retiro la mano enseguida. Claro. Nadie nos está mirando. No tenemos que fingir cuando estamos solos.

—Sí, me importas —digo con suavidad.

Al menos eso no es mentira.



Cuando Wouter se asegura de que el ataque no va a repetirse, Anneke y Maartje le preguntan si pueden hablar con él a solas en el patio trasero, mientras Roos se queda conmigo en la habitación de invitados.

Me cuenta que trabaja en marketing para una página web de atracciones turísticas de Ámsterdam.

—Vamos, que puedo hacerme pasar por turista todos los días. Si alguna vez quieres ver algo, seguro que puedo colarte gratis —dice, y a continuación quiere saber cómo es crecer en Los Ángeles—. ¿Es

igual que en *The O.C.*?

—Sí —bromeo—, solo que en la vida real todo el mundo está aún más bueno.

—¡Lo sabía! Sabía que solo ponían a los feos en la televisión.

—Mis padres no trabajaban en el mundo del espectáculo, pero los de muchos de mis amigos sí. La comida es estupenda, las playas también, pero no echo de menos los atascos. Además, el aire no les sentaba bien a los pulmones, así que intentaba quedarme en casa todo lo posible durante la temporada de incendios —digo, y hago un gesto con la mano, abarcando la habitación—. ¿No te dio pena que se mudaran a Culemborg?

—Qué va, me encanta —responde—. Puedo revivir mi infancia cada vez que voy al piso de mi hermano, aunque su decoración sea un poco aburrida, y cuando busco tranquilidad, vengo aquí.

Oímos que se abre y se cierra la puerta mosquitera.

—¿Salimos a ver si están cotilleando sobre nosotras? —pregunta Roos, y yo me esfuerzo por no reírme, porque es casi seguro que están cotilleando sobre mí.

De camino, Roos se pasa por la cocina para coger una botella de champán y dos copas. Su madre la sigue con tres más.

—¡Un brindis! —declara Roos una vez que estamos todos fuera, descorchando la botella y sirviendo un poco a cada uno—. Por Wouter y Dani. *¡Op het bruidspaar!*

Wouter se vuelve hacia mí, un tanto tímido, y tardo una fracción de segundo más de lo debido en darme cuenta de lo que pasa.

Están esperando a que nos besemos.

Soy una auténtica idiota por no haberlo previsto. Por no haber pensado en ello, aunque, siendo sincera, no creo que nada pudiera prepararme para la manera en que Wouter se muerde el labio inferior. En el ayuntamiento nos libramos porque había un montón

de parejas esperando para firmar sus propios certificados de matrimonio. Después de intercambiar los anillos, nos dimos un abrazo incómodo y eso fue todo. Nadie golpeó las copas de champán con los cubiertos pidiendo que nos besemos.

Wouter vuelve a pedirme permiso levantando las cejas, incluso después de haber acordado que nos parecía bien cualquier cosa que no fuera darnos el lote. Y eso, claro está, incluiría besarnos.

Aun así, significa mucho que me consulte. Que no se lance sin más. Le respondo dando un paso adelante justo cuando él inclina la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza contra el pecho.

Wouter van Leeuwen está a punto de besarme por primera vez en trece años.

Con público.

Wouter acapara mis sentidos: el jabón que veo todos los días en el baño; el champú de menta… Está tan cerca en este momento, que la mente se me queda completamente en blanco. Solo existe él, un vértigo abrumador y su mano posada en mi mejilla mientras me alza el rostro.

Sus labios apenas rozan los míos, tan rápido que, cuando cierro los ojos, ya se ha apartado.

Todos aplauden, y Roos se lleva dos dedos a la boca y silba. Me aparto, algo aturdida, con el calor de su boca todavía en los labios. Solo ha sido un pico, ¿no? Apenas un beso. Y, sin embargo, es suficiente para que ellos lo crean y brinden con champán.

Quizá sea porque, en el fondo, quieren creerlo. Esta familia ya ha sufrido demasiadas tragedias, y lo único que quiero es darles algo positivo.

Aunque tenga que envolverlo en una mentira.

—A lo mejor…, a lo mejor aún podemos celebrarlo —suelto mientras se me ocurre una idea, recordando lo que me ha dicho

Wouter en la habitación de invitados—. Sin pasarse, solo la familia más cercana y los amigos. ¿Una pequeña fiesta?

Los rasgos de Anneke se suavizan, y una nueva calma se apodera de su rostro.

—Me parece una idea preciosa —aduce, y siento que mi cuerpo se libera de gran parte de la tensión que he estado acumulando desde que salimos de Ámsterdam. Wouter también sonríe, y ese hoyuelo aparece por vigésima vez hoy; y si tiene las mejillas sonrojadas, seguro que es por el champán.

Si las mías también lo están, seguro que su familia lo achacará a la felicidad propia de una recién casada.

Roos se vuelve hacia mí.

—¡Dani y yo podríamos ir a mirar vestidos! —propone, y ojalá no me hiciera tanta ilusión su idea.

—¿Hay alguna posibilidad de que tus padres puedan acompañarnos? —pregunta Anneke.

—No lo sé —respondo, con el amargo sabor de la mentira en la lengua—. No les resulta fácil pedir días libres en el trabajo. Ya sabes cómo son los estadounidenses con las vacaciones.

—Haremos un millón de fotos —promete Roos, con una amabilidad que me llega al corazón—. Será muy *gezellig*.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

Wouter vuelve a pasarme un brazo por la espalda y me resulta demasiado fácil apoyarme en el sólido calor de su pecho. «Suelo buscar el contacto físico», me dijo aquella primera noche en el apartamento. Porque así es él.

Porque no significa nada.

—No tiene una traducción directa —explica—. Es ese rato tranquilo que pasas con amigos o familiares en un lugar acogedor, en buena compañía. Ese sentimiento de unión.

Roos continúa:

—Así que una fiesta puede ser *gezellig*, o una reunión íntima, o una noche en un bar con amigos.

—*Gezellig* —repito, y ella niega con la cabeza.

—La «G» neerlandesa no es fácil —dice, y pasa a demostrármelo —. Es más gutural y sale desde el fondo de la garganta.

Wouter se señala la boca, y la verdad es que no necesitaba una excusa para volver a mirar sus labios.

—Tienes que expulsar el aire mientras lo dices. *Gezellig*.

—Eligieron la palabra más complicada para referirse a algo tan agradable —añade Roos.

Repito el término unas cuantas veces más, atascándome con la «G», hasta que ambos me sonríen.

—Perfecto —dice Wouter, deslizando los dedos por mi espalda—. Ya casi eres toda una neerlandesa.

Trece



Me despierto en un piso empapelado de pósits.

Koelkast pegado en el frigorífico. *Wasbak* en el fregadero. *Hond* en el cuello de George Costanza. Hay decenas más, pequeños trozos de papel de colores que hacen que parezca que ha llovido confeti.

Todo escrito con la letra de Wouter: pequeña, meticulosa.

—Wouter —digo, y ya no se me ocurren más palabras. Ni en inglés, ni en neerlandés. Es muy tierno que haya hecho todo esto por mí.

Él está apoyado contra la encimera de la cocina con aire expectante, como si le preocupara que no me gustara, cuando nada podría estar más lejos de la realidad.

—Aún no he terminado —dice, y anota algo en el bloc, despega el pósit y me lo pega justo en la punta de la nariz.

Se queda delante de mí un momento más de lo que debería; su aroma cítrico es demasiado intenso para las ocho de la mañana.

Esa empresa de jabones debería cambiar su fórmula. Me lo imagino madrugando, ocurriéndosele la idea en la ducha, dándose golpecitos en la barbilla con el rotulador mientras decide qué palabras incluir en mi clase de vocabulario.

Cuando él da un paso atrás, me quito el pósit con la mano, un

tanto temblorosa.

Vrouw, dice.

«Esposa».

—Ja, ja —digo, tratando de ignorar la extraña punzada en mi pecho—. Aunque no lo creas, esa fue una de las primeras que aprendí.

Lo que ocurrió en Culemborg sembró el caos en mi mente. Que Wouter me ayudara a superar ese ataque de asma solo lo hizo más atractivo, como cuando descubres que el chico popular tiene también un corazón de oro. Necesito verlo haciendo algo que le reste encanto. Darle una patada a un corderito; ganar un concurso de comer perritos calientes; perder un concurso de comer perritos calientes.

No hemos hablado del beso, y la explicación más sencilla es que no significó nada. Fue casto. Breve. Solo para salvar las apariencias. Por desgracia, mi cerebro reptiliano no puede dejar de reproducir esos pocos segundos en los que sus labios estuvieron sobre los míos.

Somos un juego de ping-pong con límites prohibidos: primero en mi casa y ahora en la suya. Y no es que quiera derribarlos…, es que no puedo entender por qué dedico tanto tiempo a pensar en ello. «Te hizo daño», me repito siempre, rogando que la razón se imponga, porque en este matrimonio que existe solo en los papeles no hay cabida para las complicaciones.

Pensaba que mi corazón roto ya había sanado, que el tiempo había cicatrizado la herida a la fuerza. Pero ahora me doy cuenta de que todos esos años solo lo habían anestesiado, porque estar en su presencia, saber cómo prepara el té y dónde guarda el cepillo de dientes, disuelve la distancia y deja en su lugar un dolor agudo, no por desearlo ahora, sino por anhelar lo que podríamos haber tenido.

Mañanas tranquilas de fin de semana como esta: algo con lo que ni siquiera podía soñar.

En fin, tal y como Wouter me advirtió, el apartamento necesita algunas reformas. Dejo mi taza en la encimera, abro uno de los armarios de la cocina y me quedo con el tirador en la mano.

—Ay, mierda —dice Wouter cuando se lo enseño—. Lo arreglé hace unos meses. Intentaré ocuparme de ello cuando salga de trabajar la semana que viene.

—Puedo hacerlo yo, si quieres.

Él lo descarta con un gesto y me pasa una taza de té.

—No, no quiero que te preocupes por eso.

Lo que no digo es que me gusta este lugar y que quiero cuidarlo igual que él.

Pero claro, no va a ser mío para siempre.

Me siento a la mesa y le echo azúcar al té. Hoy he organizado una salida sorpresa para los dos, por supuesto platónica, y más tarde hemos quedado con sus amigos. Me ha preguntado una docena de veces si me parecía bien, porque le han estado insistiendo, y él no ha querido arrojarme a los lobos. La ilusión de conocer por fin a las personas con las que comparte su vida se desvaneció de golpe en cuanto recordé que no van a conocer a mi verdadero yo.

Quieren conocer a Danika Dorfman, la esposa de Wouter. Su antiguo amor.

—¿Quieres un poco de *hagelslag*? —pregunta Wouter, todavía rebuscando en la cocina.

—¿Es eso que lleva virutas de chocolate encima?

Con el pelo húmedo después de ducharse y sin afeitar, tiene un aspecto muy tierno, como si fuera esa versión suya que aún no está preparado para enfrentarse al mundo.

Incluso tiene una mancha de rotulador en un lado de la palma de una mano.

—Hacía años que no lo comía, pero ayer me entró el antojo en el

mercado —dice, enarcando una caja y meneándola, esbozando una sonrisa torcida—. Pensé que no dirías que no a unas virutas para desayunar. La forma correcta de prepararlo suscita mucha polémica —continúa, sacando dos rebanadas de pan integral con un pósit que dice *volkoren* y las unta de mantequilla con la mayor concentración —. Pero no hagas caso a nadie más. La mantequilla es imprescindible para que las virutas se queden pegadas y no se caigan. Y tampoco debes doblar el pan, o se esparcirán por todas partes.

Vuelca la caja de *hagelslag* y deja caer una lluvia de virutas de chocolate sobre las dos rebanadas. Luego me pasa una a mí.

—Doce sobre diez —digo después de darle un mordisco—. Qué idea tan genial. ¿Qué será lo próximo que se les ocurra a los neerlandeses?

—Casi me da miedo preguntarte cómo están tus dientes cuando el azúcar constituye el setenta por ciento de tu dieta.

Sonrío de oreja a oreja para enseñarle los dientes.

—Ni una sola caries en toda mi vida.

Amsterdam-Noord es una zona del norte de la ciudad al otro lado del río IJ, que se pronuncia «ái». Lo sé porque hace unos minutos, al bajar del ferry, lo he llamado «río IJ», convencida de estar pronunciándolo bien. Delante de nosotros se encuentra la torre A'DAM, un rascacielos con un columpio gigante colgando del tejado del edificio. No es nuestro destino, pero es lo más cerca que he estado de él hasta ahora, y me confirma que no hay dinero suficiente para convencerme de que me suba a él.

Antes esto era una zona industrial, aunque ahora es más bien un barrio en auge, con restaurantes y cervecerías exclusivos montados en viejos almacenes reconvertidos…, y mucho arte por todas partes.

—Nunca había estado aquí —dice Wouter cuando llegamos al Museo STRAAT, con una leve sonrisa, como si intentara ocultar su entusiasmo—. Dos meses en Ámsterdam y ya me estás enseñando algo nuevo.

El museo está dedicado al arte urbano y al grafiti: hay murales repartidos por las paredes de hormigón y colgados de los altos techos, y esculturas de un tamaño superior al normal hechas con objetos recuperados. Avanzamos por la colorida primera sala, deteniéndonos para leer las descripciones junto a cada pieza. Pero Wouter parece un poco incómodo y no para de juguetear con las manos.

—Danika…, te estás adaptando bien aquí, ¿verdad?

—Es un poco tarde para arrepentirme, ¿no crees? —digo—. Espero no ser una mala compañera de piso.

—Solo cuando no me dijiste que llevaba la camisa del revés antes de irme a trabajar la semana pasada.

—¡Era muy temprano! Todavía estaba medio adormilada —protesto.

—Solo quería asegurarme —repone, y vuelve a ponerse serio—. Es un cambio enorme y me preocupa no haber estado lo bastante pendiente de ti. De… todo.

Si hay algo que se le da bien a Wouter, es preocuparse por mí, y se lo agradezco de corazón.

—No puedo negar que es un gran cambio, pero el día a día no me está resultando tan difícil como pensaba. Menos lo de estar lejos de la gente que dejé allí.

—Echas de menos a tu hermana.

—Sin parar —confieso. Decirlo en alto hace que esa punzada de nostalgia sea aún más intensa, como un anhelo visceral entre mis costillas. Hasta que llegué aquí, no me había dado cuenta de que se

podía sentir nostalgia por una persona—. Nunca había estado tanto tiempo lejos de ella, y tengo suerte de que sea noctámbula y podamos hablar con cierta regularidad, pero… no es lo mismo.

—Hum. Te envió un paquete con productos de tu país. ¿Y si le envías tú uno con cosas de aquí? Podrías enviarle unos *stroopwafels*, algunos adornos con tulipanes, cerámica azul y blanca…, y tienen queso Gouda en bolsas selladas al vacío que se pueden enviar sin problemas —sugiere, tapándose la boca para toser—. Por supuesto, no tienes que replicar todo lo que ella te envió. A menos que quieras hacerlo.

—¡Me encanta la idea! Bueno, la primera parte. Gracias —digo, y hablo en serio—. Es raro, pero a veces me dan antojos absurdos de comer cosas de allí. Por ejemplo, el otro día me apetecían Pop-Tarts, aunque hace años que no los cato. —Pasamos a la siguiente obra de arte, una ilusión óptica geométrica en blanco y negro—. Pero, aparte de los Pop-Tarts, supongo que me cuesta no sentir que dejé algunas cosas… sin cerrar.

—¿Con tu ex?

Su pregunta me pilla por sorpresa, y se me escapa una carcajada tan estentórea que algunas personas se vuelven para mirarnos.

—Oh, no. No, no, no. Eso está más que terminado. Y de la forma más desastrosa posible.

Él enarca las cejas, invitándome a continuar, con los ojos brillantes tras las gafas. Ojalá la curiosidad no resultara tan atractiva en él. Exhalo un suspiro, preparándome para contarle la sórdida historia, sin dejarme nada.

—Trabajábamos juntos y llevábamos saliendo casi un año. Y de repente, hace unos meses, recibí una captura de pantalla de una de las amigas de mi hermana… que había hecho *match* con él en Tinder.

—¡No me jodas!

Asiento con tristeza.

—Cuando le pedí explicaciones, me soltó la típica excusa de que se le había olvidado borrar la cuenta, aunque se veía que había estado la semana anterior. Tenía un montón de mensajes, fotos de otras mujeres y fotos que les había enviado…

Recuerdo la conmoción que me causaron aquellas fotos de desconocidas semidesnudas. Él siempre decía que quería fotos mías en plan sexi, pero a mí me aterraba que acabaran en manos de cualquiera. Aun después de un año saliendo juntos, seguí sin confiar de todo en él.

Pero estaba casi dispuesta a decirle que le quería, no porque lo sintiera, sino porque parecía que debía hacerlo. Estaba bastante segura de que podría quererle, si tuviera más tiempo.

Después de que yo viera las fotos, Jace pensó que aún podíamos hacer que la relación funcionara. «Al principio dijiste que preferías algo informal —me soltó—. Podemos seguir así, ¿no?». Pero él no lo entendía. No podía dar marcha atrás, no después de haber roto todas mis reglas. Que me engañara solo me confirmó lo que ya temía: que no valía lo suficiente para tener una relación seria, que había hecho bien en mantener a todos los demás a distancia.

—Quizá no quieras oír todo eso —le digo a Wouter.

Él da un paso adelante, clavando su mirada en la mía, y siento algo muy parecido a cuando me masajeó la nuca con los dedos.

—¿Por qué no iba a querer oírlo? Somos amigos.

Somos muchas otras cosas: exnovios, compañeros de piso, marido y mujer. Pero la etiqueta de «amigos» no es la que mejor nos define.

—Mi gran venganza fue reenviar sus *emails* a toda la empresa —confieso. Tal vez no fue propio de mí, pero él me hizo sentir tan poca cosa, tan insignificante… No soportaba no poder defenderme—. No fue buena idea, lo sé, pero nos habíamos enviado cosas… subiditas

de tono mientras trabajábamos allí. —Wouter se sonroja al oír eso, y yo bajo la voz—: Y claro, a mí me echaron, mientras que a él le ascendieron la semana pasada, según LinkedIn. Lo que más me duele —continúo, ya lanzada— es que ni siquiera mis amigas se pusieron de mi lado. Me dijeron que había sido estúpida e impulsiva, que había perdido el trabajo por mi mala cabeza. Y…, vale, sí, puede que tuvieran razón. Imagino que todos han madurado, menos yo. Supongo que ahora toca portarnos como aburridos adultos —concluyo, aunque entre ser un adulto aburrido y alguien que no reenvía los correos electrónicos de su ex a toda la empresa hay mucho trecho.

—Como adulto aburrido, estoy de tu lado —declara—. Se puede ser rencoroso a cualquier edad.

—Tú no eres aburrido. Estás estafando al Gobierno neerlandés. Si eso no es ser un tipo duro, ya me dirás tú qué lo es.

Aunque esboza una pequeña sonrisa, noto que aprieta los dientes, como si estuviera furioso con un hombre al que ni siquiera conoce.

—Menudo cabrón. Te merecías algo mucho mejor.

—Sí, bueno. No sé si tanto.

—¿De verdad crees eso?

—Ya te lo he dicho —respondo, preguntándome por qué mi voz suena más débil que hace un segundo—, no he tenido relaciones serias. Está claro que no estoy hecha para eso.

Estamos demasiado cerca, y estoy segura de que es solo porque yo quería que esta conversación fuera tranquila y privada, y él necesitaba poder oírme bien. Puedo ver sus pestañas rojizas rozando casi las lentes de sus gafas. Y ahí está de nuevo el aroma de su jabón, invadiendo mi cerebro.

Me aparto y me aclaro la garganta.

—Además —añado, agitando el dedo anular—, ahora estoy

casada. Así que ya no estoy disponible.

Continuamos nuestro recorrido por el museo. No todo está diseñado para resultar agradable a la vista, y eso me gusta: que el arte caótico y rebelde tenga un lugar aquí. Las formas abstractas y las figuras realistas, las letras enormes y los lienzos que parecen gotear pintura. Wouter se detiene un rato frente a una obra que muestra a un hombre en escala de grises que descorre una cortina y deja ver una pared de colores vivos con palabras pintadas con grafitis que parecen querer escapar.

—Leí sobre esta obra en Internet —digo, sin necesidad de echar ni siquiera un vistazo a la descripción—: Martin Whatson, artista noruego. Tiene toda una serie de obras como esta, en las que imita el entorno urbano para compararlo con la vibrante naturaleza del arte callejero. —Se me escapa un suspiro—. Ojalá pudiera conseguir un empleo contando datos curiosos sobre Ámsterdam.

—¿La búsqueda de empleo no está siendo tan fructífera como te gustaría?

Lo pienso un momento. Claro que hay empleos que encajan con mis habilidades. Pero ¿hay alguno que no me dé ganas de esconderme debajo de la cama? Eso ya no lo tengo tan claro.

—Hace un par de días tuve una entrevista telefónica —digo. Una gran empresa tecnológica con sede en Estados Unidos que también tiene oficinas en Ámsterdam. Puede que esté algo oxidada, pero me lie con las preguntas básicas y colgué pensando cómo narices había conseguido que alguien me contratara en el pasado—. No tengo demasiadas esperanzas.

—Pero sigues buscando —dice, no como una pregunta, sino como una afirmación. Sigo buscando, porque es lo que se supone que debo hacer. La razón por la que me casé con él.

—Claro. No sé, a lo mejor estoy quemada —respondo medio en

broma, así que me sorprende su seriedad.

—No tienes que restarle importancia. El síndrome del trabajador quemado existe de verdad —aduce—. Aquí incluso tenemos baja por desgaste laboral.

Nunca me había parado a pensar en eso. La única vez que me tomé una baja prolongada fue cuando ingresé en el hospital. Lo que no le cuento es que a veces me siento desorientada, que la libertad que tengo aquí me da casi miedo. No tengo nada que me sostenga si me caigo, salvo un certificado de matrimonio.

—Me doy cuenta de que el diseño de Experiencia de Usuario no es la gran pasión de tu vida —continúa—. Pero antes te gustaba todo. Querías probarlo todo. Me gustaba eso de ti, ese carácter abierto.

Sus palabras me arañan la piel como si fueran guijarros. Tal vez le gustó eso de mí durante un tiempo, pero al regresar a Ámsterdam se dio cuenta de que lo que le gustaba era indiferente, o de que en realidad nunca le había gustado tanto.

Tengo que seguir recordándome que ya no es el adolescente despreocupado que me empujaba contra la pared para besarme cuando mis padres estaban abajo, que me enseñaba bocetos de mí que no podía creer que fueran tan bonitos.

Es muy injusto que todos mis recuerdos de él sean tiernos, ardientes o ambas cosas.

—Cuando estudié la carrera, no imaginaba que pasaría los siguientes cuarenta trabajando de eso —confieso—. Durante un tiempo pensé en estudiar algo relacionado con el arte, pero no me parecía práctico. A ver, me siguen encantando los museos y siempre me eternizo decidiendo qué colgar en las paredes, pero hace ya mucho que no me permito jugar como antes. Supongo que los dos consideramos que había que renunciar a ello y centrarnos en algo más serio.

—Lo echo de menos —dice en voz tan baja que las corrientes de aire de este almacén podrían llevársela—. Jugar. El día que te mudaste al piso de abajo y me preguntaste por la pintura y yo te dije que tenía otras aficiones… Subí las escaleras y me devané los sesos, preguntándome qué otras aficiones tenía en realidad. Y cuando fuimos a ver el museo de Van Gogh, me di cuenta de que hacía años que no pisaba un museo. Aparte de pasear a George, tomar algo con los amigos y ver algún que otro partido de fútbol…, es posible que haya caído en la rutina.

Ojalá eso no me doliera tanto; sería mucho más fácil si no fuera así. Cuando le conocí, estaba lleno de ilusión y esperanzas, y resulta que cuando regresó a lo que yo creía que era un país de cuento de hadas, se encerró por completo en sí mismo. Pasó años cuidando de su padre, y cuando por fin levantó cabeza, la pena debía pesarle como una piedra.

Sin pensarlo demasiado, poso los dedos sobre su manga y le acaricio rápidamente con el pulgar. Esta vez, a diferencia de lo que ocurrió en la habitación de invitados de su madre, él no se aparta.

—Podríamos buscar una afición en común —sugiero, porque eso es algo que no me es ajeno. Compartir una afición es algo inofensivo, platónico—. Podríamos crear arte sin preocuparnos por si es bueno o no.

Él sonríe.

—Eso me encantaría —dice. Y luego se aclara la garganta y yo retiro la mano—. ¿Puedo preguntarte una cosa? Tengo un congreso el próximo fin de semana en Brujas, Bélgica. Está a solo unas horas en tren. Estaba pensando en cancelarlo, pero luego recordé que tú no has estado allí y que Roos siempre me pide que le deje más a menudo a George porque está convencida, y puede que con razón, de que es su persona favorita. Aunque quizá tú le estés haciendo la

competencia. Y es una ciudad preciosa… —Ahora es él quien se pone a parlotear. Se quita las gafas y las limpia con la camisa, como si esperara que eso distrajera la atención de su nerviosismo. Y lo consigue, sin ellas su rostro parece más dulce—. ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿Ir… contigo? ¿A Bélgica? ¿A un congreso de fisioterapia? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda analizarlas en exceso —. Por supuesto que sí. Vámonos a Bélgica.

—Genial —dice, aliviado—. Creo que te encantará.

Su mirada se clava en la mía durante demasiado tiempo, mientras se me acelera el pulso. Intento no pensar en las constelaciones que podría dibujar en las pecas de su rostro, ni en lo mucho que me gustan las suaves arrugas de su cara que no tenía a los diecisiete años, esas que esconden historias que no he tenido ocasión de escuchar.

Puede que haya algo más entre nosotros, algo aún sin resolver o completamente nuevo. En este momento, no estoy segura de poder distinguir la diferencia.

No estoy segura de querer hacerlo.



Wouter me coge de la mano al entrar en el bar, y al principio me sorprende tanto que casi le arranco el brazo. Pero entonces caigo en la cuenta: estamos a punto de representar otra escena.

—Que sepas que mis amigos me van a dar mucha caña por no haberte presentado antes, pero esa es su forma de expresar su cariño.

—Para que quede claro, yo también les daría mucha caña si uno de mis amigos se casara sin decirme nada.

Vuelve a invadirme la culpa, porque es él quien lleva todo el peso. No me imagino mintiéndole a Phoebe si la situación fuera al revés.

Por otra parte, el mercado inmobiliario está en crisis en todas partes. Quién sabe qué haría yo si estuviera en juego una casa como la suya.

Entrelazo mis dedos con los suyos mientras esperamos mesa con sus amigos: Sanne, una chica que también se crio en el Prinsengracht; Thomas, un amigo íntimo desde primaria; Bilal, un amigo de la universidad cuyos padres emigraron a Róterdam desde Pakistán cuando él era un niño, y Evi, que se unió a su grupo de amigos cuando empezó a salir con Thomas.

Thomas, que es aún más alto que Wouter y tiene el pelo rubio peinado hacia atrás, le da una palmada en el brazo.

—¡No puedo creer que no nos lo hayas contado! Te habríamos organizado una despedida de soltero.

—Para nosotros también fue una sorpresa —dice Wouter—. Pero me alegro mucho de que me atropellara con su bicicleta, porque así nos dimos cuenta de que seguimos tan enamorados como cuando éramos adolescentes.

—Incluso más —digo, agarrándole la barbilla y sacudiéndola un poco de forma exageradamente empalagosa. «Podemos hacerlo»—. No me canso de mirar esta carita.

—¿Entonces te casaste conmigo solo por mi atractivo? —pregunta Wouter, fingiendo indignación mientras se lleva una mano al corazón.

Le lanzo una mirada coqueta.

—¿Qué puedo decir? Los chicos estadounidenses no me ponían nada. —Le suelto la barbilla y carraspeo, volviéndome hacia sus amigos—. Os pido disculpas por no hablar neerlandés. O, mejor dicho, por hablarlo tan mal. Estoy yendo a clase y ya puedo hablar sobre hacer la compra o explicarle varios síntomas al médico, pero aún no hemos llegado a las charlas de bar.

—¿Es que Wouter no te enseña? ¡Qué mal marido! —bromea

Sanne, con esa soltura de quien lleva toda una vida formando parte de la tuya. Tiene un estilo chic muy natural: gafas redondas, chaqueta negra corta, pelo largo con raya en medio.

—No, no, me ha… ayudado mucho —digo, recordando los pósits y la lección sobre las partes del cuerpo durante el masaje que me hizo. *De wervelkolom. Het oor.* Podría vivir hasta los cien años, aprender una docena de idiomas más y nunca olvidaría esas palabras.

Cuando por fin conseguimos una mesa, el reservado solo tiene espacio para cuatro personas con una sola silla extra, incluso después de haber hecho todo lo posible por encontrar otra.

—Puede sentarse en tu regazo, ¿no? —dice Sanne, y al principio supongo que se dirige a Evi y Thomas.

Pero sus ojos están fijos en Wouter.

«Puede sentarse en tu regazo».

Una sugerencia normal para dos recién casados que están locamente enamorados, y justo la razón por la que me quedo en blanco por un segundo.

Wouter se rasca la nuca mientras me mira a los ojos, arqueando las cejas para preguntarme si me parece bien. Si esto forma parte del teatrillo en el que ninguno de los dos sabíamos que íbamos a participar.

Y hay algo tan sincero en esa expresión, con la preocupación impresa en su frente, que me convence de que sentarme en su regazo puede ser algo de lo más inocente en lugar de la pésima idea que en realidad es.

—Claro. Por supuesto —digo, esperando que las palabras suenen más desenfadadas que en mi cabeza, donde todo es anarquía y luces rojas intermitentes.

Así que me deslizo por el asiento y me siento en sus muslos, con la misma cautela que si sus amigos me hubieran propuesto que me

sentara en una caja llena de serpientes vivas. Wouter me rodea la cintura con un brazo, atrayéndome hacia él, mientras que extiende el otro para coger su bebida.

Y entonces intento respirar.

—¿Estás bien? —le pregunto, muy consciente de que yo no lo estoy. Porque estoy sentada en su regazo y no tiene nada de inocente. Mi culo contra su entrepierna. Su mano descansando con suavidad sobre la lana de mi jersey. Y es tan fuerte y considerado, y desprende tanto calor; su cuerpo es un sólido muro que me mantiene erguida.

Cuando suelta una risa ahogada, me estremezco al sentir el roce de su aliento en la nuca. Eso tampoco me parece inocente.

—*Alles goed*.

Me entero de a qué se dedican todos: Sanne y Thomas trabajan en una empresa tecnológica; Evi es arquitecta, y Bilal es profesor.

—… pero lo más importante es que soy aficionado del Feyenoord —dice, señalando el gorro que lleva con el logotipo del club de fútbol de Róterdam.

—Y eso es algo que todos lamentamos enormemente —replica Wouter entre risas, y supongo que existe una rivalidad con su querido Ajax.

Quiero saber un millón de detalles más sobre todos ellos, pero ellos también tienen muchas preguntas para mí.

—A ver, necesito saber cómo funciona exactamente esto… —dice Sanne señalándonos a los dos—. Wouter, ¿tú no le sacas por lo menos veinte centímetros?

Evi enarca las cejas de forma sugerente mientras yo me atraganto con la cerveza.

—Me pierde una buena diferencia de altura.

—No las… apañamos —dice Wouter, con esa tímida sonrisa que se nota incluso en su voz—. No es tan complicado como parece.

Bilal alza su vaso.

—¡Qué va! Pero si ahí está la gracia —dice, lo que hace que Sanne y Evi refunfuñen.

Al menos, la ventaja que tiene estar sentada en su regazo es que Wouter no puede verme sonrojarme. «No las apañamos». Me pregunto si él estará recordando cuando estábamos los dos en el asiento trasero del coche, lo difícil que era encontrar una posición en la que no se diera con el techo. Las pocas veces que teníamos la casa para nosotros, me acurrucaba contra él en mi cama como si tuviera el tamaño perfecto. «Me encanta que encajes aquí», decía.

Si él puede jugar, yo también, así que les dedico a sus amigos mi sonrisa más pícara.

—Y no es ningún problema cuando yo me pongo encima.

Teniendo en cuenta cómo estoy sentada, mi comentario provoca algunas risas y una carcajada de Evi. Incluso Wouter se une, lo que significa que puedo sentir su risa reverberar en mi espalda, su aliento en mi cuello.

Thomas levanta las manos.

—Vale, vale, que esto sigue siendo una charla para todos los públicos.

—Nos morimos de ganas de saber más cosas de ti —continúa Evi —. Wouter nos ha hablado de ti, claro, pero ¿qué te trajo a Ámsterdam? ¿Te gusta vivir aquí?

Les cuento la historia que Wouter y yo hemos preparado. Quiero ser la chica encantadora y fascinante que sus amigos pueden creer que ha conquistado su corazón, pero me cuesta horrores concentrarme: su pulgar está muy cerca de mi ombligo y la única barrera entre ambos son dos pares de vaqueros. Cada vez que me muevo, noto que se le altera la respiración, como si intentara evitar que se produjera lo inevitable al tener a una mujer en su regazo. Sin

duda, cualquier chica atractiva en esta posición pondría a prueba su autocontrol.

Y a pesar de la tensión y del esfuerzo que supone mantenerme inmóvil, porque todavía no he dejado que mi cuerpo se relaje, me siento bien sentada así en su regazo. Estar tan cerca después de trece años.

—Lo siento —le digo cuando vuelve a respirar con dificultad, y me pregunto si debería recomendarle el ejercicio 4-7-8—. ¿Te peso mucho?

—No, no —dice rápidamente—. Todo bien, *lief*.

—¿Cuáles crees que son las mayores diferencias entre Estados Unidos y los Países Bajos? —pregunta Sanne, y agradezco el cambio de tema.

—Wouter se va a mosquear si saco el tema de los lavabos —digo, y todos se echan a reír otra vez. Puedo sentir cómo se estremece debajo de mí—. El transporte público, por supuesto. Y la calidad del aire aquí es mucho mejor.

Y es verdad: salvo por el ataque de asma provocado por el estrés en Culemborg, me siento mejor que nunca. Pasear por la ciudad no me deja sin aliento como en Los Ángeles, aunque sean largas caminatas. Nunca imaginé que podría vivir así, y es emocionante darme cuenta de que soy capaz de hacerlo, que mi personalidad no era inamovible. Que incluso a los treinta años puedo cambiar.

—¿Los postres no son lo mejor? —pregunta Wouter.

—¡Estaba a punto de mencionarlos! —digo, dándole un suave codazo en las costillas—. Creo que los *poffertjes* arrasarían en Estados Unidos. Menos mal que no los conocen.

—Evi y yo fuimos a Nueva York hace unos años —dice Thomas.

Ella se lleva la mano al corazón de forma dramática.

—Sigo obsesionada. ¡Era el sueño de cualquier arquitecto! —dice

—. Y el metro era estupendo. Aunque olía fatal.

—En todo el país habrá, como mucho, unas tres ciudades con un transporte público decente, donde de verdad se puede vivir sin coche. Pero la gran mayoría sigue dependiendo de él. Y no es culpa de nadie; es que las ciudades se diseñaron así.

—Y todo es gigantesco —añade Thomas, poniendo los ojos en blanco—. Sí, ya sé que es un tópico, pero lo es porque es verdad. No podía creer el tamaño de las raciones que te servían en los restaurantes.

—En Los Ángeles pasa lo mismo —dice Wouter—. Cada vez que íbamos a cenar con tu familia, nos llevábamos las sobras a casa.

—Me encantan las sobras, pero tienes razón. En Estados Unidos hay demasiado de todo y puedes agobiarte con tantas opciones —asevero, y bebo un sorbo de mi cerveza—. Aquí, cuando voy al supermercado, a veces solo hay una marca de cada producto. Por ejemplo…, los tomates en dados.

Bilal parece perplejo.

—¿Por qué quieres más de una marca de tomates cortados en dados? Compras los que hay en Appie y listo.

—En Estados Unidos, no puedes poner un pie en una tienda sin que alguien se acerque a preguntarte si necesitas ayuda —explica Wouter—. Me costó un tiempo acostumbrarme. Al principio pensaba que estaban siendo sarcásticos, pero no. De verdad quieren ayudarte.

—Aquí nos resulta muy molesto —dice Sanne.

Evi asiente.

—Si alguien se me acerca y me pregunta si necesito algo, le respondo: «Sí, gracias», y no añado más.

—Ese es uno de los estereotipos sobre los estadounidenses, ¿no? Que a veces parecen un poco falsos —dice Sanne, pero no hay animadversión en su voz—. Se habla más de cosas triviales. Aquí no

tanto. —Se aclara la garganta y pone un acento de inglés americano exagerado que se parece más al de Cher en *Clueless,* que al de cualquier estadounidense que haya conocido—. ¡Madre mía! ¿Qué tal estás? ¡Me encanta tu camiseta! ¿Dónde la has comprado?

No puedo evitar reírme.

—¿Y si de verdad me gusta su camiseta?

—Incluso las cadenas estadounidenses son un poco diferentes —interviene Bilal—. Fue todo un acontecimiento cuando llegó aquí el *pumpkin spice latte*. La gente hacía cola durante horas. Fue una locura.

—Oye, que en Estados Unidos tampoco nos tomamos a la ligera el *pumpkin spice*.

Esto da pie a una conversación sobre las bebidas navideñas de Starbucks y las que tienen en los Países Bajos, pero no en Estados Unidos, como el *stroopwafel latte*, que tengo toda la intención de probar en cuanto lo incluyan en la carta. Entonces, Sanne y Evi se levantan para ir al baño, y Bilal y Thomas se dirigen a la barra para pedir otra jarra y un par de cestas más de *bitterballen*.

Al quedar más espacio en la mesa, espero que Wouter afloje un poco el brazo con el que me rodea la cintura. El alcohol ya me está afectando, amplificando algunos de mis sentidos y apagando otros. Así que cuando se arrima a mi oído y me aparta el pelo, siento su susurro recorrer todo mi cuerpo.

—Qué bien hueles —dice, y su aliento me hace cosquillas en el vello de la nuca.

Cierro los ojos mientras mi imaginación se dispara, y dejo que mis músculos se relajen por primera vez en toda la noche. Si él nota que ahora estoy apoyando todo mi peso, solo reacciona deslizándome ligeramente hacia atrás, como para recuperar el equilibrio.

Si estuviéramos solos ahora mismo, quizá pondría a prueba nuestros límites, apretándome más contra su regazo. Provocándole,

levantando mis caderas un instante antes de bajarlas de nuevo. Me pregunto si su mano me apretaría más la cintura y qué otras cosas me susurraría al oído.

Su boca está tan cerca de mi cuello, que puedo imaginar su húmedo calor en mi piel.

—¿Aguantas poco bebiendo? —le pregunto—. Porque mides como dos metros y medio, que creo que son unos quinientos centímetros. Cien arriba, cien abajo.

—Puede —responde, y su nariz roza la parte superior de mi oreja —. O simplemente soy muy, muy estúpido. —Entonces, antes de que pueda asimilar eso, suelta—: ¡Por fin! —dice cuando Bilal regresa a la mesa sujetando otra silla con aire triunfal. El grito me sobresalta y me levanto de golpe; Wouter prácticamente se levanta conmigo del reservado—. Quiero decir… Seguro que Danika está deseando tener su propio asiento.

—La verdad es que me lo estaba pasando muy bien —replico, lanzándole una mirada sugerente que podría ser solo para sus amigos. Como esperaba, estos prorrumpen en vítores mientras él se sonroja.

«Esto no es real», me recuerdo. Lo que siento por él está distorsionado por la proximidad y las mentiras, nada más.

Para ahogar cualquier duda persistente, agarro la jarra.

Al final de la noche, después de beber más cervezas de las que puedo contar, me despido del grupo con la mano temblorosa.

—Ha sido… *gezellig* —digo, pronunciándolo de forma exagerada, poniendo demasiado énfasis en cada sílaba.

Aun así, todos se animan al oír la palabra, y Sanne simula aplaudir.

—Tenemos que repetirlo muy pronto —dice, dándome un abrazo. Y luego me susurra al oído—: Hacéis muy buena pareja. Él parece

completamente obsesionado contigo.

Durante todo el camino a casa, no dejo de pensar en que debe de ser mucho mejor actor que yo para ser capaz de transmitir algo así sin que ni siquiera le mire.

Catorce



—¿Cómo… se sube… una escalera… borracha? —balbuceo. La cabeza me da vueltas y el pasillo parece hacerse cada vez más pequeño, hasta alcanzar casi el tamaño de un alfiler. Mis zapatos pesan una barbaridad. Exhalo un profundo suspiro mientras me agarro a la barandilla—. ¿Cuántos tramos quedan?

Wouter me pone una mano en el hombro para evitar que me caiga hacia atrás.

—Solo uno. ¿Puedes hacerlo?

—No —respondo con sinceridad, y antes de que pueda darme cuenta de lo que pasa, él se agacha, coloca un brazo bajo mis rodillas, me sujeta la espalda con el otro, y me levanta con una facilidad pasmosa.

Y entonces mi marido me lleva en brazos por las escaleras.

Le rodeo el cuello, estrechándolo con más fuerza de la necesaria. Su aroma a té y cítricos, los latidos de su corazón… No estoy segura de si ha bebido más que yo, pero parece mucho más sereno.

El rítmico sonido de su respiración mientras sube conmigo bastaría para arrullarme y que me durmiera si no fuera porque todos mis otros sentidos están ahora mucho más despiertos.

—Gracias —digo cuando me deja en el suelo, sintiendo que me

tambaleo más que antes.

Hace una especie de torpe saludo militar, algo que nunca le he visto hacer estando sobrio.

—Servicio puerta a puerta.

Como de costumbre, George Costanza actúa como si hubiéramos estado fuera cuatro meses en lugar de cuatro horas: menea el rabo deprisa mientras salta de uno a otro, soltando pequeños ladridos de felicidad. Los dos nos agachamos para darle el cariño que se merece, y Wouter incluso se tumba en el suelo para que se dé la vuelta y rascarle la barriga, que es lo que más le gusta. La forma en que se relacionan me parece siempre tan pura… Dale a cualquier hombre un perro pequeño y al instante se vuelve diez veces más atractivo.

—Lo sé, lo sé, tus padres han tomado algunas malas decisiones esta noche —le digo—. ¿Una copa? —le pregunto a Wouter mientras entramos en la cocina.

Él sacude la cabeza.

—No, no, no. Vas a beber un poco de agua.

—Agua. Wouter. —En mi estado de embriaguez, esto me parece muy gracioso.

Lo repito unas cuantas veces más para asegurarme, y sí, sigue siendo divertido.

—Por cierto, ¿qué significa tu nombre?

—Es la forma neerlandesa del nombre inglés Walter. Gobernante del ejército. Y mi apellido significa… de *Leeuwen* —dice, dándome un vaso de agua—. O «de los leones», como prefieras.

Bebo un buen trago y luego agito mi vaso, apuntando hacia su pecho.

—Gobernante del ejército de los leones —digo. Dios, qué alto es. Es tan alto…

Me mira con sus brillantes ojos color avellana.

—Ese soy yo.

George entra corriendo en el salón y se acurruca en la manta del sofá, a pesar de que tiene su cama en el rincón, y veo un calcetín familiar escondido debajo de la manta. Me faltan varios pares, pero es tan mono que no me atrevo a quitárselos.

Es tarde, hacía mucho que no salía hasta estas horas, y aun así no hay una sola parte de mí que quiera irse a dormir. Dado que Wouter se queda en la cocina, sirviéndose un vaso de agua y apoyándose contra la encimera, imagino que él siente lo mismo.

—Ha sido divertido estar con tus amigos —empiezo, dejando mi vaso en la encimera frente a él. Ahora que tengo algo de líquido en el estómago, ya no me siento tan mareada—. Me caen muy bien.

—Les has encantado. Evi ya me ha enviado un mensaje preguntando cuándo pueden volver a verte. —Sonríe y se pasa la mano por el pelo. Solo consigue despeinárselo más—. ¿Sabes lo que recordé el otro día? Ese juego al que solíamos jugar. «Un día, cuando tengamos nuestro propio piso…».

—Ah, sí. Nuestra fantasía doméstica.

«Un día, cuando tengamos nuestro propio piso», decía uno de los dos, y el otro terminaba la frase con algo que no podíamos hacer en ese momento, pero que deseábamos desesperadamente.

«Pondremos la música tan alta como queramos».

«Nos besaremos en todas las habitaciones».

«Nos dormiremos juntos todas las noches».

—¿Es como lo soñabas? —quiere saber—. ¿Nuestro propio piso?

Por supuesto, nada podía estar a la altura de la fantasía. Es decir, queríamos un jacuzzi en el dormitorio y un armario solo para guardar el chocolate.

—Claro —respondo—. Al menos durante los próximos diez meses.

Esto hace que su entusiasmo se apague un poco. Observo su

garganta mientras bebe otro trago de agua. Este hombre está tan hidratado, joder. Por lo que he visto, bebe al menos cuatro vasos cuando estamos en casa, y seguro que otros tantos o más en el trabajo. Y además un montón de té. Y claro, quizá esa sea la cantidad que se supone que hay que beber, pero nunca he visto a nadie hacerlo, y que esto me resulte tan fascinante es una prueba de mi estado mental actual.

—Sé que entonces era diferente —dice—. Pero lo que teníamos a los diecisiete años… era bueno, ¿no? Aunque tuviera que ser un secreto.

Esto me sorprende. Quizá se vuelve introspectivo cuando bebe. En aquella época, estaba segura de que sentíamos lo mismo. Esos primeros «Te quiero» (*ik van hou jou*) parecían tan naturales, tan desprovistos de dudas o miedos…, y tal vez fuera la temeridad de la adolescencia, pero nunca me paré a cuestionar mis sentimientos. Sabía en lo más profundo de mi ser que lo amaba, así que se lo dije.

—No. Fue genial. Fuiste muy bueno. Nadie me había hecho sentir interesante antes que tú —digo—. Nunca te lo dije porque no quería que pensaras que estaba demasiado colada por ti, pero podría haberte visto dibujar durante horas.

—Me gusta bastante la idea de que estuvieras colada por mí.

—Eres un borracho muy sincero.

Él ladea la cabeza, como si me mirara a través de unas lentes nuevas.

—Sabes que yo también estaba loco por ti. Colado hasta las trancas. Esa preciosa chica estadounidense, con su jerga y su carné de conducir. Para mí eras muy glamurosa.

Esto me arranca una carcajada.

—¡No lo era!

—Claro que lo eras —insiste, riendo también. Da un paso más

hacia mí, y debe de tener calor, porque se remanga hasta los antebrazos, dejando al descubierto esos músculos que tan bien sabían qué hacer conmigo cuando estaba boca abajo en su consulta —. Ahora tengo que saberlo. Llevabas esos pantalones cortos solo para que me fijara en ti, ¿verdad?

Bebo un inocente sorbo de agua. Aprieto los labios.

—No sé de qué me hablas.

—No tenías por qué hacerlo —continúa, y se da otra vuelta más a la manga izquierda para que las dos estén iguales—. Ya me habías llamado la atención. Era una tortura estar enamorado de la hija de mis padres de acogida, que era una auténtica preciosidad.

—Espero no haber alcanzado mi máximo esplendor en aquella época —replico. La Dani sobria finge que no necesita cumplidos. La Dani borracha los ansía.

—No. Ahora es aún más guapa —dice—. Me ponía muy nervioso saber que dormías al otro lado del pasillo.

—Lo mismo me pasaba a mí.

Dios, me encanta esta versión sincera de él. Ahora que hemos abierto la puerta al pasado, de repente es lo único de lo que quiero hablar.

Necesito estar a su altura, así que apoyo las manos en la encimera y me subo a ella, apartando los pósits desperdigados: *aanrecht* y *fruitmand* y *fornuis*.

—Pero éramos muy inocentes entonces —dice. Yo enarco las cejas y él se ríe—. Vale, puede que no siempre. Lo que quería decir es que éramos muy jóvenes.

—Sí que lo éramos —convengo. Aunque, pensándolo bien, «inocentes» tampoco era del todo incorrecto, porque había algo puro en vivir todas esas primeras veces con él. Cada caricia parecía abrir un universo completamente nuevo, y cada uno de sus suspiros era

como descubrir una nueva estrella.

«Una vez cambió de opinión sobre ti —me recuerda la voz de la razón—. ¿Qué le impedirá volver a hacerlo?».

—Si me toca ser sincera… —continúo, porque hace media hora que dejé atrás la lógica y la embriaguez me da valor—. Pusiste el listón demasiado alto para mis futuras relaciones. —Todos esos rollos horribles… Hombres demasiado agresivos, aunque yo fingía que no me importaba porque me encantaba sentirme deseada. Hombres que pensaban que «informal» significaba una absoluta falta de decencia. Siempre era apresurado, rara vez tierno—. Nadie me ha tocado nunca como tú.

El rubor que se extiende por sus mejillas es de un tono rosado casi indecente.

—¿De verdad? —dice, y hay un atisbo de orgullo en esas dos palabras—. ¿Cómo te tocaba?

El alcohol hace que me palpiten las sienes, recordándome que se suponía que debía ser diferente en Ámsterdam. Pero aquí estoy, desesperada por acostarme con un hombre con el que ya me he acostado.

Ha sido agotador fingir que esta atracción no es más que un enamoramiento adolescente residual amplificado por la mera proximidad de la persona que me amó durante la época más consciente de mí misma de toda mi vida. Es algo nuevo, lo sé. Algo eléctrico.

«¿Cómo te tocaba?».

—Como si no estuvieras esperando solo a que llegara el momento culminante —digo—. Parecía que querías saber cómo reaccionaba a cada gesto. Como si estuvieras grabándolo todo en la memoria.

—Lo recuerdo —admite, sin dejar de mirarme a los ojos, mientras se acerca y apoya las manos a cada lado de mis caderas sobre la

encimera. Y continúa con voz ronca—: Recuerdo que a veces te contenías, como si no quisieras hacer ruido, aunque fuéramos las únicas personas en la casa. Que gemías en mi oído; era mi sonido favorito. Incluso me mordiste un par de veces, y creo que te daba vergüenza, pero a mí me encantó, joder. Eso me dejó muy tocado los siguientes cinco años.

Todas las palabras que no se clavan en mi corazón vibran entre mis muslos, sembrando un deseo palpitante. Le rodeo la cintura con una pierna para acercarlo más a mí y observo el cambio en su rostro: un apenas perceptible aleteo de pestañas, un profundo suspiro. «Sí, eso es».

Un mechón de cabello se le viene a la cara y lo aparto con la mano, dejando que las suaves hebras se deslicen entre mis dedos.

—*Bedankt* —murmura. Una de sus manos avanza despacio por mi muslo, hasta llegar al pliegue de la cadera. La otra mano la imita, a fin de agarrarme y así poder arrastrarme hacia el borde de la encimera.

El aire se me queda atrapado en los pulmones cuando me pega a su cuerpo: ahora que tengo las piernas cruzadas en su espalda mi sexo queda a la altura de su ombligo.

La primera vez que me tocó, con la mano dentro de mis bragas, soltó un grito ahogado antes que yo. Nunca he podido olvidarlo. Tenía la frente apoyada en su hombro, abrumada por la sensación, y era él quien jadeaba, al menos hasta que mis cuerdas vocales volvieron a funcionar.

—¿Todavía lo haces? —pregunta. Entonces me pone la mano en la clavícula y, con delicadeza, como si aún tuviera el control total de su cuerpo, recorre mi cuello con el dedo. Sube hasta mi oreja, baja por la mandíbula y vuelve a subir—. ¿Mordisqueas la oreja de tu pareja cuando te está tocando?

—Yo… no lo sé —respondo con sinceridad, y tomo aire de forma entrecortada—. Quizá solo era por ti.

Él maldice en voz baja, no sé si en inglés o en neerlandés. En este momento, no puedo distinguir la diferencia. De repente tengo la sensación de que hace una eternidad que no me tocan. No me besan. No me follan como es debido. A mi cuerpo le da igual nuestro pasado, solo le importa el deseo que palpita entre nosotros, que vibra en nuestra piel.

Acerca la cabeza y posa la boca en mi cuello, tan cálida y firme mientras sigue el sendero que acaba de dibujar con su dedo. Podría estar quemándome con una cerilla, pasando la cabeza por mi piel. Un gemido queda atrapado en mi garganta. Me aterra demasiado dejarlo escapar porque, Santo Dios, apenas me está tocando. Su otra mano encuentra mi alianza de boda y sigue la circunferencia de frío metal con el dedo corazón.

Puedo sentir el empeño con el que intenta contenerse, porque Wouter no es alguien que se permita disfrutar de las cosas buenas. Ha estado tan inmerso en el trabajo que se ha negado los placeres más simples. Se ha mantenido alejado del arte. Del sexo.

Da y da, el fisioterapeuta que enseña a la gente a sentirse bien…, y solo por esta vez, quiero que reciba.

Llevo de nuevo las manos a su cabello, pero esta vez las hundo en él con fuerza y entusiasmo. El calor de sus labios en mi mandíbula me arranca un suspiro, y puedo sentir el efecto que tiene en él, el esfuerzo de sus músculos por contenerse. Un objeto inamovible burlado por una fuerza irresistible.

Me imagino masajeando las zonas más tensas, descubriendo todos los lugares que le hacen gemir. Quiero volver a conocerlo, trazar con la boca un mapa del tatuaje que tiene en el hombro. Ya no sé si es por el alcohol, el efecto de estas puñeteras alianzas o su forma de

mirarme.

Wouter echa la cabeza hacia atrás solo un instante, clavando su ardiente mirada en la mía, antes de que nuestras bocas se fundan en una.

Y besarlo después de tantos años es así: inevitable.

Estamos recordando y aprendiendo al mismo tiempo, devorándonos sin tregua una y otra vez, con dulce urgencia. Las manos en el pelo, ya sin aliento. El gemido que brota de su garganta me dice lo placentero que le resulta sucumbir así, y yo le comunico lo mismo abriendo mis labios a él. Wouter saborea mis suspiros, respira mis jadeos. Tiro del cuello de su camisa para pegarlo más a mí, mientras él hunde los dedos en mis caderas, pues aun con su cuerpo junto al mío, no está lo bastante cerca. «Más», le suplico, clavando los dientes su labio inferior, y él hace lo mismo conmigo.

Esto no se parece en nada al beso que nos dimos en el jardín trasero de su familia, una actuación inocente que no significaba nada. Esto sí significa algo, pero no estoy segura de qué.

Con todo su cuerpo apretado contra el mío, puedo sentir su dureza a través de los vaqueros, la deliciosa fricción cuando mueve sus caderas contra las mías. No hay cabida para la vergüenza, solo la crudeza de ese instinto básico, la confesión de que no se conforma con besarme y nada más, sino que ansía sentir esa liberación tanto como yo. Siento su boca en mi cuello, su barba incipiente rozando mi piel. Abro más las piernas y me muevo contra él, satisfaciendo su deseo de todas las formas posibles, en pos de ese anhelo que solo él puede satisfacer.

Pero de repente se aparta, respirando con brusquedad.

—Danika… ¡Joder! —exclama, apretando los dientes. Exhala un suspiro, me suelta las caderas y pone más espacio entre nuestros cuerpos. Como si fuera a alejarnos a ambos del borde del precipicio

aunque eso le cueste la vida. Aunque su boca aún esté húmeda e inflamada—. No deberíamos…, no mientras estemos borrachos.

¿Lo estamos? ¿Esa sensación eléctrica y vibrante en mis venas es el efecto del alcohol, o es simple estupidez y lujuria desenfrenada?

—No estoy… —empiezo, incapaz de terminar la frase con «tan borracha» porque no es verdad.

—Y yo no querría… Ha pasado mucho tiempo…

No querría… ¿qué? ¿Aprovecharse de mí? ¿Hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos? Porque ese no es el caso, y yo no me arrepentiría.

A menos que fuera él quien se arrepintiera.

—Yo…, vale. De acuerdo —digo. Esta vuelta a la realidad hace que me dé vueltas la cabeza. No sé si es que no me desea o que intenta portarse como un caballero. Puede que una combinación de ambas cosas. Pero yo solo puedo pensar en lo primero, en lo devastador que es tenerlo al fin tan cerca y que de repente se aleje.

Aun así, ninguno de los dos se mueve, como si estuviéramos librando un desafío silencioso. ¿Cuál de los dos va a ceder, a rendirse, a tender la mano al otro?

Seguimos respirando de forma agitada. Su pecho sube y baja con fuerza en la penumbra. Tiene las gafas torcidas, el pelo revuelto, y el rubor tiñe sus mejillas… Me muero de ganas de posar la boca en ellas. Y más debajo de su cinturón queda patente que su cuerpo no quiere lo mismo que su cabeza. Tiene un autocontrol brutal.

Bueno, pues yo también puedo hacerlo.

Intento bajarme de la encimera, con las piernas temblorosas. Pero sin nada que me sostenga, tropiezo y pierdo el equilibrio.

—Cuidado —dice Wouter, que me agarra del brazo. La habitación vuelve a darme vueltas, porque estar tan cerca de él es como beber media docena de chupitos de tequila—. Puedo ayudarte a llegar a tu

habitación si…

—Sí…, mejor —murmuro, apoyándome en él mientras avanzamos por el pasillo. Mantiene el brazo alrededor de mi cintura para sostenerme y tiene que encorvarse un poco. Dada su altura, la postura tiene que resultarle muy incómoda.

El cansancio me invade cuando llegamos a mi habitación. Me siento de golpe en la cama y le miro.

—No debería acostarme con los vaqueros puestos —digo, desabrochándome el botón, pero sin poder hacer mucho más que eso.

Un músculo se contrae en su mandíbula. Se acerca muy despacio.

—¿Quieres que yo…? —pregunta, porque ahora solo hay preguntas incompletas y pausas incómodas.

Yo asiento.

Wouter se arrodilla, me pone las manos en las caderas y tira. Está tan cerca de mí otra vez, que me envuelve su aroma embriagador. Cuando el vaquero acaba en el suelo y me quedo en ropa interior y con el jersey puesto, él hace todo lo posible por no bajar la vista más allá de mi cintura.

—¿Esto también? —pregunto, levantando los brazos. Él tira de las mangas con delicadeza, para no estirar la tela, me quita el jersey y lo deja doblado sobre la cómoda. Llevo un sencillo sujetador de algodón color carne, y unas bragas igual de corrientes, aunque mucho menos sugerentes, con pequeños erizos dibujados.

La luna y las farolas proyectan sombras sobre su rostro, y esta tenue luz, casi de película, hace que parezca casi de otra época. En cierto modo, lo es.

Con mi última neurona operativa, me obligo a no arrastrarlo a la cama conmigo.

—Puedes mirar —digo. Con mucha suavidad, para no espantarlo.

—No es una buena idea.

Me retira el edredón para que me meta debajo, y la cama es acogedora y cálida. Al principio creo que se va a tumbar conmigo, pero no, no lo hace. Me duele la cabeza y mañana me voy a sentir fatal, pero Wouter van Leeuwen me está arropando y, en cierto modo, eso hace que todo merezca la pena.

—*Slaap lekker*, Danika —dice, arropándome con el edredón hasta la barbilla. Se agacha y sus labios se posan en mi frente. Solo un instante. A continuación se aparta y sale de mi dormitorio.

Oigo que abre y cierra el grifo del lavabo. El zumbido de su cepillo de dientes eléctrico.

Luego, la casa se queda en silencio y soy muy consciente de que él está al otro lado de la pared. Las primeras noches aquí, apenas podía dormir, preocupada por si él podía oírme. Más tarde su presencia acabó resultándome reconfortante: miles de kilómetros me separaban de mi casa, pero no estaba sola.

Ahora mismo, saber dónde duerme me mantiene en vilo. Todo mi cuerpo está en tensión, ansiando liberarse. Casi espero que vuelva corriendo a la habitación, con el botón superior de los vaqueros desabrochado y la camisa sacada de la cinturilla. Mis braguitas de erizos estarían en el suelo antes de que llegara a mi cama.

Pero solo hay un silencio ensordecedor y una puerta cerrada. Sin un resquicio de luz que se cuele por debajo.

La tensión comienza en la base de mi columna vertebral y se enrosca en mi vientre, casi como algo físico que pudiera romper con los dedos. Deslizo una mano por mi cuello, reviviendo su forma de tocarme. Primero con mesura, y luego con más descaro. Hundo la cabeza en la almohada mientras me pellizco un dolorido pezón y luego el otro. Con la otra mano, aparto la tela de mis bragas, ya húmedas. Exhalo un gemido mudo cuando encuentro la humedad

entre mis muslos. Ya estoy cerca, él podría haberme hecho llegar al clímax con facilidad.

Y en ese momento oigo algo al otro lado de la pared.

El chirrido de los muelles del colchón, el susurro de las sábanas.

Y entonces, el inconfundible sonido de piel contra piel.

Abro los ojos de golpe y mi mano se queda inmóvil. Se oye otro chirrido metálico, seguido de un gemido ahogado que acelera mi pulso hasta convertirlo en un ritmo frenético.

No tengo ni idea de si me ha oído y eso es lo que le ha llevado a tocarse, si cree que no puedo oírle, o si quiere que le oiga, pero de repente tengo muy claro lo que está pasando en su habitación.

Me lo imagino tumbado en su cama, con los músculos del abdomen tensos mientras baja la mano por esa profunda «V» de sus caderas. Su mano le proporcionaría un alivio inmediato, y aunque al principio no le parece del todo bien, sabiendo que estoy cerca, es demasiado placentero como para detenerse. Quiero que sucumba a todos los impulsos primitivos que haya tenido. A cada pensamiento sucio. Me toco de la forma que deseo que él me toque, acerco mis dedos cada vez más. «No demasiado rápido, todavía no».

Un jadeo entrecortado se escapa de mis labios, y estoy casi segura de que él puede oírlo.

Y… a lo mejor quiero que lo oiga.

A lo mejor quiero que sepa lo que estoy haciendo.

Lo siguiente que oigo es un grave gemido suyo, que emerge de lo más profundo de su garganta, y juraría que hace temblar mi cama. Es increíblemente sexi. Descarnado. Rebosante de necesidad. Debe de ser hermoso cuando se masturba, tan desinhibido, entregándose a sus instintos más básicos. Quiero saber si tiene el brazo libre detrás de la cabeza o si descansa sobre su pecho. Si tiene la boca entreabierta y los ojos cerrados. Si le gusta rápido y con fuerza o

prefiere prolongarlo, haciendo que el placer dure lo máximo posible. Igual que cuando me dio el masaje, estirando y estirando hasta que me llevó justo al borde del abismo.

No me contengo mientras le imagino pensando en mí. Me aprieto los pechos con más fuerza, me excito con caricias húmedas e insistentes. Espero que nunca le haya parecido tan obscena como en su mente. Mis bragas se han perdido entre las sábanas y me tiemblan los muslos, un conjunto de nervios que se van relajando poco a poco.

Con todo el autocontrol que puedo reunir, me obligo a hacer una pausa: no quiero que se acabe todavía. Es una sorpresa embriagadora oír que su respiración también se ralentiza. Sus caricias deben de haberse vuelto lánguidas, mientras el sudor cubre su pecho.

No sé si él está esperando mi señal o yo la suya, pero cuando volvemos a empezar, llevamos el ritmo. Le oigo masturbarse de forma frenética al otro lado de la pared mientras su respiración acompasa la mía. Jadeo a jadeo. Esta es la única forma en que se permite tenerme, y por ahora es suficiente.

Me urge a ir más deprisa. Nuestra respiración se vuelve más laboriosa, sin avergonzarnos del ruido que hacemos. Mi mente reproduce todas las formas en las que deseo que me folle, con sus manos, con su boca y con su polla metida hasta el fondo dentro de mí. Hasta que suplico alcanzar el clímax. Hasta que él también lo suplica.

Estoy mareada y empapada, moviéndome contra mi mano como si jamás hubiera deseado nada tanto como esto. Arqueo la espalda, mi pecho se agita, y ese dulce alivio me aguarda a solo unos segundos. Los muelles de la cama chirrían. Apretamos los dientes y aferramos las sábanas. Estamos tan cerca, tan cerca…

Entonces se oyen dos sílabas desesperadas en la oscuridad:

—Dani.

«Oh…, oh, joder».

Estallo, convertida en polvo de estrellas, en el momento en que él lo hace, con fuerza y sin remordimientos, mientras un grave y perfecto gemido se escapa desde las profundidades de su pecho. Ese sonido por sí solo podría bastar para catapultarme de nuevo, pero no queda nada en mi cuerpo.

Estoy agotada, felizmente agotada.

Seguimos respirando al unísono, más suave y más lento, hasta que el sueño nos vence, separados por la pared más delgada del mundo.

Quince



Roos Van Leeuwen me está esperando en una cafetería, no un *coffeeshop*, en una angosta calle escondida detrás de un museo de tulipanes bastante cursi en el Jordaan, el barrio más pintoresco de Ámsterdam, donde cada canal parece salido de una postal.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dice después de pedir. Está muy guapa con su abrigo azul a cuadros, sus botas grises cortas y una riñonera colgada al hombro con naturalidad—. ¿No te han puesto pegas en el trabajo por cogerte la tarde?

En marzo sigo llevando un jersey de cuello alto debajo de mi abrigo de lana, y no me estorba. La ropa de abrigo es genial.

—Es una empresa emergente, ya sabes. A veces los horarios son rarísimos —explico. Entonces esbozo una sonrisa forzada, haciendo todo lo posible por restarle importancia—. Será un placer hacer de turista. Siempre que no tenga que llevar una camiseta con un pene con brazos fumándose un porro. Por desgracia, ya he visto muchas así en las tiendas de recuerdos.

Roos finge ofenderse.

—Pero es nuestro uniforme nacional.

Intercambiamos los teléfonos en Culemborg, pero no esperaba que me llamara tan pronto. Me dijo que estaba elaborando una lista con

las numerosas opciones de cruceros por los canales de Ámsterdam y quería saber si me gustaría probar uno con ella. Aproveché la oportunidad para salir del apartamento y alejarme de la monotonía de la búsqueda de empleo.

Lejos de Wouter.

Después de esa noche llena de malas decisiones, me desperté con un dolor tremendo de cabeza. Sobre la encimera había una serie de remedios para la resaca, o *kater*, según un nuevo pósit. Un frasco de aspirinas, una barra de pan y una raíz de jengibre entera que él había pelado y picado para mí.

Y luego, lo que supuse que no era para la resaca, sino para combatir la morriña que mencioné en el museo: dentro de una bolsa de una tienda para expatriados estadounidenses, una caja de Pop-Tarts de cereza glaseados.

Era injusto que pudiera ablandarme incluso cuando lo que sentía por él era tan complicado.

Eso fue hace solo tres días. Apenas media semana desde que nos besamos, desde que me arropó, desde que hicimos… Por Dios, ni siquiera sé cómo llamarlo. Y eso es parte del problema. No tengo ni idea de qué piensa él al respecto o si quiere olvidar lo que sucedió. Para ser sincera, yo tampoco sé qué pensar, solo que no me arrepiento.

¿Cómo podría arrepentirme, si fue uno de los momentos más íntimos y liberadores de mi vida?

Así que le he estado evitando: me llevo el portátil a la biblioteca por las tardes, me «salto» la cena y le envío mensajes diciendo que estoy estudiando para clase. Y teniendo en cuenta que se va a trabajar muy temprano y vuelve muy tarde, también ha estado haciendo lo mismo.

Ojalá no le oyera gemir mi nombre cada vez que cierro los ojos.

Roos y yo recogemos nuestros cafés y salimos fuera otra vez. Me doy perfecta cuenta de lo raro que resulta poner distancia con Wouter pasando el día con su hermana. La zona está abarrotada de turistas, algunos de ellos se quedan parados en las calles, cargados con enormes mochilas que obligan a los ciclistas a esquivarles. Envidio su confianza: yo todavía no me he atrevido a volver a montar en bicicleta.

—¿Nunca te cansas de esto? —pregunto mientras pasamos junto a un grupo de doce turistas jubilados de pelo blanco que siguen a un guía que habla muy deprisa en español—. ¿Los turistas, las despedidas de soltero, lo lleno que está todo siempre?

—Nunca —contesta Roos, bebiendo un sorbo de café—. Algunos habitantes de Ámsterdam lo odian, pero yo soy adicta a la energía que hay aquí. Aunque creo que no lo valoré hasta que cumplí los veinte. Antes me quejaba de los turistas como todo el mundo, pero cuando empecé a viajar por mi cuenta, comprendí que yo también era esa turista que a veces estorba. Era la persona que quería sacar la foto perfecta. Ahora, cada vez que veo a una chica haciéndole una foto a su amiga delante de un canal, no puedo evitar sonreír. Aunque sea la misma foto que se hacen todos los que vienen aquí de vacaciones. —Con una mirada cómplice, señala con la cabeza a una pareja que está haciendo justo eso al otro lado del canal—. Y pienso: «Venga, sí, hazla. ¿Quieres que te saque yo una?». Porque esta ciudad es preciosa y no quiero perderme ni un solo momento.

Nunca había conocido a alguien así, que parezca no tener ni una pizca de cinismo.

—Wouter y tú tenéis eso en común. Ese profundo amor por la ciudad.

—Es el mejor lugar del mundo —dice ella—. Muchas personas que crecen aquí nunca se van. Llevan Ámsterdam en la sangre.

Siempre me gustó bastante Los Ángeles, me consideraba una auténtica angelina porque había vivido varios terremotos sin enterarme y siempre reconocía cuando una película estaba rodada en Los Ángeles, pero se suponía que era otra gran ciudad. ¿Pero llevarla en la sangre? No sé si alguna vez tuve ese tipo de conexión con la ciudad.

—Esto te va a sonar raro, y no te lo tomes a mal, pero… te estás portando genial conmigo —empiezo— Teniendo en cuenta todas esas falsas amistades que dejé en California, me parece un regalo que me hayan dejado entrar así en el mundo de los Van Leeuwen.

Roos casi se atraganta con su café con leche.

—¿No estás acostumbrada a eso?

—Bueno…, depende. —Intento dar marcha atrás, ya que no quiero revelar la verdad—. Pensaba que serías más escéptica.

—Qué puedo decir, soy un poco sentimental. Sé que hace más de diez años que os conocisteis, pero siempre me pregunté si alguien podría ser tan especial para él como lo fuiste tú. Aunque no te conocía, lo sabía. Y entonces el destino os volvió a juntar y bueno… —dice. Acompaña sus palabras con un pequeño encogimiento de hombros y señala mi alianza—. Es algo mágico.

No me pide que lo defienda. No me presiona para que le dé detalles. No es ingenuidad, lo sé, y Roos no es tonta. En su momento vio lo mucho que él me quería, y cree que eso sigue ahí.

—Y tú amas a mi hermano —dice.

Trago saliva con dificultad, sintiendo la mentira revolverse en mi estómago. Wouter se lo está currando más de lo que creía, y yo debería hacer lo mismo. Aunque lo que pasó en nuestros dormitorios haya anulado mi capacidad de pensar de manera racional.

—Sí, claro —logro decir, y las palabras no me resultan tan agrias como imaginaba.

—Entonces no necesito saber más —repone. Luego tira la taza vacía a una papelera cercana y me lleva hacia el muelle—. Es solo que… se ha cerrado un poco desde que falleció nuestro padre. Está muy centrado en el trabajo, lo cual no es necesariamente malo, pero…

—Me he dado cuenta —apostillo. Él mismo lo reconoció, y también que quiere cambiar.

—Adoptar a George fue muy importante. Eso le dio más motivos para salir, para ir al parque. Y tiene a sus amigos, por supuesto, pero no sé si es muy feliz en su vida cotidiana, ¿sabes? Cuando os vi juntos, me di cuenta enseguida: hacía tiempo que no le veía tan relajado. —Me agarra del brazo mientras nos acercamos al muelle, y me pregunto si el contacto físico es una forma de expresar afecto propio de su familia—. Me alegro mucho de que te tenga a ti.



En el costado del pequeño barco azul en el Keizersgracht se puede leer: DAM FINE BOAT TOURS, un nombre con doble sentido que promete «paseos en barco cojonudos». Es una coincidencia perfecta que el encargo de Roos nos haya llevado a la empresa de Iulia.

Mientras esperamos, Roos me pregunta qué tipo de vestido me gustaría llevar para la celebración nupcial, que los Van Leeuwen han organizado para principios de mayo. Solo es otra actuación, pero cuando imagino los anchos hombros de Wouter enfundados en una chaqueta de traje y con una corbata al cuello…, me tiemblan un poco las piernas.

—No estoy muy segura —le digo a Roos con sinceridad. El mejor resumen posible de cómo me siento ahora mismo.

—Tranquila, encontraremos algo. Si quieres algo menos convencional, te quedaría bien un tono lavanda o azul claro. O

incluso algo más oscuro, como un azul marino o un verde bosque…

—¡Bienvenidas, bienvenidas! —nos interrumpe una voz familiar, por suerte—. Parece que iba a venir una familia de seis personas con nosotros, pero han llamado para decir que han sufrido una intoxicación alimentaria, ¡así que al final seremos solo nosotras tres! —Iulia nos recibe con una sonrisa radiante, vestida de manera informal, con unos vaqueros y una chaqueta con muchos bolsillos, y el pelo recogido en su habitual coleta.

Después de presentarlas a los dos, Iulia inclina la cabeza hacia mí.

—¿Ya tienes amigos neerlandeses? Es impresionante.

Roos le devuelve la sonrisa.

—Bueno, se ha casado con mi hermano.

Al oír eso, Iulia levanta las cejas casi hasta donde nace el pelo, con una expresión de absoluta confusión.

«¡Ay!».

«¡Ay, joder!».

Resulta que me dejé todas las neuronas al otro lado del Atlántico. Iulia sabe que estoy en el paro. Sabe que solo llevo aquí un par de meses, y puedo ver cómo van encajando las piezas delante de nosotros.

—Es… muy reciente —logro decir. «¡Idiota, idiota, idiota!»—. Salimos juntos cuando éramos adolescentes y nos reencontramos hace poco… —balbuceo, segura de que cada palabra de mi explicación me delata.

Hay que reconocer que Iulia se limita a sonreír.

—No tenía ni idea… *Gefeliciteerd* —dice, y después nos indica que nos acerquemos al barco eléctrico, lanzándome una mirada de reojo que Roos no alcanza a ver. Yo solo puedo responderle con una mueca incómoda—. Subamos a bordo y pongámonos en marcha, ¿os parece?

Nos tiende la mano para ayudarnos a subir. El barco se balancea un momento, ajustándose a nuestro peso, y luego Roos y yo nos sentamos a cada lado de la silla del capitán.

—Aquí, en Dam Fine Boat Tours, nos enorgullecemos de ser la empresa de paseos alternativos por los canales de Ámsterdam —dice Iulia con la desenvoltura de alguien que repite este mismo discurso varias veces al día—. Lo que significa que podéis beber, decir palabrotas y preguntar todo lo que queráis sobre el lado más oscuro de la ciudad. Pero con educación, ¿vale?

El motor del barco emite un zumbido relajante cuando Iulia lo pone en marcha y repasa algunas informaciones básicas de seguridad.

—En este punto del recorrido, suelo preguntar a los pasajeros de dónde son y qué han estado haciendo en Ámsterdam hasta ahora —dice—. Pero vosotras dos vivís aquí, así que…

—Sí, pero queremos vivir la experiencia turística completa —dice Roos—. Por favor, no te cortes.

—Entendido. —Iulia dice algo en neerlandés por la radio y pasa junto a un barco turístico mucho más grande con considerable destreza.

Pasamos por debajo de un puente, con bicicletas aparcadas en cada centímetro disponible. Las calles sobre nosotros pueden estar abarrotadas, pero aquí, en el agua, se respira una clara sensación de calma. El sol en mi cara, el viento en mi pelo… Una forma ideal de pasar la tarde. Las casas del canal son aún más impresionantes desde este ángulo, y no sé cómo pude pensar alguna vez que la paleta de colores no era preciosa.

—Siempre empiezo con algunos datos básicos sobre Ámsterdam —dice Iulia después de abrir una nevera y decirnos que nos sirvamos —. Y es más divertido cuando es interactivo, así que no dudéis en

interrumpirme en cualquier momento. Esta ciudad era originalmente un pequeño pueblo de pescadores en el siglo XII, y luego se expandió hasta convertirse en una potencia mundial durante la Edad de Oro neerlandesa en el siglo XVII. La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales formaba parte de una vasta red comercial que convirtió a Ámsterdam en una de las ciudades más ricas del mundo. Ámsterdam experimentó un enorme crecimiento económico en aquella época, pero también tiene una oscura historia de colonialismo y esclavitud. Por suerte, es algo de lo que el país está empezando a hablar de forma mucho más abierta.

»Como ya sabéis, ahora mismo estamos por debajo del nivel del mar. De hecho, la mayor parte de los Países Bajos lo está —prosigue —. Hace unos dos mil años, los habitantes empezaron a levantar diques para contener el agua, y en el siglo XIII, comenzaron a utilizar molinos de viento para bombearla. Que Ámsterdam exista tal y como la vemos hoy es increíble y un auténtico milagro —dice con un gesto grandilocuente—. Pasemos a los canales. ¿Alguien sabe cuántos hay?

Roos levanta la mano y Iulia le dirige una sonrisa burlona.

—Tú no puedes contestar.

—¡Madre mía, qué presión! —digo entre un trago y otro de cerveza —. No sé…, ¿cincuenta?

—Mejor ciento sesenta y cinco —puntualiza Iulia—. Setenta y cinco kilómetros. Y cada año sacan quince mil bicicletas de sus aguas.

—Un año, dos de esas bicis fueron mías —dice Roos, alzando su cerveza a modo de brindis—. Qué época tan negra.

—¿Y el agua está limpia? —pregunto.

Iulia levanta un dedo, coge un vaso de plástico transparente y se inclina sobre el borde del barco para llenarlo.

—Bastante limpia —dice, enseñándonos el vaso para que podamos verlo—. Aunque yo no me la bebería. Antes solía dar un sorbo en cada excursión, y al cabo de un mes, me puse enferma.

Roos se estremece.

—Cuando ves a tanta gente meando en el agua, no quieres tocar ni una gota por nada del mundo.

—Ya, bueno, supongo que me gusta vivir al límite —bromea Iulia, arrojando el agua antes de volverse hacia mí—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

—Bueno…, al principio pensaba quedarme uno o dos años —respondo, aunque en realidad nunca lo pensé, solo acepté el trabajo y di el salto. La alianza en mi dedo me recuerda que debería dar una respuesta diferente—. Pero ahora que me he casado…

—¿Te sabes el chiste típico entre expatriados? Dices que solo te quedarás un par de años… y, cuando te quieres dar cuenta, ya llevas diez o quince —dice Iulia—. ¿Y tu marido y tú pensáis quedaros aquí, en los Países Bajos?

Si pone más énfasis al pronunciar la palabra «marido», Roos no parece darse cuenta.

—Sí, claro—respondo, y Roos deja escapar un suspiro de alivio.

Merezco que me arrojen al canal lleno de meados.

Pasamos por la escuela adonde voy a clase de neerlandés, la Westerkerk y la casa de Ana Frank. Quizá sea solo porque Roos es originaria de Ámsterdam, pero noto que mira más a Iulia que al paisaje. Sus mejillas se tiñen de rosa cada vez que la capitana le sonríe. Eso es suficiente para distraerme de todas las mentiras, porque aquí hay algo puro, algo muy bonito.

Aprovechando que hoy soy una turista y no hay nada de qué avergonzarse, hago algunas fotos para mis padres. En nuestro chat está todavía la que me enviaron ayer desde mi camión de tacos

favorito, brindando con un Jarritos. Sé que es solo su forma de demostrar que me echan de menos, pero no puedo evitar preguntarme si no es algo más. Un recordatorio de lo que me estoy perdiendo.

Un intento de tentarme para que vuelva.

Hemos cogido la costumbre de hablar por teléfono los domingos: para mí es por la tarde; para ellos, por la mañana. Dicen que es la mejor manera de empezar el día, pero yo siempre cuelgo sintiéndome un poco peor que antes.

—Puede que sea lo mejor —dijo mi madre la semana pasada cuando le comenté que había dejado de montar en bicicleta—. De todos modos, deberías llevar casco. Sigo sin poder creer que allí nadie lo lleve.

—Los bebés sí llevan —respondí, y casi podía verla poniendo los ojos en blanco al teléfono.

Durante la mayor parte de mi vida, me han atado en corto. Era por mi propio bien, ¿no? Eso era lo que me repetía cada vez que pensaba en rebelarme. Solo querían que estuviera bien. Que fuera feliz.

Pero, ahora que estoy lejos de ellos, me pregunto si quizá hubiera sido más feliz de haberme dado más libertad.

—Ahora estamos entrando en lo que fue el antiguo barrio judío — dice Iulia. La arquitectura aquí es diferente. Menos bonita. Nos explica que la mayoría de estas casas se destruyeron durante la Segunda Guerra Mundial y que se levantaron de nuevo como bloques de viviendas o edificios de oficinas—. Hubo más víctimas judías en los Países Bajos que en cualquier otro país. Todo el mundo conoce a Ana Frank, y aunque su historia es desoladora…, solo es una persona. Una de entre más de cien mil que fueron llevadas a los campos de concentración, la mayoría de las cuales nunca regresaron.

Por supuesto, sabía que Ámsterdam tenía una historia judía

complicada y profunda Me crie en un entorno laico y nunca he sido muy religiosa. Nunca tuve un *bat mitzvah*. Pertenecíamos a una sinagoga, pero dejamos de ir cuando nuestras actividades extraescolares y otras responsabilidades empezaron a parecerme más importantes.

Aquí es distinto, al estar frente a frente con la historia, y eso hace que sienta un profundo respeto durante el resto de la visita.

—Ha sido increíble —le digo a Iulia mientras nos lleva de vuelta al muelle—. Mejor que cualquier clase de historia. Muchas gracias.

—Es un placer —responde ella—. Y ahora viene la parte incómoda en la que os pido que nos dejéis una reseña de cinco estrellas y mencionéis mi nombre.

Roos teclea con el dedo en su móvil y luego lo levanta con aire triunfal.

—Ya está. Mi artículo sale la semana que viene y tú vas a estar sin duda en lo más alto de la lista.

Ahora es Iulia quien se sonroja antes de volver a centrar su atención en el agua; por primera vez, parece que no domina del todo la situación.

—Siempre me gusta terminar mis recorridos aquí —dice, apagando el motor—. Desde este punto se pueden ver siete puentes a la vez, perfectamente alineados. Es mi rincón favorito de Ámsterdam.

Aunque debe de haber hecho este recorrido cientos de veces, parece un poco hipnotizada.

Desde este ángulo, alcanzo a ver los siete durante solo unos segundos antes de que el barco tape uno de ellos. Siete semicírculos concéntricos, con el canal más cercano enmarcado por frondosos árboles verdes. Las bicicletas y las casas torcidas, esos símbolos de Ámsterdam, y la luz del sol que lo tiñe todo de dorado.

Se me corta la respiración. El tiempo se detiene por un momento en esta ciudad que creía que me había rechazado, cuando lo único que necesitaba era darle una oportunidad para que cobrara vida de verdad. Parece magia.

Me doy cuenta de que este lugar no tiene por qué ser una vía de escape de una vida que no me hacía feliz. No tiene por qué ser algo temporal, un lugar donde recomponerme antes de seguir adelante.

Podría ser mi hogar.

Dieciséis



Wouter me brinda una indescifrable sonrisa torcida mientras sube mi maleta al estante que hay en lo alto. Si suelta algún gruñido, no me recuerda en absoluto a lo que hicimos en nuestras respectivas habitaciones la semana pasada.

Luego nos sentamos en silencio en nuestros asientos del tren, demasiado incómodos para reclamar el reposabrazos que hay entre los dos.

Durante un tiempo consideré la posibilidad de cancelar este viaje, pero puede que pasar un tiempo lejos de casa nos venga bien a ambos. Volveremos con nuevas perspectivas y la mente despejada, porque, simple y llanamente, no hay otra opción. Ahora que sé cómo suena esta versión de él cuando se corre, que sus gemidos van poco a poco *in crescendo* hasta alcanzar el clímax, no se puede comparar con nuestro pasado. Entonces carecía por completo de esa impetuosidad.

El pensamiento me produce una silenciosa tristeza. Estuvimos muy cerca aquella noche, más de lo que he llegado a estar de nadie en mucho tiempo.

Durante esos pocos minutos sin aliento, nos entendimos el uno al otro.

Ahora solo somos capaces de mantener una conversación trivial.

—Qué paisaje tan bonito —digo, señalando lo obvio, cuando el silencio empieza a afectarme. Miro el móvil y me sorprendo al ver que solo llevamos quince minutos en el tren.

Él cruza una pierna sobre la otra y levanta la vista del libro que está leyendo.

—Muy bonito —repite.

No estoy acostumbrada a verlo desaliñado, y sin embargo esa es la única forma de describirlo en este momento: ojeras marcadas, mandíbula y mejillas cubiertas por una barba de varios días, y el pelo más revuelto de lo habitual, como si se lo hubiera estado peinando con las manos. Tiene los hombros rígidos, y lo irónico es que parece que necesita un masaje más que nadie.

Dudo que la situación entre nosotros sea lo que le quita el sueño; es más probable que se trate de un problema en el trabajo o de algún otro tipo de tensión. Pero por un momento me permito imaginar que yo soy la causa de su aspecto desarreglado: que le cuesta conciliar el sueño porque ansía sentir mi boca en su cuello, que evita mirarme a los ojos por lo que hicimos en una fantasía lúcida.

Hace un par de noches me derrumbé y llamé a Phoebe, y solo le conté que nos besamos estando borrachos y que eso había removido algunas emociones.

—¡Ay, Dani! —dijo con un suspiro, y aunque había cierta preocupación en su voz, no había rastro de reproche alguno—. ¿Sientes algo por él?

—No lo sé —respondí en voz baja, y ella se quedó conmigo durante un rato, compartiendo mi confusión.

Porque sería mucho más fácil si no sintiera nada.

Wouter coloca un marcapáginas en su libro de bolsillo y echa un vistazo al vagón del tren. Es sábado por la tarde y los asientos a

nuestro alrededor están bastante vacíos.

—Creo que deberíamos hablar.

—Y yo que pensaba que no hablar nos estaba yendo de maravilla —digo, esperando que esto le haga reír. Solo consigo un pequeño suspiro. Nada que ver con la risa despreocupada de aquella noche en la cocina, con ese hoyuelo que solo desapareció cuando me arropó en la cama.

Espera un rato antes de volver a hablar.

—Lo que pasó la semana pasada…, que no fuéramos más lejos fue lo mejor.

«Más lejos». Como si lo que hicimos no hubiera sido ya lo bastante íntimo. No puedo ni imaginar qué sería ir «más lejos».

—Complicaría demasiado las cosas —continúa algo apresurado, como si le preocupara perder el valor si no lo soltara de golpe—. Si acabara mal y siguiéramos casados… —Se pasa la mano por el pelo, y tengo que contenerme para no colocarle un mechón rebelde—. Me dolería que te sintieras a disgusto viviendo aquí.

Toda la lógica está de su parte: sé que tiene razón. No puedo acostarme con Wouter, desdibujar aún más nuestros límites y que eso no signifique nada cuando ya nos unen muchas otras cosas.

—Tienes toda la razón. Habría sido un error —declaro, colocando las manos con recato en mi regazo, como si estuviera dirigiendo una reunión de trabajo. Una charla profesional sobre nuestro poco profesional comportamiento—. Podemos hacer borrón y cuenta nueva.

El alivio se refleja en su rostro, como si hubiera esperado que yo pusiera objeciones. En cuanto mi pulso recupere su ritmo normal, quizá yo también sienta ese alivio. Entonces se le escapa una risa.

—¡Madre mía! No sabes cuánto me alegra que pienses lo mismo. Hace… bastante que no estaba con nadie. Puede que me dejara

llevar un poco, y te pido perdón por ello.

—¿Cuánto tiempo es «bastante»?

Wouter se muerde el labio inferior.

—Más o menos un año.

«Un año». Ya lo había supuesto, pero aun así necesito un momento para asimilarlo. Un año sin abrazar a nadie así, sin respirar contra su piel ni desarmarla con sus hermosas manos.

Resulta casi insoportable lo mucho que deseo ser yo esa persona.

—Bueno, todas las sequías terminan tarde o temprano —logro decir.

Él le resta importancia con un gesto, como si la sequía le diera igual, pero veo cierta tensión en su mandíbula.

—Me alegra que hayamos aclarado las cosas. Ahora podemos disfrutar del viaje.

—Yo solo quiero comer chocolate y gofres durante los próximos dos días —digo.

—No oirás ninguna queja por mi parte.

Wouter vuelve a su libro, un poco menos tenso, y yo abro Duolingo en mi móvil sin muchas ganas mientras sigo esperando que llegue ese alivio. Pero el suave traqueteo del tren me relaja y no tardo en quedarme dormida a ratos. Parece que mi subconsciente no está de acuerdo con que hayamos decidido olvidar lo que pasó el sábado.

De repente estamos de nuevo en la cocina, solo que esta vez no paramos. Él no deja de excitarme más y más, y posa los labios en mi hombro antes de apartarse un instante para desabrocharme los vaqueros y volver a abrochármelos de forma inexplicable. Todo eso me vuelve loca, me hace suplicar, y en mi sueño, a Wouter le encanta oírme suplicar. Por fin me atrae hasta el borde de la encimera, apoyando las manos en mis muslos mientras se arrodilla.

La expresión de su rostro es de puro deseo.

—Ya casi estamos en Bruselas —dice.

Me despierto sobresaltada cuando me toca en el hombro con la mano para decirme que es hora de cambiar de tren.

Más vale que estos gofres sean de otro mundo.



—Tiene que haber dos habitaciones —le dice Wouter a la recepcionista del hotel. Habla en inglés por mí, aunque Brujas se encuentra en la parte norte de Bélgica, llamada Flandes, donde se habla neerlandés—. Una a nombre de Van Leeuwen y otra a nombre de Dorfman.

La mujer frunce el ceño mientras mira la pantalla de su ordenador.

—Lo siento, señor, aquí solo aparece una. Pero es una de nuestras mejores *suites* —dice. Acto seguido se inclina hacia nosotros y finge susurrar—: Uno de sus compañeros nos dijo que son recién casados, ¡así que les hemos dado una habitación mejor!

Nunca en mi vida me había costado tanto esbozar una sonrisa.

—Es muy amable de su parte —digo, buscando las palabras adecuadas—. ¿Seguro que no hay nada más disponible? ¡Mi marido ronca igual que un oso! —Intento hacer que parezca una peculiaridad encantadora. ¡Solo dos recién casados locamente enamorados que no quieren dormir en la misma habitación!

—Por desgracia, no. Estamos completos.

Wouter acepta las dos llaves y esboza una sonrisa forzada semejante a la mía.

—Muchas gracias.

Subimos en silencio en el destartalado ascensor que nos lleva a la última planta del bonito hotel histórico, agarrando con fuerza el asa de nuestras maletas. Ambos procuramos no mirar al otro en el espejo

de cuerpo entero, aunque yo no puedo resistirme a echarle un vistazo de reojo. Ahí está, mucho más alto que yo, sin dejar de mover las inquietas manos, algo habitual en él. Me pregunto si parecemos una pareja felizmente casada. Si damos la sensación de ser tal para cual, o si la gente se pregunta qué vemos el uno en el otro.

—Bueno —digo cuando abre la puerta—, supongo que estamos de luna de miel.

Porque no solo hay una cama con un corazón hecho con pétalos de rosa rojos y dos toallas dobladas en forma de cisnes que se besan, sino también una botella de champán y dos copas, un frasco de sales de baño y un plato de fresas bañadas en chocolate. Desde el gran ventanal se ve la plaza medieval de la ciudad, iluminada por la noche.

—Puedo dormir en el suelo —se ofrece Wouter, dejando su mochila. Tiene las mejillas casi del mismo color que los pétalos de rosa—. ¿O puede que en la silla?

—Es un viaje de trabajo. De tu trabajo, como fisioterapeuta. ¿Qué pensarían los demás si se enteraran? —Niego con la cabeza de forma enérgica, rechazando esa sugerencia—. Somos adultos. Podemos dormir en la misma cama sin que resulte raro.

Pero lo inusual no es que haya solo una cama, sino que nunca hemos dormido juntos.

Cuando salíamos, soñaba con ello a todas horas; nada me parecía más romántico en aquel entonces. Ya de adulta, el romanticismo se desvaneció y me di cuenta de que necesitaba mi espacio, y en las raras ocasiones en que pasaba la noche con alguien, me quejaba de que tenía demasiado calor cuando el chico intentaba abrazarme después de hacerlo. En realidad, no soportaba sentirme atrapada. Cuando se apagaban las luces y me rodeaban con el brazo, de repente, no podía respirar.

—Siento que se hayan tomado la licencia de darnos una habitación mejor —dice, y coge la botella de champán—. Aunque hay que reconocer que es un detalle muy bonito.

Me meto en la boca una fresa cubierta de chocolate.

—Ya que estamos, más vale que lo disfrutemos, ¿no?

Abro mi equipaje, saco mi neceser y lo llevo al baño. Aunque en casa lo compartimos, este me parece mucho más íntimo. Quizá sea la maldición de la *suite* nupcial, o que este espacio es mucho más pequeño. O que estamos a punto de dormir en la misma cama. Sea como sea, me tiemblan las manos mientras saco las botellitas de champú y acondicionador y las dejo en la encimera.

Mientras lo hago, el frasco de antidepresivos se cae del neceser y rueda por el suelo del baño hacia la *suite.*

—No es nada —me apresuro a decir mientras me agacho para recogerlo antes de que llegue a los pies de Wouter, con la cara como un tomate—. Solo son… vitaminas.

Me odio nada más decirlo. No me avergüenza tomar medicación, pero la historia que hay detrás a menudo me parece demasiado complicada de explicar. Siempre me ha dado ansiedad contárselo a la gente, porque me preocupa que piensen que mis problemas tenían que ser muy graves para necesitar ayuda médica.

A lo mejor va a resultar que sí me da algo de vergüenza.

Mi móvil suena cuando Wouter empieza a deshacer las maletas.

—Es Phoebe —digo, cogiéndolo—. ¿Te importa si…?

—Adelante. Voy a darme una ducha, para que tengáis intimidad. —Él sabe que le he contado que nos hemos casado, que confío plenamente en ella, pero aun así espero hasta que Wouter se lleva el neceser y la ropa para cambiarse al cuarto de baño para descolgar.

La voz de Phoebe es casi demasiado alta para la pequeña habitación.

—¡Vamos a verte! —suelta de golpe, y oigo de fondo que Maya da un grito de alegría.

—¿Qué? —pregunto, tapándome la otra oreja para poder oírla mejor cuando se abre el grifo de la ducha en el cuarto de baño—. ¿Vas a venir… aquí?

—¡El mes que viene! Para la fiesta de tu boda. Cuadraba las fechas y nos dijimos: mejor hacerlo ahora, antes de que nazca el bebé. Así que… ¡nos vamos a Ámsterdam!

Una sonrisa se dibuja en mi rostro, como si llevara semanas esperando recibir buenas noticias.

—¡Madre mía, no me lo creo! ¡Qué ganas! Hay mil sitios a los que quiero llevaros, y solo la mitad de ellos tienen que ver con los dulces. ¿De verdad vais a venir?

Phoebe vuelve a dar un grito.

—¡De verdad! Y encima nos han puesto gratis en *economy confort*, así que vamos a disfrutar de más espacio para las piernas.

—Sois demasiado sofisticadas para mí.

Seguimos hablando de los preparativos mientras mi cabeza da vueltas.

—Antes de que colguemos —dice Phoebe después de que le haya dicho que se traiga sus zapatos cómodos, un impermeable y unas cuantas cajas más de macarrones con queso de Annie's—: mamá y papá me han enviado un mensaje preguntando por qué estás en Bélgica.

—¿Qué? Uf… —dejo escapar un gemido mientras me paso la mano por la cara—. Joder, creo que no he desactivado el uso compartido de mi ubicación. —Solo lo activé por seguridad, porque salir con alguien en Los Ángeles era, como mínimo, un deporte de riesgo. El agua del baño sigue corriendo—. Estoy en Brujas por un congreso de fisioterapia. Con Wouter.

Se produce un silencio al otro lado de la línea.

—Me alegro mucho de que vengas, Pheebs —le digo con una risita derrotada.

—Tranquila, todo se arreglará —me promete, y nos decimos «te quiero» antes de colgar.

Cuando Wouter sale de la ducha en pantalón corto y con la camiseta del Ajax, secándose el pelo con una toalla, se me encoge el corazón. No es la misma camiseta que llevaba cuando vivía con nosotros, pero el recuerdo sigue ahí.

—Va a venir mi hermana —digo, pero solo puedo esbozar una sonrisa temblorosa—. A finales de abril.

Se le ilumina la cara y me dice que es fantástico y que está deseando verla.

—Pero… ¿por qué me parece que hay algo más? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Solo mis padres. Están flipando porque me he ido a Bélgica sin decírselo y no entienden lo fácil que es coger un tren. Supongo que siguen sin aceptar que soy una persona totalmente independiente.

Él asiente y se frota el pelo una última vez antes de colgar la toalla.

—Lo recuerdo. Siempre han sido un poco sobreprotectores. Imaginaba que eso cambiaría a medida que te hicieras mayor, pero… parece que no ha sido así, ¿no?

Sus palabras me afectan demasiado; no esperaba una reacción tan visceral. Pero, maldita sea, parece que lo recuerda todo, aunque solo lo deja entrever cuando le conviene. No podemos hablar con naturalidad de mis padres sin reconocer el TEMA, con mayúsculas, del que aún no hemos hablado. Nuestra historia está demasiado enredada como para andar eligiendo qué partes contar, y si necesitaba otra razón para blindar mi cuerpo y mi corazón, aquí la tengo.

¿No quiere complicar las cosas? Por mí perfecto.

—No pasa nada. Será mejor que me prepare para irme a acostar.

Dicho eso, cojo mi pijama y me encierro en el baño, intentando serenar mi respiración. «Cuatro. Siete. Ocho», y suelto el aire por la boca. Soy imbécil por creer que este viaje podría ser normal después de todo lo que hemos vivido.

¿Cómo iba a serlo, si nunca me ha dado una verdadera explicación de por qué rompió conmigo?

Hacía semanas que no pensaba en ello, pero ahí está otra vez, martilleando mi cráneo. Pensaba que nos estábamos abriendo, empezando a construir una nueva relación de cercanía. A lo mejor también me estaba engañando con eso.

Una vez más, me hago mi rutina de cuidado de la piel, posponiendo lo inevitable, que es meterme en la cama con Wouter. Al parecer, el secreto de una piel perfecta es el caos emocional, porque la mía nunca ha tenido mejor aspecto.

Cuando salgo del baño, él está en la cama, con un libro sobre el impacto del estrés en el cuerpo abierto sobre su regazo, arropado hasta las caderas. Con las gafas puestas y la suave luz de la lámpara de la mesilla, compone una estampa de lo más tentadora. Ya casi se le ha secado el pelo; ojalá no recordara lo que es deslizar los dedos por esos mechones.

—¿Todo bien? —me pregunta cuando me tumbo a su lado, tratando de ignorar el calor que desprende su cuerpo, aun con treinta centímetros de por medio entre los dos, y su aroma a cítricos y menta.

—Sí. Genial.

Por fin, deja el libro y me mira por encima de las gafas.

—Danika —empieza, pero no quiero oír cómo termina la frase. Tengo la sensación de que ya hemos pasado por esto antes.

—Estoy bastante cansada del viaje. Y tú tienes un día ajetreado mañana. Deberíamos dormir.

Hace una pausa, sorprendido por mi repentina frialdad.

—Sí, claro. Si eso es lo que quieres —dice, y se quita las gafas y las deja sobre el libro antes de apagar la luz junto a la cama—. Buenas noches.

—*Fijne avond* —digo, deseando no ser tan cobarde.

Siento un nudo en el pecho mientras me pongo de lado de cara a la pared. En un universo alternativo, cruzaríamos la línea invisible en medio de la cama y recuperaríamos todo el tiempo perdido.

Pero no es lo único que deseo de él, y eso puede que sea lo más aterrador de todo.

«Gofres», me recuerdo con férrea determinación. Por la mañana habrá gofres y quizá no piense en todas las formas en que esto podría ser diferente.

Quizá no echaré de menos algo que nunca tuve.

Diecisiete



El desayuno de la mañana siguiente es la perfección en estado puro. Los gofres belgas están tostados, crujientes por fuera y muy esponjosos por dentro, con los cuadrados bien rellenos de sirope. Puede que me haya pasado con los acompañamientos: fresas, arándanos y nata, un poco de azúcar glas y una cucharada bien colmada de Nutella. Sin duda, el gofre prefecto. Sin peros.

El subidón de azúcar basta para levantarme un poco el ánimo, junto con la ilusión por hacer turismo en Brujas, ya que anoche llegamos demasiado tarde para ver nada de la ciudad.

Pero Wouter apenas ha probado sus gofres. Y entiendo por qué: solo les ha puesto un poco de mantequilla. Lleva una camisa de color gris pizarra con finas rayas blancas, y se ha arremangado hasta los codos. El surco ha vuelto a reaparecer en su entrecejo. Ya se había duchado y vestido cuando me he despertado a las siete, así que está claro que apenas ha dormido.

—Tengo una cena con algunos colegas después de la conferencia —dice—. Puede que se alargue. ¿Seguro que estarás bien sola?

Bebo un sorbo del zumo de naranja.

—Sí, no te preocupes.

Este viaje ya está echando por tierra nuestros progresos. Nos está

convirtiendo en amigos desconocidos.

—¡Wouter van Leeuwen! —grita una voz con acento irlandés, perteneciente a un hombre calvo que deja de golpe su bandeja de desayuno al otro lado de la mesa—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Wouter se pone de pie y le tiende la mano para estrechársela, pero el hombre le da un abrazo.

—Rory McDonagh —dice Wouter, que al instante parece más relajado—. ¿Dónde trabajas ahora?

—Volví a Belfast por un tiempo, pero ahora estoy en Leiden. Tengo mi propia consulta allí. Me enamoré perdidamente de una neerlandesa, así que me temo que nunca me iré —dice, encogiéndose de hombros. Su acento le da todavía más encanto a sus palabras.

—Bien hecho, en ambos casos. —Wouter se vuelve hacia mí—. Rory y yo fuimos juntos a la universidad. —Luego traga saliva con dificultad, con la mano en el aire, como si no supiera dónde colocarla. Al final, decide no ponerla en ningún sitio—. Esta es mi mujer, Danika.

La alianza en mi dedo nunca me ha parecido más falsa.

Rory me da un entusiasta apretón de manos.

—¡No sabía que te habías casado! Enhorabuena a los dos.

—Encantada de conocerte —digo mientras los tres nos sentamos de nuevo—. Seguro que tienes un montón de historias geniales de los dos en la universidad.

—Montones. ¿Te ha contado la vez que nos emborrachamos y decidimos subir a la torre más alta de la universidad? —pregunta, y cuando sacudo la cabeza, Rory continúa—: Conseguimos llegar a la mitad. Nos detuvimos en un balcón…, y entonces este tío va y decide echar una cabezadita.

—Y ahí me encontró la policía universitaria al día siguiente —interviene Wouter—. Tirado en el suelo, con un parche en el ojo y un

bigote dibujado con rotulador. Parecía el pirata menos amenazador del mundo.

Esbozo una sonrisa forzada, deseando encontrar esto tan gracioso como parece.

Rory finge inocencia.

—No tengo ni idea de cómo pasó eso, amigo. —Entonces levanta su taza de café y me señala—. ¿Tú también eres fisioterapeuta?

—No, no lo soy. Soy… —Dejo la frase a medias, sin saber cómo definirme. Una mentirosa en un matrimonio de conveniencia para obtener el visado. Una mujer que no tiene ni idea de qué coño está haciendo.

Al ver que no añado nada, Wouter interviene.

—Es diseñadora de Experiencia de Usuario en una empresa emergente en Ámsterdam.

—¡Impresionante! Seguro que es emocionante trabajar ahí —dice Rory, con su habitual jovialidad.

El suelo se tambalea bajo mis pies mientras proceso las palabras de Wouter.

«Es diseñadora de Experiencia de Usuario en una empresa emergente», ha dicho, como si le preocupara que yo dijera la verdad.

Como si decir que estoy en el paro le pareciera mal.

—En realidad, ya no trabajo ahí —le corrijo, recuperando por fin la voz—. Pero ahora mismo estoy buscando empleo. Sigo buscando algo que encaje mejor conmigo.

Rory asiente de forma tranquilizadora. Creo que este hombre solo es capaz de verle el lado positivo a las cosas.

—Todos hemos pasado por eso, ¿no? Seguro que encuentras algo pronto.

No presto atención a nada de lo que hablan durante el resto del desayuno. Mis gofres se han puesto blandengues, pero me llevo un

trozo tras otro a la boca, intentando por todos los medios establecer contacto visual con Wouter, que intenta evitarlo con el mismo empeño.

Nunca me había sentido así, como la chica de diecisiete años sin ambiciones que él dejó. Es una revelación impactante pensar que pueda verme así. Todavía. Después de haberme asegurado hasta la saciedad que podía tomarme mi tiempo.

Quiero creer con todas mis fuerzas que no era eso lo que quería decir, pero no le encuentro otra explicación.

—Muy bien —dice Rory cuando terminamos de desayunar, sin darse cuenta de cómo ha cambiado el ambiente. Luego le dice a Wouter—: ¿Listo para irnos?

Wouter asiente, sin mirarme a los ojos, mientras todos nos levantamos.

—¿Nos vemos esta noche?

—Claro —respondo con cierto retintín antes de aclararme la garganta—. Disfruta de la conferencia.

—¡Parece una chica encantadora! —Le oigo decir a Rory antes de que los dos desaparezcan en el pasillo.

Brujas es un lugar precioso, con sus casas góticas y esas calles empedradas que me hacen sentir como si hubiera retrocedido unos cuantos siglos. Pero su rasgo más característico son los canales, repletos de cisnes. Nunca había visto tantos en un solo lugar, hay docenas y docenas de estas elegantes aves de cuello largo.

Hago una excursión en barco para verlo todo aún más de cerca y le envío unas fotos a Iulia con el mensaje: «Prometo que no te estoy siendo infiel». Ella me responde de inmediato: «Brujas es mágica, así que te perdono ;)». Aunque me encanta la libertad de recorrer una ciudad nueva por mi cuenta, la conversación con Rory me pesa como un yunque en el estómago. Ámsterdam tenía que ser mi segunda

oportunidad, pero no estoy más cerca de averiguar lo que quiero hacer con mi vida. De hecho, puede que esté aún más perdida que cuando bajé del avión, ya que no tengo un sueldo fijo.

Wouter y yo prometimos que nada cambiaría en nuestra vida cotidiana, y sin embargo se ha producido un cambio radical. Cada día tengo que fingir un poco más, y tengo más dudas sobre cómo debo con él.

Su sola presencia en mi vida la altera por completo, y no solo porque estemos casados. Pude sentir su decepción cuando habló de mi trabajo, y ya no solo estoy triste por el cambio en la dinámica entre nosotros. Estoy enfadada con él, y esa emoción supone un extraño e inesperado alivio para mí.

Porque estar enfada con él es algo que se me da bien.

Mi día termina con la tortuosa subida al Bel-fry de Brujas, ese imponente campanario del siglo XIII con sus trescientos treinta y seis escalones. Oigo las voces de mis padres, preocupados por mis pulmones, por lo peligrosas que son las escaleras, llenas de grietas, diciéndome que no pasa nada si no puedo seguir.

—¿Cuántos quedan? —pregunta la gente a los que bajan, aquellos que han logrado llegar arriba y han sobrevivido para contarlo.

—¡Casi habéis llegado! —prometen—. ¡Merece la pena!

Yo subo a mi ritmo. Hago descansos, bebo agua, dejo que otros me adelanten. Tardo una eternidad, pero cuando por fin llego arriba…

La ciudad se extiende ante mí, con sus diminutos edificios históricos, su mercado dominical y esos tejados anaranjados que se pierden en la lejanía.

Me quedo arriba un buen rato, sin importarme el viento, que me revuelve el pelo y hace que se me venga a la cara, ni los turistas que me piden que les haga fotos a sus familias.

Porque vuelve a resurgir esa pasión por los viajes, ese cosquilleo

en la garganta que me pide en silencio: «más».



Cuando Wouter vuelve a la habitación por la noche, finjo que estoy dormida, envuelta en el edredón. Aún no he decidido si quiero plantarle cara a él o ignorarle.

Pero, hay que joderse, está siendo muy considerado. Se mueve por la habitación sin hacer ruido: se quita los zapatos con los pies y abre la cremallera de su maleta muy despacio, diente a diente, lo que resulta francamente exasperante. ¿Cómo se atreve a ser tan educado con esto cuando no vaciló en hablar por mí y dejó bien claro que la persona que soy de verdad no es alguien a quien se atreva a presentar como su esposa?

Gana la ira.

Tiro la colcha con tanta fuerza que lo sobresalto.

—¡Joder! —exclama, llevándose una mano al pecho—. No me había dado cuenta de que todavía estabas despierta.

Parece tan dulce bajo la luz nocturna, con la catedral reflejada en sus gafas. Eso también es irritante: que yo esté hecha una furia y él tenga la desfachatez de parecer tan apetecible.

—¿Qué tal la cena con Rory? —pregunto con tono seco, sin importarme los pelos que debo de llevar ni que voy sin sujetador, con una camiseta y unos minúsculos pantalones cortos—. El que tenía que saber que soy diseñadora de Experiencia de Usuario. Porque Dios no quiera que alguien piense que tu mujer está en el paro.

Me mira desconcertado.

—Danika —dice mientras se acerca a la cama, levantando las manos—. Tranquilízate, ¿vale? Hablemos. —Tiene los dos botones superiores de la camisa desabrochados. Otro detalle irritante.

—¿Tenías que presentarme así? ¿Por qué? ¿Para que no interviniera y le dijera la verdad? ¿Para que no te… avergonzara?

—No —dice, y por fin parece comprender lo que le estoy diciendo.

—Porque no quería que te sintieras obligada a dar explicaciones cuando aún estás descubriendo qué hacer con tu vida. Me da igual que mis colegas sepan que ahora mismo no estás trabajando.

Sigo demasiado enfadada como para dejarme conmover por este gesto, aunque haya sido medianamente considerado. Me aprieto los ojos con los dedos y respiro hondo.

—No es solo eso. Es que… nunca he sabido de qué forma actuar después de masturbarme mientras mi marido de pega hace lo mismo en la habitación de al lado. Ha sido un error por mi parte. —Siento que me arde la cara al recordarlo, mientras el rubor se extiende también por la suya—. Así que hemos vuelto a ese punto en el que no hablamos de nada importante. Y ¿sabes qué? Lo odio.

Ahora sí que parece confundido de verdad.

—No he bebido ni una gota esta noche y sigo sin entender nada. ¿A qué viene todo esto?

—¿En serio? No puede ser tan difícil de adivinar.

—Entonces, ilumíname. Por favor.

Me encanta verlo suplicar, aunque me traiga de nuevo a la memoria esa imagen: yo, sentada en el borde de la encimera, completamente expuesta, y él con la cabeza entre mis piernas.

Quiero a este hombre de rodillas de cualquier manera, ya sea suplicando perdón o haciéndome gritar su nombre.

—Que te ilumine. ¡Cómo no! Pues vamos a hablar del verdadero problema —digo, apartando el edredón para poder levantarme, temblando de ira de la cabeza a los pies—. Hablemos de lo que pasó hace trece años. De que teníamos un plan que hicimos los dos juntos. Y luego volviste a tu país y cambiaste de opinión. Decidiste que no

era lo bastante «ambiciosa» para ti y ni siquiera nos diste la oportunidad de hablarlo. —Me acerco con paso airado hasta él, deseando ser un metro más alta y llevar al menos un 30 % más de ropa. Aun así, tener por fin el valor de decirle todo esto a la cara me produce un subidón de adrenalina—. ¿Qué coño pasó en realidad, Wouter?

No esperaba que las palabras le impactaran como un puñetazo en el pecho. Retrocede, tambaleándose, se pasa la mano por la cara y se coloca bien las gafas. Ahora parece menos dulce. Más destrozado.

—Dios mío… —empieza, sacudiendo la cabeza mientras asimila la realidad—. Aquel mensaje. Aquel estúpido mensaje. No tenía ni idea de que todavía estabas pensando en ello. Me ha… atormentado durante mucho tiempo.

—Mejor estar atormentado que salir con una chica sin ninguna ambición, ¿no?

Me lanza una mirada vacía, torturada.

—Fue cruel. Lo sé. Pero tenía una vida esperándome en Ámsterdam a la que no creía que pudiera darle la espalda. Pensaba que debía ser una persona con un camino claro, aunque ahora sé que era demasiado joven para tenerlo todo decidido.

La habitación es demasiado pequeña y no hay suficiente aire. Cojo una de las toallas con forma de cisne, arruinando el trabajo de quien la dobló al estrujarla con fuerza con mi mano.

—Y yo no tenía cabida en esa vida.

—Una parte de mí pensaba eso. Sí. No estoy orgulloso de ello, pero no quiero mentirte —dice—. Aunque había más. Pensé que si te daba una razón, si te decía que quería estar con alguien más ambicioso…, tal vez llegarías a odiarme. Y así todo sería más fácil. Porque la verdad es que vivir sin ti parecía solo un poco menos doloroso que intentar que funcionara con tanta distancia entre los dos.

Me sale una risa ahogada.

—¿Así que me dijiste: «Adiós, y gracias por todo» para no herir mis sentimientos?

—¡Porque creía que si no lo hacía, jamás podría olvidarte! ¿Es tan difícil de entender? —Sus ojos echan chispas y su pecho sube y baja rápidamente—. Pero ya que estamos, hablemos también de ti. No esperaste mucho antes de pasar página.

—Yo… ¿Qué?

—Lo vi en tus redes sociales. A las pocas semanas ya estabas saliendo con un futbolista. O jugador de *soccer*, lo que sea. Di por hecho que la ruptura ni siquiera te había afectado si ya te habías buscado un nuevo novio tan rápido. Me cambiaste por el siguiente, alguien más conveniente.

Sus palabras me impactan. Parece dolido de verdad, y eso es algo que jamás habría imaginado.

—Wouter, eso no fue nada. Apenas duró un mes. Te echaba de menos y pensé que salir con otro me ayudaría a olvidarte más deprisa.

—¿Y te ayudó?

—No.

Me viene a la mente lo que dijo aquella primera noche, que la relación no era lo que ninguno de los dos pensaba.

—Sabías que estaba perdidamente enamorada de ti —digo en voz baja, con el dolor adolescente impregnando mis palabras—. Sabías que te quería. Eso no cambió de la noche a la mañana.

Wouter se ha alejado hasta el fondo de la habitación, pero ahora se da la vuelta y aprieta los labios, como si intentara contener la emoción. Lo ha estado haciendo desde que llegué.

—Eso creía yo también, pero cuando vi esas fotos pensé… que quizá era lo mejor. Que tendrías la vida maravillosa que te merecías

sin alguien al otro lado del mundo que te frenara. No soportaba la idea de que te quedaras siempre metida en la habitación de tu residencia universitaria esperando por mí. Y yo no podía… —Toma una profunda y dolorosa bocanada de aire—. No podía soportar la idea de tener una relación contigo en la que no pudiera verte, abrazarte, tocarte… —Se le quiebra la voz y sacude la cabeza mientras baja la mirada al suelo—. Una relación a distancia habría acabado destrozándonos. Creí que estaba protegiéndonos a los dos.

Todo esto me atraviesa como una oleada que trae consigo claridad, la capacidad de poder encajar las piezas de una manera que mi yo más joven nunca pudo.

—Quería hablar contigo a todas horas —continúa, con la voz aún un poco ronca. Ojalá no me afectara tanto, haciéndose un hueco en mi pecho—. Te escribí cientos de mensajes y luego los borré. Cuando entré en la universidad. Cuando mi padre tuvo su primer derrame cerebral. Cuando falleció y me di cuenta de que todo el trabajo duro no importaba una mierda si me quitaba tiempo para estar con la gente que quería. Incluso por cosas tontas, como una puesta de sol que pensaba que te gustaría. Pensaba: «Podría mandarle esto y deshacer todo lo que hice». Pero estabas tan lejos que todo lo que tenía que ver contigo parecía un sueño.

—Yo creía…, creía que te arrepentías de lo nuestro. Que yo fuera un sucio secreto que habías dejado en Estados Unidos. —Poder decir por fin estas cosas tiene algo de catarsis. Siento que me tiembla todo, como si una sola verdad más de su boca bastara para derribarme—. Me rompiste el corazón, pero quizá lo peor fue que estaba convencida de que pensabas que era una perdedora sin rumbo, y más de una década después, eso es justo lo que sigo siendo.

—No. Jamás podría. Ni entonces ni ahora. —Se acerca a mí, con determinación y cautela—. Lo siento mucho, Dani. La cagué pero

bien. Lo que te dije cuando te mudaste aquí, que era una de las cosas de las que más me arrepentía, lo decía en serio. —Ha estado todo el rato toqueteando las mangas de su camisa y el cuello, y ahora está toda arrugada. Nunca he visto a un hombre tan desaliñado, y aun así no puede ser más sexi. Es como si le hubiera torturado guardarse todo esto dentro, y ahora que lo está soltando, no sabe muy bien qué hacer—. Tu familia incluso había hablado de venir a verme, y yo les decepcioné a todos. Cargué con esa culpa durante muchos años. Nunca pensé que tendría la oportunidad de compensarte. Y entonces apareciste aquí, mil veces más guapa de lo que recordaba, y yo pensé: «Estoy jodido».

A pesar de todo, esto me hace contener una sonrisa. Porque le creo. Le creo de verdad.

—Podrías haberme ofrecido una habitación en tu casa y haberme pedido que me casara contigo —digo mientras dejo caer la toalla al suelo, y él tampoco consigue ocultar una sonrisa. No dejo de pensar que he sido yo quien le ha dejado así, hecho un desastre. Nunca imaginé que tuviera el poder de hacerle tanto daño, y eso hace que me pregunte qué más podría conseguir si me lo propusiera. Y si él me lo permitiría—. Por Dios. Esto habría sido mucho más fácil si me hubieras contado todo esto desde el principio.

Wouter cruza los brazos sobre el pecho y arquea una ceja.

—«Hola, qué alegría verte de nuevo. Por cierto, estaba tan colado por ti cuando éramos adolescentes que era incapaz de pensar con claridad, así que rompí contigo por mensaje como un cobarde».

—Así que solo éramos un par de idiotas que no sabían comunicarse.

—A lo mejor todavía lo somos. Al menos yo. Y lo siento —repite—. Siento mucho que pensaras que eso significaba que no me importabas. Cuando estaba en Los Ángeles, tú… lo eras todo para

mí.

Esas palabras quedan suspendidas entre nosotros, tan viscerales que casi creo que podría agarrarlas y guardarlas como un tesoro.

—¿Y ahora? —pregunto, con la voz temblorosa, casi temerosa de la respuesta.

Quizá la pregunta sea demasiado atrevida. Quizá él no me dé una respuesta sincera.

Pero poco a poco, muy poco a poco, siento que algo en la habitación empieza a cambiar. Mi adrenalina se va disolviendo, aunque mi corazón late con fuerza. Pero esta vez es por la expectación. Wouter se acerca, hasta que solo unos centímetros nos separan, con esa camisa arrugada y ese intenso anhelo en los ojos… ¿Cómo no lo vi antes?

—Tienes que saber que no puedo dejar de pensar en ti. Cada momento libre que tengo —dice con voz ronca—. Dime que tú también has pensado en ello. En aquel beso en la cocina y…, y en lo que pasó después.

—Lo he pensado mucho —digo, tragando saliva con dificultad. Doy un paso hacia él—. Puede que demasiado.

—Eso no existe —replica. Su mirada recorre mis piernas desnudas y se detiene en mis caderas antes de subir más arriba, hasta mi cara. Levanta la mano al mismo tiempo que las cejas, como si pidiera permiso para tocarme. Aturdida, asiento, y él posa los dedos en mi brazo.

—Dijiste que querías parar. La noche que estábamos borrachos —digo—. Y ayer querías olvidarlo.

—No quería que tomáramos una decisión tan importante estando pedo. Y luego tú empezaste a evitarme y… tuve miedo. Pensé que a lo mejor no sentías lo mismo. —Desliza el dedo por mi antebrazo, tomándose su tiempo antes de volver a hablar. Como si se diera

cuenta de que estamos al borde de algo peligroso y de que cualquier cosa que diga a continuación podría sellar nuestro destino. Para bien o para mal. Hasta que la muerte nos separe—. Cuando estábamos en la cocina… había pasado tanto tiempo… No quería echarlo a perder por no poder recordar cada detalle—. Esa yema del dedo asciende por debajo de la manga de mi camiseta y corona mi hombro—. No quería besarte si no estaba completamente lúcido. Estar contigo ya me altera lo suficiente.

—Oh —digo en voz baja. Mitad aliviada, mitad asombrada.

—Dime que crees que es mejor que sigamos siendo solo amigos —dice, y por la forma en que me mira a los ojos y el tono decidido de su voz, me doy cuenta de que algo ha cambiado en él. Por fin está cediendo a ese lado que tanto ha intentado ocultar—. ¿Es eso mejor que besarnos hasta perder el sentido? Porque hay tantos lugares en los que quiero besarte, Dani… Tantísimos… —Amolda la mano sobre un lado de mi cuello y me acaricia la piel con el pulgar—. Eres preciosa aquí. —Sube hasta mi mandíbula—. Y aquí. —Me roza el hueso de la cadera con la otra mano—. Aquí también. Tus caderas. Tu cintura. Tus tetas perfectas.

Tengo la garganta seca y el dolor entre mis piernas es casi insoportable. Cada lugar donde me ha tocado arde, vibra. Doy un paso más, los dedos de mis pies rozan los suyos, y me pregunto si el roce de su mano es lo único que me mantiene en pie. Por si acaso, le agarro el brazo, disfrutando de sus sólidos músculos.

—Dime ahora mismo si prefieres que dejemos esto aquí —continúa —. Porque desde que te tuve en la camilla de la consulta, solo he podido pensar en arrancarte esas bragas tan monas para poder sentir lo mojada que estás.

Dejo escapar un gemido.

—Por favor.

—¿Por favor qué? Dímelo, Dani. —Su mano está ahora en el vértice entre mis muslos. Me aplica una presión mínima, pero que basta para hacerme jadear mientras me masajea por encima de mis pantalones cortos—. Dime que prefieres una relación platónica a que me arrodille y te folle con la boca toda la noche.

Mi pecho ya se agita con el esfuerzo de contenerme. No hay nada más. No hay más razones para no hacerlo.

Así que me aprieto contra él justo cuando sus labios se apoderan de los míos.

Sus besos son más voraces de lo que recordaba. Son imprudentes y desvergonzados, impregnados de una urgencia que deja claro que ambos nos hemos estado conteniendo durante demasiado tiempo. Me abraza con fuerza, enredando sus manos en mi cabello, separando mis labios con su lengua para que pueda abrirme a él.

Estoy de puntillas, y sus manos recorren mis hombros hasta que se da cuenta de que la diferencia de altura no facilita las cosas. Así que me levanta sin esfuerzo, y le rodeo la cintura con las piernas mientras él recorre mi cuello con su boca. Esto sí. Esto es perfecto. Lengua y dientes. Suspiros y jadeos. Me aferro a su sólido calor, hundiendo los dedos en su cabello. Cuando me levanta más para poder besarme mis pechos por encima de la tela de mi camiseta, me estremezco contra él y echo la cabeza hacia atrás. Su boca encuentra mis pezones endurecidos… y, ¡oh!, casi me muero de placer cuando los lame unas cuantas veces, dejando un par de manchas de saliva en el fino algodón.

Cada caricia parece un pequeño milagro.

Se detiene solo un momento para mirarme con ojos febriles, respirando con dificultad, y con las gafas torcidas.

—¿Estás segura de esto?

—Ya estamos casados —digo, y de repente me parece tan gracioso

que tengo que contener la risa—. Espera, espera, espera. Le doy una palmada en el pecho—. ¿Estás…? Llevo un DIU y me hice análisis antes de salir de Estados Unidos.

—Yo también me hice análisis —confiesa, y el rubor de su rostro se intensifica mientras sus pulgares trazan círculos en mi espalda—. De hecho, justo después de aquella noche en la cocina.

Se inclina para besarme de nuevo, pero yo me aparto con una sonrisa. Oír eso me excita más lo que imaginaba: se estaba preparando para algo que habíamos jurado no hacer.

—Querías estar preparado para mí —repongo, dándole un mordisquito en el cuello. Luego siembro de besos toda esa piel cálida, con ese toque cítrico, debajo del cual se aprecia ese aroma terroso tan suyo. Un olor que había quedado guardado en mi memoria olfativa, capaz de despertar algo en mí.

—Joder, Dani. Siento como si llevara años preparado.

Utiliza mi apodo, como si estuviera tan hambriento de mí que no es capaz de añadir una sílaba más.

Agarro sus gafas torcidas y las coloco en la mesita de noche mientras él se tumba conmigo en la cama, con nuestras bocas fundidas otra vez en una sola. Estos besos son frenéticos y dulces a la vez, porque tenemos mucho tiempo que recuperar.

Cuando se aparta, es solo para quitarme la camiseta, justo cuando yo me afano con sus botones, impaciente por tenerlo todo al alcance de mis manos. Su ancho pecho, el tatuaje en su hombro izquierdo, aunque tengo demasiada prisa para detenerme en él. Me quita los pantalones cortos del pijama con rapidez. Aturdida por el deseo, tardo una eternidad en desabrocharle los vaqueros. Y, cuando por fin caen al suelo, veo que está contemplándome, solo cubierta por las bragas y nada más.

No me tapo como lo haría con otras parejas nuevas. Es evidente

que no estoy igual que a los diecisiete años, mi vientre no es tan turgente y mi rostro está más redondeado. Pero dejo que se tome un buen rato para devorarme con la mirada, igual que hago yo con él. Contemplo los ángulos de su pecho, la protuberancia de sus calzoncillos y el sendero de vello que tracé hace semanas. En su boca se dibuja una preciosa sonrisa reverente antes de que pueda contenerla.

—Preciosa —dice mientras lo atraigo hacia mí, saboreando su peso mientras me presiona contra el colchón—. Absolutamente preciosa.

Hunde los labios entre mis pechos, rozándome un pezón con el pulgar. Despacio, muy despacio, de un lado a otro, hasta que me muero por más. Un pellizco suave. Luego un poco más fuerte.

—Durante ese masaje en mi consulta… ¡Dios! —dice, y siento su cálido aliento—. Me estaba viniendo cada pensamiento, que no me sentía un buen profesional.

—Cuéntame.

—Lo increíble que era volver a tocarte. Que no podía creer que me dejaras trabajar tu cuerpo así. —Me chupa un pezón mientras yo le agarro el pelo, expresando de forma muy clara lo mucho que me gusta. Luego lo libera y sopla aire frío sobre mis pechos antes de volver a capturarlos entre sus labios—. Cada sonido que hacías me preguntaba si lo provocaba lo que te estaba haciendo.

—Lo era. Te quería encima de mí. Dentro de mí —admito mientras sus dientes recorren mi sensible piel—. Al día siguiente me encerré en mi habitación durante una hora, solo para… dejar volar mi imaginación.

Él gime, moviendo las caderas contra las mías, besándome de nuevo en el cuello.

—¿Tú… —empieza, con la boca en mi garganta— piensas en mí… —y ahora su lengua en mi pulso— cuando te tocas?

—Sí. Wouter. ¡Dios! —Y aunque sé la respuesta, pregunto—: ¿Y tú?

Él se muerde el labio con algo de timidez. Aunque estamos sudorosos y medio desnudos, no la ha perdido del todo.

—La semana pasada… no fue la primera vez que grité tu nombre al correrme.

Su confesión hace que pierda el control. Ahora soy yo quien lo inmoviliza, besándole el pecho mientras él me agarra por la cintura, por las caderas. Tengo que besar esos músculos que sabían muy bien la forma de relajar mi cuerpo. Los antebrazos que se flexionaban sobre mí. Él se ríe mientras le doy pequeños besos en las manos, y eso solo hace que lo bese más.

Está duro como el acero debajo de mí, agarrándome el culo mientras lo cabalgo y me contoneo contra su erección, separados por dos agónicas capas de tela. Joder, es increíble. Cierro los ojos ante semejante sensación. Introduzco una mano entre nosotros para acariciarle por encima de los calzoncillos mientras él reprime un gemido y se pone más duro contra mi palma.

—Todavía no —logra decir, y aunque quiero verlo rendirse hasta que cada uno de sus músculos deje de protestar, aparto mi mano—. Por favor. Necesito sentirte.

No tengo ninguna objeción al respecto. Me besa el cuello, con avidez y pasión, mientras mete una mano dentro de mis bragas.

—No estoy… No me he depilado ni nada desde hace tiempo —digo. Jace lo prefería así, casi tanto como yo lo odiaba.

Wouter me mira desconcertado.

—Quiero todo de ti. Tal y como eres —declara. Entonces encuentra el vello crespo entre mis muslos y casi parece disfrutarlo, porque deja escapar un gemido mientras me separa con dos dedos—. Joder, Dani, es alucinante. ¿De verdad estás tan mojada por mí?

No puedo hacer otra cosa que jadear en respuesta. Nunca

hablábamos así en el pasado —tampoco creo que supiéramos hacerlo — y mi cerebro tarda un segundo en asimilar el hecho de que Wouter van Leeuwen ahora tiene la boca muy sucia.

Me quita las bragas con una lentitud agónica. A continuación, desliza los dedos por mis piernas desnudas mientras su boca baja por mis rodillas, mis pantorrillas, mis tobillos. Ya respiro con dificultad solo de pensar en que me llene, pero él se toma su tiempo para volver a conocerme, reaccionando a cada nuevo sonido. Recorre mi hueso púbico con un nudillo, acaricia mis labios con dos resbaladizos dedos y juguetea con mi clítoris solo un instante antes de introducir uno dentro de mí, esta vez más profundo.

Le muerdo la oreja, y siento que sus hombros se estremecen, así que no puedo evitar repetirlo.

De algún modo parece que es la primera vez y también que ya hemos explorado estos caminos antes, pero ahora él es más hábil, está más seguro de lo que hace. Aun después de tantos años, mi cuerpo recuerda cómo es entregarse a él, y aun así me toca sin dar nada por hecho, esperando mi frenética aprobación.

—¿Te gusta? —pregunta mientras vuelve a mi clítoris, esta vez con la palma de la mano, presionando mientras yo me estremezco debajo de él. Hay un deje de diversión en su voz, porque sabe que sí—. ¿Más presión? ¿Menos? Soy un profesional, como sabes.

—Más. Quiero…, quiero que presiones mucho más.

En lugar de complacerme, mantiene los ojos fijos en mí mientras se acomoda. Se sienta sobre los talones, regalándome una vista espectacular de su pecho antes de acomodarse en mis caderas, tirando de mí hacia arriba hasta que mi cabeza descansa sobre la almohada. Al principio es suave, cubre mis muslos de delicados besos, juega a unir los puntos con las pecas que tengo ahí. Me da un pequeño mordisco. Otro beso lánguido.

—Por favor —gimoteo con voz ronca, porque no puedo evitar suplicarle—. Ahora me estás torturando.

Wouter suelta una risa entrecortada.

—Ir despacio es más por mí que por ti. En cuanto empiece a lamerte, me temo que no voy a aguantar mucho.

Por un segundo, estoy convencida de que se ha equivocado y que en realidad quiere decir que yo no voy a aguantar mucho. Pero en el momento en que pone su boca sobre mí, me doy cuenta de que tenía toda la razón. Su cuerpo se tensa mientras me agarra las caderas con fuerza, y la forma en que gime cuando le agarro el pelo con la mano es lo que más me gusta de él ahora mismo.

Hace una pausa para apoyar su frente húmeda en la cara interna de mi muslo.

—Sabes aún mejor de lo que recordaba.

Luego acerca la punta de su lengua a mi clítoris y ninguno de los dos puede hablar. Me lame como si me hubiera echado de menos, ejerciendo toda la presión que necesito y más, hasta que siento esa tensión acumulándose en la base de mi columna vertebral y empiezan a temblarme las piernas. Él debe de sentirlo, porque acelera el ritmo. Con una mano mantiene mis pliegues separados mientras prieta contra mí y la mueve a un ritmo firme e insistente que hace que le tire del pelo y me muerda el dorso de la mano. Que pronuncie su nombre como una súplica.

Una tensión brutal se apodera de mi cuerpo antes de que mis músculos se relajen, y un grito escapa de mi garganta. El orgasmo recorre mi cuerpo en ardientes oleadas de placer, que estremecen mis muslos y me hacen cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás. Una explosión de alivio salvaje y necesaria.

Wouter acerca su boca a mi frente, apartando los mechones de pelo empapados en sudor mientras bajo de nuevo a la tierra.

La risa se mezcla con un suspiro cuando me obligo a abrir los ojos. Wouter tiene el cabello revuelto y las mejillas teñidas de un bonito tono escarlata, a juego con las marcas del cuello que le han dejado mis ávidos besos. Pero no es suficiente. Quiero que este hombre parezca un verdadero libertino.

—Ven aquí —digo, acercando su boca hacia la mía y saboreándome en sus labios.

Luego me lamo la mano antes de rodear su longitud con ella.

—¿De verdad has creído que iba a dejar que te corrieras solo con comérmelo? —pregunto—. ¿Antes de que pudiera poner mis manos sobre ti?

Él emite un gemido y hunde la boca en mi cuello. Le froto el glande con el pulgar, extendiendo esas gotas de humedad por todo su miembro. Y aunque ansío ir con calma para hacer que esto dure lo máximo posible, me resulta imposible resistirme a acariciarlo con más fuerza.

Más rápido.

—Dani —dice, apretando los dientes—. Estoy intentando con todas mis fuerzas no hacer el ridículo, pero esto…, esto me encanta.

Dios, está a punto de correrse en la palma de mi mano, este hombre maravilloso que me ha llevado al éxtasis. Sus dedos ascienden muy despacio por mi espalda, hasta que puede extenderlos por mi cuello y llegar a mi pelo.

Aparto la mano justo en el momento en que siento que está a punto de llegar al límite. Él exhala con fuerza al verse privado de mi contacto mientras me acerco para besarlo con indolencia. Con dulzura. Tiene los ojos cerrados, y sus largas pestañas parecen tan delicadas.

Entonces lo agarro de nuevo y vuelvo a empezar.

Las palabrotas que salen de su boca lo compensan con creces,

sobre todo cuando me inclino para acogerlo en mi boca. Ahora está aún más duro, caliente y salado. Lo introduzco despacio, moviendo la lengua en círculo por su glande. Le miro mientras él me observa. Grabo cada una de sus reacciones en mi memoria: su mano aferrando las sábanas; su nuez agitándose en su garganta; los músculos de su abdomen contrayéndose por el esfuerzo realizado todas las veces que se ha contenido.

—Oh, joder —jadea—. Justo así, *lief*.

No me cabe duda del apelativo que se le ha escapado, pues no tiene dominio sobre sí mismo en este estado.

Entonces abre los ojos como platos y me mira como para asegurarse de que sé que no tengo por qué dejarle terminar así si no quiero. Pero, Dios mío, vaya si lo deseo. Le confirmo con vehemencia mis deseos, tomándolo aún más dentro, y de repente está perdido. Alcanza el clímax, profiriendo un glorioso gemido, y una oleada de calor inunda mi boca mientras sus dedos siguen acariciándome la nuca.

Cuando nuestra respiración se calma, Wouter va al baño a por una toalla caliente y húmeda, una de esas que solían tener forma de cisne. No sé muy bien por qué se me encoge el corazón cuando me limpia a mí primero, puede porque no estoy acostumbrada a que nadie me cuide así.

—Corrígeme si me equivoco —dice—, pero no creo que fuera así cuando teníamos diecisiete años, ¿verdad?

Me río y le doy un suave codazo.

—No, está claro que has aprendido algunos trucos.

—Tú también.

Se apoya en un brazo para besarme, pero duda, como si no supiera de qué forma actuar en este nuevo territorio. Así que acorto la distancia entre nosotros y acerco mi boca a la suya. No tengo ni idea

de qué somos ni qué significa esto, solo sé que no quiero dejar de besarlo.

—¿A qué hora sale el tren mañana? —pregunto.

—Demasiado temprano. Más vale que ponga el despertador.

Después de poner la alarma de su móvil, me rodea la espalda con un brazo y me atrae contra su pecho. Su mano descansa en mi cadera; mi rostro, en el hueco de su cuello. Siento una sensación de paz, con su pulso latiendo contra mi mejilla, puede que más que en varios meses. Su ritmo me arrulla poco a poco y mis ojos empiezan a cerrarse.

—Siempre quisimos dormir juntos en la misma cama —dice, con voz pastosa, como si ya estuviera a punto de dormirse.

Entrelaza sus piernas con las mías y me contengo para no decirle que no sé si podré dormirme mientras me estrecha entre sus brazos.

Hasta que me quedo frita.

Dieciocho



—¿Es George? —pregunto en el tren de vuelta a casa, señalando un dibujo en tinta en el cuaderno de Wouter.

Está repasando sus notas del congreso.

—Ah, solo es un pequeño garabato. Uno de los ponentes era un poco soporífero —responde, y gira el cuaderno hacia mí para que lo vea. Es un bosquejo a bolígrafo de George Costanza, el perro, viendo la televisión con George Costanza, el personaje.

Aunque hace todo lo posible por ocultar una sonrisa, se nota que está orgulloso de él.

Cuando llegamos al apartamento el lunes por la tarde, nos encontramos con una sorpresa: una tubería del baño empezó a gotear mientras estábamos fuera.

Nos quedamos mirando el charco de agua en silencio. Wouter tarda unos diez segundos en reaccionar. Puedo imaginarme su cerebro tratando de encontrar una solución.

—Mierda —dice en voz baja, frotándose la barba incipiente—. Iba a ir al trabajo, pero…

—Oye —digo, apoyándole una mano en el brazo de forma tranquilizadora—. Yo me encargo.

—¿En serio? ¿Te ocuparías de esto?

Me viene a la memoria el recuerdo de hace apenas unas semanas, cuando se rompió el tirador del armario y le propuso eso mismo. Él me dijo de inmediato que no me preocupara. Porque no es que de repente esté deseando encomendarme una tarea.

Es que confía en mí. Este apartamento lo es todo para él, y confía en que yo lo cuide.

—Por supuesto. Voy adelantada con mis deberes de neerlandés, así que tengo tiempo.

—Gracias. Te enviaré la información del fontanero al que contraté la última vez. —Wouter exhala un suspiro y se dirige al armario de los utensilios para cerrar la llave del agua. Cuando regresa, está revisando el correo que recogió al entrar en casa—. Pero hay buenas noticias. —Sonríe mientras me muestra un documento, todo en neerlandés—. El título de propiedad del edificio. Ya está oficialmente a mi nombre.

—¿Por qué siento que deberíamos enmarcarlo? —digo, cogiendo el título de sus manos y echándole un vistazo, aunque solo puedo leer algunas partes—. ¿Ahí, sobre el sofá? ¿O mejor lo pegamos en el espejo del baño para verlo cada vez que nos lavamos los dientes?

Wouter fija los ojos en mi boca y se queda mirando más tiempo del normal. No hay reglas para nada de esto: que digan de qué forma se supone que debes actuar después de acostarte con tu falso marido, que además es tu exnovio y antiguo amor prohibido de la adolescencia. Su sonrisa se suaviza y se convierte en una expresión de incertidumbre. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho, lleno de expectación.

—¿Deberíamos… hablar de esto? —pregunta mientras da un paso hacia mí.

—Creo que últimamente hemos hablado mucho —respondo, acortando la distancia que nos separa y rodeándole el cuello con los

brazos—. Tal vez podríamos… divertirnos, sin preocuparnos por lo demás. Sin… complicaciones.

Se detiene un momento, como perdido en sus pensamientos, pero luego me roza los labios con los suyos.

—Puedo hacerlo —dice, y entonces me besa con más pasión.

No tarda en empujarme contra la pared, con su boca caliente en mi cuello y mis manos tirando de su pelo. A pesar de lo que pasó anoche, sigo deseándolo con todas mis fuerzas. La forma en que me tocó, con esa ternura y desesperación, en que me desarmó con ese lenguaje deliciosamente obsceno…

Le doy una palmadita en el pecho, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad.

—Creo que debería llamar al fontanero —digo. Supongo que no hay ninguna frase, ni en inglés ni en neerlandés, que pueda fastidiar el momento con más rapidez.

—Lo sé, pero… —gime y me da un último beso. Yo finjo apartarlo —. Vale, vale. Nos vemos esta noche. Recogeré a George en casa de Roos cuando venga de camino.

—Y entonces veremos a quién ha echado más de menos —digo mientras se aleja.

Lo decía en serio: no quiero analizar en exceso lo que somos ahora, sobre todo con la visita de mi hermana y la inminente falsa boda.

Podemos tomárnoslo con calma; a fin de cuentas, tengo mucha experiencia en eso. No creía que fuera capaz de hacerlo con él, pero ahora estoy segura de que es la única opción.

No podemos tener nada más, no cuando esto ya va a terminar en divorcio.

El fontanero no contesta cuando le llamo, así que le dejo un mensaje y busco a otra persona en Internet. Justo cuando estoy a punto de hacer otra llamada, me aparece un mensaje en el móvil de

un número desconocido.

Hola, Dani. Soy Anneke, la madre de Wouter. Hoy tengo una cita en Ámsterdam y me gustaría pasar por el apartamento para recoger algo que tengo guardado, pero no tengo llave. ¿Estás allí esta tarde?

Le envío un mensaje con torpeza diciéndole que sí, que estoy en casa y que con mucho gusto le abriré la puerta, pero que tenemos una fuga en una tubería y el apartamento está un poco desordenado.

No hay respuesta, así que me toca lidiar con la frustración de intentar encontrar un fontanero disponible hoy, porque mi neerlandés básico —preguntas como: «¿Te gusta comer pan?»— no me sirve de nada en esta situación. Consigo hablar con un par de personas que pueden echar un vistazo a finales de semana. Estoy a punto de empezar a buscar soluciones por mi cuenta en Google cuando suena el timbre.

—Hoi, Anneke —digo, dándome cuenta de que me había olvidado de ella durante mi frenética búsqueda—. Lo siento mucho, no sabía si habías recibido mi mensaje o…

—Estaba conduciendo —responde, de manera escueta, yendo al grano—. Me alegra verte de nuevo.

—Lo mismo digo. —Me muerdo el interior de la mejilla, sin saber muy bien de qué forma manejar esta extraña situación. No estaba preparada para estar sola en el piso con mi suegra hoy…, ni nunca —. ¿Me das tu chaqueta? ¿Te apetece beber algo?

No me pasa inadvertido que parece un poco tensa, a la defensiva, a pesar de que ha vivido aquí buena parte de su vida. Me pregunto si está buscando algún indicio de que haya cambiado algo, alguna huella visible de influencia estadounidense.

—No, gracias —dice—. ¿Has dicho que había un problema con las

tuberías?

Hago una mueca.

—Sí, en el baño. Iba a llamar a un fontanero, pero me temo que no he tenido demasiada suerte.

—¿Te importa si echo un vistazo?

Me da un poco de vergüenza el caos de frascos y cremas sobre el lavabo, aunque ella no les presta ninguna atención. Se arrodilla en el suelo y examina con atención las tuberías debajo del lavabo.

—Bueno, no parece muy grave —concluye—. Podemos apañarnos nosotras dos.

Resulta que hay masilla de fontanero en el trastero, ya que no es la primera vez que ocurre esto. Nos plantamos unos guantes de látex y nos ponemos manos a la obra. Este pequeño apaño servirá por ahora, aunque al final tendremos que llamar a un profesional para que sustituya la tubería.

Y esta vez, cuando le ofrezco una taza de té, ella acepta.

A estas alturas, he visto a Wouter prepararlos docenas de veces, pero todavía me cuesta un poco utilizar el infusor de té. *Thee*, pone en el pósit pegado a la tetera. Puse los ojos en blanco cuando lo vi.

Anneke coge uno que dice: *keukenhanddoek*, y me parece verla sonreír mientras lo vuelve a colocar sobre el paño de cocina.

—Parece que ya te has hecho a la casa —dice, viéndome moverme por la cocina mientras dejo dos tazas delante de nosotras y un plato de galletas en el centro de la mesa. No es un reproche ni una crítica. Solo un hecho.

—Sí, la verdad es que aquí es muy fácil sentirse a gusto.

—Recuerdo que a Wouter y a Roos les encantaba ese rincón junto a la ventana —dice, señalando con la cabeza—. Un día eran capitanes de barco, y los perros o pájaros que veían abajo eran criaturas marinas. Al día siguiente, era una nave espacial y luchaban contra

alienígenas. Nunca discutían ni lloraban. A veces no podíamos creer lo bien que se llevaban.

—¿Siempre han estado tan unidos? —pregunto, y ella asiente—. Son muy afortunados. Yo también estoy muy unida a mi hermana, pero… —Me interrumpo, sin saber hasta qué punto quiero compartir cosas personales con ella.

—Es duro estar lejos de tu familia —apostilla, mojando una galleta en el té y dándole pequeño mordisco—. Yo también estudié en Estados Unidos cuando estaba en la escuela. En Míchigan. No es tan glamuroso como Los Ángeles.

—A Wouter le decepcionó un poco que no nos cruzáramos siempre con famosos por la calle. La única vez que nos encontramos a uno, era un actor del que nunca había oído hablar, y se enfadó mucho consigo mismo. Pero por entonces era un encanto —digo, tratando de pensar cómo le gustaría a una madre que describieran a su hijo—. Tan educado, tan fácil de tratar. Bueno…, y sigue siéndolo. Nos encantaba tenerlo con nosotros.

—No lo dudo.

Lo dice tan seria que al principio no me doy cuenta de que es una broma, pero luego se le escapa una sonrisa, y yo me echo a reír con ella.

—Me encantaban sus dibujos —continúo, esperando que no sea un tema delicado—. Tenía un don para capturar las expresiones humanas.

Anneke se queda callada unos instantes y me preocupa haber hablado demasiado.

—Imagino que sabes que no le apoyábamos demasiado cuando quiso estudiar eso —dice—. Sabía cuánto le apasionaba, pero me daba miedo. A veces me pregunto… qué habría pasado si no le hubiéramos presionado tanto. Cuando su padre enfermó, veía que le

costaba mucho llevar al día los estudios. —Me duele imaginar a Wouter en la universidad, estudiando de madrugada para un examen mientras el futuro de su padre parecía tan delicado—. Además, dedicó mucho tiempo a cuidar de su padre, y cuando falleció… se convenció de que tenía que seguir cuidando también de nosotros. No es que quisiéramos que nos ignorara, por supuesto, pero Roos es muy autosuficiente. Y en cuanto a mí —dice señalando con la cabeza hacia el baño—, también aprendí unas cuantas cosas de mi marido.

—Le gusta sentirse útil —digo, y Anneke asiente con seriedad.

Lo que dice me llega al corazón, ya que de repente me queda claro un aspecto crucial de Wouter. Desea tanto que su familia lo necesite porque tiene miedo de querer algo solo para él.

La mirada de Anneke se posa en mi mano. He estado jugando con la alianza sin darme cuenta.

—He de confesar que me preocupé un poco cuando nos dijo que os ibais a casar. Pero yo también fui joven y estuve enamorada. Veo cuánto le quieres, Dani, y me alegro mucho de que le hayas vuelto a encontrar. —Se inclina sobre la mesa y me coge la mano—. Y espero que también nosotras podamos seguir conociéndonos.

Las palabras casi se me atragantan en la garganta.

—Pues claro que sí.

La culpa es algo horrible y amargo. Le brindo a Anneke una sonrisa forzada, similar a la que le dediqué a Roos cuando me pidió que le confirmara mis sentimientos por su hermano. Aunque Anneke haya tardado un poco más en abrirse a mí, la conclusión es la misma: ambas creen que amo a Wouter.

Admiro la devoción que Wouter siente por su familia. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conservar este lugar que guarda sus recuerdos más preciados, incluso mentir, algo que debe

de estar matándolo por dentro. Y todo porque quiere que crean que es feliz.

Y lo es, ¿no? Al menos anoche lo era.

Puede que esto esté funcionando mejor de lo que habíamos planeado.

—¿Y tus padres? —pregunta Anneke—. ¿Les has contado algo más sobre nuestra pequeña celebración?

—Oh…, es que es carísimo —respondo, sintiéndome idiota por no haber previsto esta pregunta. Es normal que les parezca extraño que mi familia no quiera verme casarme, aunque en teoría ya lo esté—. Querían venir. Claro que sí. Pero al final… no han podido. ¡Pero mi hermana sí viene! Ella y su mujer han encontrado unos billetes económicos.

—Me alegra mucho oír eso. Ya buscaremos mil formas de hacer que sea especial, ¿verdad?

Exhalo un suspiro tembloroso. Me doy cuenta de que, a pesar del estrés por el lío de la tubería y la visita sorpresa de Anneke, hoy no he sentido la necesidad de controlar mi respiración. La ansiedad no me domina.

—Nos basta con que todos vosotros estéis ahí.

Entonces me dedica su sonrisa más sincera hasta el momento.

—¿Has decidido ya qué te vas a poner?



Me giro en el espejo, intentando ver la parte de atrás del vestido.

—Me encanta cómo te queda ese corte —dice Roos desde un lujoso sofá frente al vestidor.

A su lado, Iulia asiente.

—Tiene un aire vintage.

—¿Y de verdad vamos a ignorar el lazo gigante que tengo en todo

el trasero?

Roos se ríe.

—¡A mí me parece bonito!

—Como si tu trasero fuera un regalo —añade Iulia.

Suelto un gemido y me giro para enganchar la cremallera.

—No, ni hablar.

He intentado posponer la compra de mi vestido de no novia todo lo que pude, pero no he podido competir con el entusiasmo de Roos. Si estuviera en Los Ángeles, seguro que habría venido aquí con un grupo de damas de honor, sintiéndome obligada a devolver el favor a las mujeres en cuyas bodas había participado. Aunque hace tiempo que no las considero mis amigas.

Así que hago fotos para enviárselas a Phoebe, porque no estoy segura de poder casarme de mentira con un vestido que no le guste a mi hermana.

Roos se apresura a ayudarme con la cremallera mientras Iulia espera a un lado con la percha en la mano.

—Es un poco decepcionante, ¿no? —digo mientras salgo de ese revoltijo de gasa y satén—. Como ya estamos casados…

—Puede que un poquito —responde Roos, haciendo un gesto con el pulgar y el índice.

—Pero una no se compra un vestido de novia todos los días.

Tengo que hablar con los dientes un poco apretados:

—Con suerte, solo una vez.

Una cosa de la que no me había dado cuenta es que mi amistad con Roos, al igual que mi matrimonio, tiene fecha de caducidad. Tengo la sensación de que la mayoría de la gente no sigue manteniendo una relación estrecha con los hermanos de sus ex, aunque el matrimonio fuera falso. Por muy íntimas que nos hagamos, todo eso termina en el momento en que firmemos los

papeles del divorcio.

Y no solo con Roos. También con Iulia. La culpa por el número de personas a las que estamos engañando no deja de aumentar.

Mientras echo un vistazo al perchero de los vestidos, veo a Roos y a Iulia riéndose mientras se prueban velos cada vez más ridículos. Iulia le hace ojitos a Roos, intentando de forma exagerada quitarse un velo largo antes de que se le enrede el pelo y Roos se arrima para ayudarla. Me tomo mi tiempo para ponerme el siguiente vestido porque no quiero interrumpirlas.

—Ese color te apaga por completo —dice Roos cuando reaparezco con un blanco espectral—. Pero me gusta el corte. Creo que lo he visto en otros colores, voy a buscarlos.

Mientras Roos se dirige a la parte delantera de la tienda, me vuelvo hacia Iulia. Es la primera vez que ella y yo estamos más o menos a solas desde la excursión en barco.

—Iulia —comienzo—, me parece que debo explicarte algunas cosas…

Pero ella levanta una mano y sacude la cabeza.

—¿Quizá sea mejor que no lo sepa? Porque… Roos me cae genial. Y tú también, desde luego. No quiero tener que mentirle.

Asiento y trago saliva.

—Y yo no quiero ponerte en esa tesitura. Te lo juro.

Debe de darse cuenta de lo incómodo que me hace sentir esto, porque se levanta de un salto y me da un abrazo rápido.

—Oye, no pasa nada. Te prometo que no te juzgo.

—Dios, estás siendo demasiado amable conmigo.

Lo digo en broma, pero Iulia se lo toma al pie de la letra.

—Sé que vivir en otro país no siempre es fácil —dice con su franqueza habitual—. A mí me tendieron una mano cuando llegué aquí, así que yo solo… quería hacer lo mismo por otra persona.

Eso hace que la abrace con más fuerza.

Una dependienta nos ve y se acerca con una caja de pañuelos.

—Sé que puede ser un momento muy emotivo —dice, y Iulia y yo nos reímos mientras cogemos uno cada una.

Roos vuelve con los brazos llenos de tul, y Iulia nos cuenta que acaban de despedir a uno de sus compañeros por entrar en Dam Fine fuera del horario laboral y llevarse uno de los barcos para dar una vuelta. Al día siguiente, su jefe lo encontró estrellado contra el muelle, lleno de botellas de alcohol.

—Así que si conocéis a alguien con experiencia pilotando barcos o que aprenda rápido, avisadme.

—Casi estoy impresionada —dice Roos—. Aquí es muy difícil que te despidan.

—A mí me despidieron. Antes de irme de Estados Unidos.

Ambas se giran hacia mí, expectantes.

—Inesperado e intrigante —aduce Roos, tamborileando con las uñas en la barbilla.

Dudo un instante si debo compartirlo con ellas. Nunca es fácil desvelar tus traumas a gente nueva, pero me gusta esta sensación de camaradería. Quiero aferrarme a ella todo lo que pueda.

Después de contar toda la sórdida historia, Iulia grita: «¡Que le den!» un poco demasiado alto, lo que llama la atención de otras mujeres que están curioseando por la tienda. Ella hace una mueca y baja la voz.

—Lo siento. Que le den —repite.

Me doy cuenta de que esto era lo que buscaba cuando hablé de ello con mis amigas. ¿Cómo es posible que personas tan lejos de mi hogar me entiendan mejor que las que me conocen desde hace años? ¿O será que aquí ya me estoy convirtiendo en alguien diferente, en la persona que siempre quise ser?

—No puedo creer que te despidieran por eso. Todo el mundo quiere saber los detalles picantes de sus compañeros de trabajo —dice Roos, y cuando Iulia arquea las cejas, añade—: Bueno, la mayoría de la gente.

—No fue mi mejor momento, pero ¿sabéis qué? No me arrepiento —declaro, y cuando las palabras salen de mi boca, me sorprende descubrir que son ciertas—. Puede que fuera algo inmaduro, pero no me arrepiento.

—¡Porque todo eso te llevó de nuevo con tu único y verdadero amor! —exclama Roos.

Iulia saca otro vestido del perchero, de un rojo tan oscuro que roza el burdeos. Alzo las cejas y ella levanta una mano.

—¡No lo juzgues todavía! Sé que no es nada tradicional, pero este me llama la atención.

Decido seguirle la corriente. El vestido es de un tejido ligero y vaporoso cubierto con encaje, y un espectacular escote de pico que se repite en la espalda, y aunque habrá que cogerle el bajo, al instante me parece la prenda más elegante que jamás ha tocado mi piel.

En realidad, quizá difiere un tono o dos, pero desde lejos parece del mismo color que mi marca de nacimiento. No intenta ocultarla ni disimular que está ahí. La resalta. Me llevo una mano a la mejilla, esa parte de mí que siempre he querido ocultar.

Las tres contemplamos mi imagen en el espejo. Me imagino a Wouter viéndome con este vestido: el profundo escote, la forma en que acentúa mis caderas, pero, sobre todo, lo feliz que parezco con él.

—Este es —dice Roos exhalando—. Este es el vestido.

Diecinueve



El chico de la quinta tienda de bicicletas me da un repaso visual y entrecierra los ojos.

—¿Busca una bicicleta para adultos?

—Puede que una con un cuadro de menos de cincuenta centímetros —dice Wouter.

El dependiente hace una mueca exagerada al oír eso.

—Algo tan pequeño… Me temo que solo tengo modelos para niños.

—¿Puedo verlos? —pregunto, y el chico desaparece en la trastienda.

Anoche, al volver tarde de clase de neerlandés después de perder mi tranvía habitual por un desvío por obras, Wouter estaba en el sofá leyendo, con George acurrucado a su lado.

—Sería mucho más fácil si pudiera ir en bicicleta a casa —dije sin aliento.

—Pues no se hable más —dijo, cerrando el libro de golpe y enderezando la espalda—. Mañana iremos a comprar una bicicleta.

El chico me saca una bici de segunda mano, con algunos arañazos, negra con llamas rojas y amarillas a los lados. Tiene escrito PEQUEÑO DIABLO en llamativas letras blancas.

Me enamoro de ella al instante.

—No quiero que los niños de diez años del barrio se pongan celosos —digo mientras él me sube el sillín.

Sé que me viene perfecta antes incluso de montarme. Agarro el manillar con las manos, sin apretar, y cuando toco el timbre, suena un pequeño y estridente ring, ring. Doy unas vueltas a la manzana para acostumbrarme a ella. Es vieja, y eso resulta un tanto reconfortante. Como si esta bicicleta hubiera acompañado a muchos niños en sus años más aventureros y despreocupados, de camino al colegio, a casa de sus amigos o a comprar helados.

Wouter se limita a mirarme, con una sonrisa ridícula en la cara que debe de ser un reflejo de la mía.

El vendedor parece completamente perplejo, pero se limita a encogerse de hombros con aire de resignación.

—Supongo que así será menos probable que se la roben.



—Muy bien, Pequeño Diablo —dice Wouter cuando llegamos al Vondelpark, el parque más grande de Ámsterdam—. Demuéstrame lo que sabes hacer.

Antes de salir de la tienda de bicicletas, pedí que me pusieran una cesta delante. No es exactamente la bicicleta neerlandesa en tonos pastel con la que soñaba, pero no siento que pierda el control cuando pedaleo. Mi bicicleta demoníaca parece robusta. Fiable.

A primera hora de la tarde, el parque está lleno de gente disfrutando del inusual sol primaveral, aunque mi app del tiempo me avisa de que puede que llueva más tarde. En cuanto el termómetro alcanza los veinte grados, todo el mundo parece lanzarse a la calle, decididos a tomar vitamina D antes de que desaparezca. Hay algunas garzas, esas aves elegantes, a lo largo de la

orilla de un estanque.

Cuando me monto, me lleva un momento dominar el manillar, y doy un pequeño golpe involuntario a la bici de Wouter.

—Y una cosa más —dice cuando murmuro una disculpa—. No tienes que disculparte.

—¿Qué?

—Estás aprendiendo. No tienes que pedir perdón por eso.

—¿Aunque rompa el escaparate de una tienda?

—Ni aun así.

—¿Aunque me estrelle de cabeza contra un camión de perritos calientes y te arrastre conmigo?

—Es poco probable, pero tampoco.

Empiezo a pedalear, tambaleándome un poco antes de encontrar mi centro de gravedad. Cada vez que nos encontramos con un grupo de gente, me pongo nerviosa y tengo que bajarme de la bici para esquivarlo.

—Confía en ti —me dice cuando vuelvo a subirme—. Te he visto dar esa curva sin gente alrededor… ¡Sí! Así. *Goed zo*. —El orgullo que transmite su voz me produce un nuevo cosquilleo de la emoción. Quiere que esto se me dé bien, y no solo eso, sino que me sienta lo bastante segura para montar yo sola.

—Me he sentido intimidada —confieso después de unos minutos más. Odio decirlo. Los primeros años de mi vida estuvieron marcados por tanta debilidad que siempre me sentí obligada a demostrar que era lo bastante fuerte, lo bastante valiente y que estaba lo bastante sana—. Creo que aquel accidente me dejó una herida psicológica más profunda que la física, y no he podido quitarme el miedo de encima desde entonces.

—Lo entiendo. Cuando tenía ocho o nueve años, choqué con un poste y salí volando de mi bicicleta, directo al pavimento. Cuando

mi madre me vendó las rodillas, le dije una y otra vez que nunca volvería a montar en bicicleta. Pero ella se echó a reír porque sabía que no había nada que pudiera impedirme hacerlo: no en este país, y mucho menos cuando todos mis amigos se movían en bici. Y tenía razón. Al día siguiente ya estaba otra vez pedaleando, con las rodillas llenas de costras. —Coloca la mano en mi manillar—. Pero superar el bloqueo mental es lo más difícil. Lo estás haciendo fantástico. Por no hablar de que… —baja un poco la voz— estás guapísima con eso.

—Querrás decir ridícula.

—No —asevera, y me lanza una sonrisa burlona mientras se aleja a toda velocidad.

Después de unas cuantas vueltas más, hacemos un descanso para comprar unos *kebabs* en un puesto de comida, y Wouter extiende una manta de pícnic que llevaba en la mochila. Los primeros tulipanes asoman del suelo, amarillos, rosas y rojos con puntas blancas. El cielo se ha encapotado, cubriéndose de unas densas nubes que amenazan con descargar lluvia, pero por ahora estamos a salvo.

Más o menos.

Volvimos de Brujas hace unos días, y la única razón por la que no le he rogado que me lleve a la cama es que tengo un examen de neerlandés dentro de poco. Me alivia que mi interés por el idioma no haya disminuido. Que no me haya rendido ni lo haya dejado de lado solo porque no se me dio bien desde el principio.

«Porque quiero que esto funcione. —Me doy cuenta—. Porque quiero quedarme aquí». Cuanto mejor lo hable, aunque aún me queden muchos meses para eso, más fácil me resultará encontrar trabajo, a pesar de que eso reavive la incertidumbre de qué va a pasar con Wouter y conmigo una vez que nos divorciemos.

¿Seguiremos siendo… amigos? ¿Seguiremos acostándonos de vez

en cuando?

¿O cuando cada uno haya conseguido lo que necesita, él su casa y yo mi visado, dejaremos de tener un motivo para seguir formando parte de la vida del otro?

—Hay algo que no entiendo —digo una vez que hemos terminado de comer, intentando no dejarme arrastrar por mis pensamientos—, y espero que tú puedas aclararme las cosas. Está claro que feo no eres…

—Vaya, gracias.

—…y tienes algunas cualidades decentes…

—Para, que me estoy sonrojando.

Me arrimo para darle un pequeño empujón en el brazo, y con la sonrisa que tiene en los labios, necesito toda mi fuerza de voluntad para no tumbarle sobre la manta y subirme encima de él.

—Si sabías que tenías que casarte para heredar la casa…, quiero decir…

Wouter enarca las cejas.

—¿Me estás preguntando por qué sigo soltero?

Esto me hace gemir, porque es una pregunta que me da vergüenza ajena. La pregunta que ninguna persona soltera quiere oír jamás.

—No es que no te lo esté preguntando. Pero… sí.

—Pensaba que a estas alturas ya estaría casado y tendría hijos —admite después de un rato, deslizando una brizna de hierba entre sus dedos—. Cuando cuidaba de mi padre…, eso se convirtió en toda mi vida. No me arrepiento de nada, aunque mi madre siempre me animaba a que saliera, y lo hacía… a veces. Pero no creo que yo fuera una pareja muy presente.

Una vez más, se me rompe el corazón por él, porque se cerró en sí mismo para poder pasar todo el tiempo posible con su padre.

—¿Cómo era tu padre? Si te apetece hablar de él, claro.

Wouter asiente despacio, como si en ese momento estuviera decidiendo que sí quiere hablar de él.

—Era abogado. De hecho, mis padres se conocieron en la Facultad de Derecho. Puede que eso haga pensar que era una persona estricta y muy rigurosa, pero solo era así en el trabajo. Tenía una risa estruendosa; te juro que a veces podía oírla incluso desde fuera, cuando doblaba la esquina de nuestra calle.

—¿Y cómo se llamaba? —pregunto, al darme cuenta de que no lo sé y me parece crucial.

—Joost. Un nombre muy neerlandés —responde—. También era muy hábil con las manos. Siempre estaba trabajando en el apartamento, porque sabía lo mucho que significaba para mi madre. Cuando yo era más joven, quería saber todo lo que él hacía. Él me complacía y me daba una pequeña llave inglesa para que yo también pudiera hacer como que estaba arreglando cosas. Y le encantaba la cultura pop estadounidense —continúa—. Lo había visto todo y siempre estaba al tanto de las series populares de HBO. Nunca he conocido a nadie a quien le gustara *El séquito* más que a mi padre.

No puedo evitar reírme con eso, y Wouter sonríe, haciéndome saber que no pasa nada.

—Me encantaba eso de él.

—Él fue una de las principales razones por las que quise ir a Estados Unidos. En especial a Los Ángeles.

—Siento mucho no haber podido ayudarte a cumplir tus fantasías de *El séquito*. Al menos podrías haberme llamado Tortuga cuando conducía. No me habría importado. Lo miro entrecerrando un ojo—. ¿Eras más Vince o más Eric? No me digas que eras Ari.

—Todos tenían lo suyo —repone Wouter, inclinándose para darme con el codo en el hombro. Luego vuelve a ponerse serio—. Ahora ya entiendes por qué llevaba tanto sin salir con nadie. A veces incluso

me pregunto si sería buena pareja. En realidad —dice, tocando mi anillo con el dedo índice—, mi familia y mi trabajo han sido todo mi mundo durante mucho tiempo. No había espacio para nada más: ni *hobbies*, ni viajes ni diversión. Ser práctico, tener los pies en la tierra y estar disponible eran los pilares fundamentales de mi vida. Ya te conté por qué quería conservar la casa, aunque se esté cayendo a pedazos. Me imaginaba a mis padres envejeciendo allí, y a mí llevando a mis hijos a visitarlos. Por supuesto, eso ya ha cambiado, y ahora deseo con todas mis fuerzas criar a mis hijos en el lugar que tanto amo. —Hace otra pausa—. Puede que ese sea el problema. A lo mejor lo deseo demasiado.

Pienso en lo que dijo su madre sobre esa necesidad suya de sentirse útil. Después de cuidar de su padre durante tanto tiempo, cuando él falleció, no supo cómo cuidar de sí mismo.

Tengo la garganta seca cuando vuelvo a hablar.

—No tengo la más mínima duda de que serás una pareja fenomenal. Para…, para la persona adecuada.

Él asiente despacio: ojalá pudiera explicar por qué eso me parte el corazón en dos.

—Por si sirve de algo —continúo—, no creo que quieras demasiado. En absoluto. —Porque la verdad es que se lo merece todo, y la mujer que se lo dé va a ser muy afortunada—. Y… no sé cómo preguntártelo con delicadeza, pero ¿estás bien?

—Estuve yendo a terapia un tiempo después de que falleciera mi padre. Solo necesitaba hablar con alguien que fuera amable conmigo y que me ayudara a ser más amable conmigo mismo.

—Yo también he ido a terapia. No es que esté diciendo que mis problemas se acerquen ni por asomo a los tuyos, claro —suelto rápido y sin pensar.

Él frunce el ceño y, por un momento, temo haber elegido el peor

momento para compartirlo.

—¿Por qué tendría que ser una competición?

—No lo es. Es solo que… —Respiro hondo, de forma un tanto temblorosa. No tenía pensado contarle nada de esto, ni ahora ni quizá nunca. Pero ahora ya está dicho, y él ya ha compartido mucho conmigo—. Tuve una pequeña crisis nerviosa. Hace unos cuatro años. —La forma en que me mira no me hace sentir como si hubiera un foco sobre mí, como si estuviera en un escenario confesando esto mientras el sudor me gotea por la espalda. Aquí no hay presión—. Estaba más o menos en la misma situación en la que estoy ahora: sin novio, con un trabajo que no me llenaba, y todos los demás estaban haciendo cosas estupendas, casándose y teniendo hijos, y yo… sentía que me había quedado muy atrás. Que jamás podría llegar a su nivel. Siempre he cargado con eso: el miedo a no alcanzar todo mi potencial. Bueno…, tú ya conoces toda la historia de mi nacimiento.

Él asiente, porque conoce los hechos básicos.

—Fue muy traumático para todos vosotros. Recuerdo las fotos que me enseñó tu familia. Las noticias.

—Dios, esas noticias. No podía evitar sentir que tenía que hacer algo bueno, algo importante, solo porque había sobrevivido. Era un «bebé milagro» y, por lo tanto, tenía que salir al mundo y hacer algo extraordinario. Y mis padres… Sé que tenían buenas intenciones, pero me tenían en una burbuja, como si un simple corte con un papel fuera una emergencia nacional. —Me cuesta respirar, el pecho me duele un poco. «Cuatro. Siete. Ocho». Al decirlo en voz alta, nada de eso parece justificar mi ingreso en el hospital ni las pastillas que hay en el cajón de mi mesita de noche. ¿Cómo puede algo que ocurrió únicamente en mi cabeza compararse con todo lo que él acaba de confesar? ¿Con las cosas horribles por las que ha pasado? Soy una puñetera idiota, me avergüenza haber sacado el tema. Con mano

temblorosa, oculto mis ojos de los suyos—. Todo me superó. Estuve ingresada dos semanas, recibiendo terapia, intentando recuperar la estabilidad y dar con la medicación adecuada. En realidad, fue la mejor decisión en ese momento.

Los ojos de Wouter están llenos de una emoción que creo que nunca le había visto. Compasión, aunque inmerecida.

—Lo siento mucho, *lief* —dice con suavidad, amoldando la mano sobre mi rodilla—. Ojalá no hubieras tenido que pasar por nada de eso, pero me alegro mucho de que recibieras ayuda.

—Fue una experiencia positiva —digo con sinceridad—. Estoy agradecida de haber podido hacerlo. Pero a veces, incluso ahora, pienso… ¿qué derecho tengo a estar deprimida?

—El mismo derecho que cualquier otra persona —aduce—. No tienes por qué sentir vergüenza por pedir lo que necesitabas.

—Pero, sobre el papel, mi vida no tenía nada de malo. Y aun así no conseguía ser feliz.

—Tomaste las riendas y priorizaste tus necesidades. No tienes nada de qué avergonzarte; al contrario, deberías sentirte… —Busca la palabra adecuada, acariciando mis vaqueros con las yemas de los dedos—. Fuerte. Eso es lo que siempre pienso cuando te miro.

Suena tan ridículo que tengo que contener la risa.

—¿Fuerte? ¿Yo, una mujer de treinta años que está aprendiendo a montar en una bicicleta infantil?

—Sí —insiste, y su convicción me invade y hace que quiera creerle —. Siempre has sido valiente. Desde que eras un bebé…, eres una auténtica luchadora. Te viniste a vivir aquí sin saber qué te esperaba, sin conocer a nadie, sin un plan B. Te lanzaste, sin más.

—Pero tú hiciste lo mismo.

—No es comparable. Yo no tenía que preocuparme por el dinero, por el trabajo, ni por dónde iba a vivir —aduce, con una sonrisa

torcida—. Aunque quizá sí que debería haberme preocupado por cómo iba a mantener la compostura viviendo bajo el mismo techo que tú.

—¡Venga ya! Estabas tan tranquilo que me llevó mucho tiempo darme cuenta de que yo también te gustaba.

Wouter se lleva una mano al corazón, fingiendo sorpresa.

—¿Tranquilo, yo? A los diecisiete años no sabía lo que significaba esa palabra. —Su mano busca la mía, recorre mis nudillos y sube despacio por mi muñeca—. Aquello fue algo especial, ¿verdad? Compartir todas esas primeras experiencias.

—A veces a trompicones —digo, con todos mis sentidos puestos en el movimiento de sus dedos—. Como la vez que estábamos tonteando en mi coche y te golpeaste la cabeza con el techo. Estaba tan preocupada de que tuvieras una conmoción cerebral, aunque no tenías ningún síntoma, que iba a explicarles a mis padres que te habías golpeado al intentar quitarme el sujetador con los dientes.

—Qué poco fino fui —dice. Sus ojos color avellana se suavizan y le salen unas arruguitas en la zona de los rabillos—. Pero aun así paraste en una tienda de comestibles para comprar una bolsa de guisantes congelados.

Nos sentamos en un parque como este hasta la hora del toque de queda, con la cabeza de Wouter en mi regazo y yo sujetando la bolsa de hielo improvisada sobre su frente, buscando un bulto fantasma.

—Creo que se me durmió la mano —digo riendo. Nunca pensé que tendría la oportunidad de recordar este tipo de cosas con él, y de algún modo está curando algo dentro de mí que no sabía que necesitaba cerrar.

—Es cierto que tuvimos algún que otro desastre, pero me gusta pensar que lo arreglamos.

Y lo hicimos, ¿verdad? Durante un tiempo, tuvimos algo muy

preciado. Tal vez terminó con una ruptura dolorosa, pero los recuerdos siguen ahí, y ahora que por fin sé la verdad sobre la ruptura, todo se ve con una luz más optimista.

Wouter me pone la mano en el hombro y juguetea con las puntas de mi cabello. Me inclino hacia él, sin pensar demasiado, aceptando este sencillo y tierno gesto con naturalidad. Ahora que puede expresar con libertad lo que siente, está dejando salir todo lo que había guardado dentro. Cierro los ojos, disfrutando de la sensación, perdida en mis pensamientos mientras este maravilloso hombre pasa los dedos por mi cabello.

En muchos sentidos, sigo sin saber qué hago aquí. Vine a buscar un nuevo trabajo, pero no me veo atrapada en otra de esas grises oficinas. No sé lo que quiero, pero sí sé que no es eso.

Él lo llamó «desgaste laboral» en el Museo STRAAT, y a mí me sonó algo lejano, raro. Creía que para llegar a ese punto hacía falta tener una trayectoria profesional ya consolidada, que se necesitaba cierta pasión, y yo apenas tenía unas pocas chispas. Pero quizá no se equivocaba: entre el empleo que no me llenaba y el constante deseo de algo más, mi agotamiento absoluto y mi paso por el hospital psiquiátrico…, todo apuntaba a algo que solo ahora empiezo a ver.

—Supongo que siento que nunca he encontrado mi lugar. Soy una eterna flor tardía —digo, mirándole—. ¿Hay alguna expresión similar en neerlandés?

—Sí, es la misma. *Laatbloeier*. —Medita un segundo antes de añadir —: Te entiendo. No sé si soy demasiado mayor para mi cuerpo o si yo también soy una *laatbloeier*. O tal vez florecí, pero no de la manera correcta. No de una manera que le hubiera encantado a mi yo más joven, el yo que conociste en Los Ángeles. Al menos eso creo.

—Pues cambia —digo, como si fuera tan fácil. Como si a mí no me hubiera hecho falta cruzar el mundo para descubrir que podía

hacerlo—. No es demasiado tarde. Te lo prometo.

Solo ahora que entre nosotros se ha instalado un cómodo silencio, caigo en la cuenta de que me ha llamado «*lief*» sin que hubiera nadie más cerca. Lo busqué después de Culemborg. Significa «cariño», «mi amor».

Han empezado a caer algunas gotas sueltas y la gente a nuestro alrededor está empezando a recoger sus cosas. No estoy acostumbrada a mostrar mis inseguridades de esta manera. Ni siquiera Jace sabía mucho sobre mi ingreso en el hospital ni de la ansiedad que arrastro por el hecho de ser un bebé milagro.

Dijimos que esto iba a ser algo informal, pero eso no justifica todas las verdades que ya le he contado. Todas las cosas que nunca he podido compartir con nadie más.

Entrecierro los ojos y levanto la vista hacia el encapotado cielo.

—¿Volvemos a las bicicletas o…?

En ese instante, el cielo se abre y se descarga una lluvia torrencial como jamás había visto.

La gente grita mientras recoge sus pertenencias y corre a buscar refugio. Nos levantamos de golpe, y Wouter recoge la manta y la mete en su mochila.

—¿Te parece bien que volvamos en bici bajo la lluvia?

El suelo está empapado bajo mis pies, y aunque ya estoy mojada, no tengo prisa por irme.

Levanto el rostro hacia el cielo y dejo que la lluvia me empape.

—¿Esperamos un minuto? —le pregunto, y él se ríe.

Ya tiene el cabello pegado a la cabeza y esa imagen hace que me entren unas ganas locas se trazar con la lengua un camino desde la oquedad de su garganta hasta su ombligo. Las gotas se acumulan en sus gafas, pero aun así puedo ver que me está mirando. El aguacero ha hecho que mi fina camiseta se vuelva transparente.

El descarnado anhelo que transmite su expresión es suficiente para desarmarme. No puedo resistirme: me aplasto contra él, levantando la cabeza para llegar a sus labios.

No creo que sea el cierre de un capítulo. Es otra cosa, algo más aterrador, y aun así no puedo evitar lanzarme a ello de cabeza.

Su boca está húmeda y ávida. Si tiemblo, no sé si es por la lluvia o por él, por la forma en que estrecha mi cuerpo empapado contra el suyo, por el rugido de su garganta, que resuena como un trueno. No puedo ver nada con la lluvia resbalando por mi cara, pero no importa. Lo único que necesito es sentir.

No sé cuánto tiempo me besa allí, con urgencia y sin miedo.

—¿Qué me dices? —pregunto cuando la lluvia empieza a amainar. Él sigue sujetándome por la cintura, y los dos estamos sin aliento—. ¿Seguimos en bici o…?». Engancho el pulgar en una de las presillas de su cinturón, esperando que entienda lo que quieren dejar implícito esos puntos suspensivos.

Él sacude la cabeza y esboza una sonrisa torcida.

—Lo que quiero ahora mismo —dice, con los dedos extendidos sobre mis caderas— es ir a casa y follarme a mi mujer.

Veinte



Calados de arriba abajo, recorremos el pasillo a trompicones rumbo a la ducha. Antes de que lleguemos, sus manos me agarran, me inmovilizan contra la pared y me alzan las piernas alrededor de sus caderas para poder besarme el cuello, la clavícula, el pecho por encima de mi camiseta transparente. Soy adicta a su voracidad, porque yo también la siento, esa electricidad que palpita entre nosotros mientras le agarro el pelo y gimo en su oído.

El regreso a casa fue una pequeña odisea; el agua y el barro me salpicaban las piernas y he acabado empapada de pies a cabeza, pero no me importa. Le pusimos el candado a las bicis y subimos las escaleras entre risas, chorreando agua, y nos hemos descalzado en la puerta de entrada. George nos estaba esperando, así que le dimos unas caricias y una golosina.

Ya en el baño, Wouter abre el grifo de la ducha y se toma su tiempo para desvestirme delante del espejo mientras esperamos a que se caliente el agua, con la ropa mojada pegada a la piel húmeda.

«Follarme a mi mujer. Follarme a mi mujer. Follarme a mi mujer».

Las palabras se repiten de forma obscena en mi cabeza.

Se coloca detrás de mí, apartándome el pelo del cuello mientras me besa ahí, al principio con dulzura y luego con tanta fuerza que me

deja marca. Pasa una mano por mi cintura y acaricia con el pulgar los pétalos del girasol de mi cadera. Me aprieto contra él cuando su erección roza el centro de mi espalda.

—Me encantas así —murmura. Desliza un dedo por mi mandíbula, hacia mi mejilla. No evita tocar mi marca de nacimiento, y me doy cuenta de que, sin tan siquiera quererlo, he estado ladeando un poco la cabeza hacia la izquierda.

—¿Desnuda? —pregunto, riendo, y aparece un hoyuelo cuando él sonríe.

—Sí, pero… en este preciso momento. Sonrosada y tan hermosa. Puedo ver el deseo en tu rostro.

Llevo la mano a la espalda para rodear su pene con los dedos.

—Y yo puedo sentir el tuyo aquí mismo.

Contemplo nuestra imagen en el espejo; veo su sonrisa transformarse en un gemido, con los ojos cerrados mientras lo acaricio. En respuesta, me acaricia el pecho, me masajea el pezón como si supiera que esa es la forma más rápida de excitarme.

Tal vez así volvemos a establecer un límite. El sexo no implica compromiso. El sexo no requiere sentimientos.

Y, cuando consiga un contrato de trabajo, ya no tendremos ninguna obligación el uno con el otro.

Me da la vuelta y entramos en la ducha, con nuestras bocas fundidas en una sola. Por un momento, no estoy muy segura de si pretende que nos duchemos, hasta que coge una pastilla de jabón.

Lo desliza por mi piel y yo dejo que mi mente desconecte para centrarme solo en él mientras enjabona los brazos, el cuello, el estómago. El agua caliente golpea mi espalda, arrastrando la suciedad. Me entra en la boca, porque estoy sonriendo de oreja a oreja mientras él me enjabona los pechos.

Cuando me pasa la pastilla de jabón, empiezo por sus tobillos.

Subo por sus pantorrillas, por sus rodillas. Su polla está erecta y no puedo resistirme a prodigarle algunas caricias más. Dios, qué expresivo es. Puede que sea lo que más me gusta de él: que cada caricia provoca una reacción. Esta vez, él levanta la mano para dar un golpe en la pared.

Subo despacio por su abdomen, descubriendo dónde tiene cosquillas, que resulta ser en todas partes. Wouter se resiste a reír mientras le paso agua jabonosa por los abdominales, luego me agarra por la cintura y se inclina para darme un beso, como si creyera que así va a distraerme.

Y lo consigue, claro que lo consigue.

—Agáchate un poco —me quejo, mientras él se agacha de forma obediente para que le enjabone los brazos y los hombros. Es un delito lo sexi que está así, con el pelo revuelto y la espuma chorreándole por el cuerpo.

Me lanza una sonrisa burlona.

—Me parece que yo no te he pedido que te estires.

Me doy cuenta de que no solo tiene un tatuaje. Hay otro, un remolino de números romanos en la parte posterior de la pantorrilla: una fecha. Y el que solo pude ver de refilón la última vez, dibujado con delicada tinta negra justo encima del omóplato. Pequeñas hojas y pétalos anchos y planos, con un centro oscuro.

Una amapola.

La flor del Estado de California.

Siento que se me forma un nudo en la garganta. Tiene que ser una coincidencia. O puede que yo no sepa nada de flores y que signifique otra cosa. Sí, eso es lo más probable.

Antes de que pueda darle más vueltas, Wouter abre mi botella de champú. Me hace señas para que me acerque y cierro los ojos, dejando que masajee mi cabello y mi cuero cabelludo con

movimientos circulares suaves, relajantes…

Demasiado tiernos.

Abro los ojos de golpe y tengo que parpadear para quitarme el jabón, limpiándolos incluso cuando me pican.

—Lo que has dicho en el parque —digo, deseosa de recuperar el tono desenfadado—. Justo antes de irnos. Me gusta… cuando me hablas así.

Una pausada y pícara sonrisa se dibuja en su rostro.

—¿Que quería follarme a mi mujer?

Dios, este hombre va a hacer que pierda la cabeza.

—Sí. Eso.

Wouter vuelve a estrecharme en sus brazos y me empuja contra la pared de la ducha.

—Verte correrte una sola vez no fue suficiente —dice, y luego desliza la lengua por mi cuello mientras yo le agarro el pelo—. Joder, Dani. Es precioso ver cómo te corres. Verte perder el control y morderte el labio como si intentaras contenerte, hasta que ya no puedes más. Y los sonidos que haces… —Mientras habla, desliza un dedo entre mis muslos y no me avergüenza en absoluto lo rápido que encuentra un ritmo suave y tortuoso—. Todos los sonidos que haces.

Un grito se escapa de mi garganta. Su mirada brilla con picardía mientras se arrodilla para empezar a besarme las piernas. Es una imagen tan hermosa, él arrodillado delante de mí. Es un privilegio verlo tan vulnerable.

—La de veces que he imaginado tus piernas alrededor de mi cuello… —continúa, y me agarra los muslos. Los besa con la boca abierta.

No puedo evitar soltar un gemido mientras emprende un húmedo y caliente sendero por el muslo, acercándose a donde más lo deseo.

Me sujeta con firmeza mientras me separa las piernas.

—Dime qué más te gusta. ¿De qué otra forma quiere mi mujer que me la folle?

Las partes de mí que aún tienen aliento balbucean una respuesta:

—Me gusta… —De repente, me cuesta articular las palabras. Nadie me había preguntado esto antes, todos daban por sentado que lo que hacían funcionaba con todas por igual, y yo me retorcía lo suficiente como para que se lo creyeran.

—Todo lo que hiciste la última vez.

Dibuja una línea con la yema del dedo siguiendo las pecas de mi cadera.

—Tiene que haber algo más.

Lo hay. Por supuesto que lo hay.

—Si me lames mientras tienes el dedo dentro de mí, eso… me gusta. Y también… —Trago saliva con dificultad, preguntándome hasta dónde puedo llegar—. Puedes meterme un dedo en el culo. Si quieres.

Wouter pierde la calma un instante, como si esto fuera inesperado. Pero no oculta lo mucho que le excita, y me agarra el culo con las manos.

—¡Dios! Sí, claro que quiero.

Su respuesta es un alivio instantáneo.

Me coloca una pierna sobre su hombro, ayudándose de la pared para que no pierda el equilibrio. Al principio no me siento del todo segura, pero me agarra con tanta firmeza que hace que confíe en él. Estoy completamente desnuda ante él, en cuerpo y en alma, después de lo que acabo de pedirle, y sin embargo nunca me he sentido más a salvo.

Empieza despacio, muy despacio, rozando mis labios con la lengua. Provocándome. La última vez descubrió todos los lugares en

los que soy más sensible y parece que los recuerda todos. Me folla con el dedo, con lánguidos movimientos que arrancan obscenidades de mi boca.

Después aumenta el ritmo. Añade otro dedo. Aunque me tiemblan los muslos, él me mantiene erguida. Estoy a merced de su lengua mientras lame ese sensible brote de nervios. Joder, no voy a aguantar mucho, pero él está haciendo todo lo posible por dilatarlo.

De vez en cuando, me da un golpecito en el clítoris con la lengua o me lo roza con el dedo, pero sabe que no debe prestarle demasiada atención tan pronto.

Y aunque se lo he pedido, no estoy preparada cuando moja un dedo en mi humedad y se lanza a por mi culo. Ese roce, ese único y suave roce que solo debe durar un par de segundos, como si quisiera asegurarse de hacerlo bien antes de continuar, dispara todas mis terminaciones nerviosas. Es como si me hubiera metido la mano en el pecho y hubiera dado un tirón. Le agarro el pelo con tanta fuerza que me preocupa hacerle daño.

Me mira con ojos febriles.

—¿Así?

«Sí —intento decirle. Eres increíble. Eres perfecto». Pero el único sonido que sale de mi boca es un gemido ahogado.

—Buena chica —dice, y luego lo vuelve a hacer, compaginando esa suave caricia con otra más ferviente de su lengua a mi clítoris—. Muy bien, preciosa. Sigue gimiendo así para mí.

Es demasiado. Demasiado bueno. Soy plastilina en sus manos, sintiéndome de alguna manera ingrávida apoyada en sus hombros, con la espalda contra la pared de la ducha. El placer va aumentando en lo más profundo de mis entrañas, y no puedo mirar su rostro entre mis muslos o sé que estallaré. Pero estallo de todos modos: las estrellas estallan detrás de mis ojos y todo mi cuerpo se relaja. Me

derrumbo contra él, sin elegancia, pero él me sostiene. Me sostiene.

Cuando por fin bajo la mirada mientras él me ayuda a ponerme de pie, Wouter está sonriendo. Tiene las pupilas dilatadas y la boca húmeda. La viva estampa de la satisfacción.

—A la cama —digo con voz ronca—. Ahora.

Nos envolvemos en las toallas solo lo suficiente para asegurarnos de que no estamos goteando agua por todas partes. Me vuelve a coger en brazos, un par de pasos húmedos hasta su habitación, la parte de la casa en la que casi nunca he estado, pero apenas tengo tiempo para fijarme en los detalles…, porque George está acurrucado en medio de la cama, mirándonos fijamente.

Dejo escapar un grito de sorpresa mientras Wouter se ríe y me deja suavemente en la cama.

—Lo siento, amigo —dice, y el perro sale corriendo de la habitación. Está claro que no sabe qué está pasando, aunque intuye que es mejor no estar ahí para verlo.

—Se lo compensaremos con un largo paseo más tarde —digo justo antes de que mi espalda toque el colchón.

Hay algo distinto en su forma de abrazarme. Me da un beso lánguido en el tobillo, en la pantorrilla, en la parte interior de la rodilla. La urgencia nos dominaba la primera vez. Ahora, aunque ya se ha hecho de noche, enciendo la lámpara de la mesilla antes de volver a subirme a su regazo y permitirme el placer de verle. Los ángulos de su pecho, el sendero de vello rubio rojizo. Las pecas de sus hombros, más densas que en cualquier otra parte. Su risa vibra debajo de mí, y siento su respiración cuando hundo mi cara contra su pecho y respiro su aroma.

—Llevas un DIU, ¿no? —pregunta, y yo asiento.

Rozo su glande con la mano, sabiendo lo increíble que será sentirlo dentro de mí. Él palpita contra mi palma.

—Quiero sentirte. Sin ninguna barrera entremedio. Nunca lo hemos… —Cuando teníamos diecisiete años, siempre usábamos condón—. Quiero que sea como la primera vez.

—Lo sé —dice en voz queda, casi reverente—. Una segunda primera vez.

Me sujeta las caderas mientras me siento a horcajadas sobre él, tomándome mi tiempo para excitarlo. Con todo el autocontrol que puedo reunir, froto mi sexo contra su pene mientras él suplica con los dientes apretados.

—Te necesito —murmura—. Por favor.

—Bueno, si me lo pides así…

Bajo las caderas hasta el fondo, acogiendo toda su longitud y arrancándole un glorioso gemido. Oh…, su inmediato calor, esa presión exquisita… Me contoneo unas cuantas veces, dejando escapar un suspiro tembloroso. Solo él, nada nos separa mientras me dilata de la forma más excesiva.

—Estar dentro de ti es… de otro mundo. ¡Dios! Creo que podría quedarme aquí para siempre —dice mientras nos movemos juntos. Primero despacio, y luego un poco más rápido. Él aprieta los dientes, como si intentara saborear cada centímetro—. ¿Te gusta?

—Sí. Es increíble. —Exhalamos a la vez, como si fuera un dulce alivio que llevamos semanas buscando. Meses. Me agarra el culo con una mano, rozándome la parte baja de la espalda con las yemas de los dedos, e introduce la otra entre nosotros.

Su mirada es a la vez feroz y tierna.

«Sin complicaciones, sin complicaciones, sin complicaciones», me recuerdo.

Necesito sentirle más dentro, así que elevo las caderas y desciendo de nuevo. Me llena de un modo que no deja de sorprenderme. Me encanta verlo así, entregado por completo, dejando que sea yo quien

marque el ritmo. El sudor perla su frente, resbala por su garganta. Sus músculos se contraen con cada movimiento.

—Es que… eres tan hermoso desde todos los ángulos… —digo—. Como una puñetera escultura de Miguel Ángel o algo así.

Wouter suelta una risa ahogada.

—¿De verdad estás pensando en arte ahora?

Muevo las caderas más deprisa mientras reprimo un jadeo.

—Solo en el más básico. Solo por ti.

Una parte de mí todavía no puede creer que esto esté pasando. Que este sea el mismo chico que me regaló mis primeros orgasmos con sus dedos curiosos y decididos.

Siguen siendo curiosos, y decididos.

Su mano busca de nuevo mis girasoles, y por un segundo parece que quiere decir algo, pero luego cambia de rumbo e invierte las posiciones. Coloca los brazos a cada lado de mis hombres, y yo acojo sus caderas entre mis rodillas. Clavo las uñas en su piel recién duchada.

Apenas tengo tiempo de sentir su ausencia antes de que me llene de nuevo, con unos embates perfectos que me hacen abrir las piernas cada vez más. Arqueo la espalda contra el colchón. Ver ese lugar donde estamos unidos, ese primitivo golpeteo de su cuerpo contra el mío… es casi demasiado.

«Sin complicaciones. Sin complicaciones».

—¿Puedes volver a correrte para mí? —pregunta, lamiéndose los dedos antes de acercarlos de nuevo a mi clítoris. Al darse cuenta del efecto que esas palabras tienen en mí, continúa—: ¿Puedes correrte sobre mi polla?

¡Ay, Dios! Ya casi he llegado. Y por la forma en que se tensa y deja escapar un suspiro entrecortado, veo que él también.

—No te contengas —le suplico. En el pasado no podíamos gritar,

pero ahora nada nos lo impide—. Quiero oírlo todo.

En el momento en que por fin se deja llevar, con su rostro iluminado por la luz dorada de la lámpara y el más puro éxtasis reflejado en él…, eso sí es una obra de arte.

Veintiuno



—Te voy a hacer una pregunta muy seria —dice mi hermana, y yo me enderezo un poco más en la silla, preparándome para un interrogatorio—. ¿Está bueno o solo es alto?

—Las dos cosas. Y ahí está el problema.

Estamos en una cafetería en De Pijp, no muy lejos de mi primer apartamento, que, como vi cuando se lo señalé, habían tapiado.

Me alegro tantísimo de verla que no puedo dejar de tocarla, como si necesitara asegurarme de que es de carne y hueso. Apoyé la cabeza en su hombro cuando volví en tren con Maya y con ella desde el aeropuerto; me cogí de su brazo mientras caminábamos por las calles, y ahora mismo tengo una mano en su codo. Hoy lleva su indestructible chaqueta de retales, su oscuro cabello recogido en su desgreñado moño de siempre, e incluso ha rescatado la pulsera que le hice hace años, durante mi breve etapa de joyera, con sus cuentas cuadradas de madera. Podría llorar al darme cuenta de lo familiares que me son estos detalles, y por el alivio que me produce que no haya cambiado de forma radical desde que me fui. Resulta un tanto surrealista ver a mi hermana con las casas de los canales de Ámsterdam al fondo. La fusión de mis dos vidas.

Maya vuelve a nuestra mesa con una bandeja de pasteles. Todavía

me estoy acostumbrando a verla tan embarazada, con un vestido de corte imperio que resalta su barriga de seis meses y los rizos castaños cayéndole por la espalda. Es un recordatorio visual impactante de todo lo que me he perdido desde que me mudé aquí.

No pude contenerme; lo solté todo de golpe en cuanto se acomodaron un poco, en un hotel a un par de manzanas del Prinsengracht, después de conocer a Wouter y a George y confirmar que mi casa actual está lejos de ser una mazmorra.

Cuando Phoebe volvió a ver a Wouter, soltó el bolso, boquiabierta, y le dio un fuerte abrazo. Luego, una vez que recogió su bolso, le golpeó con suavidad con él.

—Tenía que hacerlo —dijo, encogiéndose de hombros—. Por la ruptura. Lealtad entre hermanas.

Él asintió con cara seria.

—Lo entiendo. Me lo merecía.

Luego le hizo cien preguntas sobre su librería y ella le hizo otras tantas sobre su vida aquí en Ámsterdam. La clase de conversación para ponerse al día de trece años si verse con la que me he familiarizado.

Maya le da un mordisco a un *koffiebroodje*, un bollo dulce salpicado de pasas, y cierra los ojos por un momento.

—¿Todos los pasteles aquí son tan buenos? Porque creo que unos cuantos más me curarían el *jet lag*.

—Por desgracia, sí —digo mientras cojo un *pain au chocolat*.

Phoebe apoya la mano en el respaldo de la silla de Maya mientras se toma su segundo expreso del día—. Si por fin todo está claro entre vosotros dos, el sexo es fantástico y os gusta pasar tiempo juntos… ¿qué es lo que os frena? —pregunta, frunciendo el ceño, confusa—. Perdona, ¿me estoy perdiendo algo?

Me pongo roja al recordar que me subió a la encimera de la cocina

hace unos días antes de ponerse de rodillas. Y luego me arrastró al balcón y me pidió que no hiciera ruido.

—No he venido aquí solo para que un hombre me salve —digo, pegando otro par de bocados de pastel—. Por no mencionar que su familia no querrá volver a verme cuando descubran la verdad.

Eso me deja un sabor amargo en la boca. No lo había pensado de esa manera, pero es la verdad, ¿no? En cuanto nos divorciemos, Roos, su madre y su abuela no solo desaparecerán de mi vida, sino que incluso podrían verme como la villana de la película.

—Supongo que eso hace que sea un poco más complicado que el típico romance prohibido de adolescentes que acaba en un matrimonio para conseguir la tarjeta de residencia —admite Phoebe, y se lo agradezco, porque por mucho que a veces haya ansiado su consejo, ahora mismo lo único que quiero es superar esta boda sin que la ansiedad me devore.

—¿Cómo va la habitación del bebé? —pregunto.

—Aún no está terminada. —Dado que es diseñadora de interiores, Maya se está esforzando al máximo, utilizando tantos materiales de segunda mano como puede—. Es una temática literaria, y un amigo nos está haciendo un mural increíble que combina algunos de los clásicos infantiles: *Buenas noches, Luna*, *Corduroy*, *La pequeña oruga glotona*…

—Queremos que salga en Baby Architectural Digest o nada —dice Phoebe.

—Me muero por verla —digo, dándome cuenta con un nudo en la garganta de que la primera vez que la vea, puede que sea a través de la pantalla de un teléfono.

El Día del Rey se celebra a finales de abril en honor al cumpleaños

del monarca, pero en realidad es más bien una excusa para celebrar una fiesta en todo el país.

Casi todo el mundo tiene el día libre, las tiendas están cerradas y se empieza a beber temprano y se sigue hasta tarde. Durante los últimos días, la ciudad ha instalado urinarios públicos extra, y se nota en el aire.

En la calle, todo está teñido de naranja, el color nacional de los Países Bajos. Maya decidió tomárselo con calma, así que Wouter y yo nos reunimos con Roos y Phoebe en el Prinsengracht. Roos abraza a mi hermana y nos coloca boas de plumas naranjas alrededor del cuello a juego con las gafas de sol baratas que Wouter y yo ya habíamos comprado en HEMA a principios de semana. Nos abrimos paso entre la multitud, y Phoebe se queda boquiabierta cada vez que doblamos una esquina. Las calles están cubiertas de mantas con baratijas (*vrijmarkten*, mercados libres) porque este es el único día del año en que los rastrillos de segunda mano son legales. Hay un hombre que dirige a un grupo que está bailando *La Macarena*. Una mujer con cables enrollados por todo el cuerpo sostiene un cartel que en el que pone CARGADOR DE TELÉFONO MÓVIL. De vez en cuando nos topamos con calles tan abarrotadas que no podemos cruzarlas con facilidad, así que no nos queda más remedio que bailar al ritmo de cualquier tema electrónico que suene a todo volumen por la ventana abierta de alguien.

Phoebe me agarra de los brazos y echa la cabeza hacia atrás mientras la multitud se mueve con nosotros.

—¡Esto es una locura! —grita—. ¡Me encanta!

Cuando pasamos junto a varias personas con el pelo teñido de naranja, le alboroto el cabello a Wouter.

—¿Dónde está tu orgullo nacional?

—No sé si mi pelo sobreviviría a los productos químicos —

responde, riendo. Me pone la mano en la espalda y me guía entre la marea de camisetas naranjas y caras pintadas.

«Podemos seguir casados todo el tiempo que necesites —me dijo ayer después de una mañana intensa en la cama, y todo porque me fijé en que se le marcaban los antebrazos mientras preparaba el té y no pude resistirme. Al parecer, preparar té es ahora para mí un juego previo—. Lo que está pasando aquí… no tiene por qué cambiar nada».

Por supuesto, eso me alivió un poco. Un año era el plazo que habíamos establecido al principio, pero ahora que han pasado dos meses desde que firmamos los papeles y él es propietario de su casa, de repente un año no me parece tanto tiempo.

Cuando llegamos al muelle de Dam Fine, parece que todo el mundo ha tenido la misma idea: los canales están llenos de barcos, sus pasajeros cantan en neerlandés y en inglés, y llueve el confeti naranja. Aunque el alcohol corre sin control, también hay una innegable sensación de bienestar. Una energía contagiosa.

—Así que siempre coincide con el cumpleaños del rey, el veintisiete de abril —digo cuando zarpamos. Iulia está en la proa del barco con su gorra de capitana; Wouter está a mi lado y mi hermana al otro, junto con Sanne, Bilal y un par de amigos de Roos—. Pero… no siempre ha sido rey, ¿verdad?

Sanne sacude la cabeza y un poco de purpurina naranja se esparce por la cubierta del barco.

—Antes era el Día de la Reina. La reina Beatriz, que fue la soberana antes que Willem-Alexander, lo celebraba el treinta de abril porque era el cumpleaños de su madre. Ella nació a finales de enero, así que habría sido un Día de la Reina bastante triste. —Entonces se interrumpe, riendo—. El año en que se cambió al Día del Rey, un montón de turistas vinieron a celebrar la fiesta el día treinta, aunque

ya era el veintisiete.

—La verdad es que fue muy divertido —dice Bilal—. No se enteraron de nada. —Luego ofrece a todos una caja de *tompouce*, un dulce tradicional neerlandés con glaseado de naranja para el Día del Rey, por supuesto. Es pequeño y rectangular, con dos capas de hojaldre y crema en el medio.

—*¡Super lekker!* —digo al darle un mordisco, acompañándolo con el gesto que aprendí en clase de neerlandés: una mano al lado de la cara, moviéndola de un lado a otro.

—¡El gesto *lekker*! —exclama Roos con tanto entusiasmo que casi arroja sus gafas de sol naranjas al canal—. Qué orgullosa estoy. Se arrima a Iulia en la proa del barco, haciéndose selfis y robándole la gorra de capitana.

La mirada de Phoebe se desvía del caos de los canales y vuelve a posarse en Wouter y en mí.

—Dios, todo esto es rarísimo. Ámsterdam, vosotros dos…, todo.

Le doy un suave codazo.

—Eso mismo llevo diciendo yo desde hace meses.

Wouter me rodea la cintura con el brazo y me sienta en su regazo.

—Al principio sí que fue raro —dice—. Pero ahora… tenerla aquí es genial.

Entrelazo mis dedos con los suyos mientras él apoya la barbilla en mi hombro. Antes este tipo de gesto haría que el pánico se apoderara de mi corazón, pero hoy solo me produce una sensación de calidez en el pecho. No es necesario que finjamos, no delante de mi hermana ni cuando todos los demás en el barco están a lo suyo, pero la forma en que me abraza ahora me parece diferente.

Real.

Casi aterradoramente real, y aun así no me aparto.

—Creo que me estoy formando una imagen muy concreta de

Ámsterdam —dice Phoebe al grupo—. Dani no para de decir que no siempre es así, pero…

—Quizá no tan naranja —digo, alzo la cara hacia el sol que empieza a asomar entre las nubes—. Pero este lugar parece de otro mundo. Cuesta creer que sea legal… vivir aquí.

—Sí, se nos da de puta pena guardar el secreto —dice Bilal.

Wouter me acaricia el codo con el pulgar.

—Aquí dejan entrar a cualquiera —dice, con un tono divertido que me hace apretarle la mano.

—El año que viene deberíamos ir a uno de los festivales de música —dice Sanne—. Hay uno de techno enorme en Oost.

«El año que viene». Nada puede pinchar mi burbuja del Día del Rey más rápido que eso, a pesar de que la música techno no me va.

El año que viene, cuando Wouter y yo estemos divorciados. Cuando ya no sea amiga de ninguna de estas personas.

—¿Alguna vez te cansas? —le pregunto a Iulia, ansiosa por distraerme—. ¿De estar en el agua todos los días?

—¿Te soy sincera? No —responde, y me ofrece su botella de cerveza—. Seguro que la mayoría de los trabajos se vuelven rutinarios, pero este no. Aunque algunos de los datos suenen un poco repetitivos al cabo de un tiempo, siempre hay caras nuevas, preguntas distintas, formas de darle un aire nuevo. Es imposible aburrirse cuando todo esto es tu despacho.

Al atardecer, la luz se filtra por las ventanas y se refleja en el agua, sumiendo a esta extraña y maravillosa ciudad en un etéreo resplandor.

En días como este, tengo claro que no hay un lugar más bonito en el mundo. La vida aquí es muy diferente, no solo en esta parte del planeta, sino en esta ciudad en concreto, algo que va más allá del sistema métrico, el transporte público y el clima. A pesar de lo

extraño que todo esto me podía parecer hace unos meses, por fin siento que pertenezco a este lugar.

A lo mejor Iulia se refería a eso cuando me dijo que muchos extranjeros se quedan aquí para siempre.

Hay una sensación de libertad en el agua que no estoy segura de haber sentido nunca en tierra, pero sin duda esto no es ese «algo grande» que he estado buscando. A menos que ese «algo grande» me pareciera tan inalcanzable que me resigné a la mediocridad desde el principio, y ahora ya no sé cómo apartarme de ella.

Pienso en lo que vendrá después de este matrimonio, cuando haya conseguido un trabajo estable y haya demostrado a todos los que están en mi país que no solo puedo tener éxito aquí, sino también prosperar.

Y no puedo evitar preguntarme por qué la única persona a la que nunca he intentado demostrar nada es a mí misma.



Mi próxima entrevista de trabajo es dentro de unos días, y viendo cómo va menguando el saldo de mi cuenta corriente, no puedo rechazarla. Recorro las estrechas callejuelas en Pequeño Diablo hasta que ya no puedo evitar las calles más transitadas. Descubro que esperar a que se disperse un grupo de turistas no es tan aterrador como pensaba. Sobre todo si toco el timbre.

Cuando aparco la bici delante del edificio y le pongo el candado, tengo que resistirme a pulsar el mando, como si fuera a cerrar un coche.

La entrevista no es con una empresa emergente, sino con una empresa de renombre que no sabía que tenía una oficina aquí. Haría lo mismo que en Los Ángeles, solo que para un competidor y en otro continente. Eso debería reconfortarme, ¿no? Si el vestíbulo parece un

poco frío, es solo porque todo el mundo está ya encerrado en sus oficinas.

«Mantén la mente abierta», me digo mientras me aliso los pantalones. «No eres especial solo porque no te guste la idea de trabajar en una oficina».

—Danika, hola —dice el entrevistador cuando me recibe en la recepción, un estadounidense llamado Todd—. Estamos muy contentos de tenerte aquí. Pasa, pasa.

Durante la siguiente media hora, en la que la frase «principios básicos» se repite al menos tres veces, recito respuestas prefabricadas sobre mis dotes de liderazgo y mis puntos fuertes.

—Uno de los principales atractivos para la gente es que aquí servimos el almuerzo todos los días —dice Todd, que parece entusiasmado con esto—. Hay muchas opciones sin gluten y vegetarianas. ¡Queremos que este sea un lugar divertido y agradable!

—Genial. Me encanta el almuerzo —digo, y aunque no tiene ninguna gracia, él se ríe.

Incluso tengo la oportunidad de probarlo después de la entrevista, y Todd tiene razón: es un almuerzo estupendo.

Pero no es suficiente. No llena el vacío existencial, no calma esa parte de mí que ansía estar al aire libre, bajo el sol.

He dado por sentado que mi título universitario me cualifica para este tipo de trabajo en concreto, pero incluso Wouter lo supo cuando volvimos a encontrarnos: esta no es mi pasión. Al otro lado del mundo, sigo empeñada en fingir que sí.

No tengo por qué seguir ligada a las expectativas que me inculcaron antes incluso de que supiera contraatacar. Puede que durante todos esos años en los que probé mil cosas, estuviera buscando algo en lo que destacara, cuando podría haber elegido algo

que me hiciera feliz.

Eso nunca fue una prioridad, y ahora no entiendo por qué.

—¿Sabes qué? Lo siento mucho —le digo a Todd mientras me acompaña fuera del edificio—. Te agradezco mucho tu tiempo, pero no sé si esto es lo adecuado para mí.

Él me mira boquiabierto.

—No creo que me haya pasado antes, pero está bien. Me alegro de que lo hayas descubierto pronto.

—Espero no haberte hecho perder mucho tiempo. Gracias por la oportunidad.

Me da un apretón de manos enérgico.

—Y yo espero que encuentres lo que buscas.

Ya me estoy desabrochando la agobiante chaqueta mientras voy a por mi bici. Acto seguido, pedaleo más rápido que nunca, impulsada por una falsa sensación de urgencia, porque ¿y si ese trabajo ya no está disponible? ¿Y si han encontrado a otra persona? La verdad es que… puede que lo desee más de lo que he deseado nada en mucho tiempo.

—Hola —digo, sin aliento, irrumpiendo en la oficina de Dam Fine Boat Tours.

Iulia está en un largo escritorio con un par de compañeros de trabajo, y todos se giran para mirarme.

—Dani, hola —dice—. ¿Qué tal?

Me llevo una mano al pecho mientras intento recuperar el aliento.

—¿Todavía buscáis a alguien?

Veintidós



Mi forma favorita de despertar ahora mismo es con Wouter, apretándose contra mí después de pasar la noche enredado en mis sábanas. Acomoda la nariz en el hueco de mi cuello y me roza el cuello con la boca. Ya estoy casi despierta; ahora que nos acercamos al horario de verano, las mañanas son mucho más luminosas. Es un cambio enorme con respecto a cuando llegué aquí, en pleno invierno. George está acurrucado al otro lado de mí, después de haber saltado a la cama en algún momento de la noche.

—Tengo una sorpresa para ti más tarde —me dice Wouter al oído —. Considéralo un regalo preboda.

—Creía que le habíamos dicho a tu familia que nada de regalos — murmuro.

Él me besa en la sien.

—Pero este es mío.

Al final, ayer me hicieron la entrevista en Dam Fine Boat Tours. Solo fue el primer paso del proceso, pero salí de allí eufórica, convencida de haber dicho todo lo que quería. Admití que nunca había capitaneado un barco, pero que estaba deseando aprender y que no imaginaba una mejor manera de pasar el día que enseñando a la gente los lugares más bonitos de Ámsterdam.

Aunque lo que más me preocupa es que la boda es mañana.

Me paso el día entero con los nervios a flor de piel mientras recojo mi vestido color vino, ya terminado. Phoebe y Maya se han ido de excursión a un pueblo con molinos llamado Zaanse Schans, y quiero que disfruten de sus vacaciones. Además, mis padres están más callados de lo habitual. No me llamaron el domingo, como es su costumbre, y me han dicho que estaban ocupados y que hablaríamos la semana que viene.

Aun así, me vendría bien distraerme.

Así que, a primera hora de la tarde, me reúno con Wouter en un taller de cerámica en la primera planta de una casa antigua del Jordaan. En el escaparate hay azulejos de cerámica, algunos de ellos al estilo tradicional neerlandés, con filigranas en azul sobre fondo blanco; otros son más abstractos, más modernos.

—Se me ocurrió que podríamos pintar nuestros propios azulejos —dice. De repente, se muestra inseguro, rascándose la nuca con la mano, como si dudara de si ha sido buena idea—. Hay que renovar el frente de la cocina, y así… el piso tendría un pedacito de los dos.

—Eso… suena genial —digo, con un nudo en la garganta por la emoción.

Y en teoría así es. No es más que un pequeño cuadrado de arcilla pulida, de unos quince por quince centímetros. Pero este nuevo frente de cocina, esta huella que dejo en el apartamento… es solo temporal.

Qué ingenua fui al pensar que podía tener algo informal sin que mis sentimientos hacia él se volvieran más fuertes. Es demasiado fácil cerrar los ojos y dejarme caer, sin importar lo alto que sea el precipicio.

Pintar me resulta muy relajante, aunque no consigo evadirme de mis pensamientos. No quiero que los azulejos me representen

porque no quiero que le recuerden a mí cuando yo me haya ido. Así que me decido por una tetera, ya que a él le encantaba el té mucho antes de yo apareciera en su vida, y eso me parece un terreno seguro. A mi lado, Wouter mezcla azules y verdes para el agua, tonos más oscuros para las sombras. La vista desde la ventana de su casa.

Al final, nuestros azulejos quedan, aunque no son perfectos. La profesora recoge nuestras piezas para meterlas en el horno y nos dice que podremos venir a por ellos la semana que viene.

Después de salir de clase, deambulamos por las estrechas callejuelas. La noche, más cálida de lo normal para la época en la que estamos, intenta calmar mis nervios.

—Todo va a salir bien, ¿verdad? —pregunto, y enseguida tengo que aclarar a qué me refiero, ya que Wouter no vive dentro de mi cabeza—. La boda. Ya sé que en teoría es solo una fiesta, pero…

—Ya les caes bien —dice, con ese tono que siempre me tranquiliza —. No tienes que demostrar nada. ¿Y el trabajo? ¿Estás contenta con él?

—Más que con cualquier otra cosa en meses —respondo, y es la pura verdad—. Aunque te mentiría si dijera que no hay una pequeña parte de mí a la que le preocupa no estar a la altura. Pero ya cruzaré ese puente cuando toque… literalmente —digo, señalando nuestros pies.

—No tengo ninguna duda de que, decidas lo que decidas hacer…, porque no es algo que ocurra sin más, sino que tú decides…, lo harás genial.

—No sé yo —digo, porque mi primera reacción es siempre restar importancia a los cumplidos, aunque los desee con todas mis fuerzas —. Recuerda que soy la chica que inundó su apartamento y escapó de una empresa en quiebra en la misma semana.

Pero Wouter no cede un milímetro.

—Te viniste a vivir aquí y enseguida querías empaparte de todo. Estás aprendiendo un idioma dificilísimo. Te lanzas de cabeza a disfrutar de las cosas nuevas. ¿Crees que no tienes ambición? Porque yo creo que tienes más que la mayoría de la gente que conozco. Siempre has estado buscando algo que te apasione de verdad, y no ibas a parar hasta encontrarlo. Eso que tú llamas punto débil, el saltar de una cosa a otra…, es lo que más me gusta de ti. Lo abordas todo con honestidad y la mente abierta, con una alegría auténtica.

No es falta de rumbo. No es potencial desperdiciado.

Nunca nadie me había descrito así.

Mi voz tiembla cuando digo:

—¿Como cuando acepté casarme contigo?

—Puedes tomártelo a risa, pero… —dice, señalando el pintoresco puente, las casas inclinadas, cada idílico rincón. No hay ni una sola esquina que no merezca ser fotografiada—. Me encanta ver este lugar a través de tus ojos. Verte enamorarte de él hace que me sienta muy afortunado de tener un asiento en primera fila.

Quiero decirle que es mucho más que eso. De algún modo ha conseguido verme con absoluta claridad, a pesar de que yo nunca quise mostrar tanto de mí.

Él se acerca y pone una mano sobre la mía.

—Sé que dices que maduraste tarde —continúa, decidido a desarmarme con sus palabras—, y es evidente que yo no soy una fuente objetiva, pero… creo que estás madurando justo en el momento adecuado.

—Quizá los dos lo estemos haciendo. —Me quedo callada por un momento y luego añado—: ¿Sabes? Para haberme pedido que me casara contigo de forma espontánea, eres un marido estupendo.

No esperaba que esto le afectara, pero retrocede, con cara de preocupación. La luz de la luna ilumina el anhelo de su rostro.

—¿Es eso lo único que quieres que sea?

—No —respondo sin vacilar, porque hace semanas que es la pura verdad, ¿no? —He intentado razonarlo de mil formas diferentes, pero…

Wouter me brinda una suave sonrisa.

—Creo que hace meses que yo dejé de pensar de forma racional.

Me acerco hasta que ya no queda espacio entre nosotros mientras él se inclina, y ambos exhalamos a la vez. Mi nariz roza la suya, nuestros labios se tocan apenas un instante.

A lo mejor es así de fácil.

—Te admiro más de lo que puedo expresar con palabras —digo—. Y puede que no suene muy romántico, pero quiero que sepas que lo es. Te veo con tu familia, con tus amigos y con George, te veo en tu trabajo, cuidando de la casa, incluso preparando el té… Me has demostrado que eres una persona maravillosa. También ayuda que esté un poco obsesionada con tus manos. Y con tus brazos, y con tu boca. —Rozo sus labios mientras lo digo, sintiendo cómo se curvan en una sonrisa—. Lo que pasa es que… se me da muy bien negar mis sentimientos —digo, lo que le hace reír un poco—. Pero hace tiempo que dejó de parecer una farsa. A menos que seas un actor aún mejor de lo que pensaba.

—Un pésimo actor —dice—. Todo este tiempo. Malísimo.

Cierro los ojos y trato de imaginarlo: los dos, dándonos una oportunidad de verdad. Quiero creer que podríamos hacer que esto funcione, y aunque nunca he ido en serio con nadie, tiene que significar algo que desee hacerlo con él.

Con Wouter lo intentaría con todas mis fuerzas.

Me rodea con sus brazos y me estrecha con fuerza. Esta vez, cuando me besa, no es porque haya alguien delante. No es para aparentar.

—Wouter —digo contra su pecho—, llévame a casa.



—Te he mentido antes —dice después de que hayamos llevado a George a dar un largo paseo durante el cual ha intentado jugar con un golden retriever algo arisco y un bulldog demasiado amistoso—. Lo de pintar azulejos… era un plan de emergencia por si acaso perdía el valor con la auténtica sorpresa.

No sé muy bien qué pensar.

—Pues ha sido un plan de emergencia genial.

Me indica que lo siga a su habitación. Ahora sí está un poco más nervioso, y no para de mover las manos. Espero mientras rebusca en un cajón de la cómoda y saca un cuaderno de dibujo.

Nos sentamos en la cama mientras me lo da, dejando la mano sobre la tapa un momento más.

—Puede que esté un poco oxidado. Intenta no juzgarme con demasiada dureza —dice, y exhala un largo suspiro—. Pero… ha sido agradable volver a dibujar. Al principio lo hacía solo entre un paciente y otro, y luego cuando tú estabas en clase o yo me quedaba despierto hasta tarde y no podía dormir. Y…, bueno, ya lo verás.

Cuando lo abro, me quedo sin palabras.

Hay bocetos de Ámsterdam, de nuestra casa y del Prinsengracht. El Museo Van Gogh. Un campo de tulipanes. George acurrucado en su rincón del sofá, con un montón de calcetines a su lado.

También hay bosquejos de una mujer: de mí. Algunos no son más que trazos, y le ha costado varios intentos captar mi expresión, pero a medida que paso las páginas, la chica del papel empieza a resultarme cada vez más familiar.

Antes de que las hojas del cuaderno queden en blanco, hay una serie de retratos que resaltan mi marca de nacimiento. Con pintura,

lápices de colores y tinta, la ha transformado en un océano. Un mapa. Una galaxia de brillantes estrellas.

—Tú me has inspirado —dice mientras lo contemplo, inclinándose para besarme en el cuello—. Sé que no se acercan a la realidad, pero…

Lo único que puedo hacer es besar a este hombre que está decidido a dejarme sin defensas.

Ahueca una mano en mi mejilla derecha, y aunque hemos tenido momentos mucho más íntimos, me mira a los ojos y me pregunta con suavidad:

—¿Me permites?

Yo asiento. Con mucha delicadeza, dibuja mi marca de nacimiento con la yema del índice. Empieza por encima de la ceja, sigue su contorno a lo largo del lado de la nariz y continúa por la mejilla y acerca el pulgar para rozar mi pómulo. Es posible que contenga la respiración mientras lo hace.

—Nunca me tocaste ahí. Cuando éramos adolescentes —digo.

—Creo que estaba nervioso. No sabía cómo te sentías al respecto. Si te acomplejaba.

—Ahora ya no…, en general. Lo estuve durante mucho tiempo, y solía rogar a mis padres que me dejaran quitármela con láser, pero era muy probable que solo la aclarara un poco. —Cubro su mano con la mía, con el corazón en un puño—. Me encantaría que la gente me mirara un poco menos, aunque en realidad no me molesta.

—Me alegro —dice él—. Porque siempre he pensado que era preciosa. Toda tú. La hermosa Danika Dorfman.

—¿Sabes? Lo llaman «mancha de vino» porque parece que alguien hubiera derramado vino sobre mi piel. En neerlandés se llama lo mismo, ¿no?

—Sí, *wijnvlek* —responde, pero luego sacude la cabeza y se queda

pensativo—. Pero no creo que se parezca en nada a eso. Más bien… tu cara es un lienzo y alguien estuvo mezclando todos estos colores de pintura para encontrar el tono perfecto. —Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos—. Y este es el resultado.

Me sienta en su regazo mientras sus manos recorren mi espalda y se adentran en mi cabello. Beso de forma apasionada a este hombre, que cada vez siento más como mi marido mi marido, hasta que veo algo amarillo chillón por el rabillo del ojo.

La pila de notas adhesivas en su mesita de noche.

Me levanto para coger el taco de pósits y el bolígrafo que hay al lado, y garabateo una frase rápida.

Dank je wel, escribo, y se lo pego en el brazo.

Él lo mira antes de coger el taco. Sigo en su regazo, así que puedo ver lo que escribe: *mooi*, y luego me lo pega en la mejilla. «Hermosa».

Recupero el bolígrafo y me doy un golpecito en la barbilla, rebuscando en mi vocabulario neerlandés. *Geïnspireerd* va en su mano. «Inspirado».

Proberen hun best, escribe en mis pulmones. «Hacen todo lo que pueden».

Bekwaam, escribo en su boca, enarcando las cejas con picardía. «Hábil».

Meer dan bekwaam, escribe en la mía. «Más que hábil».

Gevaarlijk, «peligroso», y le levanto la camisa para pegarlo en la línea de vello bajo su ombligo. Él tiene que contener una sonrisa.

Oneerlijk, «injusto», va a mi escote.

Debemos de tener una pinta ridícula, con los pósits revoloteando cada vez que reímos o cambiamos de posición.

Cojo prestado el apelativo por el que se refiere a mí, *lief*, y no vacilo antes de colocarla en su corazón.

Mijn, escribe, y la pone en mi muslo.

Nos besamos en medio de una lluvia de notitas amarillas, que revolotean a nuestro alrededor mientras lo atraigo hacia mí. Cada vez que nuestros cuerpos se tocan, siento que todo encaja, como si hubiéramos empezado algo hace años y confiáramos en que nuestros yoes futuros lo terminarían.

—No puedo creer cuánto tiempo hemos perdido sin hacer esto —dice, recorriendo mi cuello con los labios y con las manos apoyadas a cada lado de mi cuerpo.

—¿Trece años?

—Yo pensaba más bien desde que te mudaste aquí, pero bueno. Sí, vale.

—La última vez me preguntaste qué me gustaba. Y luego ha venido el plan de emergencia y la sorpresa de verdad…, así que necesito saberlo. ¿Qué te gusta? —Deslizo mis manos por su pecho, deteniéndome en la hebilla de su cinturón—. Y no digas que todo.

Wouter tuerce la boca mientras lo piensa, se tumba de lado y se apoya en el codo.

—Hay un espejo de cuerpo entero detrás de mi puerta. Me he preguntado… cómo sería vernos ahí.

Recuerdo que se tomó su tiempo para desvestirme frente al espejo del baño. Su respiración entrecortada. Le digo que sí de inmediato.

Descuelga el espejo y nos cuesta un poco colocarlo, pero lo apoyamos contra una silla para que ambos podamos vernos.

—Siéntate aquí —me pide, instándome a que me sitúe delante de él en la cama, ya sin ropa. Él se acomoda detrás de mí para que el espejo le permita ver mi cuerpo al completo. Entonces desliza una mano para acariciar mi pecho, mientras con la otra dibuja círculos en mi cadera, traza los pétalos de mi tatuaje.

—Quiero verte cuando te tocas.

Se me seca la garganta al oír sus palabras, pero no dudo en separar

las piernas. Quiero que vea todo lo que quiera, desde todos los ángulos.

—Solo si tú me dices lo que tengo que hacer —replico, y él se pone duro contra mi espalda.

Le veo sonreír con aire pícaro.

—Puedo hacerlo. —Mientras me recuesto contra él, adopta una expresión pensativa, como si buscara con cuidado las instrucciones que va a darme—. Lámete los dedos —dice en voz baja—. Y empieza a tocarte. Más despacio…, sé que a veces te impacientas.

No puedo evitar gemir con suavidad, pero me obligo a bajar el ritmo. Me acaricio los labios con el dedo corazón, y esa suave fricción ya me provoca un estremecimiento.

—¿Así?

Le veo asentir en el espejo. Me da un beso en el hombro.

—Joder, menuda vista. Mira qué coño tan bonito tienes.

Tiene las piernas una a cada lado de las mías, y puedo sentir cada vibración de su cuerpo, cada respiración, igual que cuando estaba sentada en su regazo en aquel bar, solo que mejor. Es increíble mostrarme tan abierta con él. No hay ninguna parte de mí que intente ocultar. Tal vez su fantasía sea también la mía, porque estar dispuesta a contemplarnos mientras hacemos esto resulta muy erótico.

Wouter me ladea la cabeza para exponer mi cuello y posa la boca en la suave piel.

—Dios, eres perfecta. Métete el dedo dentro. Dime lo mojada que estás.

—Muy mojada —digo, jadeando al oír el sonido de mi humedad entre los muslos—. Chorreando. Y es solo por ti.

Él gime, lamiéndome el cuello mientras me observa en el espejo, rosada, inflamada y resbaladiza. Aparto la mano un instante,

jadeando y echando ya de menos el calor, pero merece la pena solo por verle cerrar los ojos cuando le acerco un dedo a la boca.

—¿Puedes meterte dos dedos? —pregunta, con renovada seguridad—. ¿Puedes follarte con dos dedos para mí?

«Para mí». Esas dos palabras me impactan más que ninguna de las otras. No se puede negar que es muy tierno verlo así y saber que no tiene por qué ser una cosa o la otra. Obsceno y dulce. Íntegro y depravado. Y todo lo que hay entre medias.

En este momento me doy cuenta de que él podría pedirme cualquier cosa y yo lo haría. Me pondría plan lascivo por él y disfrutaría cada segundo.

Me introduzco dos dedos dentro y el placer que me produce es tan intenso que arqueo la espalda hasta tal punto que casi me caigo de la cama. Me agarro a su brazo, que a su vez me tiene agarrado el muslo; un profundo rubor se extiende por mi cara, baja hasta mi cuello y se interna entre mis pechos.

—Qué sexi. Podría mirarte así todo el día. —Me clava los dientes en el hombro y la sensación me hace gritar—. Frótate el clítoris. Te mueres por hacerlo, ¿verdad?

—Sí —consigo decir mientras me acaricio justo donde lo necesito.

Con su polla presionando contra mi coxis y sus dientes clavados en mi piel, no estoy segura de cuánto tiempo más podré aguantar, ni cuánto tiempo más podré esperar para hacerle perder el control. Me tiemblan las piernas mientras muevo los dedos con rapidez y echo la cabeza hacia atrás.

—Me…, me voy a correr.

—¿Sí? Deja que te oiga.

Todo mi cuerpo se tensa y mi vista se reduce a un punto diminuto antes de estallar con un jadeo delirante, una explosión fulgurante, mientras él alcanza la cima de la ola conmigo, besándome el cuello,

el hombro y la nuca. Murmura palabras como «preciosa», «perfecta» y «Dani. Dani».

Pero no hemos terminado.

Me impulso hacia delante justo cuando él me agarra por las caderas, ayudándome a ponerme a cuatro patas. Sus rodillas presionan con fuerza el colchón. Wouter me llena al momento, enterrándose entre mis muslos. Esto es otra primera vez: esta posición.

—¿Te gusta? —pregunta, moviéndose lentamente hacia atrás antes de volver a penetrarme.

—Mucho.

Observa mis pechos agitarse mientras me folla por detrás, con una mezcla de asombro y feroz determinación en el rostro. «Impresionante». Flexiono la espalda para que me penetre más a fondo y echo las caderas hacia atrás. Veo la tensión que va de su mandíbula hasta la oquedad en su garganta, y yo sigo tan aturdida por el orgasmo que cada embate me parece explosivo. Es casi demasiado, en el mejor sentido posible.

Cierro los ojos antes de darme cuenta de que no quiero perderme ni un momento, no cuando Wouter se chupa un dedo antes de deslizarlo por hendidura entre mis nalgas, ni cuando me rodea con el brazo para acariciarme el clítoris con la otra mano, con los pósits amarillos esparcidos a nuestro alrededor.

De repente, vuelvo a estar cerca. Y él lo sabe.

—Córrete conmigo, *lief* —dice, y nuestras miradas se cruzan en el espejo mientras él da los últimos embates: dos criaturas febriles, cubiertas de sudor y vulnerables, quizá sobre todo esto último.

Nunca había sido así.

Cuando nos recuperamos, con nuestros cuerpos tendidos en la cama, me quita con suavidad un pósit que se me ha pegado al pelo.

Gevaarlijk. Luego continúa bajando por mi espalda, hasta llegar a mi cadera izquierda.

—Ah. Tenemos que hablar de esto.

—Me sorprende que hayas aguantado tanto tiempo —digo, conteniendo una sonrisa mientras me vuelvo para mirarlo—. Estaba borracha y era tonta. Fin de la historia.

Pero Wouter puede oír la verdad en lo que no digo: que me causó tal impacto que no pude evitar inmortalizarlo en mi piel.

—No, no me lo trago. —Examina las flores naranjas y amarillas, algo descoloridas por el paso del tiempo—. Tienes un tatuaje neerlandés.

—Como sabes, la obra de Van Gogh trasciende culturas…

Me interrumpe con un beso.

—Tienes un tatuaje neerlandés —repite, y luego baja para besarlo, siguiendo el dibujo con los labios.

—Entonces también tenemos que hablar de los tuyos.

—Esta fecha… es la de la boda de mis padres. Señala los números romanos en su pantorrilla—. Quise hacerme algo cuando falleció mi padre, y me gustó la idea de representarlos en su momento más feliz.

—Es muy bonito. —Le aprieto la mano antes de deslizar mi pulgar por los pétalos de su hombro—. ¿Y este?

Traga saliva con dificultad, sin apartar los ojos de los míos.

—La amapola de California. Unos años después de mi regreso. Por… razones que imagino que son evidentes. —Cubre mi mano con la suya—. Aunque no volviera a verte nunca más, aunque pensara que lo había arruinado todo para siempre…, quería una forma de recordarlo todo.

—¿De verdad nos tatuamos cada uno una flor que representaba al otro? —pregunto, y a punto está de quebrárseme la voz.

—Hablando en serio —dice—, tal vez deberías haberte hecho un

tulipán.

A partir de ahí, todo fluye: nos contamos las historias sobre las cicatrices y marcas de nuestros cuerpos, algunas de los últimos diez años, otras de mucho antes. Es bonito volver a conocernos como adultos, riéndonos como los adolescentes que fuimos, esas versiones de nosotros atrapadas en el tiempo, pero que siguen estando muy presentes. He puesto un muro de hormigón entre la alegría y yo durante tantos meses, que derribarlo y rendirme a ella es un gran alivio.

George se sube de un salto a la cama, se coloca entre nosotros y nos lame los brazos y la cara, como si nos hubiera oído reír y no quisiera quedarse fuera. Esa es otra cosa que me encanta: este perrito que ha reducido mi colección de calcetines de forma drástica.

«Ya te lo advertí», me dijo Wouter hace unos días, cuando me estaba vistiendo y no encontraba un par que hiciera juego.

Cuando me acerco a Wouter para darle otro beso, mi mano aterriza en la zona despoblada de su cabeza.

—Es cierto —dice—. Me estoy quedando calvo y ya no lo niego.

Sin perder el ritmo, le acaricio ahí, haciéndole saber que no me importa.

—Por si sirve de algo, creo vas a estar genial sin pelo. —Finjo que lo examino, entrecerrando un ojo y creando un marco con los dedos, como si estuviera haciendo una foto—. Tienes un cráneo bonito. Creo que te quedaría bien.

Él se ríe.

—Gracias —dice, apoyando la frente en mi hombro desnudo y besando las marcas que me han dejado sus dientes—. He pasado toda mi vida asumiendo que la forma de mi cabeza era completamente normal, nada de lo que presumir. Pero ahora que sé que es especial, todo cambia.

—Mira que eres bobo.

—Tú sacas lo mejor de mí.

—¿Me estás diciendo que tus amigos y tú nunca habláis sobre la forma de vuestras cabezas? Porque echa por tierra la imagen que me había creado hasta el momento sobre la cultura neerlandesa.

—Danika —dice, con un tono serio que indica que ya no está bromeando—. Lo digo en serio. Me encanta hacer el tonto contigo. Me encanta ser cualquier cosa contigo. Creo que… soy mi mejor versión cuando estoy contigo.

En ese momento, las palabras de las que he estado huyendo durante trece años cruzan mi mente sin miedo.

«Podría volver a quererte —pienso—. A lo mejor ya te quiero».

Más tarde, cuando ya vamos por nuestra tercera taza de té, después de ducharnos y ponernos el pijama más cómodo, nos acomodamos en el sofá, con un par de velas encendidas en la mesa. No se me ocurre nada más *gezellig*. Incluso cuando él bebe de mi taza sin darse cuenta y casi lo escupe.

—¿Pero cuánto azúcar te echas en el té? —pregunta, incrédulo, pero divertido, y yo le dedico mi sonrisa más inocente.

Cuando coge el mando a distancia, me sorprende lo cómoda que me siento viendo la televisión con mi novio, si es que lo es. No le hemos puesto nombre a lo nuestro, pero quizá, teniendo en cuenta que ya estamos casados legalmente, no haga falta.

—¿Qué te parece? —pregunta, deteniéndose en Seinfeld—. ¿Por pura nostalgia?

—No he vuelto a ver esta serie… desde que vivías en casa.

Wouter me sonríe, un poco avergonzado.

—He visto algún capítulo estos años.

—Porque me echabas de menos —digo, con tono burlón.

—Porque era divertido —insiste—. Y porque te echaba de menos.

Va pasando las temporadas, los títulos desfilan uno tras otro entre risas enlatadas y frases que ya son historia.

—¿Cuál quieres ver?

Señalo la pantalla cuando llega a la quinta temporada.

—Ese. *El biólogo marino*. Uno de los mejores de George.

Como si lo hubiera invocado su homónimo, George Costanza se sube de un salto al sofá.

Y los tres nos ponemos a ver esta comedia tan americana en este apartamento tan neerlandés.

Veintitrés



Phoebe me va rizando el pelo con la tenacilla mientras pone a todo volumen una lista de canciones nostálgicas en su habitación del hotel. El vestido parece más rojo bajo la despiadada luz del baño, y mi maquillaje tiene ese aspecto natural, aunque en realidad ha sido necesario un mínimo de siete productos para lograrlo, sobre todo porque me puse tan nerviosa que empecé a sudar y tuvimos que empezar de nuevo después de que me cargara las dos primeras capas.

—No sé por qué estoy tan nerviosa —digo mientras mi hermana frunce el ceño por culpa de un mechón de pelo que no quiere cooperar. Maya ha salido a por café para dejarnos un poco de intimidad. Hoy no significa realmente nada, aparte de que la familia de Wouter va a conocer a dos de mis personas favoritas en este mundo y de mi intenso deseo de que todos congenien.

—Por favor. ¿Te acuerdas de cómo estaba justo antes de mi boda? Estaba tan mal que tuviste que darme de comer con cuchara porque me temblaban mucho las manos. Claro que… yo no me había casado con ella para conseguir un visado neerlandés.

—Detalles sin importancia.

Los ojos de Phoebe se encuentran con los míos en el espejo

mientras apoya la barbilla en mi hombro.

—Mi hermana pequeña se va a casar —dice, y me sorprende oír que se le quiebra la voz—. Más o menos. Y la semana que viene estaré en casa y te echaré de menos más que nunca.

Sus palabras son como un jarro de agua fría. Me ha encantado tenerla aquí, pero después de que nazca el bebé, y teniendo en cuenta lo caros que son los vuelos…, no les va a ser fácil venir otra vez. Yo iré a visitarlos, claro. Tanto como pueda, una vez que tenga un sueldo fijo, pero ¿será eso suficiente cuando tenga que pasar por inmigración en ambos países? ¿Cuando necesite un pasaporte para ir a ver a mi familia?

Todo en California seguirá sin mí, y aunque eso siempre ha sido así, nunca me había enfrentado a la realidad hasta este momento.

Llaman a la puerta de la habitación del hotel.

—Maya debe de haber olvidado la llave —dice Phoebe mientras va a abrir.

Pero es Wouter, con un ramo de tulipanes, girasoles y amapolas.

Me tiemblan las rodillas.

Lleva un traje azul marino, que se ciñe a sus anchos hombros, y la luz del sol que entra por la ventana abierta resalta los tonos rojizos de su cabello rubio. Con su camisa azul aciano, sus relucientes zapatos color coñac, su corbata con estampado de cachemira y la brillante hebilla de su cinturón, es un sueño vestido de manera formal.

Me hace añorar todos los bailes escolares a los que nunca fuimos. Decidimos que era demasiado arriesgado, y optamos por una inocente noche de bolos o juegos recreativos.

—¿No quieres descubrir si el baile de graduación es de verdad como una película de John Hughes? —le pregunté una vez, después de brindar con batidos y ver la puesta de sol en Venice Beach—. No

me gustaría que te perdieras la experiencia estadounidense por excelencia.

—Tú eres mi experiencia estadounidense por excelencia —dijo, aunque los dos sabíamos que sonaba cursi. El cielo teñido de tonalidades rojizas y violetas se reflejaba en sus gafas, y la más pura admiración iluminaba sus ojos. Es la misma forma en que me mira ahora, con toda la sabiduría de un adulto y la fascinación de aquel chico de diecisiete años.

—¿Pretendes matarme con ese vestido? —pregunta, sin poder contener una sonrisa.

Una calma instantánea me invade mientras le aliso una de las solapas.

—Menos mal que nunca fuimos juntos al baile de graduación. No creo que hubiéramos sido capaces de comportarnos.

—¿Salgo de la habitación? —pregunta mi hermana.

—Nos portaremos bien —dice Wouter mientras me hace girar para lucir el vestido, aunque la forma en que arquea una ceja promete algo muy diferente.

Es uno de los últimos momentos perfectos del día.

Maya regresa y todos nos tomamos los cafés de un trago, justo cuando llega Roos con George, muy elegante con su pequeña pajarita.

Wouter ha alquilado un coche para que vayamos todos a Culemborg y pone música pop neerlandesa en la radio.

—Nunca la he sentido moverse tanto —dice Maya, llevándose la mano a la barriga.

La madre de Wouter quería que fuéramos los invitados de honor, los últimos en llegar, y la casa está preparada para nosotros: hay más

coches en la entrada y una pancarta con la palabra *GEFELICITEERD* sobre la puerta principal. Se oye algo de ruido en el patio trasero y saludo a Sanne, Thomas, Evi y Bilal a través de la valla. Iulia también está allí, junto con lo que supongo que son algunos amigos de la familia.

—*Welkom*, *goeiedag* —dice Anneke cuando abre la puerta. Va elegante, pero sin exagerar, con un jersey y una falda larga. La abuela de Wouter, Maartje, está a su lado, con el pelo blanco un poco más rizado que la última vez, como si acabara de volver de la peluquería. Tras una serie de presentaciones y algunas chuches para George, abrazan a mi hermana y admiran la barriguita de Maya—. Encantada de conoceros a las dos. Es un honor que estéis aquí. —Luego se dirige a Wouter y a mí, y añade: —Todos están en la parte de atrás, pero tomaos vuestro tiempo. No hay prisa, todavía estoy sacando los aperitivos del horno.

—Muchas gracias. Por todo —le digo en neerlandés.

Anneke me da un apretón en la mano.

—*Wat mooi*, Danika —dice, y en ese momento, no puedo creer que me haya puesto nerviosa. Es una madre orgullosa, abrazando a su hijo y besándole las mejillas, tratando de revolverle el pelo—. No sabía que tenía algo tan bonito en su armario —añade con una sonrisa, y el resto nos unimos a ella—. Está claro que eres una buena influencia.

Suena el timbre mientras nos dirigimos al salón, y cuando George ladra, Roos le hace callar sin mucho entusiasmo, como si intentara transmitir que hoy se encarga ella del perro.

—Pero sigues siendo mi chico perfecto —le susurra.

—¿No estamos ya todos? —pregunta Wouter, estirando el cuello para ver quién está en el patio trasero—. Puede que sea un vecino molesto por el ruido. Avisaste en el chat grupal de que íbamos a

hacer una fiesta, ¿verdad?

Su madre echa un vistazo a su reloj.

—Esperamos a dos personas más.

Y entonces creo que el suelo se va a abrir debajo de mí.

Porque al otro lado de la puerta, con una mezcla de desconcierto, furia y *jet lag*, están mis padres.

Joder, no puede ser.

Tengo que parpadear varias veces para asegurarme de que no me lo estoy imaginando. Que mi ansiedad no me está jugando una mala pasada. Pero no, Sharon y Bill Dorfman están en la entrada de la casa de los Van Leeuwen. Mi padre con la gorra de los Dodgers que no se ha quitado de la cabeza desde hace al menos diez años, y mi madre vestida igual de informal, con vaqueros y una blusa blanca.

—¿Qué hacéis…? —empiezo, pero el pánico se apodera de mi garganta. Lucha contra la opresión en mis pulmones—. ¿Cómo han…?

Mis padres están aquí, en los Países Bajos.

En la celebración de un matrimonio que no es real, aunque empiece a parecer que sí lo es.

Nunca me han gustado las películas apocalípticas porque no era capaz imaginarme ese paso intermedio, lo que ocurre antes de que nuestro mundo se convierta en un páramo incapaz de sustentar la vida humana.

Ahora mismo lo entiendo perfectamente. Porque estoy segura de que así es como comienza el apocalipsis.

Phoebe está igual de sorprendida, me agarra la mano y me aprieta con demasiada fuerza.

—Joder, joder, joder, joder —dice en voz baja. A mi otro lado, Wouter se ha quedado en silencio, atónito.

Mi padre cierra con llave el coche de alquiler mientras Anneke les

indica que entren. Están igual que cuando me despedí de ellos en enero, aunque un poco desaliñados por el viaje. Quizá, cuando se quite la gorra, vea que mi padre tiene más entradas y que mi madre se ha teñido el pelo, pero han traído consigo el aroma del hogar de mi infancia. «Familiar».

Y aterrador.

—Cariño, te hemos echado mucho de menos —dice mi madre mientras me abraza—. Estás fantástica.

—Sharon. Bill —dice Wouter, recuperando la voz antes que yo, y noto que está haciendo todo lo posible por mantener la calma. Me pone la mano en la espalda, reconfortándome con su calor—. Me alegro mucho de volver a veros.

Las sonrisas forzadas con las que le responden me hacen añorar aquella otra vida que no tuvimos, en la que mi familia le visitaba aquí, en los Países Bajos, tal y como siempre planeamos hacer. En la que todos seguimos estando unidos. Desde luego, en el pasado nunca le miraron con tanto recelo; siempre le recibieron con los brazos abiertos.

«Se supone que debemos tratarlo como a uno más de la familia».

—Wouter, ¿estás aún más alto? —Una broma clásica de papá, pero sin ninguna gracia.

Anneke me dedica su sonrisa más radiante antes de lanzarse a darme la explicación que estaba esperando.

—¡Los hemos invitado nosotras! Roos y yo. Pensamos que, como es un día tan importante, tenían que estar aquí para celebrarlo. —Luego me susurra con entusiasmo—: Les dijimos que iba a ser una sorpresa para ti. ¿Verdad que es genial?

—Busqué el número de tus padres en tu teléfono —añade Roos—. ¡Espero que no te importe! Además, deberías cambiar tu contraseña.

Hay demasiado caos en mi cabeza. Siento que los nervios van a

estallar en mi pecho en una especie de lluvia de confeti de ansiedad, y puede que la mano de Wouter en mi espalda sea lo único que me mantiene en pie.

Mi madre agarra con fuerza la correa del bolso, uno de esos con bloqueo RFID y cremalleras industriales que solo usa para viajar, haciendo que los nudillos se le pongan blancos.

—Siento hacer esto, sobre todo viendo lo mucho que te has esforzado en organizar esta fiesta, pero tenemos que hablar con nuestra hija —dice.

Al principio doy por hecho que se refiere a hablar conmigo en privado, pero entonces se vuelve hacia mí con la misma determinación que mostraba cuando exigía que me eximieran de las clases de gimnasia, o cuando me quedaba a dormir en casa de una nueva amiga y quería asegurarse de que sus padres supieran lo frágiles que eran mis pulmones. Una protectora feroz…, o eso creía yo.

—Danika Hope Dorfman —dice, incluyendo mi segundo nombre, el eterno recordatorio de mis primeros meses en el hospital—, tú no te vas a casar.

Un silencio ensordecedor resuena en la casa. Hasta la gente que charla en el patio trasero parece parar, y una docena de pares de ojos curiosos se vuelven hacia nosotros.

George lanza un grave aullido, como si protestara por el silencio, y Roos lo coge en sus brazos.

Se me oprime el pecho, me cuesta demasiado tiempo entender lo que está pasando. La madre de Wouter se puso en contacto con mis padres. Les contó lo de la boda, de la que ellos no tenían ni idea. Los invitó a esta fiesta.

Y ahora están aquí, aunque está claro que no para celebrar, sino para hacerme entrar en razón.

—No queríamos hacer esto —continúa mi padre—. Pero en cuanto nos enteramos por la madre de Wouter, pensamos que podría ser la única manera. Teníamos que coger un avión y asegurarnos de hablar contigo en persona.

Con su brazo tonificado por el pilates, mi madre me agarra del hombro con suficiente fuerza como para alejarme de Wouter, como si fuéramos una versión moderna de los Jets contra los Sharks.

—¿Era esto lo que tenías planeado desde el principio? ¿Por eso elegiste Ámsterdam?

—¿Qué? ¡No! —digo con firmeza—. Nos encontramos por pura casualidad en enero. No habíamos estado en contacto.

Su voz se vuelve suplicante.

—Solo intentamos evitar que cometas el mayor error de tu vida. Sé que estabas pasando por un mal momento y quizá esto te parezca romántico…, pero, por el amor de Dios, no puedes…, no puedes irte a Europa y casarte así, por las buenas.

Entonces, como si hubiera entendido toda la conversación o al menos las partes más importantes, Maartje interviene en inglés, con un marcado acento neerlandés:

—Ya están casados.

Todo parece suspendido en el tiempo durante un prolongado y doloroso momento, hasta que la habitación vuelve a llenarse de ruido.

La expresión horrorizada de mis padres coincide con la confusión de Anneke y Roos, mientras se gritan y se lanzan acusaciones, sin que ninguno de ellos conozca toda la verdad, pero todos más que deseosos de inventarse su propia versión. Retrocedo y me pego a la pared. Cuento las respiraciones como si mi vida dependiera de ello, porque tal vez es así. Cuatro. Siete. Ocho. Joder, necesito más números.

Mientras todos hablan al mismo tiempo, Wouter se inclina para acariciarme la espalda de nuevo.

—Lo vamos a solucionar —dice en voz baja, y la preocupación de su rostro se mezcla con algo más: una férrea determinación—. Estaremos bien, *lief*.

Me apoyo contra su mano, deseando que fuera tan sencillo como él hace que parezca. Busco algo en lo que apoyarme: las caricias circulares de sus dedos; el familiar perfume con olor a ropa limpia de mi hermana.

—¿Y si nos escapamos? ¿Ahora mismo? Podríamos coger un tren hacia Francia. Estaríamos allí en unas tres horas, ¿no?

—Por muy tentador que sea, creo que se darían cuenta de que nos hemos ido —alega.

Entonces mi madre me coge la mano, la levanta para inspeccionar la alianza de casada y parece que va a desmayarse.

—Mamá. Papá —dice Phoebe, manteniendo un tono tranquilo e intentando hacer de pacificadora—. Quizá deberíamos tomarnos un momento para calmarnos…

—¡No, no creo que sea el momento de calmarnos! —dice mi padre. Tiene los dientes apretados y los brazos cruzados sobre el pecho—. Dinos que no te has casado, Dani. Dinos que no has tomado esta decisión tan importante sin decírselo a nadie. Por favor.

—Yo… —No es así como debían enterarse. No tenían que enterarse, y eso era lo bonito—. No ha sido precipitado. Pasamos mucho tiempo hablando de ello —digo con un hilo de voz, aunque no es del todo cierto.

—¡Pero si apenas le conoces! Los dos erais unos críos cuando él vivía con nosotros —dice mi madre. Me duele que emplee esa palabra. «Críos». Como si nada de lo que hacíamos entonces pudiera considerarse serio—. Eso fue hace casi quince años. ¡Es

prácticamente un desconocido!

Anneke pone una mano en el brazo de Wouter.

—¿Qué tiene de malo mi hijo?

—Nada. Estoy seguro de que se ha convertido en un joven estupendo —dice mi padre—. Pero nuestra hija no sabe lo que hace. Es evidente que no estaba en su sano juicio cuando decidió casarse con un hombre que vive al otro lado del mundo.

—No fue solo ella —dice Wouter, saliendo en mi defensa, porque mi padre da a entender que me lancé al matrimonio sin pensar. Con un hombre cualquiera, y no con el amable y cariñoso neerlandés que fue nuestro estudiante de intercambio—. Fue cosa de los dos. Ella no hizo nada malo.

—¿Tus padres no lo sabían? Pero yo pensaba… —El pelo rubio rojizo de Roos se agita alrededor de su cara mientras sacude la cabeza, incapaz de procesar esto, y George se estira para lamerle la mejilla.

—Roos —intento decir, con el corazón encogido—. Lo siento mucho…

—Esto no tiene sentido. —Mi madre saca su teléfono, como si Google tuviera una solución sencilla al problema—. Eres ciudadana estadounidense. ¿Fue siquiera legal?

—Sí, fue totalmente legal —le asegura Wouter—. No metería a Danika en ningún tipo de problema. No a propósito.

—Entonces tiene que haber una forma de deshacerlo —aduce mi padre, y entonces él también empieza a buscar en su teléfono—. Ah…, no estoy conectado al wifi…

En cualquier otro momento, me habría parecido entrañable por parte del carca de mi padre que no tuviera en cuenta los matices de un plan telefónico internacional cuando decidieron lanzarse a lo loco a salvar a su hija.

—Yo también tenía mis dudas al principio —dice Anneke, que puede que esté en la peor posición de todas, teniendo que defender a su familia en su propia casa frente a unos completos desconocidos. La suegra que creía que empezaba a caerme bien. Aunque nunca fue mi suegra, ¿verdad?—. Son jóvenes, tal vez un poco impulsivos, pero confío en Wouter. Reavivaron su relación, se volvieron a enamorar y luego se casaron.

Y si eso no me hace sentir aún peor.

Así que hago lo único que se me ocurre. Lo único que sé que tranquilizará más a mis padres que la idea de que su hija se case sin decírselo.

Agito las manos de manera frenética para llamar la atención de todos.

—No, no lo hemos hecho —digo, y todos se vuelven hacia mí—. Bueno, sí, estamos casados, pero solo sobre el papel. Eso es todo lo que iba a ser.

Es un rescate desesperado, mal planeado, pero muy necesario.

Ya hemos mantenido esto en secreto demasiado tiempo.

A mi madre se le cae el teléfono de las manos.

—Danika, ¿qué estás diciendo?

Trago saliva, consciente de que hay ocho pares de ojos clavados en mí.

—No estamos…, no estamos enamorados —digo, y miro a Wouter solo un instante, suficiente para captar su reacción: un estremecimiento, apenas imperceptible, antes de que recobre la compostura de nuevo. Como si necesitara una prueba tangible, extiendo la mano y tiro de la alianza varias veces antes de que se deslice de mi dedo—. Nos casamos para que me dieran el permiso de residencia. Todo esto es falso.

Veinticuatro



Me gustaría poder retractarme de lo dicho al instante. Quizá podría soportar que mis padres pensaran que he tomado una decisión espontánea en nombre del amor, pero no estoy preparada para que piensen que he cometido un delito en un país extranjero. Anneke y Roos traducen con rapidez para Maartje, y las caras de Phoebe y Maya están llenas de preocupación.

Y Wouter… Ni siquiera puedo mirarle a la cara mientras estoy aquí plantada, en la casa de su madre, con la alianza en mi mano temblorosa.

Los invitados del jardín trasero están escuchando sin disimulo. Sanne y Evi se tapan la boca con las manos, e Iulia asiente con seriedad, ya que esta revelación confirma lo que sospechaba desde el principio.

Que soy una puñetera mentirosa.

Roos es la primera en hablar, con voz temblorosa y como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Quieres decir que… mi hermano y tú no estáis juntos de verdad?

Deseo con toda mi alma tranquilizarla, decirle que sí que hay algo entre Wouter y yo, aunque no encuentre las palabras para expresarlo,

pero el pánico de mis padres es más urgente. Mi madre recoge su móvil roto y se deja caer en una silla, como si no pudiera soportar más sorpresas estando de pie, y mi padre se remanga la camisa, porque no está acostumbrado a una casa sin aire acondicionado y hace mucho calor aquí dentro con todos gritando.

—No lo entiendo —dice—. ¿Esto es… algún tipo de fraude de inmigración?

—Yo… no usaría exactamente esas palabras. —Tengo demasiado calor con este vestido; el encaje y el tul son demasiado delicados para esta conversación—. Perdí mi trabajo. Un par de semanas después de llegar aquí. La empresa quebró y yo estaba aquí con un visado de trabajo. Si no hubiera encontrado otro, no habría podido quedarme en el país.

—¿Y no nos lo dijiste? —dice mi madre, y percibo en su voz cierta compasión, de esa que me transporta a aquellos momentos oscuros en los que me imaginaba volviendo a casa con ellos.

«No quería que pensarais que no podía manejarlo», no digo.

—Osito. Sabes que podrías haber vuelto a casa. Te hubiéramos pagado el billete —continúa, como si el coste del vuelo fuera lo único que me frenaba. No hay forma de justificar esto en sus mentes, no cuando han querido protegerme de todas las cosas malas que podrían aguardarme ahí fuera.

Wouter está a nuestro lado, hablando en neerlandés con su familia, tan rápido que solo puedo entender algunas palabras sueltas. «Apartamento», «abuela» y «esposa». Anneke parece sorprendida y se lleva una mano al corazón.

Mi madre se vuelve hacia Phoebe.

—¿Tú sabías algo de esto?

Ella hace una mueca y me mira mientras yo me encojo de hombros, dándole permiso para decirles la verdad.

—Puede que sí. Sí.

—¿Y no se te ocurrió decirnos que tu hermana estaba tomando una decisión tan imprudente?

—Que no fue imprudente —insisto—. No nos emborrachamos en Las Vegas y decidimos casarnos porque nos pareció divertido.

Mi madre suelta un bufido sarcástico.

—Uy, qué alivio.

Maya, que ha estado observando todo desde el sofá de los Van Leeuwen, se pone de pie y Phoebe se apresura a ayudarla—. Phee, ¿y si salimos a dar un paseo? Me vendría muy bien.

—Adelante —digo, y le aprieto la mano para hacerle saber que estaré bien.

—Me pregunto… —Mi padre aprieta los labios después de que mi hermana y su esposa se marchen, como si no estuviera seguro de si quiere decirlo.

—Continúa, Bill —le anima mi madre.

—Me pregunto si deberíamos habernos puesto firmes cuando nos contó ese disparatado plan de Ámsterdam.

Esto enciende una nueva llama de frustración.

—No os pedí permiso —replico—. Tengo treinta años. Aunque me hubierais seguido hasta el aeropuerto, me habría marchado de todos modos.

Al oír eso, Wouter se retira de la conversación con su familia y se dirige a mi padre.

—Con el debido respeto, señor —dice—. Dani no es una niña que no sabe lo que hace. Puede que a usted le parezca ridículo, pero creo que aquí es muy feliz. —Me mira a los ojos, como si quisiera confirmar que es cierto, y yo asiento mientras mi corazón se llena de afecto por él.

—Y con el debido respeto hacia ti —replica mi padre, porque ahora

ya no es el antiguo anfitrión de un estudiante de intercambio, sino el beligerante padre de la novia—, apenas la conoces.

—He llegado a conocerla bastante bien en los últimos meses —dice Wouter, y se endereza hasta alcanzar su máxima altura, sobresaliendo por encima de mis padres—. Es una de las personas más testarudas y enérgicas que conozco…, que tengo la suerte de conocer…, y es más que capaz de tomar sus propias decisiones en la vida, sin importar lo importantes que sean. De hecho, puede que necesitara hacer esto para demostrarse que siempre ha llevado dentro esa independencia. No lo ha hecho por capricho. Ninguno de los dos.

—Agradezco tu sinceridad. Está claro que aún te importa, pero esta no es tu guerra.

Wouter aprieta los dientes, como si quisiera decir algo más, pero supiera que no debería hacerlo.

—Salgamos al jardín —le dice Anneke—. Dejemos que la familia de Dani hable tranquila.

Wouter me roza el brazo con la yema de los dedos a la que sale. «Estoy aquí. —Parece decir ese simple gesto—. No estás sola».

Oigo a Wouter y a su familia en el patio trasero, diciendo a los invitados que la fiesta ha terminado. Sus amigos no parecen enfadados, solo desconcertados, mientras salen por la puerta.

Entonces solo quedamos mis padres y yo en una casa que no es la nuestra. Una parte de mí espera que alguien nos diga que ya no somos bienvenidos aquí, pero cuando mis padres se dirigen a la mesa de la cocina, los sigo. Una vez sentados, mi madre se abanica con la gorra de los Dodgers de mi padre mientras él sirve té helado para todos, y los tres bebemos un sorbo en silencio.

Cuando vuelvo a hablar, intento mantener un tono tranquilo y racional.

—No es que no nos conozcamos —digo, y luego, con una mueca —: Nosotros… estuvimos saliendo. Cuando él vivía con nosotros.

—¿Wouter y tú? —pregunta mi padre, que se muestra ahora más suave. Mi madre y él intercambian una sonrisa divertida—. Hija, eso ya lo sabíamos. No eras tan discreta como creías.

Siento que se me suben los colores a la cara. No sé si hay algo más vergonzoso que darte cuenta de que tus padres sabían que salías con el estudiante de intercambio que vivía en tu casa.

—Nos entristeció mucho que no se mantuviera en contacto con nosotros cuando volvió a su país. Siempre me quedé con la duda de si habíamos hecho algo mal o si la vida simplemente le había llevado por otro camino —dice mi madre, bebiendo otro sorbo de té—. ¿Entonces habéis estado en contacto todos estos años? No lo sabía.

—No exactamente —repongo, y respiro hondo de nuevo—. En realidad, no teníamos ningún contacto. Nos reencontramos aquí justo después de que todo se torciera para mí, y él no podía heredar su casa si no estaba casado. Cuando me propuso que nos casáramos para resolver los problemas de ambos…, me pareció algo lógico.

—Así que no estáis juntos —dice mi madre, como si necesitara confirmarlo de una vez por todas.

Yo sacudo la cabeza.

—No. No lo estamos. Somos… —me interrumpo, buscando la palabra adecuada. Puede que nos acostemos juntos, pero no estoy segura de tener una etiqueta adecuada que decirles a mis padres—. Es solo un amigo. Un amigo que me hizo un gran favor.

—Si todo iba tan mal, no entiendo por qué no volviste a casa —dice mi padre—. ¿Qué tenía eso de malo?

—Quería alejarme. Tenía la sensación de que tal vez Los Ángeles me estaba frenando. Y ahora que estoy aquí…, me gusta más de lo que jamás pensé que me gustaría.

Mi madre parece dolida por esto.

—No tenía ni idea.

—Espera —dice mi padre, enarcando las cejas—. ¿Significa eso que no vas a volver a Estados Unidos?

—Yo… aún no lo sé —respondo evasivamente—. No he pensado más allá de los próximos seis meses, más o menos.

Mi padre deja su vaso de té vacío sobre la mesa con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Esto solo son unas vacaciones, Dani. Tarde o temprano tendrás que volver a la realidad. Piensa en todo lo que te estás perdiendo en casa, piensa en lo mucho que te echamos de menos. Tu hermana está a punto de tener un bebé y la familia no estará completa sin ti allí.

Quizá sea el tipo de manipulación que solo a la familia se le da bien, porque funciona. Me imagino al bebé de Phoebe y Maya creciendo sin una tía, sin reconocerme cuando vuelva de visita. Me imagino los cumpleaños, las cenas de Janucá y Pascua con una silla vacía en la mesa.

¿Unas vacaciones? ¿Es eso lo que ha sido? No he estado trabajando. Me he estado dando caprichos, haciendo turismo y disfrutando de mi tiempo libre.

Quizá esto no sea la vida real.

—Yo también os echo de menos a todos, claro que sí —digo en voz baja—. Pero tengo una entrevista final para un trabajo la semana que viene. Y me hace mucha ilusión.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta mi madre—. ¿Conseguirás un trabajo y te divorciarás? Las decisiones que tomes aquí tendrán consecuencias. Lo que hiciste es ilegal, y nada menos que en Ámsterdam…

—¿Qué demonios tiene de malo Ámsterdam? —pregunto, de nuevo a la defensiva, agarrando el vaso con fuerza—. ¡Es una ciudad

preciosa, joder! ¡Todas las casas del centro son patrimonio cultural de la UNESCO!

—No se trata de lo bonita que sea la ciudad —replica mi madre, alzando una mano para intentar que baje la voz—. Dani, ¿y si…, y si tienes otro episodio?

Hay algo en su mirada que no reconozco y me cuesta un momento identificarlo. Miedo, eso es.

Siempre me ha parecido una persona muy fuerte, capaz de hacer cualquier cosa para proteger a sus hijas, y rara vez se manifiesta de forma tan emotiva como ahora. Cuando venía a verme al hospital hace años, se mostraba muy seria, me hablaba del trabajo y cosas de actualidad, ya que yo había entregado mi teléfono al ingresar, convencida de que me hacía más mal que bien.

—Estarías muy lejos de nosotros —continúa, y me sorprende cuando se le quiebra la voz—. ¿Cómo podríamos asegurarnos de que estás bien?

—Tendríais que confiar en que puedo valerme por mí misma —digo, sintiendo una presión cada vez mayor detrás de los ojos—. Sabíais que había conseguido un trabajo aquí. Sabíais que existía la posibilidad de que me quedara a largo plazo.

Mi madre gira la cabeza de repente, y le tiemblan los hombros. No quiere que vea lo emocionada que está.

—Nunca pensamos que lo harías.

Mi padre le acaricia el brazo con la mano para tranquilizarla.

—Sharon, tal vez deberíamos volver al hotel. Dejemos que todos se calmen —dice—. Mañana podremos hablarlo con más calma. Llamaré a Stan, a ver si se le ocurre algo para sacarte de este lío.

Stan. Su amigo, el abogado del mundo del espectáculo, sin duda conoce muy bien el sistema legal neerlandés.

Esto parece relajar a mi madre. Stan es la solución. Stan puede

arreglar mi situación.

—Buena idea.

En el patio trasero, Wouter está enfrascado en una conversación con Anneke, Roos y Maartje. No quiero interrumpirlos, y no estoy segura de poder soportar más juicios por parte de las personas a las que tanto empezaba a apreciar.

Mi madre agarra con fuerza su bolso mientras nos dirigimos al coche, donde les informo de que voy a coger el tren de vuelta a Ámsterdam. Phoebe y Maya están esperando en el jardín delantero; no se han alejado mucho.

—¿Seguro que no quieres que te llevemos? —pregunta mi madre —. ¿Es seguro ir sola?

Por supuesto, no entienden que esto forma parte de la vida cotidiana aquí. Que este es uno de los países más seguros del mundo.

—Prefiero el tren.



Phoebe me pasa un brazo por los hombros mientras caminamos hacia la estación, con Maya al otro lado. Me siento vulnerable. Como si me hubieran vaciado. Entrecierro los ojos para protegerme del sol porque me he dejado las gafas de sol en la casa y no pienso volver a por ellas.

—No pueden estar enfadados para siempre —dice Phoebe, haciendo todo lo posible por animarme—. Acuérdate cuando estrellé el coche nuevo de papá contra la puerta del garaje. Nunca le había visto la cara tan roja.

—Te lo agradezco. Y mucho. —Hago una pausa para sorber por la nariz y pasarme la mano por los ojos—. Aunque esa situación sea muy diferente.

Una vez llegamos a la estación, oigo una voz detrás de mí.

—¡Danika…, espera!

Wouter corre hacia nosotras, sin aliento, con la corbata ondeando al viento.

«Ha venido a buscarme».

—Os dejamos un momento a solas —dice Phoebe con delicadeza antes de que Maya y ella vayan a sentarse en un banco al otro lado de la calle.

Y antes de que Wouter diga nada, me abraza. Es un abrazo de los que llegan al alma, que puede hacerme olvidar que existe cualquier otra cosa. Con nuestros trajes aún puestos, frente a la estación de tren, respiro su aroma, tratando de no llorar sobre su pecho, pero no lo consigo. Me apoya la cabeza contra su corazón y me acaricia el cabello.

Cuando nos separamos, hay una mancha húmeda en su camisa azul. Un bonito rubor tiñe su rostro y tiene las gafas torcidas.

—Siento habérselo contado a todo el mundo —digo entre sollozos —. Es que… se me escapó.

—Lo sé, *lief*. Lo sé. No estoy enfadado por eso. —Me roza la mejilla con el pulgar, la mejilla derecha, para enjugarme otra lágrima—. No quería que hoy acabara así. No quiero preguntarte si todo va bien, porque obviamente no es así, pero…

Se le escapa una risa carente de humor.

—Estoy bastante segura de que mis padres me castigarían de por vida si aún pudieran. ¿Y tu familia?

—Mi abuela no entiende por qué tenía que hacer esto solo para heredar la casa —dice, avergonzado—. Ha dicho que podría haberlo hablado con ella y que habría puesto la escritura a mi nombre. Pero todos comprenden que quería ayudarte. Saben que es por un buen motivo. Y tú misma lo has visto: estaban dispuestos a darte la

bienvenida a la familia.

La culpa envuelve mi corazón y lo aprieta.

—Hemos mentido a mucha gente.

—Sí, es verdad.

—Pensé que me sentiría más aliviada al confesarlo todo, pero… —Dejo la frase en el aire y me muerdo el labio inferior con fuerza, hasta que siento el sabor metálico de la sangre. Cualquier cosa antes que esta sensación de vacío.

—Tengo que saberlo —empieza. Y se mira la corbata para enderezarla…, o para evitar mi mirada—. Lo has dicho, sobre que todo esto era falso. ¿Lo decías en serio?

Oh.

Cierro los ojos, tratando de recordar las palabras exactas. Me refería al matrimonio, ¿no?

—Porque justo ayer… —continúa. (¡Madre mía! ¿Eso fue ayer?)—, creí que los dos sentíamos lo mismo. Y no quiero ser el tonto que no se entera de que tú ya has cambiado de opinión.

La intensa vulnerabilidad en sus ojos es suficiente para partirme en dos.

—No eres…, no eres un tonto —digo en voz baja—. Yo también lo siento, ¿vale? Sea lo que sea lo que hay entre nosotros, yo también lo siento. Y es aterrador. Porque hay demasiadas cosas de las que no hemos hablado y no sé qué se supone que debemos hacer ahora mismo.

—Entonces, ¿por qué no podemos pasar miedo juntos? —Extiende la mano para entrelazar sus dedos con los míos—. Claro que es complicado, pero lo resolveríamos, ¿no?

—¿Y nuestras familias? —pregunto, porque es imposible evitar el tema—. Puede que la tuya nos haya perdonado enseguida, pero estoy casi segura de que la mía no hará lo mismo. Es que… por

mucho que lo intente, no me los imagino aceptándolo.

—Hablaremos con ellos. Creo que, si vuelven a conocerme, se darán cuenta de que en realidad no soy tan malo. —Una comisura de su boca se eleva, y aunque es adorable cuando se muestra tan optimista, es imposible que sea tan ingenuo.

Suelto sus manos y me paso una por el pelo con frustración, echando a perder todo el trabajo de Phoebe.

—Wouter, para. No es cuestión de que les caigas bien o no. Es que me tratan como si fuera una muñeca que se puede romper en cualquier momento.

—Y tú se lo permites.

—¿Qué?

—Vamos, Dani —dice, cruzando los brazos, lo que hace que la tela se tense sobre sus músculos—. ¿Alguna vez les has plantado cara? Lo vi cuando vivía contigo y pensé que eran un poco sobreprotectores, pero parece que nada ha cambiado. Puede que te envuelvan en plástico de burbujas, pero tampoco es que tú luches por salir.

«Te equivocas», quiero gritarle, pero la cruda realidad es que no estoy segura de que esté errado.

Lo he pasado por alto durante años, permitiéndome la carcoma de la frustración en silencio, oponiendo apenas resistencia. Tal vez me preocupaba que no hubiera nada ahí fuera que me protegiera si abandonaba el nido. Quizá no era consciente de que yo podía protegerme.

Me invade una nueva oleada de adrenalina, descarnada y desagradable. Es una suerte que este sea un pueblo pequeño y que no haya nadie fuera de la estación de tren para ver el espectáculo.

—¿Cómo sería esta relación? —le espeto. Me levanto el bajo del vestido para poder poner más distancia entre nosotros sin tropezar

con él—. Saldríamos durante un tiempo y acabaríamos rompiendo…, y luego, ¿qué?

—Pues en mi cabeza, no romperíamos —dice.

—Ah, sí, claro. Decidimos seguir casados porque nos gustamos… Y entonces, por arte de magia, ¿todo sale bien?

—¡Pues a lo mejor sí! ¿Es tan horrible imaginarlo? ¿Que alguien te quiera tanto como para desear estar contigo para siempre? ¿Que alguien quiera pasar toda la vida contigo, porque nunca pensó que volvería a verte y, por obra de algún milagro, volviste a su vida? —dice, ahora con voz es ronca. Su tono suplicante podría desarmarme si no tengo cuidado—. Siento que te parezca horrible, Dani, porque a mí me parece maravilloso.

Algo extraño me sube por la garganta, algo que no sabría nombrar aunque lo intentara. «Que alguien te quiera tanto». En todas nuestras citas nocturnas y conversaciones, nunca hemos mencionado esa palabra. En trece años, no lo hemos hecho ni una sola vez.

—Ni siquiera sé cuánto tiempo voy a estar aquí —digo por fin, porque quizá mis padres tenían razón. Quizá lo más inteligente sería divorciarnos de forma rápida y sencilla, tal y como prometimos, y volver a casa—. O si voy a conseguir ese trabajo.

—Pues ya conseguirás otro.

—Claro, como que es tan fácil. Llevo meses intentándolo y apenas he pasado de la primera entrevista. Y tal vez necesitaba ese tiempo para superar el agotamiento, pero… no vine aquí pensando que esto iba a ser para siempre. No iba a ser más que una vía de escape. Un cambio de aires.

—Ah. Lo entiendo. Has conseguido lo que necesitabas y ahora se acabó, ¿no?

No digo nada. Quiero rebobinar hasta hace diez minutos, cuando me abrazaba contra su pecho y el resto del mundo parecía haberse

detenido. Quiero poder respirar antes de que el tiempo vuelva a ponerse en marcha.

Durante los pocos meses que he estado aquí, he crecido y he aprendido mucho. Hay tantos lugares que quiero conocer, tantos idiomas que quiero oír. La idea de volver a meter toda mi vida en una maleta me resulta devastadora.

Pero también lo es la inevitabilidad de que esta relación se rompa, como siempre estuvo destinado a suceder.

—Tenías razón —continúa—. Hay muchas cosas de las que no hemos hablado. Si de verdad quieres volver a California, no me interpondré en tu camino.

—Wouter. —Me detengo justo antes de decirle que no voy a volver a California. Aunque en mi interior sé que no lo haré, no consigo que esas palabras salgan de mi garganta.

No estoy segura de lo que quiero: que se aferre a mi vestido para retenerme aquí o que me deje marchar. En cualquier caso, estaría decidiendo por mí. Y esa decisión, por una vez en mi vida, tengo que tomarla yo.

—¿Qué, Dani? —Se tira de la corbata para aflojar el nudo, pero la agarra con resignación. Le cuesta varios intentos desatarla—. No voy a intentar convencerte de que sientas por mí lo mismo que yo siento por ti. Si no es así…, se acabó. Aunque decidas quedarte aquí, no tenemos por qué ser nada el uno para el otro. Tal y como dijiste.

El dolor que me atraviesa el estómago es tan intenso que tengo que luchar contra el impulso de agarrarme el vientre. «Siento lo mismo —intento decir—. Lo que pasa es que me da miedo lo que eso significa. Me asusta volver a intentarlo, después de lo mal que terminó todo la primera vez.

—No sé qué decir. —De alguna manera, es lo más sincero que ha salido de mi boca en todo el día, después de una tarde llena de

errores. Las dos palabras que él debe querer oír de mí están enterradas en algún lugar profundo, oxidadas por la falta de uso. Deseo con toda mi alma ser valiente, tal y como él me decía que era: «una auténtica luchadora».

A lo mejor la verdad es que nunca lo he sido.

Wouter aprieta los labios, como si al fin se diera por vencido. Sus dedos comienzan a moverse sin parar, transportándome al pasado. Al Wouter cauteloso de cuando nos reencontramos, el hombre al que apenas reconocía.

Luego mete la mano en el bolsillo para pasarme las gafas de sol que me había dejado en casa de su madre.

—Avísame cuando lo averigües —dice—. Aquí estaré.

Sus palabras son secas, pero no crueles. En su rostro solo veo dolor, algo sobre el que yo creía tener el monopolio cuando se trataba de nosotros.

Pero esta vez lo he provocado yo, y me duele en lo más hondo de mi ser.

«¡Lucha!», me digo. «¡Lucha, joder!». Todavía puedo decirlo. Puedo evitar que se vaya. Solo un «te» y un «quiero», en ese orden, y volverá a ser mío.

—Si…, siento no haber podido ser lo que querías —balbuceo en su lugar, trabándome con las palabras.

Él me mira durante un largo instante.

—No —dice antes de darse la vuelta—. Has sido mucho más que eso.

Veinticinco



La primera vez que Wouter y yo rompimos, me sentí traicionada.

Aquel mensaje llegó la semana después de que empezaran las vacaciones de verano, un día soleado, como tantos otros días soleados. Había planeado la semana con todo detalle, decidida a mantenerme ocupada mientras Wouter no estaba: playa, bolos, cine, fiestas. Iba a ser el alma de la fiesta.

En cambio, leí el mensaje mientras desayunaba tostadas y huevos, se me cayó el teléfono en la mantequera y me monté en el coche en pijama. Fui directa a la residencia de Phoebe en la Universidad de California, donde se alojaba durante el trimestre de verano, y cada minuto atrapada en el tráfico me parecía un ataque personal.

—Menudo capullo —dijo después de limpiar la mantequilla de mi móvil, frotándome la espalda y dejándome llorar—. Te mereces algo mucho mejor. —A los diecisiete años, con una autoestima por los suelos y la frente llena de acné, no estaba segura de que tuviera razón.

Dijo todo lo que se debe decir en una ruptura, esas frases que la persona abandonada finge comprender, aunque no las crea ni por asomo.

Esta vez no dice nada de eso, pero aun así me abraza mientras

lloro en el tren.

«Creo que los dos necesitamos algo de espacio para procesarlo todo —me escribió Wouter cuando regresé a Ámsterdam—. Me quedo en Culemborg esta semana. Tómate todo el tiempo que necesites».

Me pregunté si con lo de darme espacio me estaba diciendo que me mudara. Si ese es el caso, no sé por qué no he sido capaz de empezar a empacar.

Esto no es exactamente una ruptura, y solo lo es en parte porque nuestro matrimonio fue caótico desde el principio, y no llegamos a ponerle nombre a lo nuestro. Y aun así dejé que me conociera como no había dejado a nadie desde…, bueno, desde la primera vez con él.

El apartamento está demasiado silencioso sin Wouter y sin George, y no puedo entender cómo ha vivido aquí solo durante tantos años. Hemos dejado nuestra huella en cada centímetro: en cada lugar donde reímos, tomamos té y compartimos nuestros secretos más profundos. Donde nos tocamos, gemimos y susurramos nuestros nombres.

Me digo que, si me acuesto temprano, los recuerdos no podrán encontrarme. Pero aun así me mantienen en vela la mitad de la noche, porque mi cerebro es cruel y Wouter nunca habría pasado por mi vida sin dejar una huella profunda.

No es que no sepa lo que él quiere de mí.

Es que nunca he sido capaz de dárselo a nadie.

No hay nada que me apetezca menos que ver a mis padres a la mañana siguiente. Le envié un mensaje a Phoebe, rogándole que me ayudara poner una excusa. «Arranca la tirita de golpe, cariño —me respondió—. La espera es mucho peor de lo que te imaginas. Te lo prometo».

Me reúno con ellos en el vestíbulo del hotel, rezando para que

tenga razón.

A pesar de la conmoción de ayer, parecen mucho más descansados. Mi madre lleva un vestido camisero estampado y ya no agarra su bolso con bloqueo RFID con tanta fuerza. Mi padre, todavía con su gorra de los Dodger —debería decirle que delata que es un turista—, me dedica una sonrisa cautelosa mientras se ajusta la correa de la funda de la cámara. Porque, como es natural, se ha traído una cámara de verdad, convencido de que su teléfono no le haría justicia a Ámsterdam.

Han venido hasta aquí, me recuerdo mientras nos saludamos con un abrazo algo incómodo.

—¿Cómo lleváis el *jet lag*? —les pregunto.

—Llevamos despiertos desde las cuatro de la madrugada —admite mi padre, tratando de reprimir un bostezo—. ¿Sabes lo que echan en la televisión a las cuatro de la mañana? ¡Anuncios de sexo telefónico!

Estoy preparada para defender la ciudad diciendo que seguro que esto no es algo exclusivo de Ámsterdam, pero los dos se limitan a reírse, como si fuera otra de las muchas rarezas de la ciudad.

Vamos a desayunar a una cafetería cercana con terraza, con las mesas dispuestas a lo largo de un canal. No hay mejor manera de comer en Ámsterdam, y si vamos a tener esta conversación, mejor que sea en un lugar bonito.

—¿A que es pintoresco? —comenta mi madre una vez sentados, y luego le pregunta al camarero—: ¿Nos trae tres vasos de agua del grifo, por favor?

—Lo recuerdo de nuestro último viaje a Europa —dice mi padre. Para celebrar su trigésimo aniversario, hicieron un crucero por el Danubio—. No siempre te lo ponen cuando te sientas. A lo mejor California podría aprender un par de cosas, con la sequía que hay.

Nos quedamos en silencio mientras dejan tres vasos y una jarra de

agua sobre la mesa.

—Bueno —comienzo después de beber un sorbo—, lo de ayer no fue un completo desastre.

—Seguro que podríamos haber manejado mejor algunas cosas. —Mi madre se inclina sobre la mesa y me acaricia el brazo con la yema de los dedos—. ¿Cómo hemos llegado a esto, Dani? Eso es lo que quiero entender. No solo lo del matrimonio, sino todo.

Hoy están menos beligerantes. Más dispuestos a escuchar.

Respiro hondo.

—Supongo… que empezó hace mucho tiempo. ¿Os acordáis de todos aquellos artículos que salieron cuando nací?

Juro que veo los titulares, las fotos sucederse por el rostro de mi madre. Por muy feroz que sea la máscara que se pone, ese trauma nunca la ha abandonado del todo.

—Sí —dice en voz baja—. No creo que podamos olvidarlo jamás. Fuiste nuestro bebé milagro.

—Exacto. Y, durante mucho tiempo, sentí que… tenía que hacer algo grande para estar a la altura.

Ella frunce el ceño.

—Esa jamás fue nuestra intención. Que estés viva, que estés aquí con nosotros, siempre ha sido más que suficiente.

—En teoría, lo entiendo. Pero todo lo que vino después, los periodistas que me seguían, buscando una historia conmovedora…, fue abrumador —digo—. Todo el mundo a mi alrededor parecía no tener problemas para encontrar su vocación. Yo tenía la sensación de que jamás la encontraría, y eso me creaba aún más presión por lograrlo. En la universidad, terminé estudiando Diseño de Experiencia de Usuario casi de rebote. Y sí que me gustaba…, pero siempre pensé que habría algo que me apasionara de verdad. Algo que encajara conmigo.

Cuando lo digo en voz alta, puedo ver el ego que hay detrás. Porque, en el fondo, ¿no es eso lo que todo el mundo quiere? ¿Tener la suerte de dedicarte a algo que te haga feliz?

En el puente que tenemos delante, un grupo de chicas universitarias le piden a un desconocido que les haga una foto. «Aseguraos de que os gusta —les dice el desconocido después de hacerles unas cuantas—. ¡Puedo hacer más si queréis!». La bondad de ese gesto me recuerda a Roos, su falta de prejuicios, incluso cuando lo más fácil sería poner los ojos en blanco ante escenas como esta.

A veces te toca ser el turista; otras veces, el fotógrafo.

—¿Sentías esa presión por nuestra parte? —quiere saber mi madre.

—No directamente —respondo—. Pero vuestras profesiones siempre me han parecido muy importantes: la salud pública y la enseñanza. Y Phoebe adora su librería. Era imposible no preguntarse… ¿por qué yo no?

Mi padre se limpia los cristales de las gafas de sol con el dobladillo de la camisa antes de volver a ponérselas.

—Sabes que tardé tiempo en dedicarme a la enseñanza, ¿verdad? Pasé muchos años sin rumbo, tuve muchos trabajos que no me llevaron a donde pensaba, hasta que volví a la universidad para sacarme el título de magisterio. Las personas que encuentran su pasión de inmediato tienen suerte. Pero para la mayoría no es así.

—Creo que empiezo a entenderlo. La empresa para la que voy a hacer la entrevista es una empresa de excursiones en barco. —Espero alguna respuesta indignada, pero no llega—. Sería guía turístico. No tiene por qué ser mi profesión definitiva, solo algo que me gustaría hacer ahora mismo.

Ninguno de los dos responde de inmediato, pero solo porque la camarera ha vuelto para tomarnos nota.

Una vez que se marcha, en el rostro de mi madre se dibuja una pausada sonrisa.

—Suena muy divertido —dice—. Piensa en toda la gente diferente que conocerías cada día, de tantos lugares distintos. Y seguro que también aprenderías aún más sobre Ámsterdam.

—Es un país precioso —coincide mi padre—. No me malinterpretes, es un país extraño. ¡Todavía no me puedo creer lo de las bicicletas! Están por todas partes, ¿verdad?

—Pero van muy rápido —dice mi madre—. Es como si salieran de la nada. Espero que tengas cuidado al cruzar la calle.

«Allá vamos».

—Eso es otra cosa de la que deberíamos hablar. —Me enderezo en la silla, aunque me sorprende darme cuenta de que no he estado encorvada durante toda la conversación. He dicho exactamente lo que quería, con toda la confianza que he podido reunir; ahora no puedo dar marcha atrás—. Sé que creéis que sigo siendo ese bebé frágil que no debía sobrevivir, pero no lo soy. No necesito que me tengan entre algodones ni que me protejan del mundo. Puede que a veces me sienta perdida, pero estoy aprendiendo a sobrellevarlo. A mi propio ritmo.

Mi madre aprieta los dientes.

—Es que es difícil —dice, con ese insólito temblor en la voz que ya he oído dos veces en veinticuatro horas—. Eras tan pequeña, Danika. Cuando te vi con ese respirador, pensé: «Haré lo que sea necesario para protegerla. Lo que sea». Y lo intentamos con todas nuestras fuerzas. Ahora… eres adulta. No necesitas que te protejamos tanto, aunque no pueda evitar que me salga el instinto protector.

—Estoy agradecida por todo lo que hicisteis —digo con el corazón encogido, y en gran parte lo digo en serio. Creo que hicieron todo lo posible—. Sé que mi salud ha sido precaria, pero estoy mucho mejor

que hace cuatro años. Tomo mi medicación, he empezado a buscar terapeuta y… ahora puedo hablar de ello. No lo niego y puedo respirar mejor que nunca. —No ponen objeciones a nada de esto, sino que me dejan seguir hablando—. Y hay más. Podemos seguir hablando por teléfono con regularidad cuando volváis casa, quizá cada dos semanas. Y, por supuesto, podemos enviarnos mensajes. Pero no quiero que me preguntéis constantemente por mi salud, dónde estoy o cuánto tiempo voy a estar aquí.

—Creo que podemos aceptarlo —dice mi madre, y mi padre se muestra de acuerdo.

—Tengo que aprender a ser independiente de verdad —continúo —. Y esa es una de las razones por las que me mudé aquí. Sé que fue algo drástico y que no era necesario que me fuera tan lejos para hacerlo, pero quería hacer algo por mi cuenta por primera vez. Lo que pase o no pase con Wouter…, eso es otra historia.

Se mueven incómodos en sus asientos, como si esta fuera la parte de la conversación que más temían. Llegan nuestros platos —huevos Benedict, tortitas y tostadas francesas—, pero nadie se atreve a empezar a comer.

—No nos dimos cuenta de que lo tuyo con Wouter iba tan en serio —dice mi madre—. Me refiero a cuando vivía con nosotros. Pensábamos que solo era un amor adolescente, aunque también pueden ser muy intensos. Quizá deberíamos haber intervenido, pero parecía bastante inocente, sobre todo porque él acabó volviendo a Ámsterdam, y confiábamos en que estarías bien.

Un «amor adolescente». Dicho sin adornos, eso fue, pero incluso echando la vista atrás más de una década después, nunca lo sentí así. Éramos jóvenes y demasiado optimistas, pero nuestro amor era real. Tenía peso, como algo que podrías sostener en la palma de tu mano.

—Pensamos que podríamos hacer que funcionara después de que

él regresara. Pero está claro que no fue así, y ahora… —Dejo la frase en el aire, con un nudo en la garganta, tratando de contener la emoción que me embarga.

—Oh, Dani. —Mi madre empieza a levantarse de la silla—. Todavía sientes algo por él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza apoyada en su hombro, agradeciendo el consuelo del abrazo de mi madre, incluso en público, en otro país, después de haberle dicho que no necesitaba su protección. Resulta que todavía la necesito.

Y no pasa nada.

—La idea siempre fue divorciarnos —digo—. Nunca se supuso que sería a largo plazo. Sé que fue impulsivo, pero no creo que fuera un error. Y si fue un error, entonces es mi error.

Nuestro error.

—Ahora que hemos tenido algo de tiempo —dice mi padre—, supongo que todos hemos hecho cosas absurdas en nombre del amor.

«Amor».

Ahí está esa palabra otra vez, la que no debería ser tan extraña como lo era ayer cuando Wouter la pronunció.

Recuerdo todas las veces que me llamó «*lief*» cuando no había nadie alrededor. Al principio pensé que era un lapsus, pero ocurría con demasiada frecuencia, ¿no? ¿Era esa su forma de decírmelo, incluso entonces?

—Aún no sé qué voy a hacer —les digo a mis padres cuando empezamos a comer, y siento un orgullo irracional por mi ciudad cuando elogian la comida—. Si me voy a quedar, o por cuánto tiempo. Hay muchas cosas que tengo que decidir, tanto con él como por mi cuenta. Pero quiero que sepáis que, sea cual sea la decisión que tome, la tomaré en serio. Y eso no significa que no vaya a volver

a visitaros siempre que pueda.

Mis padres intercambian una larga mirada, comunicándose de esa forma silenciosa que tienen las parejas cuando se conocen desde hace tantos años.

—Entonces eso solo significa que nosotros también tendremos que volver a visitarte —dice mi padre.

Mi madre señala el canal con el tenedor, porque, por supuesto, este lugar también la ha cautivado. Sería imposible que no fuera así.

—Ya estoy deseando volver.



El resto de la semana lo paso haciendo de guía turística para mis padres, Phoebe y Maya, mostrándoles mis rincones favoritos, el mejor *stroopwafel* —que no es el caro e *instagrameable* para el que hay que hacer cola—, sino el de un mercado al aire libre, y los museos que se esconden en antiguas casas junto a los canales y que, si parpadeas, te los pierdes.

Luego pasamos horas explorando las librerías de Ámsterdam. Vamos a ver los tulipanes, y Phoebe y Maya posan para unas fotos de embarazo en los vastos campos rojos y amarillos que son de verdad impresionantes.

Todavía no he sacado ninguna de mis maletas y busco cualquier excusa para no estar en el apartamento. Cuando estoy sola en casa, intento relajarme con un baño de burbujas, una taza de té y mis ejercicios de respiración.

Y luego pido cita con un nuevo terapeuta.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Phoebe con delicadeza mientras aparcamos las bicicletas en Vondelpark. Han alquilado un par y pensaron que bromeaba cuando les enseñé a Pequeño Diablo. Mis padres regresan a Estados Unidos a primera hora de la mañana

y Phoebe y Maya se marchan mañana por la noche.

Sigo sin querer aceptar nada de esto.

No sé muy bien cómo responder a su pregunta. Por mucho que lo intente, mi visión de Ámsterdam sin Wouter es totalmente gris. Debería seguir adelante, ¿no? ¿Prepararme para la entrevista y buscar piso?

—¿Crees que es una locura que me quede aquí? —pregunto, dándome cuenta de que no estoy respondiendo a su pregunta—. ¿Indefinidamente? ¿Suponiendo que consiga un trabajo y pueda mantenerme?

Las tres compramos unos cucuruchos de un camión de helados.

—¿Por qué iba a ser una locura? —dice Maya—. Yo estudié en Edimburgo durante un año mientras hacía la carrera y se me hizo cortísimo. Si alguna vez tuviera la oportunidad de volver a vivir allí, no lo dudaría ni un segundo. Sin mirar atrás.

Phoebe asiente mientras esquiva una bicicleta eléctrica, de un chico que conduce sin ningún cuidado mientras una chica se aferra a su espalda.

—Hemos hablado de ello, de que nos gustaría hacer algo así algún día. Verte aquí hace que parezca aún más posible.

La verdad es que fue una locura cuando llegué aquí. Un completo desastre. Puede que haya estropeado las cosas con Wouter y su familia, pero antes de eso… todo iba bien.

—Entonces pienso en todo lo que me perdería si me quedara. Como el nacimiento del bebé. Quiero estar allí, ¿vale? No importa dónde viva, cuando me necesites, cogeré un avión y haré lo posible por estar allí.

Phoebe lame su cucurucho, luego prueba el de Maya y, sin ni siquiera discutirlo, los intercambian.

—Te lo agradecemos. La madre de Maya va a vivir con nosotras

durante el primer mes, pero después de eso, si quieres…, no diremos que no.

Saco el móvil y empiezo a buscar vuelos. Phoebe se ríe.

—¡No tienes que hacerlo ahora mismo!

—Es que es diferente no poder vernos cuando queramos.

Maya enarca sus espesas cejas por encima del helado y mira a Phoebe, que deja escapar un suspiro.

—Dan, eso iba a cambiar de todos modos en cuanto llegara el bebé. Ya lo sabes. No es que vaya a desaparecer, pero es inevitable —dice —. Piénsalo de esta manera. Cuando estabas en Los Ángeles, quedábamos para cenar, para tomar un café o para ir a clase de yoga. Unas pocas horas, como mucho. Ahora, cuando vengas de visita, pasaremos una semana entera juntas, casi de forma ininterrumpida. Quizá no sea tan frecuente, pero puede ser igual de profundo y significativo. Me encanta cómo suena eso. —Luego me pone un poco de helado en la punta de la nariz—. Y ahora tenemos que averiguar qué pasa con Wouter.

—Si es que quiere volver a verme.

Maya resopla al oír eso.

—En cuanto os vi juntos, supe que estaba colado por ti. Eso no se olvida de la noche a la mañana. Yo estuve suspirando en silencio por Phoebe durante un año…

—¡Once meses!

—…antes de que me armara de valor para decírselo —concluye Maya. Se conocieron a través de amigos comunes, en un club de lectura que Phoebe había creado y al que Maya seguía acudiendo, no porque le gustaran los libros que Phoebe seleccionaba, sino porque le gustaba ella. Solo cuando ya estaban juntas confesó por fin que no era una gran lectora, y Phoebe se propuso encontrar algo que le gustara. Resultó que eran los audiolibros, y ahora suelen escucharlos

juntas mientras conducen o preparan la cena.

—Me gusta mucho —digo en voz baja después de terminar mi helado de avellana—. Pero no estoy segura de que eso sea suficiente para él. Obviamente, la primera vez no terminó bien, y no sé cómo sería tener una relación con él ahora que somos adultos.

Phoebe tira la servilleta a la papelera con demasiada fuerza.

—Tonterías.

—¿Perdona?

—¿Crees que todo el mundo nace sabiendo cómo tener una relación sana? Pues no. Hay que practicar, joder. Hay que comunicarse. Hay que enfrentarse juntos a las cosas difíciles —dice —. ¿Algunos de esos hombres con los que saliste en Los Ángeles? ¡Estaban interesados de verdad en ti, Dani! Querían llevarte a comer, conocer a tus padres e irse de viaje contigo los fines de semana. Pero tú cortabas porque decidías que no querías tener relaciones. Que no podías tener relaciones. ¿Y sabes qué? Es una profecía autocumplida: te lo repites tantas veces que al final se hace realidad. ¿Crees que no nos da miedo traer un niño al mundo? ¿Un ser humano completo con todo un conjunto de necesidades y deseos? —Phoebe sacude la cabeza—. La semana pasada me enteré de que los recién nacidos no tienen rótulas. ¡Rótulas!

—No hasta los seis meses —confirma Maya.

—Que dé miedo no significa que sea algo malo. Que sea difícil no significa que no merezca la pena.

Cuando mi hermana termina de hablar, está un poco sin aliento, y tiene las mejillas sonrosadas, hasta el punto de que Maya tiene que darle una palmada en la espalda.

Quizá no sea el consuelo que quería, sino el amor duro que necesitaba. La sabiduría de una hermana mayor.

—Yo… ¡Vaya!

Phoebe se aclara la garganta con calma.

—No sé si quieres abrazarme o abofetearme.

—¿Las dos cosas a la vez? —digo, y ella se ríe.

—Está bien permitirte desear esto —dice, poniéndome las manos en los hombros y mirándome a los ojos—. Te lo prometo.

Ese permiso se va abriendo paso lentamente por mi torrente sanguíneo, reorganizando mis moléculas. No lo necesitaba de ella, pero quizá sí de mí. Si me permito desearlo de verdad, despojarme de las capas de «no soy de» y «no estoy preparada» quizá lo que más me asusta es que mis dudas ya hayan hecho que se aleje.

Ahora nos imagino a los dos viviendo en ese piso que he llegado a considerar también mi hogar. Quedándonos despiertos hasta las tantas y sin arrepentirnos ni siquiera un poco cuando tengamos que madrugar. Llevando a George a dar largos paseos. Burlándome del meticuloso proceso con el que Wouter prepara el té de Wouter, ese que a mí me fascinó desde el primer día.

Lo quiero todo.

Fue un error esperar que Ámsterdam me cambiara, como si pudiera sentarme y dejar que sucediera cuando tenía que ser yo quien diera el primer paso. Ya no soy la que era cuando llegué aquí, y es un alivio darme cuenta de que el proceso no tiene por qué haber terminado.

Puedo cambiar. Puedo redescubrirme mil veces, y aún no he terminado.

—Ámsterdam te sienta bien —dice Phoebe al final del día, dándome un fuerte abrazo con olor a ropa limpia—. Te quiero y te echo muchísimo de menos, pero espero de verdad que decidas quedarte.

Después de dejarlas en su hotel, una familia de turistas me hace señas para que me detenga.

—¿Sabes cómo llegar al Albert Cuyp Markt?

Y no puedo evitar sonreír, porque esta vez les indico la dirección correcta.

Veintiséis



Cuando todo tu mundo se derrumba a tu alrededor, a veces la única opción es averiguar dónde se torció todo de forma tan desastrosa.

Estudias la historia de Ámsterdam para poder superar con éxito tu última entrevista de trabajo.

Pasas todo el día limpiando el piso, hasta que los irregulares suelos relucen y puedes ver tu expresión esperanzada en cada resplandeciente superficie. Organizas la colección de tés y recoges los juguetes del perro, procurando no prestar atención a lo que esto le hace a tu corazón.

Te humillas para conseguir un encuentro cara a cara con tu cuñada, su madre y su abuela, porque, aunque estás aterrorizada, sabes que tienes que arreglar las cosas con ellas.

Y es posible que no puedas arreglar las cosas con tu marido hasta que lo hagas.

Quedamos en el piso de Roos porque ella pensó que sería mejor que volver a la escena del crimen, como me dijo por mensaje.

El estudio es un espacio lleno de color y bien iluminado en De Pijp, no muy lejos de mi antiguo apartamento. Las paredes están cubiertas de pósters vintage de Ámsterdam y del techo cuelgan frondosas plantas. No me sorprendería que les hubiera puesto nombre a todas.

Le dije a Roos que quería hablar con las tres a la vez, y que no tenía por qué acceder. Tal vez una parte de ella detestaba dejar las cosas a medias, o quizá sentía curiosidad por lo que yo pudiera decir. En cualquier caso, le estoy inmensamente agradecida. Haré todo lo que pueda para compensar a esta familia en la que irrumpí como un huracán.

Si me fuera de los Países Bajos, no solo dejaría atrás a Wouter. También dejaría atrás a Roos y a Iulia, que me llevaron a dar unas clases en un barco de Dam Fine antes de mi entrevista, y a la pequeña comunidad que estoy empezando a construir aquí, si es que decide perdonarme. Hasta ahora, Iulia es la única que lo ha hecho; reconoció que si hubiera peligrado su permiso de residencia, tal vez ella habría hecho lo mismo.

Ya están todas allí cuando llego, sentadas en el sofá amarillo chillón de segunda mano de Roos, con té y galletas en la mesa.

—No llego tarde, ¿verdad? —pregunto mientras me quito los zapatos.

Roos sacude la cabeza.

—No, no. Solo estábamos hablando del tiempo tan espantoso que hace.

No le falta razón. Tuvimos una falsa primavera mientras mi familia estuvo aquí, y ahora hemos vuelto a los cielos encapotados, el viento y los ocasionales aguaceros. «Así es Ámsterdam», dicen los lugareños encogiéndose de hombros.

Saludo a todas en neerlandés y me siento en el sillón frente al sofá, con las manos demasiado temblorosas para sostener una taza de té. Durante los primeros minutos, todas sonreímos de manera forzada y se producen silencios incómodos. Juego con mi alianza, dándole vueltas, moviéndola hacia arriba y hacia abajo en mi dedo, preguntándome si no debería habérmela quitado. De alguna manera,

siento que si me la quito, significará que se ha acabado de verdad.

—¿Les gustó Ámsterdam a tus padres? —pregunta Anneke.

—Sí que les gustó. Siento mucho que os hayáis llevado una mala impresión. No suelen…

—¿Enfadarse porque su hija se casó sin decírselo y porque el matrimonio era una farsa desde el principio?

Siento que me pongo roja.

—Me hizo dudar de si algo de todo esto había sido real. Es la parte que más me ha costado asimilar. No solo lo de Wouter y tú, sino también tu relación conmigo. —Roos baja la mirada mientras dice esto, y una timidez inusual se apodera de ella.

—¿Estás de broma? Me encantaba pasar tiempo contigo —digo con todo el énfasis posible, deslizándome en el asiento hasta el borde de la silla—. Habéis sido todos muy generosos, y guardar este secreto… ha sido un infierno, si os soy sincera. —Me vuelvo hacia Maartje y le digo en neerlandés—: Espero que dejes que Wouter se quede con la casa.

Ella me mira con incredulidad.

—¿Por qué iba a quitársela?

—Porque el matrimonio era falso —digo, haciendo una mueca al darme cuenta de que esto sí sé decirlo en su idioma—. *Schijnhuwelijk*.

Maartje dice algo en neerlandés y, aunque entiendo algo, Roos hace de traductora.

—Dice que sabe que esa condición era un poco anticuada —traduce Roos—. Pensó que animarle a encontrar una pareja podría ayudarle a salir un poco de su caparazón, para que no estuviera tan anquilosado. Y puede que fuera una forma extraña de hacerlo…, pero parecía funcionar. —Roos da un sorbo de té—. Creo que habla en nombre de todas nosotras. Wouter era mucho más él mismo contigo de lo que había sido en mucho tiempo, y descubrir que no

era real…; nos duele que vaya a perder eso. En el fondo es como un pequeño proceso de duelo.

—Esa es la cuestión —digo mientras vuelvo a tocar la alianza con nerviosismo—. Aunque al principio no fuera real…, mis sentimientos por él sí lo son. —Las tres se inclinan hacia mí, y Roos ni siquiera intenta ocultar su sonrisa—. Siento mucho todo lo que ha pasado —continúo—. Lo que hicimos y haberos mentido.

—Wouter lleva toda la semana pidiendo perdón —dice Anneke—. Lo curioso es que conozco a mi hijo. La forma en que se comportaba contigo, incluso cuando te conocimos, no era fingida. Lo sé en lo más profundo de mi alma.

—Ahora yo también lo sé —digo en voz baja—. Debería haberlo sabido hace mucho tiempo. Quizá una parte de mí lo sabía, porque yo… amo a tu hijo. —Ahora puedo decirlo con total seguridad. En inglés y en neerlandés—. Creo que lo amo desde hace tiempo. El matrimonio lo complicó todo, pero de verdad quiero una oportunidad para arreglarlo. Por todos vosotros.

—Puede que no sea convencional —coincide Anneke—, pero me alegro de conocerte. Me alegro de que formes parte de esta familia, dure lo que dure.

La siguiente vez que Maartje habla, la entiendo perfectamente.

—Tanto si eres su mujer, como su novia, o lo que seas… ¡Me alegro de que hables neerlandés!

Cuando Anneke y Maartje se marchan a Culemborg, Roos me coge del brazo, me arrastra al sofá y suelta un chillido.

—Me moría de ganas de contárselo a alguien, pero tengo noticias sobre Iulia. Ayer alquilé el barco entero, así que estábamos solas las dos. Y pasé la primera mitad del recorrido preocupada, pensando que la había tendido una trampa o algo así, y que si le confesaba mis sentimientos y no me correspondía, ¿quién tendría que arrojarse al

agua? —Sacude la cabeza y hace una pequeña mueca—. En fin, que no hizo falta. ¡Al final, mañana tenemos nuestra primera cita oficial!

Sonrío con ella, la abrazo y le digo lo mucho que me alegro.

—Cuando necesites un vestido de novia… —digo, y ella pone los ojos en blanco y me da un codazo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Alguna noticia relacionada con los barcos?

—Ayer tuve la entrevista final. Tuve que hacer una visita guiada al propietario de la empresa y a otros altos cargos, y me sentí tan segura como pude—. Espero tener noticias pronto.

Ella levanta ambas manos y cruza los dedos.

Cuando salgo del apartamento de Roos, recibo un mensaje de Wouter. «¿Te parece bien si paso a recoger unas cosas?».

Mi corazón late con fuerza, porque por mucho que quiera verlo, no quiero que sea una emboscada. «Dame una hora», le respondo, y luego corro a casa.

Cuando llego, intento recoger un poco antes de darme cuenta de que juntos hemos hecho un desastre mucho mayor. Luego cojo el familiar bloque amarillo de su mesita de noche y me dirijo al baño.

Mi frasco de antidepresivos está ahí, encima del lavabo. No me molesto en guardarlos, como habría hecho al principio, cuando me preocupaba demasiado que él tuviera una imagen de mí que yo creía que era la correcta.

Ahora solo quiero la real.

Pego un pósit en el centro del espejo, donde no puede pasarla por alto.

ÁMSTERDAM SOLO PARA LOCALES
VISITA MAÑANA
10 A. M. EN PUNTO
Nuestro primer lugar de encuentro

Paso toda la noche y la mañana siguiente con el estómago encogido, temiendo que no aparezca. No es un cruce demasiado relevante, y me entra el pánico al pensar que quizá haya olvidado el lugar.

Al verlo, se me corta la respiración. Es Wouter vestido de primavera, casi verano, y aunque últimamente hemos tenido tantos días grises como despejados, su cabello alborotado por el viento parece haber sido acariciado por el sol más de una vez. Viste una chaqueta de color verde oscuro, un jersey gris jaspeado con cuello de pico, y cada parte de él parece suave y agradable al tacto.

Y la alianza de oro en su dedo refleja la luz.

—Hola —le digo cuando por fin está lo bastante cerca.

—Hola. —El sonido de su voz, esas dos únicas sílabas, amenaza con hacer que se me doblen las rodillas—. ¿Aquí es donde empieza la visita? Veo que soy el único aquí…

Tengo que contener una sonrisa.

—Ah, en realidad es una visita privada. ¿No has leído el folleto? Cuesta mucho más que una visita normal, pero la ventaja es que puedes disfrutar de un tiempo de calidad a solas con la guía.

—A mí me parece que vale la pena.

—¿Qué… tal todo? —pregunto, metiendo torpemente las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. ¿Has estado yendo y viniendo para ver a tus pacientes?

Él asiente.

—No me importa. Pero George se ha encariñado mucho con mi abuela. No sé si voy a poder traérmelo.

Me imagino a Wouter despertándose en una habitación que ya solo es mitad suya, y no solo tengo que contener las ganas de decirle que no solo he echado de menos un cuerpo cálido a mi lado en la cama, sino también su cariño.

—Bueno, este primer lugar es realmente crucial, porque es donde empezó todo. —El pavimento no está mojado y el sol brilla en el cielo, pero ahí está el lugar donde aparcó nuestras bicicletas, y en la siguiente calle, la cafetería a la que me llevó—. O, dependiendo de cómo se mire, donde todo volvió a empezar. Aquí es donde choqué con la bicicleta de mi exnovio, porque mi bici era demasiado alta para mí y no sabía manejarla bien, y para ser sincera, no iba prestando demasiada atención. Y no te imaginas lo sorprendida que me quedé al volver a verlo después de trece años…, sobre todo por la forma en que rompió conmigo cuando teníamos diecisiete años.

—Parece un auténtico gilipollas.

—Sí, bueno. Todo el mundo es capaz de madurar —digo—. ¡Date prisa, que hay mucho que ver!

Juro que oigo una risa mientras seguimos caminando.

—Este es el lugar donde mi marido me pidió matrimonio. —Agito el brazo con entusiasmo—. Puede parecer un canal como otro cualquiera, pero si te fijas bien, verás que tuvieron que reconstruirlo por completo hace poco, solo por la gran cantidad de dramas que ocurrieron en él.

—¿Sabes? Leí sobre eso —dice, estirando el cuello para ver por encima del puente—. Pensé que era una leyenda urbana.

—No. Es completamente real.

—Dani. —Wouter suelta un suspiro y se pasa la mano por la barba incipiente. Ya estoy deseando tocarle la cara—. No quiero interrumpir la visita, pero tengo que decirte que estaba muy nervioso por si llegaba a casa y todas tus cosas habían desaparecido. No te imaginas lo aliviado que me sentí.

Me recuesto contra el puente y tamborileo con las manos sobre la barandilla.

—No creo que hubiera tenido la capacidad emocional de levantar

la maleta.

Él espera un momento antes de volver a hablar.

—Sé que has hablado con mi familia. No tenías por qué hacerlo, pero significó mucho para ellas. Y para mí.

—Ellas también significan mucho para mí. Es la verdad. En tan poco tiempo, he llegado a considerarlas, si no como familia política, al menos como amigas.

—¿Solo a ellas? —pregunta con una leve mueca. Sin suplicar. Sin insistir. Solo con inocente curiosidad.

—Eso es para más adelante en la visita —digo.

Esa mueca da paso a una diversión absoluta. Debe darse cuenta de que estoy alargando el tema, y que voy a hacer que le merezca la pena.

—Y también hablé con mis padres —digo—. No solo por lo que dijiste, sino porque ya era hora. Y… no fue nada mal.

—Imagino que no fue fácil. —Si existe una mueca que transmite comprensión, es la que hace ahora—. Siento haberte dicho eso.

—No, tenías razón. Era necesario, y creo que las cosas van a mejorar mucho entre nosotros. Puede que lleve un tiempo, pero lo conseguiremos. Poco a poco.

—¿Y te sientes bien al respecto? —pregunta, porque incluso ahora está pensando en mí. Si estoy cómoda. Si estoy contenta.

—Sí. La verdad es que sí.

A continuación, tomamos un tranvía que nos deja en el Museo Van Gogh. La cola sale por la puerta principal, como siempre, y me invade una punzada de nostalgia por la mañana que pasamos evitándonos.

—No vamos a seguir el orden cronológico —le informo—, porque siempre nos ha costado acertar con los tiempos. —Él asiente y yo carraspeo—. Aquí es donde me engañaste para que fuera contigo al

museo.

Se queda boquiabierto.

—¡Yo no hice tal cosa! ¡Supuse que habías visto que era una entrada dos por uno!

—Aun así —continúo, arqueando las cejas con suavidad—, acabó siendo la primera vez que conectamos de verdad después de que viniera a vivir aquí, y me di cuenta de que había una posibilidad de que pudiéramos tener algo nuevo. Y… ese algo nuevo fue mejor y más inesperado de lo que jamás imaginé.

—Ese día fue genial —dice—. Sentí que por fin empezaba a conocerte de nuevo, y fue un gran alivio que pudiéramos volver a empezar así.

—Y porque por fin reconociste que te gusta Van Gogh tanto como al resto.

Wouter esboza una suave sonrisa.

—Eso también.

Po último, le llevo al muelle de Dam Fine Boat Tours. Una de sus embarcaciones eléctricas está zarpando, y un guía turístico que conocí el otro día me saluda con la mano.

—Aquí —le digo con una sonrisa, porque estoy conteniéndome desde que recibí la noticia a primera hora de la mañana— es donde trabajo.

Su rostro se ilumina de pura alegría y le brillan los ojos detrás de las gafas. Da un paso hacia mí, levantando los brazos como para abrazarme.

—¿Te han dado el trabajo? —pregunta, y cuando asiento, solo duda un instante, dándome un momento para retroceder si no es algo que quiero. Pero claro que lo quiero, así que suelto el aire mientras me aprieta contra su pecho.

«Esto». Echaba de menos esto.

Con el rostro sobre su corazón, me resulta familiar y novedoso a la vez. Cítricos, calidez y una inmediata sensación de comodidad.

Una mano en mi cintura y la otra en mi cabello, colocando un mechón detrás de mi oreja con su pulgar. Cuando me abraza con más fuerza, puedo sentir cómo tiembla.

—En fin…, creo que eso significa que ahora ya puedes divorciarte de mí —digo cuando nos separamos.

El abrazo le ha torcido las gafas, pero ni siquiera se molesta en enderezarlas mientras clava su penetrante mirada en mí.

—¿Es eso lo que quieres, *lief*?

Con todo el valor que tengo, niego con la cabeza.

—Wouter…, lo siento. Siempre he sido yo la que rompía antes de que pudieran acercarse demasiado. He pasado todos estos años huyendo de cualquier relación real para que nadie pudiera hacerme daño como…, como me lo hiciste tú cuando teníamos diecisiete años. Pero la verdad es que estoy cansada de fingir que soy tu esposa. —Trago saliva obligándome a seguir—. Porque, si lo fuera de verdad, volveríamos a casa juntos todos los días y estarías en la cama a mi lado todas las noches. No huiría en cuanto las cosas se pusieran difíciles, solo porque tuviera miedo.

La nostalgia nunca abandona sus ojos.

—Yo también he tenido miedo. Me sigue aterrando la posibilidad de que te vayas, de que decidas que echas de menos tu tierra, lo cual es totalmente legítimo, claro. Pero entonces me he preguntado… que quizá sea injusto esperar que te quedes aquí conmigo cuando toda tu vida está en otro continente.

—Esa es la cuestión —digo—. Ya no sé si está allí. Y me estoy dando cuenta de que no tengo por qué tenerlo todo claro a los treinta, ni a los cuarenta, ni a los cincuenta, ni nunca. ¿No es eso lo que significa ser humano? ¿Crecer, aprender y cambiar

constantemente? —Le tiendo la mano y le rozo la muñeca—. Nunca he hecho nada permanente. Ni trabajos, ni relaciones, ni siquiera aficiones. Pero contigo… lo quiero todo. Me haces sentir que todo lo que soy tiene un propósito. Que no estoy simplemente dando tumbos por la vida.

—Pues claro que no —dice, entrelazando sus dedos con los míos.

—Quizá un poco. A veces —digo con una media sonrisa—. Lo único de lo que estoy segura es de que tú eres la persona que quiero a mi lado mientras lo averiguo todo. Sin mentiras, sin reglas, sin contratos. Solo tú.

Wouter me dijo que yo era valiente. Por fin siento que lo soy.

Cierra los ojos mientras asimila todo esto. Contemplo el suave vaivén de su pecho al respirar: este hombre increíble que me enseñó que juntos podíamos ser vulnerables.

—Sé que la cagué una vez —dice, tirando de mi mano para acercarme—, pero Dani… esta vez no pienso perderte. Te juro que me pondría delante de un vehículo en marcha si eso significara evitar que te hicieran daño. Puede que sea una locura sentir esto después de menos de seis meses, pero Dios, no sé cómo era mi vida antes de que tú la pintaras de neón. Sé que este matrimonio no tenía que ser real, pero tú lo eres todo para mí. —Ahora tiene la otra mano en mi cintura. Su boca se cierne sobre la mía y su nariz roza mi mejilla—. Creo que siempre lo has sido.

Cuando me besa, hay trece años de anhelo volcados en ese beso. Las primeras veces de la adolescencia, los mensajes de texto desacertados y la conjunción cósmica de reencontrarnos aquí después de tanto tiempo. El murmullo del agua debajo de nosotros y el tintineo siempre presente de las bicicletas.

Respiro su aroma y siento como si volviera a casa.

«Wouter. Hogar». En algún momento, los dos se entrelazaron de

forma inexorable.

—Me destrozas, joder —dice con voz entrecortada. Una lágrima le resbala por la mejilla y yo la recojo con el pulgar—. Me destrozaste cuando teníamos diecisiete años y, de alguna manera, he tenido la suerte de que lo hayas vuelto a hacer.

—Suerte —repito, con la palabra atascada en la garganta. La siguiente vez que lo beso, noto el sabor salado y entonces es él quien enjuga con ternura mis lágrimas.

—Danika. Dani. Quiero pintar tu rostro una y otra vez. Aprender todas las curvas de tu cuerpo para poder hacerles justicia. Quiero saber todo lo que te vuelve loca, todas las cosas que puedo hacer para que grites mi nombre. Y luego quiero despertarme y prepararte el desayuno. Quiero saber con qué te gustan las tortitas y quiero asegurarme de que siempre haya suficiente azúcar para tu té. Quiero que toda nuestra vida sea excesiva, porque así es como me siento cuando estoy contigo. Quiero que creemos arte juntos, arte caótico e imperfecto. —Acaricia la alianza de mi dedo—. Creo que me encanta estar casado contigo.

—*Ik hou van jou* —digo, y la expresión de su rostro podría iluminar todo el cielo en un día nublado. Después de todo este tiempo, es así de sencillo, ¿no? Le acaricio la áspera mejilla y le paso la mano por el pelo—. *Ik hou van jou*.

Me sorprende cuando sacude la cabeza.

—¿Lo estoy diciendo mal?

—No, no —dice—. Es que creo que… no es suficiente. Tal vez… *ik hou het meest van jou*. «Te quiero más que a nada en el mundo». —Roza mis labios con los suyos—. Porque esa es la verdad. Más que a nada en el mundo.

Repito las palabras, grabándolas en mi memoria mientras él me besa una y otra vez. Las digo cuando me lleva de vuelta a su piso,

nuestro piso, del que no salimos a tomar aire durante horas. Vuelvo a pronunciarlas cuando nos quedamos dormidos y en el momento en que nos despertamos, embriagados de amor y ebrios el uno del otro.

Las digo, y las digo, y las digo.

Esto no es aquel viejo sueño romántico del pasado, esos deseos que pedíamos cuando pensábamos que teníamos todo el tiempo del mundo para seguir deseando; es algo completamente nuevo. Íntimo, verdadero, resplandeciente y cálido.

Gezellig.

Epílogo



—…y si miráis a esas casas, podréis ver que muchas están un poco inclinadas hacia delante —digo, señalando la hilera que bordea el Spiegelgracht—. La mayoría pertenecían a comerciantes que vivían en los pisos superiores y trabajaban en los inferiores. Tenían ganchos en la parte superior de las casas para poder subir sus mercancías con un sistema de poleas, y las casas se construyeron de esta manera para que esas mercancías no golpearan el edificio al izarlas. Con el paso de los años, la inclinación se hizo cada vez más pronunciada hasta llegar a esto…

—Son preciosas —dice una turista estadounidense con el pelo rubio y corto—. ¿Se sigue utilizando hoy en día el sistema de poleas?

—La verdad es que sí —respondo—. Aunque la mayoría de las veces se utilizan montacargas, siempre se sabe cuándo alguien se muda de casa porque hay un artilugio eléctrico en la fachada. Las escaleras son superestrechas y no hay ascensor en el edificio, así que hay que ser creativo. Y ahí es donde siempre han destacado los neerlandeses, y en todos los ámbitos, desde la arquitectura hasta la gestión del agua.

La rubia estadounidense se recuesta contra su marido, un pelirrojo que me resulta muy familiar, se parece un poco a un actor de una

serie de televisión sobre hombres lobo que vi hace muchos años. Probablemente sea solo una coincidencia.

En temporada baja, cuando hace más frío en el agua, mis excursiones no siempre se llenan. Seis meses después de aceptar este trabajo, todavía disfruto yendo a trabajar por las mañanas. Cada día puedo ver la admiración en los rostros de la gente, y no creo que haya nada que me llene tanto como eso.

—¿De qué parte de Estados Unidos eres? —me pregunta la mujer, y cuando le digo que soy de Los Ángeles, su marido y ella intercambian una sonrisa.

—Qué pequeño es el mundo —dice él—. Hemos pasado bastante tiempo allí. Yo viví en Los Feliz durante más de una década.

La mujer asiente y le aprieta la mano.

—Y yo volaba constantemente entre Los Ángeles y Seattle antes de darnos cuenta de que Seattle se adaptaba mejor a nuestras personalidades.

—Seguro que os resulta más fácil soportar el clima de aquí que a mí al principio —digo, riendo, y luego señalo las nubes grises que tenemos encima—. En unos diez minutos estaremos calados.

Cuando el hombre levanta con aire triunfal un paraguas para demostrar que están preparados, estoy casi segura de que es el actor que creía. Me pregunto si hay alguna forma informal de pedirle una foto.

—¿Qué te trajo a Ámsterdam? —pregunta.

Esta pregunta surge en casi todas las visitas guiadas, y mi respuesta es siempre la misma:

—Me enamoré —digo.

De una persona y de un lugar.

Al final, Wouter y yo decidimos no divorciarnos, y la realidad de salir con alguien mientras estábamos casados no fue tan incómoda

como temíamos. Los dos estábamos comprometidos con la relación y, si se daba el peor de los casos, pensamos que ya lo afrontaríamos cuando llegara el momento.

Sus amigos siguen bromeando con nosotros todo el tiempo, porque, aunque le perdonaron la mentira enseguida, se dieron cuenta de que estábamos locamente enamorados cuando nosotros aún no lo veíamos.

Hemos hecho algunos pequeños cambios en el piso, suficientes para que lo sintamos como nuestro. Además del frente de la cocina, hemos colgado más cuadros en las paredes, algunos suyos y otros míos, y hemos convertido mi dormitorio en una combinación de habitación de invitados y despacho. La reforma está en continuo proceso; uno de estos días nos pondremos con los suelos, pero no tenemos prisa. El apartamento esperará hasta que estemos listos.

Hace unos meses, Wouter y yo viajamos a Los Ángeles y visitamos a mi sobrina Hazel, que es tan adorable que podría haberla visto dormir durante horas, y Phoebe y Maya estaban más que encantadas de dejarnos a cargo para poder tener una noche de cita. Le traje un montón peleles con estampado de tulipanes y tantas latas de *stroopwafel* que me pararon en el control de seguridad, y he estado enviando a casa libros ilustrados neerlandeses cada vez que encuentro uno que me encanta, lo cual es a menudo, ya que acabo de superar ese nivel de lectura. Era la primera vez que Wouter volvía a Estados Unidos desde que fue estudiante de intercambio, así que lo llenamos de visitas a In-N-Out y largas tardes en la playa y en el Getty.

Y esta vez, cuando entramos en la casa de mis padres, lo hacemos cogidos de la mano.

Al principio bromeamos diciendo que es porque ninguno de los dos puede resistirse a ver a George Costanza con pajarita.

Pero entonces encuentro el vestido: uno recto con estampado de girasoles que me hace ojitos desde el escaparate de una tienda vintage, y no me cuesta nada encontrar una corbata a juego para Wouter.

Sigue sin ser blanco, pero tampoco es que hayamos seguido nunca la tradición.

Esperamos hasta el verano para alquilar una casa para todos en Zelanda, una provincia costera al suroeste de los Países Bajos. Hazel tiene casi un año y todo el mundo la adora, aunque se pasa la mayor parte del tiempo persiguiendo a George por la arena.

Una carpa vaporosa se mece con la brisa y los arreglos florales marcan cada hilera de sillas. Llevo mi vestido de girasoles y espero al fondo de la casa de la playa a mi marido, porque hemos decidido que queremos recorrer juntos el camino hacia el altar.

Wouter aparece con su corbata de flores y un traje gris oscuro, incapaz de ocultar su sonrisa cuando me ve. Y yo no querría que lo hiciera.

—Tienes que estar bromeando —dice—. No puedo creer que vaya a poder mirarte durante el resto de mi vida.

Sus palabras me hacen sonrojar. No sé cómo, pero no se nos acaban las formas de hacernos sonrojar el uno al otro.

—Espero que sea mucho más que eso.

Incluso con los tacones, solo le llego al cuello, así que tiene que agacharse un poco para besarme en la mejilla derecha.

—Mucho más. —Pero antes de darme la mano para que podamos dirigirnos hacia la carpa, se detiene.

—Espera. Algo pasa —dice, frunciendo el ceño.

Esperaba que no fuera tan obvio, pero él siempre ha sido capaz de

leerme.

—Estoy nerviosa —admito—. Nunca hemos hecho esto antes.

—¿Nerviosa… por mi culpa?

—No. Eso nunca. —Tiro de su corbata para acercarlo a mí. Tiene barba de tres días y el pelo revuelto por el viento, y así es exactamente como me gusta—. La última vez todo fue tan secreto que me cuesta creer que ahora podamos estar a la vista de todos.

—De todos —confirma, posando las manos en mi cintura mientras acerca la boca a mi oído—. Y con eso me refiero a que más tarde voy a comerte viva en la pista de baile.

—Siempre y cuando dejes algo para la luna de miel.

Vamos a pasar dos semanas y media como turistas en nuestro propio país, alojándonos en encantadores hostales y en cabañas perdidas. Visitaremos una librería enclavada en una iglesia medieval, una ciudad donde los barcos son el principal medio de transporte, un pueblo con forma de estrella.

—Entiendo lo que quieres decir —dice Wouter—. A una parte de mí le preocupaba que algún funcionario del Gobierno se sentara entre el público esperando para poner objeciones.

—Compartiré la celda contigo.

Cuando Wouter sonríe, se le marca el hoyuelo.

—Danika, es increíble lo mucho que te quiero. Nunca imaginé que tendría la suerte de hacer esto contigo dos veces.

—Y esta vez no hay que hacer papeleo —digo.

—Lo único que tenemos que hacer es estar ahí y estar guapos, algo en lo que tú ya destacas. Y luego comer tarta. —Él suelta una risita mientras me abraza con más fuerza, entrelazando sus dedos con los míos y apoyando la barbilla en mi pelo—. *Ik hou het meest van jou*.

Durante unos segundos de silencio, lo asimilamos todo. Respiramos el presente y exhalamos el pasado. La inocencia del

primer amor, el desamor devastador, la emoción de redescubrirnos como adultos. A veces, este viaje me ha parecido interminable, abarcando dos continentes y una década y media, y puede que lo más sorprendente sea que no lo cambiaría por nada. Es probable que este sea el último momento que tengamos para nosotros esta noche, solo los dos, pero no pasa nada, ya no hay que ocultar nada.

Miro hacia la playa, donde nos esperan todos nuestros seres queridos.

—¿Qué opinas? —pregunto—. ¿Quieres casarte con tu esposa?

Entonces me lanza esa mirada que amo más que nada en este país, más que cualquier pastelito espolvoreado con azúcar o el sol reflejándose en los canales al atardecer.

—Sí —dice, llevándose mi mano a la boca y besándome la muñeca, la palma, la reluciente alianza de oro, sin la cual nunca me siento completa—. Sí, quiero.

Agradecimientos

En primer lugar, tengo que dar las gracias a la comunidad literaria neerlandesa por su amabilidad y su calurosa acogida. Este libro —el décimo, algo que me cuesta creer— no habría sido posible si no hubierais estado ahí para hacer que me sintiera como en casa en este nuevo país. *Hartelijk dank* a Sanne Zwart (de nuevo), Destiny Stapper, Borre Boluijt, Monique Oosterhof, Julia Pennington, Dilayra Verbrugh y a muchos más.

A todos aquellos con los que he tenido el placer de trabajar en Luitingh-Sijthoff, tanto en el pasado como en el presente: Rianne Koene, Hedda Sanders, Vivian Leandro, Sanne van Leeuwen, Bou Laam Wong, Joyce van Vliet y Tonny Klaassen.

Mi editora, Kristine Swartz, siempre capta la esencia de mis libros, incluso cuando llegan a su bandeja de entrada con algunos fallos iniciales. En Berkley, también quiero darles las gracias a Mary Baker, Jessica Plummer, Kristin Cipolla y Petra Braun por la preciosa portada. En Penguin UK, gracias en particular a Madeleine Woodfield y Mylene van Musscher por encargarse de mis libros a este lado del charco.

Elizabeth Bewley, eres una agente excepcional y te admiro muchísimo.

A mis queridas amigas y primeras lectoras, Alicia Thompson, Tarah DeWitt, Jessica Joyce, Carlyn Greenwald y Kelsey Rodkey: os envío a todas un *stroopwafel* virtual. Gracias a Veronika Zaytseva por las escaleras y por el apoyo moral (y, en ocasiones, físico). Recomiendo empezar por el capítulo 14.

A mis amigos y familiares de Seattle, que siempre están conmigo,

incluso a más de ocho mil kilómetros de distancia.

Y a mi marido, Ivan: a veces me preocupa quedarme sin palabras para ti, pero esta vez no. Gracias por hacer la pregunta que lo cambió todo. Ya sabes cuál es.

Preguntas para debatir

1. ¿Has estado alguna vez en Ámsterdam? Si es así, ¿qué impresión te causó la ciudad? Si no, ¿tenías alguna idea preconcebida antes de empezar el libro? ¿Ha cambiado tu opinión después de leerlo?
2. Cuando Dani y Wouter se reencuentran, ambos se muestran reacios a remover el pasado. ¿Por qué crees que tardan tanto en mantener una conversación sincera y abierta sobre su historia?
3. Dani comenta que, en cuanto a la reputación de Ámsterdam, «los estereotipos mezclan lo entrañable (tulipanes, zuecos, molinos) con lo más hedonista (porros, setas, el Barrio Rojo)». Después de leer la novela, ¿te parece que estos tópicos reflejan la realidad? ¿Conoces otras ciudades que también combinen imágenes tan opuestas?
4. ¿Crees que Dani y Wouter habrían vuelto a encontrarse sin el matrimonio por conveniencia?
5. ¿Por qué crees tú que a Dani le cuesta tanto darse cuenta de que está agotada y quemada a nivel emocional?
6. Hacia el final del libro, Dani se sorprende al descubrir que es capaz de cambiar de forma radical. En especial, siente que mudarse a otro país no solo le ha cambiado la forma de ver el mundo, sino también la personalidad. ¿Has vivido alguna transformación así de profunda en tu vida? ¿Qué la provocó?
7. Si pudieras leer esta historia desde el punto de vista de

Wouter, ¿cómo crees que sería su evolución como personaje?

8. Ciudades como Londres o París son escenarios habituales en las novelas románticas, pero Ámsterdam rara vez lo es. ¿Por qué crees que es así? Y si pudieras elegir, ¿dónde te gustaría que tuviera lugar tu historia de amor ideal?



#SíSoyRomántica